


FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR

EL
CAZADOR DE LA
PATAGONIA



EL CAZADOR DE LA PATAGONIA

Nuevo Libro Editorial

FRANCISCO RODRÍGUEZ TEJEDOR

Copyright 2017 Francisco Rodríguez Tejedor

Copyright 2017 de la presente edición: Nuevo Libro Editorial.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, de acuerdo a la ley.

UNAS PALABRAS DEL AUTOR PARA LA PRIMERA EDICIÓN

La venganza se convierte en el motor de la vida de aquel a quien se lo han quitado todo y cree que la justicia reparadora deviene en un imposible. Ese objetivo justiciero personal quedará entonces grabado a fuego en sus entrañas y no cejará hasta que lo logre, hasta que consiga apagar esa inmensa sed que le arde por dentro.

El problema del vengador es que necesita información, un plan meticuloso y capacidades y entereza para llevarlo a cabo en el momento más adecuado posible. Y aliados fiables si el enemigo es poderoso. Hay que ser todo un estratega de la venganza.

La guerra entre los padrinos de las mafias, en esta historia la mafia porteña argentina y la mafia del Golfo de Cádiz, siempre es una lucha por el poder, por la conquista del territorio en el que desarrollar de forma impune sus actividades: droga, prostitución, juego, armas, blanqueo, etc.

Para lograr una venganza personal en medio de una guerra entre mafias, que tienen sus propios intereses, se necesita mucho valor, mucha inteligencia y mucha suerte. Y, sobre todo, echar los sentimientos a un lado, para que no nublen la mente ni alteren el pulso ante la posibilidad de un certero disparo.

FRT

Para Alicia y para G. Isaac. ¡Cómo no!

Es fácil esquivar la lanza, mas no el puñal oculto.
Proverbio

EL CAZADOR DE LA PATAGONIA

Cuaderno Primero: LOS BOSQUES DE LA PATAGONIA

Cuaderno Segundo: LA GUARIDA PORTEÑA

Cuaderno Tercero: LA TACITA DE PLATA

Cuaderno Cuarto: EL COMPÁS DE LA MÚSICA Y LAS CATARATAS DEL IGUAZÚ

Cuaderno Quinto: EL HOGAR DE SAN CARLOS

Cuaderno Sexto: EL CHIRINGUITO “EL AMANECER” DE LA PLAYA DE LA VICTORIA

Cuaderno Último: LA CIUDAD DE LAS APARIENCIAS Y LA DIOSA GADES

Uno de los mayores crímenes que existen es el robo de la inocencia.

A. Espinosa

CUADERNO PRIMERO
LOS BOSQUES DE LA PATAGONIA
(1995-2009)

Cuando una cuenta su vida, y más si al hacerlo la escribe dado que quedará ahí indeleble para siempre, ha de decir la verdad. Su íntima y absoluta verdad. Porque es lo único que merece la pena. Desde luego para los demás, que sabrán cómo palpita en cueros un ser como ellos. Y, sobre todo, para ti mismo. Porque así volverás a vivirla de nuevo.

Así que yo voy a decir la verdad. Toda la verdad y nada más que la verdad. Ese será mi objetivo en todo momento. Pero, en mi caso, mi vida la escribiré por otro motivo adicional, tan importante o más que el primero. Un motivo muy especial que el lector descubrirá y entenderá cuando conozca bien esta historia.

Sí, la primera vez que disparé sentí como un escalofrío que me recorrió la espalda. Fue como una culebrina, portadora de un valor, y a la vez de un temor, íntimo e importante. Como cuando me acercaba hasta el borde del acantilado de los “Los Peñazos” y luego me atrevía a mirar abajo, donde las olas se rompían en mil cintas de espuma. Y aguantaba allí, sin pestañear, un buen rato, mientras se me serenaba la respiración y el pecho volvía a latirme cadenciosamente.

Sí, así fue, más o menos, esa sensación de cuando mis primeros disparos siendo un niño de apenas doce años. En mil novecientos noventa y cinco. Y entonces, en aquellos momentos, se me solía poner un rictus en la boca de un aplomo que impresionaba. Que daba miedo. Igual que el de los toreros cuando, estoque en mano, se la jugaban y entraban a matar al volapié.

Eso fue al menos lo que me dijo mi abuelo, cuando me vio acercarme así al acantilado de Los Peñazos, que rugía como un barranco invadido por una jauría de lobos.

Y luego añadió, mirando fijamente al oleaje que rompía con violencia contra el despeñadero.

– Tienes que aprender a disparar. ¡Vas a ser un gran cazador!

Así que, en los días siguientes, me estuvo llevando al campo a tirarles a una fila de botes de latón que colocaba sobre las viejas paredes que cercaban al ganado.

Pero, para mí, pasada la primera vez, las primeras veces, aquella intensa sensación fue desapareciendo. Sí, aquello no pasaba de ser como dispararles a los marcianos de la vieja máquina del bar, con la facilidad añadida de que los botes ni siquiera se movían.

Por ello, aquel adiestramiento, en su rutina posterior, no me reportaba a mí emoción alguna, salvo la del olor misterioso y penetrante de la pólvora que me invadía después. Aunque sí iba yo aprendiendo a atemperar cada vez mejor mi respiración y a adecuarla a aquel momento vital único: cuando tenía el punto de mira sobre el bote y el sol sacaba de éste un último destello, antes de que yo apretara el gatillo y saltara por los aires.

Tardó en llevarme a cazar de verdad como un mes, o más. Él me observaba en silencio, sin

decirme nunca nada, mientras yo hacía saltar los botes, cada vez de forma más precisa. A veces terminaba la munición y volvía yo la cabeza y lo miraba. Y le sorprendía con un gesto entre admirado y pasmado y con los ojos perdidos en el horizonte.

– Cada uno hemos nacido en la vida para una cosa. Y tú has nacido para esto – me susurró entre dientes por fin un día en que no fallé ni un solo disparo.

Yo miré al abuelo que fruncía los ojos tratando de abarcar todo el horizonte quemado. Y no pude por menos que contestarle. A él, y a mí mismo y, quizá también, al mundo entero que, en aquel momento, era la planicie de “Las Calaveras”, aquel páramo quemado a veces por el sol, las más frecuentes por el frío y por el hielo y, siempre, por el olvido.

– Sí – le dije por toda contestación, como si asimilara y metiera dentro de mí lo que me acababa de decir.

Y respiré aún más hondo el olor a pólvora y misterio de aquel viejo rifle del abuelo.

Pero el primer día que fuimos a cazar fue otra cosa. Me llevó al Barranco de los Pumas. A un sitio en el que se ensanchaba el mismo y el riachuelo formaba un charco grande, casi un lago, con los bordes llenos de arena y de juncos.

El agua brillaba, con los penúltimos rayos del último atardecer, lanzando unos destellos al horizonte que eran como guiños de vida. Y, tal vez, cuando se desmayaban en su brevedad, de muerte.

Nos apostamos en una colina revestida de hierba verde, desde la que se dominaba la laguna.

Y, tumbados en ella, apoyamos ambos nuestros rifles en el verdín. Y nos dispusimos a esperar.

Porque la caza era, sobre todo, el arte de esperar. Ya me lo había dicho mi abuelo:

– La caza es diez horas de espera aburrida. Y, luego, diez segundos que, si son de acierto, son mágicos e inolvidables.

Claro que, aunque el abuelo no me lo dijo entonces, ya intuía yo, a pesar de lo joven que era que si, en vez de acierto, los diez segundos eran de fallo, equivocación, precipitación o excesivo sosiego, el resultado final no podía ser otro que una quemazón interior, llena de ira y de una irritación profunda y frustrante.

Así que nos dispusimos a esperar a que alguna camada de pumas de las que por allí vagaban se acercara a abreviar su sed en aquellas aguas frescas y cristalinas, antes de que cayera la noche y entonces se dedicaran a tratar de saciar durante la misma la otra cosa que les preocupaba, y aún más que el ansia por el líquido elemento que por allí no faltaba, y que era el hambre de días que acumulaban. Máxime cuando los pastores y guardeses de ovejas y vacas estaban sobre aviso, tras haber perdido algunas reses en las últimas semanas a dentelladas, lo cual había motivado que los cazadores hubieran organizado también varias batidas.

Aquel día no tuvimos que esperar mucho. Tal vez ni siquiera una hora.

– Eh, mira los panguis, ya vienen –susurró el abuelo, cuando observó una camada de pumas concolor que se acercaba.

Los vimos descender desde las colinas del otro lado del lago y después se acercaron a beber. Antes también se habían aproximado a la orilla del mismo varias familias de guanacos. Así que los pumas intentarían abreviar en la distancia para no asustarlos y, luego, acecharlos durante la noche, atacando por sorpresa algún flanco del rebaño de herbívoros, sobre todo para hacerse con algún chulengo, que era un tipo de cría muy joven y sin experiencia.

Mi abuelo apuntaba pero, sobre todo, no dejaba de observarme. A mí y a mis reacciones.

Como si quisiera certificar, en el momento de la verdad, si había fundamento en sus apreciaciones íntimas o solo deseos, también temores y esperanzas, de que la vocación que él había descubierto en mí tuviera ancla en la realidad. Y no fuera, por el contrario, solo un sueño vagaroso que acabaría desintegrándose al choque con la tozudez de la misma.

Recuerdo que el paisaje era espectacular, conjugándose los últimos rayos del sol con las sombras de la umbría. Y el silencio, denso. Absoluto. Únicamente el sonido de la naturaleza se oía de fondo. Quizá era solo el murmullo de la vida. Tal vez junto al mutismo de la muerte.

Un puma, el más grande de la camada, fue el primero que llegó al lago. Se apartó de los demás. O los demás lo dejaron solo. Para que olfateara, para que tanteara la situación. Y, luego, los guiara hacia el éxito. No solamente a saciar su sed. Sino, sobre todo, el hambre de varios días que los acuciaba por dentro.

Los guanacos, todavía a salvo por la apreciable distancia, ya los habían detectado y se movían nerviosos, mientras bebían en el lago. Esperando el siguiente movimiento de los pumas. Aunque sabían que eran animales más bien nocturnos y que todavía no era su momento. Pero el miedo y la precaución no entendían de horas. Y, por si fuera necesario, los guanacos ponían a punto sus extremidades, y su mente para, llegado el caso, poner tierra de por medio a la mayor velocidad posible.

Yo apuntaba al líder de los pumas. Lo había elegido por ser precisamente el más importante. Y mi abuelo se había dado cuenta de ello y, orgulloso de mí, había dejado él de apuntar a su blanco.

Dejó pasar unos instantes mientras me observaba y, luego, desesperado ante mi parsimonia, ya no pudo aguantar más.

– ¿Qué hacés, boludo? Apúrate. Dale al león –me susurró sin apenas mover los labios.

Yo dejé pasar unos instantes. Mi abuelo carraspeó impaciente.

– Estoy apuntando –le susurré a mi vez, todavía más bajo que él si cabía.

Mi abuelo no pudo por menos que responderme un tanto enfadado. Yo se lo noté muy bien.

– Para cuando termines de apuntar estarán en el Perito. Dispara de una vez –terminó un tanto exasperado.

Pero yo me sentía dueño de la situación.

– Aún no.

A mi abuelo se lo llevaban los demonios. No podía conmigo, que era un chisgarabís.

– ¿Cómo que aún no? Pásame el rifle.

A mí me gustaba seguir los movimientos del puma mientras le apuntaba. Así que lo tranquilicé.

– Espere, abuelo ...

Y aquel silencio tan denso, mitigado únicamente con el sonido de la naturaleza de fondo, no solo me ayudaba a concentrarme, sino también a regular mi respiración, a fundirme con el objetivo que estaba al otro lado del cañón de mi rifle. A ser solo ya como dos seres unidos por la línea recta de aquel arma. Hasta que luego, después, en el momento clave, fuéramos ya solo uno. Junto a la boca humeante del cañón.

Cuando todo esto lo sentí, y me caló hasta la médula quiero decir, supe que había llegado ese tiempo. El de la verdad.

– Ahora –no pude por menos que susurrar, ante el hallazgo del instante exacto.

Apreté el gatillo. Y el puma cayó. Seco. Como un árbol derribado por el rayo.

Mi abuelo sonrió impresionado.

– Buen disparo, mi hijito ... – Y luego, después de exhalar el aire, dijo como para sí – ...

Eres el mero.

Yo me sentí bien al escucharlo. Importante. Aunque no lo traslucí. Me gustaba ser un témpano de hielo. Así percibía que crecía mi interior y yo me sentía entonces más fuerte. El mero era el mejor. Y el abuelo rara vez concedía ese calificativo a alguien. Aunque yo ya se lo había escuchado alguna que otra vez. Este dicho era menos frecuente en Argentina que en otros países de Latinoamérica, sobre todo en México, donde el abuelo debió pasar algunos años en su juventud.

Yo le entregué el rifle al abuelo, que me miraba sorprendido y, sobre todo, orgulloso. Al día siguiente con la luz del día, y muy de mañana, regresaríamos para quitarle la piel al panguí y que la abuela la curtiera. La piel del león americano se pagaba bien, aunque el abuelo la vendería como siempre a otro cazador, en vez de al público en el mercadillo, donde podría sacar mucho más. Pero no le gustaba mezclarse y, mucho menos, negociar con la gente.

Luego guardamos nuestras escopetas y, de vuelta, caminando por el monte, buscando la furgoneta que habíamos dejado en la estrecha carretera, aproveché para hablarle de lo que llevaba dentro del pecho en aquellos días. Así que mi voz rezumó una tristeza recóndita y, a la vez, incomprendida, rebelde.

– ¿Abuelo por qué nos tenemos que marchar también de este pueblo? Me voy a quedar sin amigos otra vez.

El abuelo se detuvo un momento, como sorprendido, y reaccionó rápido. Pero no con la firmeza que yo me esperaba, a pesar de las palabras que utilizó.

– Será la última vez, te lo prometo –me dijo como un trámite, pero no mirándome a los ojos, sino buscando la carretera para ver si localizaba en ella nuestro vehículo.

Así que yo no me quedé tranquilo y tuve que insistir. Y lo hice manteniéndome parado con los dos pies bien fijos en la tierra. A pesar de que él seguía caminando, mientras buscaba, ansioso, la carretera con su mirada. Como si en ella pudiera encontrar una vía de escape para huir de aquella conversación.

– No sé por qué no podemos vivir siempre en el mismo sitio, como todo el mundo.

Mi voz sonó rotunda. El abuelo se quedó un momento parado de nuevo. Sorprendido, otra vez. Y reaccionó rápido de nuevo también, con agilidad, tratando de ilusionarme.

– Donde vamos hay un coto de caza magnífico. Y yo voy a trabajar en él. Cuando seas mayor tú podrías trabajar también conmigo. ¿Te gustaría?

– Sí, pero ... – le dije, sin entregarme todavía, mientras le continuaba mirando fijamente y sin mover mis pies hacia la carretera, esperando algo más de su parte

– Te prometo que no nos moveremos de allí. Conesa será nuestro pueblo para siempre – logré arrancarle por fin.

Con esa firme esperanza en mi mochila, cogimos la furgoneta y regresamos a casa. A nuestro último pueblo. En el que habíamos estado poco más de un año. Como en casi todos los que yo recordaba. Cinco o seis diferentes, siempre en la Patagonia argentina. Y eso que yo no pasaba de los doce años de edad entonces, en el año mil novecientos noventa y cinco, como creo que ya he dicho anteriormente.

Llegamos al casco urbano. Era un pueblo grande y bullicioso. Nosotros teníamos que cruzarlo porque nuestra casa estaba en la dirección opuesta, ya en las afueras y un tanto apartada, como siempre ocurría en cada pueblo que vivíamos. Después de tanto caminar por el monte y de tantas emociones teníamos hambre. Seguro que la abuela nos tendría una cena consistente. Era muy buena cocinera. Y de eso íbamos hablando los dos en el coche.

De repente mi abuelo reparó en un coche grande y negro, un Mercedes un tanto antiguo y

con los cristales tintados, que estaba aparcado en la calzada. Entonces frenó en seco y luego pegó un volantazo repentino. Y torcimos por una calle que suponía dar un pequeño rodeo en el camino hacia nuestra casa.

A veces le daban estos prontos. Y le invadía un mutismo lleno de preocupación y angustia. Yo lo miraba y no decía nada. Me habían acostumbrado a eso. Al silencio. Lo único que hice fue observarlo un poco de reojo. Lo vi cómo destensaba el rictus de la boca a medida que nos alejábamos y dejaba de mirar por el espejo retrovisor. Nada que no hubiera hecho otras muchas veces antes. Así que yo me concentré en lo que realmente me interesaba en aquellos momentos: cómo sería aquel nuevo pueblo de Conesa en el que, según me había prometido mi abuelo, pasaríamos muchos, muchos años, a partir de entonces.

Todos estos recuerdos me vinieron a la mente mientras caminaba rápido por la playa de Cádiz, ya en dos mil doce y con veintiocho años, con mi bolsa de cuero al hombro, que contenía dentro el billete a una vida mejor, pensaba yo. Y más libre y tranquila.

Sí, por eso me acordé en aquel momento de Conesa, mientras me apresuraba para llegar cuanto antes al chiringuito de la playa, al que no podían haber puesto mejor nombre, lo llamaban “El amanecer”, donde me esperaba Celia. Ah, Celia, Celia ... Sería para mí una nueva Conesa, la definitiva en mi vida, ¡tan azarosa e intensa en los últimos tiempos ...!

Habíamos vivido trece años muy tranquilos en Conesa. Yo acababa de cumplir los veinticinco y el sueño del abuelo, y el mío propio, se habían materializado allí, sobre todo desde el momento en el que, al alcanzar yo la mayoría de edad, mi abuelo había conseguido emplearme donde él trabajaba: un coto prestigioso y antiguo, cercano a la localidad de Conesa, que tenía el rimbombante nombre de: “Amigos y cazadores de la Patagonia argentina”.

Sí, tal vez el abuelo no había soñado de verdad en el momento en que me la hizo, poder cumplir en el futuro con aquella promesa que me había jurado la tarde en la que matamos al gran puma concolor. Pero el día a día de nuestra vida en aquel pueblo perdido, en el que tampoco se nos veía mucho, porque nos pasábamos el tiempo, felices además, en el coto, nos había dado a todos esa tranquilidad de no querer movernos de allí. Así que Conesa había sido, efectivamente, nuestro último pueblo, tras nuestro anterior recorrido nómada de uno a otro, y los trece años que llevábamos en él no presagiaban otra cosa que continuar allí otros tantos, si no más.

Él se había jubilado ya hacía unos años, pero en el coto lo querían tanto que seguía trabajando en él, de estrangis, ayudando en lo que le pedían y, sobre todo, dando clases a los jóvenes cazadores, que le encantaba. Y, luego, su sueldo lo adicionaban al mío para que no interfiriera con su pensión y aquí paz y después gloria.

Nuestra vida se limitaba a ir al coto y descansar en la casa, donde la abuela siempre nos preparaba unas cenas reparadoras y sabrosas que tomábamos con deleite mientras repasábamos, también con fruición, todas las anécdotas del día en el coto, sobre todo las que yo había tenido con mi grupo de cazadores en el campo de acción.

Después de cenar, y mientras la abuela recogía la cocina, fumábamos los dos un par de pitillos repantigados en dos cómodos sillones en el porche si hacía buen tiempo o, en caso contrario, en los mullidos sofás del salón mientras seguíamos divagando sobre nuestra mutua pasión por la caza. El abuelo solía poner de música de fondo unos discos de vinilo de una colección de viejos tangos que tenía y, de vez en cuando, alternaba sus enseñanzas de la caza con las de los tangos, o, lo que es lo mismo, con las de la vida, como él diría. Así es que con estas dos

herramientas mi abuelo, de una forma indirecta siempre, y también siempre con medias palabras, trataba de ordenarme la cabeza y quién sabe si también el corazón.

Era la vida que los abuelos siempre habían soñado para mí aunque no me lo hubieran expresado así de claro nunca. Pero yo ya era mayor y sabía interpretar muy bien sus mutismos y sus preocupaciones. Y también la paz que ahora ellos sentían en Conesa.

Sí, allí experimentaban aquella tranquilidad tan grande, lejos de la zozobra que les inundó en nuestro último pueblo antes de Conesa, donde el abuelo trabajaba en una extensa propiedad agrícola llena de frutales. Sobre todo, cuando los dueños les comunicaron a sus cuatro operarios que se habían asociado con unos empresarios de la capital para comprar otras muchas fincas y, a partir de ellas, montar una fábrica de zumos. Sin duda, para aprovechar el auge que estaba tomando en el mercado la fruta, principalmente manzanas y peras, de aquella zona de la Patagonia. No les gustaba a los abuelos la gente de la ciudad y sus ambiciosos proyectos. Preferían a la gente sencilla del terruño, con la que, por otra parte, tampoco se mezclaban en demasía. Mi abuelo acabó dándose de baja en aquella empresa agrícola y, poco después, recalamos en Conesa, con la gran ilusión que de que aquel fuera al final nuestro pueblo definitivo y que, al mismo tiempo, yo encontrara también en él mi destino profesional en la vida.

Su vida anterior, nuestra vida anterior que incluía a la mía propia, antes de llegar a Conesa se resumía en unas cuantas líneas nada más.

Habían venido, según me habían dicho, a la Argentina con mis padres hacía veinticinco años desde España, para montar aquí un negocio de import-export, de productos españoles precisamente, con unos ahorros que tenían, aprovechando la experiencia que había adquirido el abuelo de Latinoamérica, donde había vivido en su juventud en varios países durante algunos años trabajando también en el comercio internacional con España y practicando su íntima vocación por la caza. Pero, al poco de nacer yo, y antes de ponerlo en práctica, ocurrió aquella desgracia tan grande. Un conductor borracho perdió el control de su vehículo en la avenida Corrientes de Buenos Aires, invadió la acera y arrolló a mis padres que paseaban tranquilamente. Ambos murieron en el acto y el conductor se dio a la fuga. De ahí debía venir la prevención y hasta el odio que mis abuelos tenían a las grandes ciudades.

Con aquellos ahorrillos que tenían y el trabajo del abuelo pensaron que podían vivir muy bien en algún pueblo sano, donde comprar o alquilar una casa sencilla no sería caro y donde yo podría labrarme una profesión de la que vivir un día. Tras varios tanteos en otras localidades por fin lo habían conseguido en Conesa.

Sí, Conesa y sus bosques llenos de aire puro. Conesa y sus guanacos, Conesa y sus huemules, Conesa y sus jabalíes: animales nobles y predecibles con quienes jugábamos al arte también noble de la caza. Donde había unos códigos de honor y de respeto que hacían la vida fácil y tranquila. Sí, en Conesa habíamos vivido con esa paz virginal y paradisíaca que, tal vez, solo está al principio de la vida. Pero aquel día todo empezaría a cambiar ...

Antes del amanecer de aquella jornada ya estábamos mi abuelo y yo en el coto. Aquella mañana yo tenía expedición de caza, guiando a un grupo de cazadores con cierta experiencia ya y él, mientras tanto, instruiría en el tiro a un grupo de jóvenes que estaban empezando.

Había cogido práctica enseñándome a mí y, después de sus muchos años instruyendo, trece habían pasado ya desde que me llevó al “Barranco de los Pumas”, tenía fama de ser uno de los mejores maestros en el arte de disparar que había en el contorno. Aunque a él, deseoso siempre de

revestirse de una gran discreción, casi patológica, no le gustara que se lo manifestaran en absoluto.

Me lo imaginé aquel día al mando de aquella docena de pibes, mientras yo iba a reunirme en la cafetería del coto con mi grupo de cazadores.

Los chavales estarían formados en línea frente a las dianas, a unos cincuenta metros de las mismas. A un lado de ellos, mi abuelo, instruyéndolos.

Entonces, en el momento convenido, los jóvenes se echarían el rifle a la cara y apuntarían, cada uno a su diana.

– Ahora vais a permanecer apuntando. Recordad lo que os he dicho de la respiración –les hablaría como si fueran sus hijos, aunque ya no los tenía.

Y antes de disparar, todavía tendrían que escuchar la última recomendación de mi abuelo.

– Y lo más importante. Cada cazador tiene su ritmo. Que nadie lo olvide. El momento en que siente el objetivo a tiro. ¡Ese es vuestro momento!

Luego se quedaría en silencio y les daría turno a los verdaderos protagonistas de todo aquello, para que ellos encontraran el suyo.

Los chavales irían disparando a medida que se sintieran en su interior seguros de acertar.

Luego bajarían el rifle y observarían su diana. El abuelo los miraría en ese momento especial, único, cuando el cazador se la ha jugado con su disparo. Con ello le bastaría, sin necesidad de comprobar la diana, para saber si habían acertado. Si serían buenos cazadores en el futuro. Sí, así habría sido, sin duda ...

Nosotros, por nuestra parte, cogimos dos Land Rover y nos fuimos al riachuelo de Las Hoces. Allí solían ir a abreviar a menudo los huemules. Fuimos contando chistes y chanzas por el camino. Íbamos siete cazadores y yo, al frente, como Guía del Coto, vestido con mi uniforme que mostraba, bordado en la pechera, un huemul precisamente y un rifle apuntándole. Nos acompañaba además un meritorio del coto para el despiece de las presas.

Nos apostamos tras unos arbustos y unos tupidos arrayanes y los ocho montamos nuestras armas. Habitualmente yo no disparaba, pero repetía con ellos la liturgia de preparar el acecho para ayudarles a que se mentalizaran y se concentraran en los prolegómenos, tan importantes en el amor, tal cual descubriría yo más tarde, como en la ceremonia de la muerte, que era la caza.

Yo sabía muy bien que si conseguía que ellos vivieran, interiorizaran adecuadamente, ese momento, ya la jornada habría merecido la pena. Inclusive si al final la presa no aparecía.

Porque en eso consistía la esencia de ser cazador. En transformarse uno, en revestirse de ese poder inmenso que otorga licencia para matar y afinar y tener a punto las herramientas para ejecutar la sentencia. Y disfrutar en la espera, mientras se sueña y se anhela ese fugaz instante en que se cruzan las ganas de vivir, de escapar, del animal con las ansias de cercar y de matar del cazador. Sentir a tope ese juego de vida y muerte, de destino y de azar, que tan bien conoce el hombre, porque anida en su esencia, en su infinita fragilidad que a veces disfraza de agresividad y violencia.

A veces, mientras permanecíamos en silencio al acecho, pensaba yo en estas cosas, bajo las altas copas de lo cohiues, de los lingues o de los cipreses que nos cobijaban sobrevolando los arbustos o, más que pensarlas, las intuía, las vivía yo, dejaba que me inundaran con su hondura y con su poso. Y me iban encharcando por dentro, haciéndome fuerte, sentía yo, al conocer nuestra propia debilidad humana, mientras observaba a aquel grupo de hombres, rumiando para sus adentros quién sabía qué instintos ancestrales de bosque, de sangre y de supervivencia.

De repente, oímos a un grupo de huemules aproximarse al riachuelo mientras oteaban el aire frío y húmedo de la incipiente mañana.

Yo, cuando llegaba el momento, el clímax, me excitaba como ellos, que ya se habían echado a la cara sus rifles. Entonces les hablaba en un susurro, como tragándome para dentro mis propias palabras, para que nunca llegaran al fino oído de los huemules.

– Esperad, esperad ... Concentraos en vuestro objetivo ... Todavía no ... ¡Ahora! – les dije en aquella ocasión.

Y empezó entonces a sonar aquella descarga atronadora, mientras los huemules, sorprendidos, corrían en todas las direcciones, entre las salpicaduras de agua y el olor a pólvora con que se revestía la muerte. La suya, claro.

No quedó uno en pie. Aunque sí vivo. Un ejemplar pintoresco, de gran astada, en sus ansias alocadas de huir chocó con ella en un ciprés y se fue al suelo por un momento, como abatido por certero disparo. Sin embargo no estaba herido, había sido solo el tremendo golpe con el tronco de la conífera. Era un ejemplar joven y robusto y se repuso casi de inmediato e, incorporándose elásticamente, emprendió la huida por entre los arbustos, los maitenes y las amancays. Samuel, a quien le quedaba a su mano, lo siguió un momento apuntándole con su rifle, pero en el instante clave del disparo falló estrepitosamente y entonces él, frustrado, acabó bajando el arma al perder de vista al astado.

Yo, que había seguido la escena, tan excitado como ellos, vi el momento para intervenir. Me eché mi rifle a la cara y apunté un poco más allá de donde había desaparecido el huemul. Los demás se giraron para verme y comprendieron lo que pretendía. Esperar a que el astado, ya lejos, apareciera de nuevo en la lontananza. Pero con el gran problema de que sería del todo imposible acertarle en aquella distancia tan inmensa si es que, además, el animal volvía a dejarse ver.

Como si de matemáticas se tratara, apareció, saliendo del bosque, el cévido, corriendo elástico y, tal vez, relajado, sabiéndose a salvo. Yo lo esperaba, por una parte, tenso por la concentración pero, a la vez, relajado también en mi interior, confiado en mi unión con el animal a través de la línea recta del cañón y de su punto de mira.

La respiración se detuvo, se congeló el instante, se paró el bosque y su sonido y entonces disparé. No al huemul, sino un poco más allá.

Sentí el retroceso de la bala, como si se partiera en dos y una parte me golpeará el corazón mientras la otra giraba en el viento al encuentro de su objetivo.

Yo creo que fue el huemul el que la encontró a ella. Empujado, raudo, por su destino, que quería acabar con él en aquella misma mañana.

Había un pequeño barranco y el huemul lo saltó con potencia. La suficiente para que la bala llegara a su encuentro y, rozándole la espalda, le atravesara el cuello. Quedó un momento como suspendido en el aire, como bebiéndose un chispeante rayo de sol que salió entre las nubes un instante. Me pregunto si el huemul pudo disfrutar de él, de su reflejo en su retina. O solo fue ya un último linternazo, antes de que la oscuridad se lo llevara, sin darse cuenta, para siempre.

Él o yo. Siempre sentía lo mismo en aquellos casos. Y, luego, un respeto grande por el animal, que no era enemigo, sino solo competidor. En alguna especie de torneo en el que no era posible mantenernos los dos en liza. Por eso, cuando acertaba, que eran casi todas las veces, una satisfacción inicial recorría mi cuerpo. Y, luego, a esta le sucedía, sin que nunca pudiera evitarlo, una especie de culebrina de repentina tristeza, un espasmo de melancolía por la desaparición de aquel adversario tan íntimo, al que yo había llegado a conocer tan profundamente en el momento de la verdad. En el suyo, quiero decir pero, también, en cierto modo, en el mío.

Por ello, cuando me felicitaban por mi destreza, como hicieron, admirados, aquel grupo de cazadores aquella mañana, yo me quedaba por un momento como ausente, mirando en la lontananza a través de los ramosos arrayanes. Aunque luego me reponía y disfrutaba de la

camaradería y del compañerismo, sin igual, que llevaba consigo la práctica de aquel deporte milenario de la caza.

Sí, así había empezado aquella mañana que cambiaría la rutinaria, pero también placentera vida que había llevado hasta entonces al lado de mi familia. La única familia que yo había conocido y que para mí, no eran mis abuelos solo, sino más bien mis auténticos padres. Y no solo padres. El abuelo había sido también el necesario maestro y guía para que yo desarrollara aquella vocación de la caza para la que, al parecer, me encontraba tan dotado. A su lado me había curtido yo como cazador. Y, luego, en el coto, había cogido la experiencia suficiente para convertirme a mi vez también en un provechoso maestro y guía de otros cazadores más inexpertos.

Decían que mi fuerte era la puntería, la sangre fría, casi helada, que yo mostraba en aquel momento único, el de la verdad. Pero lo que a mí me subyugaba realmente era imbuirme de las reglas de la naturaleza, entender y asociarme con aquel orden existencial que regía el mundo de los bosques. Donde cada uno tenía un papel que jugar. Bien fuera depredador o presa, lo haría siempre con rectitud. Con respeto a unos códigos que cumplir, honestos, certeros, claros para todo el mundo. Para todo aquel mundo de la naturaleza, quiero decir. El de fuera, el que regía al grueso de los humanos se me hacía más complejo, más turbio y confuso. Aunque yo trataba también de aplicarle unos códigos de transparencia y lealtad, esta actitud no me producía rédito positivo alguno, sino más bien una cierta incompreensión y aislamiento en él. Mis abuelos, lejos de preocuparse por ello, lo alentaban y se encontraban muy cómodos viéndome centrado en la familia, que éramos nosotros tres, y en el coto. Pero algo empezaría a cambiar aquel día y los siguientes, en los que todo iba a desmoronarse ...

Tres años más tarde, en Cádiz, en aquella mañana de otoño de 2012, seguía yo recordando aquellos últimos momentos en Conesa, mientras caminaba por la playa del mismo nombre que la ciudad al encuentro de Celia. Ah, Celia, Celia ... Tal vez a partir de entonces mi vida diera un giro de nuevo. El importante, el definitivo. Ya tenía veintiocho años y una densa vida detrás. Más densa de lo que nunca hubiera llegado a pensar yo aquella mañana mientras abatía a una admirable distancia al huemul de gran astada en una lucha limpia entre él y yo. Sí, habían sido solo tres años desde aquel día, pero su peso era el de treinta, en aquel bosque de los hombres, donde regían otros códigos ...

Regresamos al coto prácticamente a la hora de comer. Contentos del resultado, claro. Y, por ello, con ganas de coronar la jornada con unas succulentas viandas, que incluirían, cómo no, unas chuletas a la brasa de nuestros huemules. Con ello se cerraría el círculo de aquella animalidad depredadora primigenia y pura que, en el fondo, era lo que con más ahínco habían buscado recuperar todos aquellos cazadores que se habían desplazado a aquellos bosques perdidos. Búsqueda que culminaría cuando les enviaran las cabezas disecadas y las pieles

curtidas que ya les estaban preparando, como último reclamo y recuerdo de aquella histórica jornada.

Así que nos aseamos y ocupamos la mesa reservada en el restaurante que, en aquellos momentos, se mostraba a tope, pleno de bullicio y de camareros circulando a toda velocidad por sus pasillos portando las bandejas.

Comíamos en ella los siete cazadores que me habían acompañado, más mi abuelo y yo que oficiábamos, también allí, con nuestro uniforme recién puesto y limpio, de trabajadores del coto y depositarios, por ello, de la alegría que rebosaban por doquier aquellos hombres.

Samuel, el cazador que falló ante el huemul de gran astada, quedó sentado justo enfrente de mí, que estaba acompañado por mi abuelo en mi flanco derecho. Al poco de sentarnos no pudo dejar de exclamar.

– ¡Menudo disparo! ¡Enhorabuena, no había visto cosa igual! –luego, quizá buscando algún tipo de complicidad continuó – Así que también sois de ascendencia española, ¿de dónde exactamente?

Efectivamente yo también había notado un eco acolchado en su acento que me había inducido a preguntarme si no sería también de origen español. Aunque si lo era, debía de llevar ya muchos años en la Argentina, eso estaba claro. Así que me alegré al confirmarlo. No se veían muchos españoles por allí, por no decir ninguno.

– Yo soy argentino, pero mis padres vinieron de ... – no pude por menos que detenerme en mi respuesta ante el codazo poco disimulado de mi abuelo.

Lo miré un tanto sorprendido y airado. Fui a decir algo, pero me contuve, al ver que el abuelo parecía no encontrarse muy cómodo con los derroteros de aquella conversación.

El que habló fue él, justificando aquella interrupción tan abrupta.

– Isaac, se me han quedado las pastillas en tu coche. Por favor ... Yo mientras tanto iré al baño ... – nos dijo a modo de explicación.

Y se levantó haciendo una leve inclinación de cabeza ante el cazador español por toda excusa. A mí no me quedó otra que hacer exactamente lo mismo y buscar las pastillas, mientras dejábamos prácticamente con la palabra en la boca al tal Samuel.

Al retirar la silla, casi nos topamos con un camarero que venía a tomar nota de lo que deseábamos de primer plato.

– ¿Qué va a ser? –preguntó, mirando a los presentes.

– Para nosotros dos lo de siempre – le contesté yo, por mi abuelo y por mí, al viejo Agustín, que así se llamaba aquel antiguo sirviente del coto.

Y así incorporéscaparnntas pe siempreustentpor toda excusa.uve, al ver que ejas.abanreso de inmediato e incorporescaparnntas pí quedó, mal que bien, algo más disimulada con la presencia del viejo camarero, aquella doble, aunque momentánea, huida.

Afortunadamente, el destino vino a nuestro encuentro, ayudándonos para no dar demasiadas explicaciones cuando ambos regresábamos de vuelta a nuestra mesa. Samuel, que debía estar todavía algo sorprendido por nuestro repentino abandono de la conversación, levantó la cabeza, probablemente con ganas de retomar la misma con nosotros que llegábamos por el pasillo, pero entonces vio algo en el mismo que le relajó y alegró el rostro sobremanera, y enfocó su atención y su pensamiento hacia este otro asunto que, indudablemente, le interesaba mucho más que nuestros antecedentes familiares.

Así que desvió su mirada de la nuestra, levantó una mano e hizo señas a una pareja que acababa de entrar en el restaurante. Volvimos todos la cabeza y vimos a un hombre de unos cuarenta y ocho años y a la que parecía su hija, una hermosa joven de unos veintitrés.

En un instante, Samuel ya se había levantado de la mesa y se acercaba por el pasillo hacia ellos. En cuanto se vieron saludó con un fuerte abrazo a ambos e intercambiaron unas frases, sin duda cariñosas y llenas de emoción por aquel encuentro.

Luego los condujo a nuestra mesa y nos los presentó, antes de sentarse los tres en un extremo de la misma, lejos de nosotros, para comer juntos y hablar de sus cosas.

– Es mi hermano Arturo. Ha venido a llevarse de vuelta a España a su hija Teresa, que está haciendo unas prácticas en Buenos Aires. Pero antes han querido venir a saludarme a este sitio olvidado –dijo, orgulloso de sus familiares.

Los demás les saludaron haciendo una seña con la mano. Y mi abuelo pareció respirar aliviado al verles alejarse a aquella punta de la mesa.

Yo no pude por menos que reparar en Teresa. Éramos casi de la misma edad, bueno, quizá yo tenía un par de años más. Y eso nos unía frente a todos aquellos vejestorios o, cuando menos, maduros. Y me atrajo mucho la belleza de la muchacha que, además, parecía una chica bondadosa, con unos ojos soñadores y tiernos. Tanto que hizo que yo clavara los míos en ellos y esbozara mi mejor sonrisa. Ella pareció turbarse entonces y descolocarse durante un momento, pero luego también acabó observándome a mí, más detenidamente, y me la devolvió, aunque de forma más discreta.

El camarero Agustín se puso en medio de nuestras miradas y empezó a servir la mesa.

Entonces oí de nuevo otra vez la voz gastada del abuelo. A modo de explicación, otra vez, de su anterior comportamiento.

-Ya sabes que en el coto no quieren que intimemos con los clientes.

Siempre parecía anticiparse y leer mi mente como si fuera el periódico, porque yo en aquel momento ya estaba pensando en preguntarle por aquella abrupta interrupción.

Yo lo quería mucho, pero aquel día le contesté secamente.

– Ya estás otra vez con tus consejos y con lo que el coto quiere o deja de querer. A mí no me han dicho nunca nada.

El abuelo siguió insistiendo.

– En cuanto termine la comida nos volvemos a casa.

Pero aquel día él estaba en mis manos. No se había traído su coche y por tanto yo controlaba la situación. Así que traté de ser amable con él pero, al mismo tiempo, dándole un toque de atención y corrigiendo su anterior brusquedad.

– Está bien, abuelo, pero sin ser maleducados con mi grupo, ¿estamos?

El abuelo no pareció demasiado conforme con mi respuesta. Fue a insistir de nuevo, pero le miré de tal forma que no le quedó otra que dejar las cosas como estaban.

Me dolió verlo cómo se entristecía por momentos. Y traté de suavizarlo.

– Tomamos un café y nos vamos, ¿vale?

El abuelo se quedó mucho mejor que antes, aunque lo disimulaba. Yo lo conocía muy bien.

– Ya sabes que a mí no me gusta el café –me dijo, todavía algo amargo y resentido conmigo, haciendo un gesto con la boca, como si se tuviera que beber, obligadamente, un café amargo precisamente y sin azúcar.

Pero yo ya no le contesté. Ya se tomaría, como siempre, su copita. Y yo me sumergí en la conversación, salpicada de las anécdotas del día, con los comensales que tenía a mi lado. Y, de vez en cuando, miraba a Teresa, a la que sorprendí también observándome.

Terminamos de comer y los siete cazadores más Arturo, el padre de la muchacha, se esparcieron en dos mesas por la terraza, mientras tomaban café, alguna copita y encendían sus cigarrillos y sus puros. Era el corolario de compañerismo y camaradería de una buena jornada de

caza.

El abuelo se había apartado a la barra del bar, donde se estaba tomando un combinado mientras hablaba con el camarero Agustín, otro viejo nostálgico como él con el que se entendía muy bien. Pero, sobre todo, miraba por la ventana hacia el exterior, sin dejar de observarme ni un solo momento.

Sí, allí había empezado todo. Al levantarnos de la mesa no pude por menos que acercarme a Teresa, mientras sentía en mi brazo el codazo del abuelo. Entonces yo lo miré un tanto airado y él cedió aunque me señaló el reloj para que no tardara mucho.

A Teresa le ofrecí dar un paseo por los jardines del coto que rodeaban el edificio del club en el que estaba el restaurante. A ella yo creo que le pareció una liberación que yo la sacara de aquella jaula de cuarentones y cincuentones que la aprisionaba. No obstante, lo consultó primero con su padre y luego salimos ambos al exterior.

Teresa tenía una conversación agradable y amena. Me dijo que era enfermera y que había venido a hacer unas prácticas en una ONG de Buenos Aires y que ahora, tras visitar a su tío Samuel, al que no veían desde hacía tiempo, se volvería a Sevilla, donde vivía con su padre, que era un editor de renombre en la ciudad, y con el resto de su familia. Le encantaba Buenos Aires. Me decía que se sentía como en una ciudad española.

– Quizá no te lo creas, pero yo nunca he estado en Buenos Aires –no pude por menos que sincerarme, ya que poco le podía aportar yo a sus comentarios sobre la capital.

– ¿De verdad? ¡Es increíble! ¿Y por qué? –pareció sorprenderse Teresa y terminó como pidiendo una explicación adicional.

– Mis padres murieron al poco de venir aquí. En un accidente ...

– Lo siento ...-susurró Teresa un poco conmovida y sorprendida ante aquella respuesta.

Así que continué. Y mientras hablaba me di cuenta de que en pocas palabras yo le estaba contando todo lo que sabía de mi propia vida.

– Gracias ... El caso es que me he criado con mis abuelos ... Toda la vida en estos paisajes. Mi abuelo es cazador, bueno, más que eso, es un profesor y un guía extraordinario. Ahora está jubilado, pero sigue enseñando, su sueldo lo añaden al mío, ya sabes ... Yo todo lo he aprendido de él. Así que no hemos salido nunca de la Patagonia, siempre en pueblos pequeños, cerca de los cotos.

A Teresa tal vez le di algo de pena en aquel momento, según me pareció. O mi situación se la dio. Aislado en la Patagonia con mis abuelos, tan joven. Y tan paleta, me dolió pensar a mí.

O quizá era que ella tenía un corazón abierto y bondadoso, como lo certificaban sus prácticas en la ONG y le preocupaba que yo no pudiera desarrollarme adecuadamente en un ambiente más amplio. O, tal vez también, ojalá, pensé yo para mis adentros, fuera, sobre todo, aquella corriente de simpatía y atracción que empezaba a actuar entre nosotros.

Así que no me sorprendió del todo, cuando me propuso:

– Si te animas yo podría ser tu cicerone. Pasaremos un par de días en Buenos Aires antes de volver a España ... ¡Y mi padre estará ocupado, tiene algunas visitas de negocios que hacer ...! ¡Así yo no me aburriré! –y me miró con aquellos ojos que ya conectaban tan directamente con los míos.

Aquello era más de lo que yo podía esperar. Se me abrió el cielo.

– ¿Me lo dices en serio?

Y yo lo leí en su mirada transparente y franca, mientras me sonreía.

– Prepara tus cosas. Mañana saldremos desde Conesa a Buenos Aires. Iremos en coche. Mi

padre ha alquilado uno ... ¡Así también nos ayudarás a compartir el volante!

– ¡Claro, qué menos! ¡Qué ilusión! Muchas gracias, Teresa –le dije con entusiasmo.

Hubiera dado saltos de alegría allí mismo si no hubiera visto de refilón a mi abuelo mirándome por la ventana desde la barra del bar.

Me imaginé por un momento la conversación de mi abuelo con el viejo camarero. Siempre hablaban ambos de sus dos nietos. Mi abuelo le habría contado de nuevo, orgulloso, siempre lo hacía una y otra vez a todo el mundo de su confianza, el suceso memorable que había ocurrido hacía ya algún tiempo, el suceso de la caza del jabalí.

Aquel día nos habíamos apostado, mi grupo y yo, tras unos matorrales y al abrigo de unos tupidos lingues que se levantaban en la ribera del arroyo, a la espera de que lo cruzaran tras abrevar en él una partida de jabalíes. Nos pusimos a contraviento para que la piara de cerdos salvajes, de poca vista pero de gran olfato, no pudiera detectarnos.

Yo sabía que pasarían por allí porque había descubierto hoyos y rozaduras en el suelo producidos por las jetas de aquellos animales de caza mayor que buscaban raíces y, sobre todo, hongos y trufas, verdaderos manjares, para alimentar a sus jabatos y rayones.

Era la hora del crepúsculo, la mejor para la caza del jabalí, en la que iniciaban sus marchas que durarían toda la noche en busca de comida. Así que estábamos todos con las armas engatilladas, los párpados fruncidos enfocados al otro lado del río y las aletas de la nariz en tensión olfateando la brisa.

Aparecieron de repente al trote una quincena de ellos con la gran hembra que lideraba la partida a su frente. Levantó ésta un momento la jeta como si oteara el aire antes de acercarse a abrevar. Y, convencida tras ello de la falta de peligro, se acercó. Toda la piara se lanzó, ansiosa, a beber el agua fresca.

Nosotros vimos muy bien a las cinco hembras que se correspondían perfectamente con los cinco cazadores que aquel día componían mi grupo. Todos nos miramos satisfechos. Sería un gran día para todos.

Les hice una seña para que se las repartieran, señalando a cada uno la jabalina que más cerca le quedaba. Si fallaban podían disparar a algún jabato grande, los rayones pequeños debían quedar libres, según especificaban las reglas del coto para mantener la población verraca de forma sostenible.

– ¡Ahora! – les grité.

Se escuchó la tremenda descarga de los rifles. Los jabalíes, sorprendidos y asustados, retrocedieron para perderse al otro lado del riachuelo. Pero cuatro ya se habían quedado en el sitio.

Rufino, uno de los cazadores más orgullosos que yo me había echado a la cara nunca, falló de forma estrepitosa, porque ni siquiera hirió a su contrincante que, velozmente, desapareció entre el follaje. Rápidamente le señalé un jabato grande que todavía estaba a tiro, pero reaccionó tan lento que cuando quiso disparar su bala solo encontró el aire, porque el veloz jabalí ya había doblado por detrás de un ciprés.

La batalla del día, tras este fallido lance, había terminado. Los cazadores bajaron sus rifles y se saludaron contentos entre ellos. Pero el olor a pólvora seguía inundando la ribera del riachuelo. Y sobre todo los ojos frustrados de Rufino.

Entonces oímos los jadeos de un pequeño rayón que había quedado atrapado entre las brozas que rodeaban un matorral. Rufino, rápidamente, se giró echándose el rifle a la cara buscando la dirección que le llevaba hacia la cría.

Pero yo ya me había puesto frente a él.

– Rufino, ¡no! –le grité y, luego, con comprensión, le susurré – ¡ya habrá otros días ...!

Pero él estaba todavía muy excitado. No sería el único que se iría sin trofeo, debió pensar.

– No te metas en esto, es entre él y yo. ¡Es un animal! –me soltó furioso.

Y levantó el rifle. Yo me puse en medio. Los demás hombres se acercaron a nosotros.

– Rufino, es una cría, solo una cría ... – le dije con calma.

–¡Apártate! ¡Apártate, por Dios que te mato! –se aproximó hasta casi tocarme con la boca del cañón.

Entonces yo me acerqué todavía más. Y puse su cañón sobre mi pecho.

-Respetemos la ley del monte, Rufino.

Los hombres no intervenían, presos todavía de un tremendo silencio.

Nosotros dos nos mirábamos. El rayón luchaba detrás de nosotros por su suerte, tratando de desliar sus patas.

Por fin a Rufino le vino un golpe de sensatez. O, quizá fueron solo los apoyos de las manos en los hombros de dos de aquellos compañeros, que trataban de apaciguarlo los que lo doblegaron.

Por fin se dio la vuelta y bajó el rifle, mientras sus compañeros sacaban tabaco y mechero para echarse un merecido y relajante pitillo.

Yo me acerqué al rayón, abrí mi navaja cabritero y lo destrabé. El joven jabatillo huyó como alma que llevaba el diablo.

Tal vez nos lo volviéramos a encontrar años más tarde si la ley del monte cruzaba de nuevo nuestros caminos. Entonces ya sería un contrincante a batir y aquellas leves ataduras tampoco servirían para detenerlo en su huida si volvíamos a fallar. Eso, si se atrevía a cruzar alguna vez más en su vida por aquella parte del riachuelo que, quizás, nunca olvidaría.

Cuando me acerqué al grupo, Rufino, ya más tranquilo, me acercó un pitillo.

Y yo se lo cogí.

Los dos mozos ya estaban quitando las tripas de las jabalinas y despiezándolas para llevárnoslas en los coches, antes de que la oscuridad nos cegara. Y los susurros de las hojas de los cipreses, de los avellanos, de los cohiues y de los lingues dominaran el silencio de la noche.

Conesa en realidad se llamaba General Conesa, aunque usualmente se le nombraba solo con el apellido del militar que peleó en la guerra de Argentina con Paraguay, y se asentaba sobre la margen sur del Río Negro, que daba nombre a toda la provincia. Era un núcleo relativamente pequeño, no llegaría a los cinco mil habitantes, en plena Patagonia y muy distante de la capital Buenos Aires, de la que le separaban la friolera de mil kilómetros.

Nosotros vivíamos en las afueras, como siempre, en una casa de una sola planta llena de tranquilidad y de silencio, llevando una vida ordenada como pocas. La abuela, con la ayuda del abuelo cuando no me acompañaba a mí en el coto, cultivaba en un anexo a la casa un huerto con una docena de manzanos y perales, de las variedades Golden y Williams respectivamente, que resultaban realmente sabrosas en aquellas tierras y aliñaban una veintena de surcos donde se agolpaban plantas de tomates, pepinos, pimientos y melones que, junto con la caza que proveíamos del coto, constituían el aprovisionamiento principal de los fogones de la cocina de aquella casa.

Nada más acercarnos a la puerta a nuestro regreso, empezamos a respirar el aroma de la olla de aquella cocinera excepcional que era la abuela. Y, mientras el abuelo pasaba dentro, me detuve un momento echando una ojeada al huerto. Que, por un momento, me pareció como un pequeño paraíso, lleno de colorido, ordenado y limpio. El paraíso acogedor, sano y honesto que representaba aquel mundo de mi pequeña familia y que a mí me costaría mucho abandonar en el futuro, si es que lo hacía algún día. De hecho, a pesar de mi edad, todavía no se me había pasado por la cabeza. Y las féminas que se habían cruzado en mi camino no me habían reportado sino algún tonto de tres al cuarto, que se había quedado a la postre en nada. Solo pequeñas escaramuzas en aquel peculiar espacio de caza que era también el mundo del amor, en el que yo hasta aquel momento no había encontrado enfrente a ninguna oponente que me hubiera hecho realmente temblar.

Pero aquel día había sido diferente. Los ojos y la sonrisa de Teresa me habían ofrecido aquellos códigos que yo entendía tan bien. Como entendía los de aquellos bosques que me rodeaban todos los días. Y, por ello, por primera vez, a mí me había inundado la confianza de avanzar y abrirme a alguien del otro sexo.

Y también aprovechar la oportunidad que me daba aquella muchacha. Visitar una gran ciudad. Una ciudad maravillosa. Porque Buenos Aires representaba para mí entonces lo maravilloso de lo desconocido. De lo grandioso e importante del mundo exterior al que yo nunca había tenido acceso. Y también, por ello, poder enfrentarme al íntimo reto de hacer algo que rompiera las férreas y precavidas costumbres con las que me habían educado, y hasta maniatado, mis padres de hecho, que habían regido mi vida con todo cariño, pero con mano firme, desde que se habían hecho cargo de mí, al poco de nacer.

No les dije nada a los abuelos de mi proyectado viaje con Teresa y su padre a la capital hasta la noche, mientras cenábamos en la cocina. Durante la semana siempre cenábamos los tres juntos en ella y, siempre también, muy temprano, dado que al día siguiente el abuelo y yo madrugábamos para llegar al coto a primera hora.

En cuanto lo expuse, el abuelo rápidamente empezó a poner pegas. Cualquier cambio le molestaba y ponía al descubierto sus rarezas, revestidas siempre de difusos temores.

– No me parece buena idea. Un viaje tan largo ... Y no los conocemos de nada.

Yo me explayé entonces en todo lo que conocía de ellos. Él, un editor de renombre en Sevilla, amante de la cultura. Y ella, una enfermera haciendo prácticas en una ONG. Qué mas podía pedir. Y eso es lo que argumenté durante un buen rato.

El abuelo no quedaba conforme. No podía poner pega alguna a aquellos nuevos amigos, pero no le acababa de gustar aquel proyectado viaje.

– Además habría que pedir permiso en el coto ... –terminó remachando sobre la inconveniencia de aquella repentina marcha.

Pero eso ya me lo tenía yo bien preparado. Y había sido diligente en ello durante aquella misma tarde. Así que contesté con presteza y contundencia.

– ¡Ya lo he hecho! ¡No hay ningún problema en el coto, ya tengo el permiso! –exclamé, sin ni siquiera dejarle terminar.

El abuelo, ante aquello que parecía ya inevitable, se quedó un momento parado y sorprendido, mientras buscaba en su cabeza algún recurso nuevo para incidir en su oposición.

La abuela entonces lo miró un instante, aunque sin hablar. Lo cual era bastante frecuente entre ellos, por lo menos en mi presencia. Quizá se comunicaban con los ojos y con unos mínimos gestos, mientras les embargaba a ambos una atmósfera de misterio, mezclado con preocupación y tristeza, todo herméticamente encerrado en su mundo particular de pareja, y de padres responsables míos, en el cual yo nunca pude entender todas las claves que lo regían.

Pero aquel día la abuela, después de mirar a los ojos al abuelo, habló.

– ¡Déjalo! Ya tiene veinticinco años. ¡Ha pasado veinticinco años ya con nosotros! ¡Y solo serán un par de días! –recalcó con una firmeza que yo desconocía en ella.

El abuelo permaneció unos instantes más en silencio. Como rumiando algo que ya hubiera masticado otras muchas veces. Luego, levantó de nuevo la cabeza, miró de forma que a mí me pareció especial a la abuela y, aunque contrariado, aceptó por fin.

– Las ciudades son peligrosas. Andáte con cuidado –me dijo clavando sus ojos en los míos.

El viaje había sido largo pero agradable, y muy instructivo, compartiendo los tres el volante del coche y llegando a Buenos Aires esa misma noche. El impacto de la gran ciudad llena de luces y de los trajines que provocaba todo aquel bullebulle de gentes y de automóviles chocaba en mi mente con la sencilla pequeñez y armonía de nuestro huerto. Y, por un instante, tuve la sensación de que algo importante iba a cambiar pronto en mi vida y de, que tal vez, ya nada iba a resultar igual que antes. Siempre había sido hombre de intuiciones, de clarividencias. Como cuando adivinaba el momento exacto de unión entre el animal, el rifle y yo.

Habíamos llegado ya al hotel. Abandoné mis pensamientos para rellenar los papeles de registro de entrada en el establecimiento, que era el mismo que el de Teresa y su padre. Yo dormiría en una habitación individual, mientras que ellos compartían una doble.

Nada más subir llamé a los abuelos para tranquilizarlos. Y, menos mal que lo hice, porque estaban ya al borde de un ataque de nervios. Y no se resistieron en absoluto a hacerme partícipe por enésima vez de sus preocupaciones.

– Lleva cuidado en esa ciudad. Hay gente loca e inconsciente. Acuérdate de tus padres ... – no dejó de avisarme mi abuelo sin ninguna cortapisa.

– Vale, abuelo, pierde cuidado, iré con toda precaución. En nada estoy con vosotros de nuevo. Un fuerte abrazo para los dos.

– Cuídate hijo ... Y no te olvides de lo que te he dicho.

Lo primero que hicimos Teresa y yo a la mañana siguiente fue visitar la ONG donde ella había estado haciendo sus prácticas. Se llamaba Fundación Camino y Vida y, entre otras cosas, estaba especializada en la rehabilitación de drogadictos y alcohólicos. Cuando llegamos nos detuvimos en la puerta y Teresa me señaló con el dedo el nombre de la misma que estaba en una placa a la entrada. Demostraba un íntimo orgullo por su experiencia de ayuda desinteresada a los demás, lo que confirmaba las vibraciones de bondad que emitían sus ojos y sus gestos habitualmente.

– Pues aquí he trabajado estos tres meses tan intensos. Me gustaría ver por última vez a mis pacientes, bueno, casi ex pacientes ya ... ¿Me acompañas? –terminó con una sonrisa cautivadora.

¿Cómo decir que no? Ojalá el abuelo fuera siempre tan agradable y abierto, pensé por un momento, casi siempre hablaba como con el freno de mano puesto.

Así que pasamos al interior.

Teresa se besó de forma cariñosa con la chica de la recepción y también saludó calurosamente a cuantas personas se encontró a su paso. Se notaba que lo que ella sembraba rendía luego sus buenos frutos de vuelta. O eso pensé yo en aquellos momentos. Claro, seguro que había tenido también una infancia confortable en una familia cariñosa y unida, razoné a continuación. Su padre parecía asimismo una persona estupenda y muy culta, por su oficio de editor.

Yo no era tan cariñoso, ni tan amable, quizá solo parecía al principio superficialmente correcto. Aunque yo percibía, sin embargo, que en el fondo me unía a ella una inocencia y bondad íntimas, como las que ella mostraba pero que, en mi caso, estaban ocultas tras numerosas capas de aparente indiferencia y frialdad que me aportaban una apostura dura y enhiesta, casi orgullosa, cuyo mejor ejemplo era mi estampa de frío y experto cazador.

Era una herencia, sin duda, de aquella doble orfandad de mis padres y de aquel poso de misterio, prevención y hasta tristeza que exhalaban aquellos frecuentes mutismos de mis abuelos. Abuelos a los que yo consideraba, sin embargo, como a mis padres auténticos y a los que profesaba un cariño, una devoción y un agradecimiento sin límites, por haber destinado toda su vida a cuidarme como ellos lo habían hecho y a protegerme en aquel mundo que ellos habían creado para mí que no tenía peligro alguno.

Con estos pensamientos en la cabeza, que se me venían mientras Teresa recogía el cariño de empleados y pacientes, llegamos al salón de actividades, donde estaba el grueso de los internos, dado que las terapias de reinserción y rehabilitación pasaban siempre por alcanzar un mínimo de estabilidad emocional, que venía siempre de la mano de una dedicación, afición o entretenimiento, a ser posible compartidos con compañeros y amigos, según me había explicado Teresa durante el viaje.

Así que lo que encontramos en el salón fueron personas pintando en sus caballetes, o sobre platos y jarras de loza, o haciendo manualidades: pulseras y collares de cuero y también bordados en pañuelos y foulards o esculpiendo figuritas en trozos de madera. Junto a ellos había también tres o cuatro mesas de juego y, sentados a ellas, algunos hombres jugando a las cartas y también al dominó.

Nos acercamos a la mesa del dominó y los pacientes saludaron, como siempre, muy

cálidamente a Teresa y esta aprovechó también para presentarme.

Entonces conocí a El Cojo, que estaba allí sentado jugando. Un hombre que acabaría teniendo una importancia grande en mi vida. En la nueva vida que me esperaba.

Podía tener unos sesenta años, aunque representaba muchos más, mal encarado y decrepito, con el rostro surcado de hondas arrugas y desgastes que la vida, y el vicio, habían dejado a su paso. Lo que más llamaba la atención eran sus ojos, agudos y penetrantes, que te taladraban cuando te miraban. O, por lo menos, así lo recuerdo yo.

Por un momento la conversación que tuve con él me recordó a aquella que mi abuelo había abortado en el restaurante del coto con aquel cazador, tío de Teresa, de nombre Samuel.

Cuando Teresa me presentó al grupo de jugadores, él fue el primero que preguntó:

– ¿Así que tú también eres de la Madre Patria como Teresa?

– No, no, yo no soy español, nací aquí. Mis padres sí vinieron de Cádiz.

– ¿De Cádiz? –sentí por primera vez aquellos ojos penetrantes sobre mí – Yo estuve una época por allí. ¿Cómo se llama tu padre?

– Mateo Soldado ... Pero ya murió.

A mí me pareció que El Cojo acusaba en su cara el nombre de mi padre. Aún más, por un momento noté en ella una clara señal de sorpresa. Por eso se quedó parado un instante. Aunque luego me pareció que recuperaba su apostura anterior y continuaba, ya aparentemente más tranquilo, con la conversación.

– ¿Soldado ...? No lo recuerdo ... Aquello es muy grande ... ¿Y a qué te dedicas ahora, también eres enfermero? –y siguió observándome con más atención e interés, si cabía, que antes.

– No, yo no ... Trabajo con mi abuelo en un coto de caza en Conesa, un pueblecito en la Patagonia.

El Cojo siguió mirándome un momento más, como esperando a que yo continuara con algún detalle adicional. Luego, tal vez como vio que yo no se lo suministraba, relajó su rostro, e incluso me esbozó una sonrisa que lució extraña en su cara enjuta y decrepita.

– Ah ... Cuida bien a Teresa, ¡es un verdadero ángel! –y dirigió su mirada hacia ella.

Yo no pude por menos que mirar también a Teresa. No podía estar más de acuerdo con aquello que había dicho El Cojo de ella.

– ¡Lo haré! –exclamé pensando en mis adentros lo afortunado que era por poder pasar con ella a solas aquellos dos días en Buenos Aires.

Nos despedimos de los hombres del dominó y fuimos luego saludando al resto de pacientes. Teresa aprovechaba para recordar alguna anécdota que había vivido con ellos y luego les decía adiós con un “hasta siempre”, que ella se esforzaba en remarcar, mientras les daba un beso.

A continuación yo les alargaba la mano un tanto precipitadamente y sin mirarles mucho, para que aquello no se prolongara demasiado y pudiéramos, por fin, iniciar nuestra esperada visita a la ciudad.

Y, por fin, efectivamente, todo aquello se terminó y abrimos de nuevo las puertas del salón de actividades para tomar el pasillo y dirigirnos, si nadie se ponía en nuestro camino, a la puerta de salida. Y, en definitiva, a la ciudad de Buenos Aires. Aquella urbe, una de las más importantes del mundo, que contaba con casi quince millones de almas.

En el salón, El Cojo se levantó de la mesa y empezó a caminar cojeando ligeramente. Aunque nadie lo miró. Allí todos le habían visto caminar así ya.

Luego, al cabo de unos pasos, cuando ya sentía que podía hablar tranquilamente, sacó su

móvil del bolsillo y marcó. Mientras lo hacía, otro de los jugadores, un tal Demetrio, tan viejo y tan castigado por la vida como él, giró la cabeza y se le quedó mirando mientras El Cojo hablaba, sin que él pudiera oír de qué.

Todo esto yo no lo vi, claro. Pero, a la vista de lo que pasó después, seguro que ocurrió, más o menos, así.

Cerramos la puerta del salón tras nosotros y enfilamos el pasillo. Yo, quién sabía por qué, volví a acordarme de El Cojo. Y no pude por menos que expresar a mi reciente amiga lo que estaba pensando. Después de lo que había visto allí, a Teresa cada vez la consideraba más amiga mía y me encontraba muy relajado y muy a gusto a su lado, lo cual facilitaba la confianza y la confidencia.

– ¡Por un momento me dio la sensación de que conocía a mi padre! ¡Me pareció muy extraño! –dije así, a bote pronto.

– ¿Quién, El Cojo? –Teresa no pareció sorprenderse mucho – ¡A mí me dio muchos problemas al principio! Pero ya está muy recuperado –y luego, ciñéndose a lo más importante, exclamó con alegría – ¡Vamos a disfrutar de Buenos Aires!

Buenos Aires tenía un encanto especial. Tal vez por eso era la ciudad más visitada de toda América Latina. La llamaban la París de América, por su monumentalidad y su ambiente cultural. Creo que era la ciudad que más librerías tenía por habitante. Y una de las que más teatros y foros podía ofrecer. Pero, aunque eso no hubiera sido así, probablemente su encanto para nosotros no hubiera disminuido.

Cada vez nos encontrábamos más a gusto entre nosotros. Y la calidez, la inocencia, la bondad y la alegría de Teresa iban doblegando mis barreras. Además nuestros cuerpos, jóvenes y bellos, se llamaban el uno al otro por todas las esquinas y frente a todos los palacios que visitábamos.

Baires, como allí la llamaban de forma familiar, o la Reina de la Plata, de forma más rimbombante, nos acercaba a los dos, el uno al otro, desde la algarabía y el colorido del barrio de La Boca, lleno de personas humildes y de emigrantes, pero rebosantes de alegría y de casticismo, con su calle del Caminito, “que el tiempo ha borrado”, aunque nunca la melodía de sus tangos que escuchábamos en cualquier bar, con sus letras en porteño y en lunfardo llenas de un doméstico exotismo que no acabábamos de entender: “No tengo el berretín de ser un bardo /chamuyador letrao, ni de spamento/ Yo escribo humildemente lo que siento / y pa’ escribir mejor, ¡lo hago en lunfardo! ...”.

O desde la antigua Plaza Mayor, ahora Plaza de Mayo, con su historia a cuevas plena de reivindicaciones, de honras y vergüenzas. O desde la majestuosidad y amplitud de la avenida Corrientes, una de las calles más anchas del mundo, en la que abrí mi tristeza a Teresa por haber perdido allí a mis desconocidos padres. O desde el clasicismo de la Catedral Metropolitana y de la belleza de aquel nombre tan bonito de “Manzana de las luces”.

Cuando nos encaminábamos a cenar a Puerto Madero, ya iba yo ebrio de horizontes, de sensaciones, como cuando caminaba por el bosque y me embriagaba los sentidos toda aquella fragancia que exhalaba la naturaleza.

Entonces me detuve, la miré atrayéndola hacía mí, y la besé en el Puente de la Mujer.

Ella me dijo, después, con su deje sevillano.

– Pensé que no lo ibas a hacer nunca.

Y yo sonreí, aunque aguantando la compostura, como un torero recogiendo la muleta.

Y luego no pude por menos que susurrarle, ablandándome por dentro, como nunca lo había hecho:

– Es que quería llegar a este puente, el tuyo.

Y Teresa se quedó un momento mirándome, como tratando de descubrir lo que había más allá de mi fachada, de mi careta.

– Me gusta eso que has dicho. Se ve que hay en ti algo más que destreza con los rifles – musitó terminando con una cálida sonrisa.

Y me besó entonces ella. Como ella era. Llena de íntima alegría.

Así que me animé como nunca.

– Vamos a cenar, que si no te comería aquí mismo –le dije.

– Eh, muchacho, que vas tú muy de prisa, mi niño –respondió ella.

Y nos fuimos a cenar y a conocernos un poco más en Puerto Madero. Donde realmente se comía muy bien. Y yo iba sintiéndome, cada momento que pasaba, mejor.

La llevé al hotel a una hora prudencial. Y, luego, llamé desde mi habitación a los abuelos. Me di cuenta en ese momento de que no habrían dormido si no lo hubiera hecho. Era la primera vez que nos separábamos y sentí de golpe cuánto los quería. A pesar de sus silencios, de sus rarezas y de la diferencia de edad, sentí en aquellos instantes que éramos una verdadera familia.

– Todo muy bien, en nada estoy con vosotros ...

– Lleva cuidado. Y no te entretengas por la ciudad cuando se vayan. Te esperamos ...

A la mañana siguiente, después de desayunar con su padre en el hotel, Teresa y yo nos fuimos a dar una última vuelta por la ciudad. Su avión salía a las ocho de la noche y, por lo tanto, tenía que traerla de vuelta al hotel a las cinco como muy tarde.

Estuvimos recorriendo el barrio de La Recoleta, que era el que más le gustaba a Teresa, porque se sentía en él como en España. Y visitamos brevemente su famoso cementerio, donde reposaban los hombres más ilustres y cultos que había dado Argentina. Todo parecía confluír aquella mañana para llevarnos a la tristeza de la despedida que más pronto que tarde habría de llegar.

Reservamos el último par de horas para los monumentos más importantes: La Corte Suprema de Justicia, el Congreso de la Nación Argentina y por fin la Casa Rosada. Los tres poderes: el judicial, el legislativo y el ejecutivo del país.

Y quisimos immortalizar en ellos, como recuerdo, una imagen nuestra hecha con nuestros móviles, para que durara en el tiempo como lo habían hecho aquellas tres instituciones, que eran los pilares en cualquier país moderno.

Luego, para finalizar, nos fuimos a la Fuente de los Bailarines donde pudimos leer, absolutamente emocionados, sus famosos versos: “Por aquí tantas veces pasamos / Nos detuvimos a envolvernos de luz, / a bañarnos en el color de las frondas, / a recomponer en movimientos y en gestos, / la constante maravilla de la creación, / y aquí queremos permanecer, / bajo este cielo, estos árboles ... / Y esta intensidad que no nos olvida, y que no olvidamos ...”

Cuando acabamos de leerlos, nos abrazamos y nos besamos. Luego, para immortalizar el momento, nos cogimos de la cintura y miramos a la pantalla para hacernos el mejor selfie de recuerdo.

Pero no llegamos a materializarlo. Un instante antes sonó mi teléfono y pude ver en la pantalla la leyenda: “Abuela llamando”. Me sorprendí un poco, casi siempre era el abuelo el que me llamaba. Pero descolgué con alegría, la misma que llevaba dentro y que se había ido acumulando durante aquellos dos días.

– ¡Hola abuela!

Pero al otro lado de la línea no había alegría alguna, sino terror y desesperación. Escuché la voz de mi abuela llena de angustia y temor.

– ¡Isaac, hijo! ¡Han matado a tu abuelo!...¡No vuelvas por aquí!, ¿me oyes? ¿me oyes ...? – dijo con una voz ronca y desgarrada.

Yo me quedé estupefacto. Paralizado por la sorpresa de lo que acababa de escuchar. Por aquel horror que me sobrepasaba totalmente en aquellos momentos y que hacía que estuviera absolutamente golpeado, incapaz de entender lo que había oído y mucho menos de asimilarlo. Y todavía menos de aceptarlo. Como si fuera imposible que eso pudiera haber sucedido en un día tan maravilloso como aquel.

Por fin pude articular algunas palabras sin recuperarme de la sorpresa, del horror.

– ¡Abuela, pero qué dices, qué pasa ...!

Se produjo un silencio denso en la línea. Mi corazón estaba expectante, sobrecogido, acelerado, yo diría que atónito, si eso fuera posible en él.

Por un momento llegué a pensar también en alguna suerte de broma, o confusión de un cruce de llamadas, buscando alguna esperanza ante el horror, aunque aquella voz era la de mi abuela, de eso no cabía duda.

Yo no entendía nada, no alcanzaba a reponerme de lo que había escuchado, Y aquel silencio en la línea seguía golpeándome, paralizándome, mientras mi mente pensaba a toda velocidad tratando de encontrar algún sentido a todo aquello, y mi mano temblaba sujetando apenas el teléfono contra el oído. No podía aceptar que una cosa tan mala me hubiera ocurrido a mí. Pero, a continuación, vino algo inclusive peor. Muchísimo peor.

Oí una serie de disparos a través del auricular. Que me sonaron aterradores. Disparos de revólver. Yo los distinguía muy bien. Porque allí, en el coto, también enseñábamos a disparar con arma corta.

Luego, sonó el golpe del teléfono de mi abuela al caer contra el suelo. Y a continuación se hizo un silencio denso otra vez, que a mí me pareció infinito.

Por fin volvió a oírse una voz de hombre por el auricular.

– ¡Y ahora vamos a por ti ...! – dijo, no con odio, según me pareció, sino con una frialdad que me llegó al alma y que no admitía réplica, sino solo una prevención y temor incalculables.

Así que no pude por menos que retirar mi oído del auricular horrorizado. Y, luego, colgar inmediatamente, apretando con insistencia y saña la tecla. Como si con ello pudiera negar, por un momento, lo que acababa de escuchar. A pesar de haberlo oído con una claridad meridiana.

Seguro que me puse pálido, porque me sentía absolutamente conmocionado. Y con un mareo creciente. Por ello, miré un momento alrededor hasta que divisé un banco y me dejé caer en él como un fardo, absorto, traspuesto y con la mente absolutamente perdida.

Trataba de digerir aquel tremendo golpe. Aquel inmenso horror. Aquella pérdida incalculable que me dejaba absolutamente solo en el mundo. Pero no podía asumirlo, ¡no podía! Nosotros no habíamos hecho daño a nadie en nuestra vida. ¿Por qué todo aquello entonces?

Sentí la sombra cálida de la compañía de Teresa sentándose a mi lado y preguntándome con los ojos qué estaba pasando, aunque probablemente intuía que era algo malo.

Yo la miré y hablé con ella. Pero, sobre todo, conmigo mismo. Dando rienda suelta a los pensamientos que se agolpaban en mi interior.

– ¡No me lo puedo creer! ¡Estoy horrorizado! ¡Dios mío ...!

Teresa me cogió de la mano y me interrogó con los ojos. Debió ver en ellos tal negrura y tal tristeza que, aunque no sabía lo que me pasaba, intuyó que debía ser una gran desgracia.

Por fin reaccioné y dije en voz alta aquello que no quería creer.

– Teresa, acaban de matar a mis abuelos y ahora me han dicho que vienen a por mí.

Y, en cuanto lo dije, supe que era verdad. Como lo era cuando encontraba aquel momento,

el de la verdad también, en los bosques. Y esa clarividencia me cegó. Por su certeza irrefutable. Y también porque, con su claridad, empezaba a iluminarse de golpe toda mi vida anterior, pero de una forma extraña que yo no comprendía aún. Solo era una vaga sensación de que todo había sido diferente, irreal, tras golpearlo tremendamente aquella terrible sacudida.

Ella se tapó la cara con las manos.

– ¡Dios mío! ¡Lo siento, lo siento de verdad ...! Pero, ¿por qué? –repetía ella una y otra vez, tratando de unirse a mi dolor – ¡Qué desgracia, Dios mío! – exclamó, casi gritó al final, horrorizada, Teresa.

A mí se me empezó a convertir la expresión en la de un loco. Porque yo no tenía respuesta alguna al porqué había sucedido todo aquel horror ... Aunque empezaba a abrirse paso en mi mente la idea de que aquello no había ocurrido porque sí, que tenía que ver, aunque yo no sabía todavía cómo, con mi vida anterior.

Y también una segunda idea avanzaba con rapidez en mi mente: algo tenía que hacer, primero para entender lo que había pasado y luego porque lo que había escuchado me urgía a no quedarme quieto. Aquel “y ahora vamos a por ti”, retumbaba en mi interior chocando contra todas mis paredes interiores.

– ...¿Y ahora qué hago? –levanté la cabeza y busqué los ojos de Teresa, pero ésta estaba conmocionada y no podía decirme nada – No sé qué hacer ... Tiene que haber un error –me quise engañar todavía en aquellos momentos.

– Vamos a llamar a la policía ... – dijo por fin la muchacha.

Miré a Teresa, pero yo creo que no la vi. Me estaba creciendo algo por dentro que nunca había sentido y que todavía no sabía lo que era. Era algo íntimo, y personal, entre el destino y yo. Aquel destino que me había despojado de todo lo que yo tenía hasta entonces y me había dejado absolutamente desnudo y solo. Sí, aquel destino que tal vez, aunque yo no lo pudiera ver claro todavía en aquellos momentos, llevaba buscándome desde hacía tiempo para dejarme en cueros. Y no contento con eso, amenazaba con destruirme totalmente. Sí, algo intuí en aquel momento, como cuando estaba en mis queridos bosques de la Patagonia y encontraba allí la verdad de las cosas. Algo había entre aquel destino enemigo y asesino y yo.

Por ello, pasados algunos segundos le contesté lo que sentía. Algo se había quebrado entre el resto del mundo y yo. Y ni la policía, ni nadie, podía ayudarme, tenía que enfrentarme yo solo a ello.

– No, la policía no ... No sé por qué, pero no ... Yo tengo que saber lo que ha pasado. Tiene que ser un error – todavía me mentí, o más bien, de una forma inconsciente le mentí a ella, para no asustarla más – Nosotros no hemos hecho daño a nadie ... Pero, entonces, ¿quién me lo ha quitado todo y, encima, quiere matarme? –no pude por menos que añadir a continuación, como si hablara conmigo mismo. O con mi destino. Tan injusto hacia mí en aquellos momentos.

Sí, la mente se me estaba aclarando por momentos. Y la policía no tenía ningún papel que jugar ya. Cada vez lo veía más claro. Su actuación no me iba a devolver a mis abuelos y a mí tampoco podía protegerme eternamente. Aquel hombre que hablaba por el auricular no tenía nada contra mí, no me odiaba, pero tenía una firme voluntad de aniquilarme. No, la policía, no ... – y así se lo dije a Teresa. Ya totalmente convencido.

– No, Teresa, la policía no ... por lo menos de momento. Ya actuarán ellos de oficio. Quiero saber yo mismo lo que pasó. Y para ello tengo que moverme libremente ... Alguien, que no sé quién es, quiere destruirme. Y ya ha destruido lo que más quería.

Además, de repente cobraban sentido ante mis ojos todas aquellas viejas prevenciones y temores de mis abuelos. Como si lo que acababa de ocurrir ya pudiera estar escrito desde antes.

Tenía que pensar, que indagar en ello. Descubrir quién era yo y quiénes eran mis abuelos y mis padres, de los que apenas sabía nada. Cada vez me reafirmaba en que era algo personal entre el destino y yo.

Pero, qué podía hacer yo, ¿por dónde empezar? Y eso es lo que expresé en voz alta ante la única amiga que tenía en el mundo.

Sí, ella era mi amiga. Y estaba apesadumbrada. Quería ponerse en mi lugar y así tratar de apoyarme de forma acertada. Se quedó pensando un momento en mi pregunta.

– A lo mejor en mi ONG te pueden ayudar ... Decían que El Cojo tenía muchos contactos, siempre sabía cosas ... – dijo por fin, ofreciendo una alternativa.

Yo escuché las palabras de Teresa. Y noté cómo se acompasaban con aquel sentimiento incipiente que estaba creciendo en mi interior, cada vez con mayor fuerza, de descubrir el secreto, el porqué, de todo aquel horror.

Sí, de repente, mientras miraba cómo la gente se hacía fotos en la Fuente de los Bailarines y leía aquellos versos llenos de nostalgia y de vida, empecé a atar cabos en mi mente: el Cojo y la sorpresa en su cara cuando oyó el nombre de mi padre ... Los mutismos del abuelo, su discreción y su rechazo a entablar relaciones con la gente. Mismamente aquella huida de la mesa ante la pregunta del cazador Samuel sobre nuestra procedencia hacía solo un par de días me despertaban entonces del letargo en el que había vivido toda mi vida. Hasta los cambios continuos de pueblo de cuando era niño volvían entonces, en un fogonazo clarificador, a confirmar todo aquel creciente mundo de sospechas que crecían en mi mente.

Sí, todos aquellos recuerdos juntos empezaron a tener, de repente, una unión, difusa todavía, pero a la vez llena de sentido. Como si todos ellos estuvieran interrelacionados entre sí.

Sí, cada vez se me iba despejando más la mente. Tenía que actuar rápido, antes de que fuera tarde. Miré a Teresa que había empezado a llorar con unas lágrimas silenciosas y discretas, pero llenas de dolor.

– Sí, yo quiero saber ... Sí, El Cojo ... Puede ser un buen sitio para empezar –luego me saqué un pañuelo del bolsillo y le limpié las lágrimas a Teresa.

Aquella concreción de tener ya algo por donde empezar a buscar y la propia premura que exigía mi terrible situación hizo que empezara a recuperar la calma y a controlar la situación. Lo primero era Teresa, que no podía ni le convenía acompañarme ya por más tiempo.

– Muchas gracias, Teresa. Algo se ha interrumpido de repente entre nosotros, pero me queda el recuerdo de estos dos días maravillosos ... – le cogí su cara entre mis manos – Ahora te tienes que marchar. Sí, márchate con tu padre –y miré el reloj, ya casi no le quedaba tiempo-. Te llamaré y te contaré todo. A lo mejor todo se aclara pronto, y puedo decirte que solo ha sido un trágico error, seguro que es así –traté de calmarla con estas palabras, que yo ya no consideraba ciertas, ni siquiera probables.

Teresa miró también el suyo. Y luego a la fuente, como si se despidiera, al menos por el momento, y quién sabe si por mucho tiempo, de todo aquello que representaba. Que era nuestro incipiente futuro juntos.

– Sí, hazlo. Por favor – acabó por decir – Cuenta conmigo para lo que necesites. ¡Y si quieres venir a España ahora o cuando quieras ...!

Los dos sabíamos que, por el momento, yo no podía abandonar aquella tierra que me lo había quitado todo sin saber siquiera el porqué.

Ella me lo leyó en los ojos. Y luego me acercó sus labios con pena.

Yo los besé mecánicamente. Para que no me atraparán más.

También me había quitado ya el destino aquel amor incipiente. La separé de mí apartándola

por los hombros. Y la miré, para instalar en mi mente todo lo que perdía.

Me habían convertido en un hombre deshabitado de toda confianza en el mundo y henchido solo de una soledad inmensa y de unos interrogantes que abarcaban toda mi vida. Me habían convertido en un ser que yo no sabía ya quién era.

Teresa me miró y ya no reconoció en mí al chico que había estado con ella.

Tampoco yo le dije nada más para dulcificar la despedida. Mejor así.

Por fin ella se levantó, su rostro colmado de lágrimas, y me dijo adiós con la mano mientras corría a la parada de taxi que había cerca.

Y yo ya no quise mirarla más.

Y, aquello que había empezado ardiéndome dentro tras la conmoción de aquellos disparos oídos por el auricular, se empezó a solidificar como la lava de los volcanes, formando en mi interior un núcleo frío y duro. Resistente y rocoso.

Tal vez era un antídoto contra el dolor. Y contra la soledad y el abandono. O, tal vez, sin que yo lo supiera entonces muy bien, porque no lo había sentido nunca antes, eran solo los cimientos del odio, un odio difuso y todavía sin nombre, hacia aquel o aquellos que me habían quitado todo lo que tenía. Y, quizá, todo lo que pudiera tener.

Al poco me levanté y me dirigí hacia la misma parada de taxi, donde ella ya no estaba. Y me monté en uno de los coches, con los ojos fijos en ningún sitio. Mientras que aquello que llevaba dentro, iba ocupando ya todos los recovecos de mi interior.

6

Sí, aquel día en la playa de Cádiz, tres años más tarde ya, en 2012, todavía sentía mis entrañas empedradas de aquella lava, fría y marmórea, que se había instalado dentro de mí. Aunque tal vez habían nacido y brotaban ya en ella, pensaba y sentía yo en aquellos momentos, algunas florecillas que se habían cosido a unas briznas de tierra milagrosamente adheridas a aquella dura roca. Y por esos nuevos y delicados pétalos merecía la pena vivir otra vez.

Sí, yo andaba deprisa al encuentro de Celia y el corazón volvía a palpitarme de nuevo, mientras seguía recordando los siguientes momentos a aquel terrible impacto en mi vida.

Llegué a la ONG y me fui directamente al salón, como si fuera una fresca fuente donde pudiera yo abreviar aquella sed inmensa que me estaba empezando a quemar por dentro.

Sí, entré raudo y decidido en el salón de actividades. Y me encontré en él con una escena que era similar a la que me había topado cuando estuve por primera vez allí con Teresa el día anterior.

Me dio la sensación, sin embargo, de que había pasado una eternidad. Tal vez porque yo ya no era el mismo, sino un ser totalmente diferente. Y eso que solo habían pasado poco más de veinticuatro horas. Me miré en el espejo del aparador para reconocermé y quedé impregnado de aquel gesto duro y gélido que se había apoderado de mi semblante.

En el corro del dominó había también cuatro jugadores. Pero no estaba El Cojo. Me acerqué un tanto decepcionado y, a la vez, ansioso, de encontrar algún otro camino por el que progresar en el objetivo que se me había metido entre ceja y ceja: saber quiénes habían asesinado a mis abuelos, a mis padres auténticos, y dejarlos tan desnudos, tan pobres y ateridos como ellos me habían dejado a mí.

Así que me acerqué a ellos y, sin más preámbulos, les solté:

– Ayer estuve hablando aquí con un compañero vuestro. Creo que le llaman El Cojo. ¿Alguien sabe dónde puedo encontrarlo?

Luego los miré fijamente, uno por uno, deslizando mis ojos por todos ellos, que permanecían en silencio.

Al final, uno de los jugadores, que se llamaba Demetrio según pude saber luego, se levantó y, agarrándome del codo, me llevó unos pasos más allá. A un rincón donde podríamos hablar con tranquilidad y sin ser escuchados por nadie. Era de la misma edad que El Cojo y tan mal encarado y malvivido como él.

– El Cojo ya se ha marchado de aquí. Pero yo, por unos pesos, podría llevarte a gente que sabe dónde encontrarlo –me dijo, también directamente, mirándome a los ojos.

Yo me alegré por tener un hilo del que tirar. Me daba la impresión de que podía ser un hilo

interesante. Más que eso: era el único que tenía por el momento.

– Está bien. ¿Cuándo? –le contesté aguantando su mirada.

– Déjame hacer antes unas llamadas ... Así que de Cádiz, ¿no?

– Mis padres. Yo soy argentino.

Me sonrió y se alejó un poco más mientras marcaba.

Por alguna razón que desconocía, esa ciudad del sur de España, en la que yo no había estado nunca, siempre aparecía en escena, sin que yo pudiera evitarlo.

Y es que yo no sabía, no tenía ni idea entonces, de la importancia que tendría la misma para mí después.

Demetrio y yo salimos de la ONG, aunque él dijo a la recepcionista que volvería antes de la cena. Cogimos un taxi y nos bajamos en pleno barrio de La Boca. Frente a un bar de aspecto y condición de baja estofa. Entramos y estaba muy concurrido. Y no parecía tan pobre y desangelado como su fachada.

Varias camareras vestidas de forma provocativa circulaban entre las mesas y se paraban a alternar con los clientes, los cuales aprovechaban para toquetearlas, pero ellas solo se dejaban mientras tomaban nota de la siguiente ronda de bebidas. Luego abandonaban a los mismos dejándoles con las ganas y con aquella sed intensa que les haría pedir pronto una nueva consumición.

La música sonaba y, sentí en unos instantes cómo me golpeaba por dentro, recordándome los momentos que Teresa y yo habíamos pasado solo unas horas antes por los bares de La Boca, escuchando estos mismos tangos que ahora se revestían de amarga tristeza en la voz de Gardel: “... Se va con ella tu boca que era mía. Solo me queda la angustia de mi mal ...”

Aparté aquellos pensamientos de una manotazo, como quien alejaba de sí el humo de los cigarrillos que dotaban a aquel antro de una neblina irrespirable. Demetrio cruzó el bar con decisión, se notaba que lo conocía bien. Y se acercó a una mujer ya madura que estaba al otro lado del mostrador. Esta, en cuanto nos vio, salió de la barra y vino a nuestro encuentro.

Aunque ni siquiera nos saludó. Únicamente dijo, entre dientes, mientras se ponía delante de nosotros:

– Síganme.

Y eso hicimos. En fila india. Y en silencio.

Nos bajó a la planta de abajo, donde estaban los servicios y, también, una especie de almacén con la puerta abierta, que mostraba, apiladas, cajas de cervezas y de refrescos, suministros, materiales y utensilios de limpieza y también aprovisionamientos varios.

Junto al almacén salía un largo pasillo que contenía una fila de puertas a cada uno de sus lados, cerradas y numeradas y que yo intuí que podrían ser las habitaciones donde las camareras concretarían los acuerdos a los que llegaban arriba con aquellos clientes que querían saciar su sed de una forma definitiva.

La mujer se detuvo frente a una de aquellas puertas, también cerrada pero sin numeración, que estaba al fondo del pasillo. Miró hacia atrás para comprobar que efectivamente la habíamos seguido hasta allí y giró el picaporte abriendo la misma.

Aunque ella no entró. Solo observó cómo Demetrio y yo nos introducíamos dentro y luego cerró tras nosotros.

Era aquel un despacho bastante grande. Desnudo de muebles y cuadros, a excepción de una mesa de trabajo al fondo, con dos sillas a su frente y un sillón detrás. Sentado en éste estaba un tipo de pelo muy rubio y aspecto fortachón, casi gordo, que podía representar unos cincuenta.

Estaba revisando unos papeles y, al oír la puerta, levantó la cabeza e, ignorando totalmente a Demetrio, que estaba a mi lado con aspecto de pasmarote, clavó sus ojos en mí y me habló con un fuerte acento americano.

– Así que andas buscando a El Cojo, ¿eh? –soltó sin mas preámbulos.

Se llamaba Barry y pronto sería mi jefe.

Era un hombre de maneras suaves y diplomáticas, que inspiraba confianza. Pero que llamaba al pan pan y al vino vino. Y no se andaba con rodeos. Un hombre de acción, sin duda, aunque equilibrado, discreto y bien educado.

Sin que yo lo conociera apenas todavía, me atreví a pensar que podría ser un buen cazador, como aquellos que entendían y seguían la ley del monte, sin apartarse de ella. Aunque, tal vez, fuera él un cazador especial y yo no supiera todavía sus códigos y sus leyes, aquellas que imperaban en aquel mundo subterráneo en el que me estaba adentrando.

Barry me dio la pista que necesitaba. Para saber más. Y eso era lo único que me importaba a mí en aquellos momentos. Y por lo que estaba, y estaría ya siempre, a partir de entonces, agradecido y dispuesto a todo con él.

A los pocos días me encaminé al estadio de La Bombonera. Decían los porteños que si los musulmanes debían ir al menos una vez en su vida a La Meca, todo argentino tenía que hacerlo también al estadio del Boca. Y, preferiblemente, si fuera posible, al Superclásico Boca – River. Una combustión de altas llamaradas.

Yo no tuve esa suerte. Pero tampoco me alejé mucho de ella aquella tarde, dado que el contrincante era ni más ni menos que el San Lorenzo de Almagro. Uno de los cinco grandes, más bien cinco gallos, que dominaban el corral del fútbol argentino.

Qué distintos eran los prolegómenos del match en la cancha, ruidosos, casi amedrentadores, respecto al acecho silencioso de la caza. Claro, aquí el choque era a campo abierto, de frente y sin escapatoria posible, con los veintidós jugadores encerrados en la verde pradera. Por ello, en esta batalla, minar la moral del adversario, su confianza y autoestima, tenía que ser primordial. Y para ello, el embrujo, y hasta la intimidación, de este estadio eran únicos. A su hinchada se la conocía como “la barra brava”, “la doce” o “el duodécimo jugador”, porque era tan importante como los propios veintidós protagonistas en aquel juego del *fulbo* o *chuti*, que congregaba allí a las gargantas más amenazantes del planeta.

Me dijo un forofo, que se sentó a mi lado, que la selección de Argentina llevaba más de sesenta años sin perder allí. Y que aquel partido lo iban a ganar sí o sí. Me hablaba con tal énfasis que yo casi no podía ni rebullir. Y eso que yo, y se lo dejé muy claro, no era del San Lorenzo. Bueno, ni tan siquiera me gustaba el fútbol. Pero no pude por menos que quedarme extasiado cuando mi vecino de asiento se puso a cantar a voz en grito el himno del Boca, justo antes de empezar el partido con los dos equipos ya formando:

“... Electrizan tus colores / viejo Boca vencedor / y en los campos de combate / es glorioso tu pendón ...”

Sí, definitivamente, aquello era un combate, una guerra, como lo era también la caza, y como lo era también la vida, añadí yo en aquel momento prebélico: el viejo “tú o yo” y nadie más “Boca nunca teme luchar / Boca es entusiasmo y valor / Boca Juniors ... a triunfar”.

Sí a mí no me gustaba el fútbol

Pero cuando terminó el himno, yo apenas volví a mirar a los contendientes. Un hombre de unos sesenta años, que había llegado un poco tarde, se acababa de sentar unas filas más a la derecha.

Yo no le perdía ojo. Vigilando todos sus movimientos y sus gestos y esperando mi momento. Como cuando acechaba en el bosque el abrevar de los guanacos.

Y ese momento llegó, aunque se hizo rogar un poco. Casi llevábamos media hora de partido ya. Por fin el hombre que había llegado tarde se levantó, abandonó su grada y se fue a aliviar

alguna urgencia que no podía esperar al descanso.

Yo lo dejé alejarse unos metros y luego también me levanté. Mi vecino forofó me miró un tanto sorprendido, el Boca empezaba a dominar claramente y el gol se mascaba por momentos. Pero mi portería estaba, en aquellos instantes, en otro lugar, aunque aquel hincha no podía ni imaginárselo: que pudiera haber otro sitio que no fuera en aquella cancha que se inflamaba por momentos.

Sí, aquel hombre abandonó el graderío y empezó a caminar por el pasillo interior central. Cojeaba ligeramente. Yo iba tras él, absolutamente sigiloso. Al poco tomó un pasillo lateral, allí se veía el cartel de los urinarios. Empujó la puerta y desapareció dentro. La puerta se cerró tras él. Todo había salido según lo previsto.

Cuando yo empujé la misma y entré, él ya se estaba aliviando, orinando de pie contra la pared de loza.

Ni siquiera se inmutó cuando me dirigí hacia él dado que, probablemente, me había visto ya con el rabillo del ojo al entrar sin haberme reconocido. Aparentaba estar como absorto y disfrutando a solas del momento. Tal vez pensó que acabaría metiéndome en uno de los baños con puerta destinados a necesidades mayores, que estaban justo detrás suyo.

Cuando me situé tras él a su espalda, él ya estaba subiéndose la cremallera de la bragueta.

– Esa próstata da problemas, ¿no? –le dije.

Él se giró entonces, tal vez sorprendido de notarme tan cerca.

– ¿Qué? –exclamó.

Luego clavó sus ojos en mí y me reconoció. Fue un gesto parecido a cuando le di el nombre de mi padre. Aunque, igual que entonces, se repuso inmediatamente y lo disimuló.

– ¿Qué te pasa, boludo? ¿Acaso te doy pinta de puto? – continuó valiente, casi arrogante, como si no me conociera.

Pero en esta ocasión yo no se lo iba a permitir. Que se marchara sin hablar, quiero decir. Sin contarme lo que él sabía. Y más después de lo que había pasado. De aquel terrible horror que me había golpeado. Y eso fue lo que le solté con toda claridad.

– Sabes algo de mi padre. Lo vi en tu mirada. Acaban de matar a mis abuelos y tú sabes algo. Lo sé. Lo veo en tus ojos –estaba muy cerca de él, casi acosándolo.

Pero El Cojo se me encaró bravamente, aunque se delató al hacerlo.

– ¡Qué boludo!, sos igual que él ¡eh! –me soltó entre dientes, como escupiéndome.

Luego me dio un empujón para alejarme de él.

Entonces me subió desde el pecho, por la garganta, algo de lo que se me había ido fermentando dentro aquellos días. Extendí los brazos y lo agarré fuerte por el cuello.

Él trataba de soltarse, revolviéndose como una presa rabiosa. Y empezamos a forcejear, empujándonos contra las paredes y contra las puertas de los baños.

Yo tenía clavados mis ojos en él.

– ¡Dime lo que sabes, cabrón! –le espetaba, mientras trataba de inmovilizarlo para que hablara.

Hubo un momento en que lo logré y lo sujeté contra una pared. Y él pareció rendirse. Pero, cuando yo estaba más confiado, sentí un terrible rodillazo en la entrepierna y sin poderlo evitar caí de hinojos en el suelo, mientras él se alejaba.

Yo tapaba la dirección de la puerta, así que El Cojo miró a su alrededor por si había alguna otra posibilidad de escapar.

En una esquina había una ventana de cristales opacos. El Cojo se subió en la repisa y abrió una de sus dos hojas para ver si podía huir por allá.

Yo había conseguido ponerme en pie de nuevo y, aunque sufría un fuerte dolor que me mareaba, me sobrepuse y me acerqué a él jadeante.

El Cojo echó un vistazo al exterior y lo que vio no debió gustarle nada, así que se giró rápidamente para volver al interior pero en ese momento me vio tan cerca que instintivamente se echó para atrás.

Hubo un momento en que estuvo desbalanceado en la repisa, tratando de encontrar el equilibrio de nuevo. Pero, al no conseguirlo, se agitó aún más. Se movió varias veces espasmódicamente tratando de mantenerse en pie en el alféizar y por fin, cuando yo ya extendía mi mano para sujetarlo, se cayó para atrás hacia el vacío.

Yo me acerqué a mirar por el hueco temiéndome lo peor.

Y lo peor se había consumado.

El Cojo se encontraba cinco o seis metros más abajo, reventado sobre el suelo del zaguán interior.

Al final había impactado directamente con la cabeza y ésta se encontraba espachurrada, como una fruta madura, en un charco de sangre que no hacía más que crecer.

No sé por qué me lavé las manos en el lavabo.

Luego, me sacudí la ropa con ellas para quitarme algunas manchas de polvo. Y comencé a lavármelas otra vez. Sentía placer, o relajó, al hacerlo.

Volví al pasillo de nuevo, pero no con la intención de regresar al estadio sino para dirigirme directamente a la puerta de salida.

Apenas llevaba dados unos pasos cuando el estadio pareció venirse abajo.

La gente del Boca, que abarrotaba La Bombonera, celebraba con júbilo el comienzo de su victoria de aquella tarde. El gol, luego me enteré, había sido muy bonito.

A mí me quemaba una gran desazón en mi interior. Aquella pista, que era la buena, sin duda, se había perdido en los baldosines del zaguán que daba aire puro a aquellos viejos y destartalados urinarios.

Aquella noche, todavía en el barrio porteño de La Boca, ahogaba mis penas y mi frustración en una cantina de mala muerte.

Lo único bueno de todo lo que me rodeaba era que la Quilmes que me había servido el camarero estaba en su punto. Así que me vino muy bien para refrescarme aquella sed que me seguía quemando por dentro. Era como una comezón continua y mortificante que no me dejaba descansar.

Por ello, rápidamente, pedí otra cerveza. Pero sin hablar. Únicamente con un gesto, indicando “lo mismo”.

El camarero, que solo tenía otros tres o cuatro clientes aparte de mí y que, además, consumían menos que un ciego en novelas, trató de intimar conmigo o, cuando menos, de hacerme el rato agradable. Pero yo no estaba por la labor.

– Menudo gol que se sacó el Pintita –me dijo, poniendo con mimo la nueva cerveza cerca de mí y retirando a continuación la otra.

– No me gusta el fútbol.

– Pues te equivocaste de barrio, compañero ...

Desvié la mirada a ver si se callaba y entonces vi entrar a Barry, con quien había quedado allí para darle cuenta del fiasco.

Barry entró y al camarero volvieron a brillarle los ojos, pero el americano ni siquiera lo miró y éste no se atrevió a decirle nada. Ya pediría si tenía sed, debió pensar para sus adentros. No traía cara de buenos amigos aquel tío gordo y rubio. Y tampoco debió ver en él a ningún amante del fútbol con quien platicar un momento.

Barry se acodó en la barra a mi lado en silencio.

– Hola Barry. No ha ido bien –le dije.

– Ya lo sé. Vamos a una mesa

Y se levantó y caminó hacia una mesita vacía que estaba pegada a la pared en un rincón.

Yo también me levanté. El camarero fue a decirme algo pero, al final, se tragó sus palabras. Estaba claro que no era fácil vender cerveza allí aquella tarde. Yo seguí al americano hasta el rincón con cara de circunstancias.

– Has sido muy torpe. No vales para esto –me dijo Barry nada más acomodarnos.

El camarero no hacía más que mirarnos. Y a nuestra mesa absolutamente vacía de consumiciones.

– Aprenderé –le contesté con decisión – ¿Cómo supiste que fue mal?

El camarero parecía que se había decidido por fin a acercarse y preguntar a Barry por su consumición. Pero en el último momento se cruzó su mirada con la de éste y prefirió dejarlo para mejor ocasión.

Barry entonces tomó la palabra de nuevo.

– Yo me entero de todo. Pero, tranquilo. Si eres de nuestra gente no te tienes que preocupar.

Era lo que tenía Barry, que inspiraba confianza. Tenía sentido de grupo. Y, tal vez por el tamaño de su cuerpo, transmitía protección. Supuse que solo cuando quería transmitirla, por supuesto.

Pero a mí me animó.

– Sé que he jodido esta pista, pero tiene que haber otras. Necesito saber lo que pasó –seguí mostrando mi determinación.

Entonces llegó el Barry claro y contundente, aunque con su horroroso acento, que luego conocería otras muchas veces.

– El trato es el siguiente –me dijo mirándome a los ojos – nosotros te ayudamos a localizar al asesino de tus abuelos y mientras tanto tú trabajas para nosotros y te curtes en este mundo. Estás muy verde para moverte solo por ahí.

No le rebatí nada. Sabía que los necesitaba. Si no, no hubiera sabido por dónde empezar.

– ¿Y qué tendré que hacer? –dije, dispuesto a todo.

Barry miró un momento por la ventana y luego volvió a clavar sus ojos en los míos.

– Creo que disparas muy bien. Pues eso es lo que tendrás que hacer para nosotros. Disparar y luego ocultarte. Hasta que te volvamos a llamar. Te pagaremos bien. Y te garantizo que pondremos a los asesinos de tu abuelo a tu disposición. A nosotros no se nos oculta nada.

Yo me quedé un momento pensativo. No porque no supiera lo que me esperaba, lo que tendría que hacer. Porque mi mundo era ya un solar sin ningún edificio en pie y lo único que quería era encontrar y saldar cuentas con aquellos que me habían dejado desnudo, que me habían quitado todo lo que tenía y me habían dejado en mi interior aquella quemazón.

Solo era que, quizá, trataba de dar un poso, un valor especial a aquel instante, sabiendo que ya no habría vuelta a atrás. Como cuando apuntaba a una presa y retenía la respiración en ese momento crucial, definitivo, saboreándolo, bebiéndomelo, hasta que apretaba el gatillo y partía el mundo en dos: el de los vivos y el de los muertos.

Barry me miró. Él también debía conocer muy bien aquel momento. Lo debía haber visto

muchas veces en otros. Y también lo habría vivido él mismo, supuse.

Tal vez por ello se mostraba muy tranquilo. Sabía que yo no tenía alternativa y, de hecho, ya estaba, aunque no fuera consciente de ello, dentro de la organización.

Por eso me sonrió y me habló suave. Con todo el poder de convicción, de persuasión, que tenía, que era mucho.

– ¿Sabes cómo llaman a los buenos tiradores en México ...? – yo me encogí de hombros – A partir de ahora tú serás El Mero.

Entonces yo lo mire y sonreí también. Me había gustado aquello.

– Así me llamaba mi abuelo –recordé de pronto y así se lo dije.

Entonces Barry se giro y buscó al camarero con la mirada.

–¿Es que no hay cerveza aquí o qué? –dijo simulando enfado.

El camarero levantó la cabeza sorprendido y fue a decir algo. Pero, luego, se lo pensó de nuevo y prefirió no decir nada. Se veía que aquella no era su tarde.

Yo también sonreí. Bueno, casi me contuve la risa.

Barry aprovechó para formalizar el trato, extendiéndome su mano abierta.

– Ok donkey. Tú cumple tu parte y nosotros cumpliremos la nuestra.

Yo asentí y se la estreché con la mía.

Barry se sacó entonces un móvil del bolsillo y me lo acercó.

– Tira el que tienes. Te daré instrucciones por éste.

Y así fue como Barry se convirtió en mi jefe.

Cuando llegó el camarero, más mosqueado que una mona, brindamos con las cervezas y luego Barry pagó la cuenta y salimos cada uno para un lado. Yo llevaba en el bolsillo la dirección de lo que, a partir de entonces, sería mi madriguera.

Y en mi mente, los códigos y las leyes de aquella organización que, de forma incipiente, ya se estaban instalando en mi interior. Y que me servirían para alcanzar mis fines más pronto que tarde, esperaba.

A veces, en las horas siguientes, cuando me instalé por fin solo en mi guarida, me asaltaba el verdor de aquel huerto de Conesa, como un lejano paraíso perdido de donde yo había sido expulsado y que ya nunca tendría que ver nada con aquel mundo nuevo en el que me movería. Y en esos momentos me llenaba de dolor, sobre todo cuando recordaba a mis abuelos con la espalda doblada adecentando aquel terruño con la azada. Entonces apretaba los dientes y aquella aflicción, aquella nostalgia del huerto de Conesa, se convertía en un odio feroz, en unas ansias inmensas de venganza.

Y este sentimiento profundo iba borrando las huellas de cualquier otro, convirtiéndome poco a poco en un instrumento solo para lograrla.

A los pocos días vino mi prueba de fuego. Nunca mejor dicho.

Ya casi lo deseaba, lo anhelaba. Después de todos aquellos días recluido en aquella cueva, que era el minúsculo estudio que me servía de vivienda. Allí solo hacía que masticar mis obsesiones, que se resumían en rebelarme contra la crueldad que el destino había tenido conmigo, vengándome de la única forma que podía hacerlo: encontrando y aniquilando a aquella panda de asesinos que me lo habían quitado todo.

Sí, asesinos. Porque para mí ya no eran sino eso. Desconocía sus móviles y sus sentimientos, pero era imposible encontrar justificación alguna en matar a dos viejos que no habían hecho mal a nadie que yo supiera. Y qué decir de mí, amenazado de aquella manera tan terrible, cuando yo estaba absolutamente seguro de mi total inocencia e inclusive seguro también de que no tenía ni siquiera enemigos, ni grandes ni pequeños. Ni los había tenido nunca.

En los periódicos de la capital se había recogido con cierta importancia la noticia, a pesar de referirse a un alejado pueblo de la Patagonia. Remarcaban mi desaparición y, aunque la policía manejaba todavía todas las hipótesis, entre líneas se apuntaba a que yo podría estar involucrado en el caso, dejando caer posibles desavenencias familiares y subrayando el hecho de que yo manejara armas de fuego.

Aquel agravio adicional no hizo más que aumentar mi sed de venganza hacia los autores de aquellos salvajes asesinatos. Era, aquel de la prensa, otro duro y cruel golpe más del destino, que últimamente la había tomado conmigo. Pero no era el destino, así en abstracto, claro, sino la mano asesina que lo manejaba en mi contra.

Por todo ello yo quería entrar rápidamente en acción. Y recorrer ya el camino que me condujera hacia el descubrimiento y la aniquilación de aquellos infames desalmados.

Así que, cuando llegó el día de la prueba, me puse en marcha como si iniciara, no solo un camino de reparación sino, inclusive, de salvación.

Siguiendo las instrucciones de Barry, aparqué el coche en lo alto de una calle que atravesaba una pequeña colina del barrio de San Isidro, un distrito de clase de la capital, lleno de mansiones de lujo, con el mar a lo lejos de fondo.

Saqué los prismáticos y, sentado en el interior del coche, los dirigí hacia la gran parcela que circundaba a una gran edificación de dos plantas y a una enorme piscina que había junto a ella y que iluminaba la oscuridad de la noche con unas potentes luces submarinas, que coloreaban de un azul intenso, casi rabioso, las tranquilas aguas mudas. Al fondo, lleno de negrura, se intuía, más que se divisaba, el mar.

Junto a la piscina localicé al hombre que era mi objetivo. Era un tipo de mediana edad, alto y elegante, que vestía un traje claro de alpaca, sin corbata y que estaba hablando por su teléfono

móvil mirando las aguas de la misma.

Cogí entonces el rifle que ya tenía montado y, con las referencias que había tomado, rápidamente tuve al hombre del traje claro en mi mira telescópica.

Lo fui siguiendo, porque el tipo se movía mucho al hilo de la conversación que estaba manteniendo, que parecía muy viva. Como si él quisiera acentuar con ello la inmediatez de las órdenes que parecía estaba dando, a juzgar por tales movimientos y por los gestos que hacía con su mano libre.

Pero, como yo había aprendido por mis experiencias en el bosque, no tenía duda de que, más tarde o más temprano, llegaría mi momento. Y este se concretó cuando el hombre acabó su conversación y se detuvo a apagar el móvil y metérselo de nuevo en el bolsillo.

Retuve la respiración y saboreé, como hacía siempre, el hallazgo de ese instante único. Luego me dispuse a disparar, teniendo perfectamente alineada su cabeza en el centro de la mirilla. Pero algo me detuvo. Me asaltó la evidencia de que aquello no era un juego ni tampoco un lance de caza. Por un momento, me vi incapaz de hacerlo.

Entonces, me acordé de la presencia de mi abuelo, a mi lado en muchísimos momentos como aquel. Y una furia incontenible empezó a subirme por la garganta.

En ese instante supe que debía hacerlo. Que tenía que hacerlo. Y pronto. Antes de que aquel sentimiento de culpa me hiciera fallar el disparo.

Así que apreté el gatillo. Y pude ver cómo la bala llegaba a la cabeza de aquel hombre y le arrancaba un trozo de cráneo con la cabellera que lo cubría. La verdad es que la misma había explotado como una sandía.

El cuerpo quedó un momento en pie, como si tardara en recibir del cerebro la orden de desplomarse y, luego, repentinamente, cayó como un fardo en las azules aguas de la piscina que comenzaron a teñirse de rojo.

Mientras yo metía de nuevo en el coche el cañón del rifle, no pude por menos que recordar lo último que me dijo Barry.

– Ya verás. Es igualito que derribar un guanaco.

Luego, me pasé el dorso de la mano por la boca. Se me había quedado reseca. Y me relajé exhalando una gran bocanada de aire. Al hacerlo, me di cuenta de la suprema tensión que aún tenía en mi cuerpo. Tal vez eso era a lo que se refería Barry cuando me dijo que estaba todavía muy verde.

Acto seguido arranqué el coche y me alejé de allí.

Tenía ganas de volver a mi madriguera, aunque no sabía exactamente para qué.

Lo descubrí nada más entrar en ella. Lo primero que hice fue encaminarme al baño y lavarme lentamente las manos. Tal vez en un movimiento subconsciente y subterráneo de búsqueda de mi antigua bondad e inocencia, en el paraíso limpio y verde de Conesa. Un paraíso perdido ya, sin duda. Y, tal vez, para siempre.

Pero lo curioso fue, que una vez secas, me entraron otra vez ganas de manchármelas de nuevo. Quiero decir, de apagar aquella sed que me consumía por dentro, que en aquel día apenas había conseguido mitigar.

Y que no saciaría, en aquel momento lo supe, hasta que yo no le quitara a alguien todo lo que antes ese alguien me había quitado a mí y que me faltaba.

Por un segundo me acordé del hombre de la piscina, a quien yo le había robado todo. Todo

lo que tenía y todo lo que podía llegar a tener. No sabía nada de él y nunca lo sabría. Mejor. Esa había sido otra de las condiciones que me había impuesto Barry, para realizar perfectamente mi trabajo.

Pero, como me dijo éste, merecido se lo tenía, de eso no tenía que tener duda nunca. Y si yo no lo hubiera hecho, así, limpiamente, como lo hice, se lo hubieran encargado a otro y el resultado hubiera sido el mismo, si no peor. Y, por último, y lo más importante, acabé pensando, aquel había sido un paso necesario, imprescindible diría yo, para reparar la inmensa injusticia que se había cometido conmigo.

Así que me juré que nunca más me lavaría las manos. Estaban bien como estaban.

En medio de estas disquisiciones, tocaron a la puerta. Yo no esperaba a nadie. Así que cogí el revólver de la mesa y lo amartillé. Me acerqué a la entrada y eché un vistazo por la mirilla.

Aquello no tenía peligro ninguno.

Abrí la puerta y entró una rubia despampanante, con una sonrisa dulce y cautivadora y una faldita que no sería más ancha que una bufanda.

Me miró, desarmándome por dentro, quiero decir vaciándome de cualquier pensamiento en mi cabeza que no fuera ella misma, mientras me decía.

– Vengo de parte de Barry. Me ha dicho que lo pasemos bien. Que te lo mereces.

Pero no lo pasamos bien. Fue, ¿cómo lo diría yo?, superbién.

A veces nos poníamos tangos que llenaban aquellas cuatro paredes de algo que rezumaba clandestinidad, premio, juventud y misterio:

“Corrientes tres cuatro ocho, segundo piso, ascensor,
No hay porteros ni vecinos, adentro cóctel de amor.
Pisito que puso Maple, piano, estera y velador,
Un teléfono que contesta, una fonola que llora,
Viejos tangos de mi flor y un gato de porcelana
P’a que no maulle el amor.”

En ocasiones, solo planeando la venganza puedes dar paz a tu espíritu.
Proverbio

CUADERNO SEGUNDO
LA GUARIDA PORTEÑA
(2009 – 2012)

La vida en mi guarida a medida que pasaba el tiempo era todo menos aburrida. Para empezar, Barry me había dicho que tenía que cuidar mi cuerpo. No solamente para mantenerlo en forma. Que también. Sino, sobre todo, para cultivar la apariencia. Este mundo en que vivíamos, según él me decía, se sostenía en base a las apariencias.

Y algo sabía yo de eso. En los animales también había mucho de pose, de planta y de empaque, de apariencia en definitiva, como también me recalca mi abuelo cuando íbamos al bosque. La estampa, la apostura de muchos machos, les servía a estos, no solo para conquistar a las mejores hembras, sino también para intimidar a los posibles competidores, lo suficiente, para alejarlos del territorio que dominaban, o pretendían dominar.

Y qué decir de las plantas, que se adornaban con las más vistosas flores, revestidas del mejor y más excitante olor y colorido, para atraer a las abejas y conseguir reproducirse antes que otras, que resultaban a la vista, y al olfato, menos atractivas.

Y, por supuesto, de los plumajes de los pájaros. Que tenían en el pavo real a una de sus más altas cotas de atracción. De seducción y dominio, se entiende.

Y eso era, según Barry, lo que a mí me faltaba en este mundo, que era lo más parecido al escenario puro y duro de la selva. Del tú o yo. De la supervivencia a toda costa.

La verdad es que Barry tenía algo de mentor, revestido de una auctoritas, mitad paternal, mitad de general de división que, a mí, faltó de padre y, con mi abuelo ya muerto, me venía muy bien en aquellos momentos. Aunque desconocía yo entonces qué pudiera haber por debajo de su coraza que, en su caso, no parecía tal, dado lo natural y armonioso de su apostura.

Así que yo me aplicaba con disciplina y constancia en moldear mi cuerpo. En dotarlo de la apariencia de una fortaleza y seguridad graníticas. Porque esos serían los cimientos para adquirir un dominio y un poder de intimidación absolutamente imprescindibles para moverme con tranquilidad y, sobre todo, con eficacia en el proceloso ambiente de los gallos que mandan y dirigen el corral.

Empecé con unos modestos tensores y unas barras clavadas encima de la puerta que me servían de palancas para yo ejercitar mis músculos y mi voluntad. Y, también, y sobre todo, mi poder mental de resistencia y de superación del cansancio, del dolor y de la indecisión y la pereza. Así que cultivando metódicamente mi cuerpo y fortaleciendo mi mente, junto con mantenerme al día leyendo periódicos y revistas y viendo la televisión, conformaban mi ordenado plan vital que me conducía a un reparador descanso cuando me metía en la cama siempre a una hora prudencial.

Barry me enviaba una vez en semana a la rubia neumática y allí encontraba yo el premio a tanto esfuerzo, a tanta privación y disciplina. Seguramente Barry hubiera sido un buen entrenador

de delfines y hasta un eficaz amaestrador de ranas rebeldes. Porque toda enseñanza se basa en el método del castigo y del premio. Así ha avanzado el mundo desde que es mundo. Y así, pensaba yo en aquellos momentos, lo haría siempre.

Y, de vez en cuando, también sonaba el teléfono. El que me había regalado Barry se entiende, porque otro no tenía. Yo lo mantenía siempre enchufado porque era impensable que alguna vez se pudiera quedar sin batería.

Entonces yo escuchaba las instrucciones. Concentrado al máximo, las memorizaba en su totalidad, hasta que las hacía mías. Y no quedaban registradas en ningún otro sitio, salvo en los anaqueles de mi memoria.

Cuando Barry, u otro de sus lugartenientes, me decían si tenía alguna pregunta, yo siempre les respondía que no. Y era verdad. Y les contestaba así, no solo porque sabía que a ellos les gustaba esa respuesta y cada vez les aportaba más confianza en mi persona, sino porque suponía, sobre todo para mí, añadir ladrillos en la construcción de aquel edificio autónomo, solvente y eficaz en que quería convertirme.

Y eso es lo que hice aquella vez, cuando sonó el teléfono. Aquel teléfono, cuyo número nadie sabía, excepto Barry. O alguien de Barry.

Así que, una vez escuché lo que me dijeron, empecé a prepararme: mi cuerpo, mi mente y, también, mis armas. Y, por supuesto, el lugar desde donde lo ejecutaría todo.

El sitio esta vez sería un hotel por horas. De los que utilizaban los amantes del sexo rápido y sin ataduras, tan habitual en aquella ciudad de Buenos Aires.

Pero yo no me distraía en aquellos momentos pensando en tales placenteras actividades. Sino que me concentraba únicamente en conseguir una habitación con una ventana que tuviera visión directa sobre aquella calle de Olavarría, cerca del puente Nicolás de Avellaneda, que cruzaba el río Matanza, ya finalizando el barrio de La Boca, antes de llegar al mar.

Lo localicé por internet. El hotel, quiero decir. Hice la reserva con nombre falso, de una de las varias identidades que Barry había construido para mí, y allí me dirigí en taxi. Luego subí a la habitación y me aposté junto a la ventana con mi rifle. Como hacía cuando iba al bosque con mi abuelo y elegíamos el sitio desde donde abatir a los pumas concolor. O a los guanacos. O a los huemules.

Sabía que mi objetivo pasaría por allí a altas horas de la noche, cuando ya casi no circularía nadie.

Empecé a vigilar en torno a las doce. Y me tuvo, expectante, esperando hasta casi las cuatro de la madrugada.

Ese tiempo de la espera a mí me gustaba mucho. Era como los prolegómenos del amor, donde la pasión y la excitación, y su base, el deseo, no hacían nada más que acrecentarse. Luego, vendría el clímax, que solo sería un momento fugaz. Eso sí, con la satisfacción del éxito, de la victoria. Si ésta se producía, claro.

Identifiqué el coche, un Renault Fluence argentino de color negro, cuando apareció al principio de la manzana. Circulaba solo por la calle a esas horas intempestivas.

Lo dejé que se acercara como a unos cien metros de mi ventana. El tipo fumaba e iba absorto en sus pensamientos.

Cuando llegó el momento noté que todo estaba listo. Que era la culminación lógica de todos aquellos prolegómenos, de toda aquella excitación previa.

Era la hora, no del amor, sino de la muerte que, bien mirado, tenían mucho que ver.

Apreté el gatillo y la bala penetró por el parabrisas y por la boca del hombre, que la tenía

abierta mientras expulsaba el humo del cigarrillo. Por un momento quedó fijado como una mariposa, no sobre el corcho, sino sobre su reposacabezas. Hasta que un bache del camino lo lanzó para delante y quedó sobre el volante descansando. Igual que si se hubiera dormido tras una borrachera.

El Renault siguió por unos metros recto y, luego, acabó chocando con un contenedor de basura que había en una esquina.

Yo recogí mi rifle, lo guardé en mi bolsa, salí de la habitación y bajé rápidamente. El recepcionista estaba dormido sobre el mostrador. En una postura muy parecida a la del conductor del Renault.

Ya le había pagado al entrar. Así que me fui sin despedirme siquiera. Salí a la calle y observé por un momento el coche que descansaba contra el contenedor. Como, aparentemente, su dueño sobre el volante. Me pareció, a la vista de la escena, que era la hora de dormir para todos, así que me apresuré para llegar a pie a mi guarida, que no estaba demasiado lejos de allí.

A la semana exacta de cuando ejecutaba alguna de mis acciones, aparecía por mi apartamento Barry con un sobre de billetes en la mano. Siempre abultado, siempre generoso. Y aquella semana, en vez de la rubia neumática, me envió un par de morenas caribeñas que me dejaron más escurrido que la punta de una fregona.

Aquel día Barry parecía contento. Me preguntó en qué me iba a gastar el dinero y yo por un momento no supe qué contestarle. Por mi propia seguridad, y por la de la organización, estaba recluido día y noche en aquella madriguera, de la que solamente bajaba a comer y a cenar a una cantina que había en la misma calle, con el compromiso de no hablar nunca con nadie.

Ante mi indecisión, Barry, que ya lo debía tener todo preparado, porque quizá formaba parte del proceso de formación de los pistoleros a sueldo de la organización, se dispuso a hablar. Pero antes le corté yo con lo que verdaderamente me importaba.

– ¿Qué hay de lo mío? ¿Se sabe algo nuevo? –le dije, inquiriéndole también con la mirada.

– Estamos en ello, créeme. Pero, a fuer de sincero, no tenemos todavía ninguna pista fiable. Lo de El Cojo ha debido poner en guardia a todo el mundo. Podría decirte otra cosa más agradable, pero sabes que somos gente seria. Paciencia, Mero. Y, mientras tanto, a vivir bien.

Sin darme tiempo a que expresara mi decepción, continuó con lo que ya tenía preparado:

– Mira, va a venir a verte una persona de nuestra confianza que tiene una cadena de tiendas de ropa. Te acompañará para que te compres vestimenta de clase, no llamativa, pero sí de calidad. No puedes ni debes andar por la calle hecho un andrajoso, con pinta de delincuente de poca monta. Tienes que dar el salto a un estadio superior. Tener una autoestima y seguridad a prueba de todo. Y eso te lo da, entre otras cosas, una estampa distinguida, que te haga sentirte bien contigo mismo.

– Ya entiendo –le interrumpí– el mundo de las apariencias –y miré a las barras colgadas de la pared, donde yo hacía ejercicio a diario. Como él me había recomendado. Entre otras cosas, para cultivar un físico impactante. Además de estar en forma, desde luego, por si llegaba el momento.

– Exactamente. Veo que coges la onda ... – y añadió:

– Te vamos a cambiar también a un apartamento más confortable y lujoso –luego continuó con aquella tarea de mentor que se le daba tan bien – Y, en vez de mirar tanto la televisión, lee y ve películas de calidad. Ah, y la música. No la olvides– y me acercó una bolsa que llevaba en la mano.

– Ahí tienes algo para empezar, luego cómprate tú más– finalizó, entregándomela.

Lo único que mantenía del anterior apartamento era mi rubia neumática semanal, que gastaba una tarde y una noche conmigo y me dejaba exhausto. Además yo, ya de mi dinero, a veces en que todavía me quedaban fuerzas, le ponía un mensaje a Barry para que me mandara a aquel par de caribeñas morenas o, en su defecto, a otras igual de exóticas que me ayudaban a llevar con dignidad la siguiente llegada de mi rubia.

El nuevo apartamento llevaba también consigo, menos mal, el cambio de restaurante donde alimentarme. Ascend a anterior e infame cantinaabierre el telueden en la de ellos nuestros aplausoshan hecho pasar y que quedaron grabados eí, desde la anterior e infame cantina, a un mesón de comida casera sustanciosa y bien hecha, donde daba cuenta de unos reconstituyentes choripanes hechos a base de chorizos criollos y salsa chimichurri que me daban fuerza para darle luego a los tensores y a los abdominales. Las proteínas las obtenía de unos bifés altos a la brasa, como Dios manda, a base de vaca de la Pampa y el día antes de la visita de mi rubia me endilgaba para el cuerpo unos chinchulines crujientes y bien tostados que me dejaban los sentidos a flor de piel, luego, para que me quedara buen regusto en la boca le daba a una buena ración de zapallos o de aljafores de maicena y si todavía me quedaba con hambre completaba con un dulce de leche casero, todo ello bien regado por un tintardo de Mendoza, que sustituía a los postres por un clericot digestivo y una copa de mate bien amargo.

Entre eso y el deporte que me zurraba, ahora sí y luego también, se me fue quedando un cuerpo mitad toro, mitad adonis, que luego se convertía en excelente percha para la nueva ropa que me compraba. En eso del empaque y de las apariencias había subido casi hasta el cielo de la escala de los apuestos justicieros a sueldo.

Realicé varias misiones en los meses sucesivos, aproximadamente una cada par de meses, más o menos.

Recuerdo especialmente una en la que tuve que viajar no muy lejos de Conesa, también en la provincia de Río Negro. Llevaría ya como año y medio en la organización.

El objetivo era una pareja de pescadores. Recuerdo la sensación que tuve al respirar el aire fresco de la mañana y ver la silueta de las montañas al fondo del valle, por donde discurría un riachuelo, afluente del Negro.

Por un momento sentí la atracción de aquel paraíso perdido, del verdor de los cipreses, del perfume de las ovaladas hojas de los arrayanes, del porte enhiesto de los cohiues que te miraban altivos desde sus copas de cuarenta metros, de las flores blancas de los almendros, del runrún del agua de los regatos cuando sobrepasaba los viejos troncos que a veces los represaban ... Sí, de aquel paraíso lleno de bondad e inocencia, que se acercaba a mí de nuevo, casi como si yo no fuera ya otra persona.

Y, entonces, algo muy intenso se rebelaba de golpe en mi interior, y luego me subía desde el pecho como un terrible golpe de amargura anulándolo, borrándolo todo, ¡todo aquel mundo que había sido mi vida anterior pero que ya estaba tan lejano!, como cuando te miras en el espejo y ya no te reconoces, por los estragos que el tiempo, y la vida, y el dolor han hecho en tu rostro.

Así que monté el rifle con el gesto desabrido aunque calmo, oculto tras un ciprés en la colina, con una determinación, concentración y exactitud que me asustó. Me había convertido en una máquina de matar perfecta. A la que engrasaba ese especial aceite, que era el extraño fluido que aquel antiguo y horrendo dolor pendiente de reparar escanciaba en mi pozo interior más profundo.

Puse en la pantalla del visor a aquellos dos hombres de forma sucesiva, que debían tener, más o menos, la edad de mis abuelos. Y me dispuse a disparar, como si ello fuera el único alivio

que yo pudiera encontrar para ocultar a aquella doble y querida ausencia.

El primer disparo le voló la cabeza al hombre que estaba en aquel momento poniendo la mosca en el anzuelo, el cual cayó sobre su caña y quedó tendido allí, sobre el puente de madera que cruzaba el riachuelo desde el que pescaban.

El otro, que tenía la caña echada en el río, al oír el disparo, después del sobresalto inicial, giró su cabeza hacia el ribazo, donde yo me ocultaba. Entonces disparé. Tal vez, pensé en aquel momento, pudo ver la bala de frente cómo avanzaba y llegaba hasta él y lo lanzaba por encima de la barandilla del puente a las frías aguas.

Supongo que los peces, poco a poco, se acercarían a beberse la sangre.

Recogí mis cosas y me monté en el “todoterreno” que había alquilado y que estaba oculto tras unos arbustos muy cerca.

Barry me había dicho: “No se te ocurra acercarte a Conesa”. Pero, por primera vez hasta entonces, no cumplí sus instrucciones. Aunque esperé, eso sí, a que se hiciera de noche.

Recorrí el pueblo entonces a la luz de las farolas. Las calles estaban dormidas y mudas, aunque mi corazón no hacía más que gritarme.

Llegué a la que había sido nuestra casa durante trece años. Tal vez la época más bonita de mi vida.

En su fachada y, sobre todo, en el huerto que la rodeaba, se notaba el abandono y la ausencia. Dentro de poco aquello sería pasto de la maleza.

Luego tuve el valor de acercarme al cementerio y saltar sus tapias. Yo lo conocía bien, porque había sido monaguillo de chaval, y llegué pronto al espacio de las tumbas recientes, alumbrándome con la luz de la luna y de mi teléfono móvil. El ayuntamiento había colocado una sencilla lápida y una cruz de granito poco pulido y no muy grande, de las más baratas, sin duda. Allí y así había terminado la vida de las dos personas que más me habían querido en este mundo. Y allí estaba yo, frente a ellas, impotente para devolverles algo de lo mucho que me habían dado. Para, en definitiva, hacerles justicia y castigar a los autores de aquellos terribles asesinatos.

Me di cuenta de que el dolor que llevaba conmigo al entrar en Conesa, no había hecho nada más que acrecentarse.

Aquella noche conduje sin pausa ni descanso, tratando de alejarme de allí cuanto más rápido mejor.

Mi única compañía fueron los tangos de la radio y mis pensamientos que, a veces, se entrelazaban con ellos, de la mano de las letras de Dicespólo y de su amargura: “Uno busca lleno de esperanzas / el camino que los sueños / prometieron a sus ansias / Sabe que la lucha es cruel / y es mucha pero lucha y se desangra / por la fe que lo empecina ...”

Luego, la amargura daba paso a la rabia, a los deseos de justicia y de venganza. Y allí sonaba, precisamente, el viejo tango “Venganza” con la voz de Alberto Marino, que bien pudiera ser la mía propia: “Mientras yo tenga voz en el pecho, no quiero más nada / que clamar a los santos venganza, venganza clamar. / Ella debe rodar cual las piedras ruedan por las calles, / sin tener un rincón en su vida para descansar”.

Serían ya como las nueve de la mañana cuando paré a tomarme un café.

Y, un poco más tarde, ebrio de tangos y de muerte, llegaba a Buenos Aires.

Aunque Barry, que ya sabía del éxito de mi misión, estaba preocupado por mi tardanza.

Fue a verme ese mismo día. En cuanto me echó los ojos encima supo que había ido a Conesa, aunque no lo mencionó.

Tal vez por ello, me anticipó que ya sabían quién lo había hecho, aunque por ahora aquel asesino estaba en Uruguay.

– En cuanto vuelva por Argentina será nuestro –remató.

Por aquella época, también a instancias de Barry, comencé a ir a un gimnasio que estaba a caballo entre el barrio Flores y el de la Villa 1-11-14, dos de los distritos más pendencieros de Buenos Aires, que regentaba un antiguo boxeador medio sonado, pero lleno de sabiduría y sentido común.

Y con él, y un sobrino suyo que era de mi edad, aprendí las claves de la defensa personal. Y, sobre todo, a calibrar de un golpe de vista a los contendientes.

Según me comentaba Osvaldo, que así se llamaba el viejo boxeador, tratando de encarrilar con coherencia unas cuantas frases seguidas, lo importante era la primera impresión. El hombre volvía a insistir en lo de la estampa. En las apariencias, en suma, como hubiera dicho Barry.

La primera impresión y los primeros tanteos eran tan importantes que, casi siempre, pasados los mismos, uno de los contendientes, en una pelea real se entiende, se retiraba. Es decir, aceptaba la superioridad del otro.

Como también se confirmaba esto de forma muy clara en el reino animal, donde los machos líderes de la manada normalmente se tentaban y se tanteaban para ver la consistencia del liderazgo del otro, pero solo en raras ocasiones entraban en violenta pelea.

Comprobar la valentía del rival en el momento de la verdad era, por lo tanto, imprescindible. Lo que equivalía, en la práctica, a medir el grado de confianza y autoestima que tenía el tipo contrario en sí mismo.

Y, una vez comprobado, había que chequear entonces si dicho grado tenía fundamento o no. Si su preparación, su determinación, su habilidad y fuerza estaban a tu altura o por debajo. Ahí había que jugársela, claro. Pero eso se solía comprobar en los primeros compases de la pelea.

Y, luego, había que decidir si se iba a luchar por ganar la misma, con todos los daños colaterales que ello podía suponer e incluso con la posibilidad de perderla; o convenía, por el contrario, alguna maniobra dilatoria buscando terreno o momento más propicio. Ahí estaba, me repetía Osvaldo, la ciencia, o el arte, de ganar las peleas. O cuando menos de no perderlas e, inclusive, de esquivarlas, sin dejarte tu prestigio por el camino, que ese ya nunca se recuperaba.

Iba también a un campo de tiro a las afueras, cerca de Ciudadela, al que a veces también me acompañaba Barry y practicábamos, más que el tiro con rifle, el tiro con revólver y, cada vez más frecuentemente, con pistola. Y a mí todas las armas se me daban bien.

Tal vez por ello, al poco tiempo, me llamó un día Barry y me encargó la misión más difícil que había tenido hasta entonces.

Tenía que liquidar a tres tipos que irían a comer a un restaurante de cien dólares la carta en Puerto Madero, cerca de la Ciudad Deportiva del Boca Juniors.

El restaurante estaría atestado de gente y yo tendría que ser muy rápido y preciso y permanecer en el interior del establecimiento el menor tiempo posible.

Me disfracé con unas barbas largas y negras, pero muy cuidadas, y con una peluca del mismo color. Y los ojos me los cubrí con unas gafas oscuras. Elegí para la ocasión un revólver magnum y allí me desplazé media hora antes con un Mercedes azul marino, que alquilé a media hora andando de mi calle, con documentación falsa.

Me había dado Barry unas referencias de los sujetos y me había enviado unas fotos por mail a mi Blackberry. Parecían tres importantes ejecutivos. Yo, para no ser menos, busqué en mi armario un pantalón sport Ralph Lauren y una chaqueta a juego de Armani, con una camisa blanca

de Yves Saint Laurent, sin corbata. Podía pasar por un intelectual refinado, uno de aquellos artistas bien posicionados, que irían a negociar alguna película con algún productor de posibles.

Aparqué el Mercedes frente al restaurante y le di una buena propina al portero de la entrada para que me lo echara un ojo. Luego entré decidido, con paso seguro y elástico y me dirigí a los servicios que estaban en la otra punta. De camino a los mismos localicé la mesa de mis tres “invitados”. En el lavabo examiné mi arma a fondo y luego me encaminé de vuelta sonriente a la mesa que me interesaba. Había un camarero sirviendo que se apartó para que me sentara, creyendo que era el último comensal.

Entonces uno de ellos giró la cabeza hacia mí y, sin saber quién era, claro, me sonrió. Alguien importante tenía que ser yo, allí, en aquel restaurante, ¿no? Y a la gente importante se le regala una sonrisa. Yo saqué mi revólver y le pegué un tiro. En vez del ojo izquierdo le quedó como una especie de volcán humeante y sangriento.

Al camarero, que lo vio todo, se le cayó la bandeja al suelo, la cual hizo un ruido considerable. Aunque a mí me vino bien: amortiguó en parte los dos disparos que hice a continuación, muy rápidos y que dejaron a los otros dos comensales con la cabeza echada para atrás, como mirando el techo y con dos agujeros en la frente, por la que salió inmediatamente un chorro de sangre.

La gente se quedó congelada al principio, preguntándose por qué el camarero no recogía la bandeja del suelo. Y, luego, cuando se dieron cuenta de lo que había pasado, fue cuando recorrieron, una a una, las caras de aquellos tres hombres, que habían quedado en postura tan ridícula. Por ello, su siguiente reacción fue de alivio: se sentían afortunados, dado que aquellos disparos no continuaban y que aquella fiesta al parecer no iba con ellos.

Cuando quisieron reparar en mí, ya estaba yo prácticamente alcanzando la puerta. Allí le dije al portero, un tanto extrañado por mi pronta salida del local:

– Qué buen día hace hoy, ¿verdad? –lo cual le dejó más perplejo si cabe.

Tanto que miró al cielo, que seguía cubierto de nubarrones, por si las cosas habían cambiado últimamente.

Cuando bajó de nuevo la vista, ya había alcanzado yo el Mercedes en un santiamén y desaparecía de allí, arrancando a toda velocidad.

Todo había sido visto y no visto.

Barry quedó muy satisfecho y a mí, en premio, me trasladó a un apartamento lujoso, una especie de loft, con gimnasio y jacuzzi incorporados, y una televisión de cien pulgadas.

Mirando esta última gastaba yo mi tiempo, visionando mi colección de películas. Me gustaban de todo tipo pero las que más veces veía, no importándome repetir las una y otra vez, eran la saga de El Padrino y la película Venganza, protagonizada por Liam Neeson, de la que también, luego, se harían más secuelas.

Cada vez disfrutaba más y entendía mejor yo aquella meticulosidad, aquella precisión de relojero con la que Michael Corleone organizaba sus venganzas, para que todo coincidiera al mismo tiempo. Y el empuje, y la determinación ante las dificultades, de Liam, para llevarlas a cabo, las tuyas quiero decir.

Pero si había algo que había golpeado mi mente con una intensidad desconocida hasta entonces había sido la película de “El Conde de Montecristo”, de la que tenía las dos últimas versiones que se habían hecho, (una miniserie para televisión protagonizada por Gerard Depardieu y el largometraje de Kevin Reynolds). Y, mas que la película, me impactó el libro de Alejandro Dumas, con el que yo me pasaba tardes enteras, leyéndolo y releuyéndolo una y otra vez.

Con esta historia yo me identificaba y así mismo me unía fuertemente con el protagonista, a través de un sentimiento fraternal de comunión en la adversidad pero, también, y sobre todo, en la maquinación perfecta, magistralmente planeada durante años, de su venganza. Todo ello mientras vivía recluido y enjaulado en su prisión. Como yo también, en el fondo, lo estaba en la mía.

No había ninguna otra cosa que me llenara más, que me colmara más por dentro, que saborear, que paladear, la venganza de Edmundo Dantés. Y, sobre todo, la que estaba detrás de ella, que era la mía propia, con la que soñaba a diario, aunque todavía no pudiera ponerle ni siquiera rostro a aquel íntimo enemigo.

Una de aquellas tardes en que yo estaba enfrascado en la lectura, sonó el móvil que descansaba en la mesilla.

Hacía ya algún tiempo que no se me encomendaba ninguna misión. Era como si las aguas se hubieran remansado de repente y no pasara nada, nada malo quiero decir, en el mundo exterior.

Llevaba ya más de dos años y medio con Barry y, aunque no había olvidado ni por asomo el objetivo, trascendental e íntimo, que tenía que alcanzar, la verdad era que me había acostumbrado a aquella vida muelle dedicada en exclusiva a mí mismo, cultivando mi físico y mi mente.

Por ello, el sonido del móvil me produjo un cierto disgusto. No me apetecía nada empezar a planificar otra misión entonces, cuando estaba enfrascado en aquel libro que me hablaba, sobre todo, de mí mismo.

Yo creo que Barry me lo notó por el tono de voz que usé cuando le saludé con cierta desgana.

Por ello fue directo al grano, más inclusive que lo que solía hacer habitualmente.

– Vete mañana a las doce a la puerta principal de la Recoleta. El Gran Jefe quiere conocerte –me soltó con cierta solemnidad.

Yo me quedé varado un momento. Aunque rápidamente me recuperé. Era parte del oficio del empaque y de la apostura. Pero, luego, aquella vez no pude por menos que transmitirle, por una parte, mi sorpresa y, por otra, el halago que me producía la noticia.

– ¿El Gran Jefe? –contesté subrayando la importancia del encuentro.

– El señor Figueroa en persona –confirmó Barry, martilleando y desfigurando cada palabra con su horroroso acento.

El señor Figueroa era poco menos que un dios. Yo nunca lo había visto. Ni tampoco tenía muchas esperanzas de conocerlo nunca. Había oído hablar de él a la gente de Barry y, también, los periódicos, y hasta la televisión, lo habían mencionado en unas cuantas ocasiones durante aquellos casi tres años.

Ofrecían informaciones contradictorias sobre el mismo e, inclusive, alguna lo daba por muerto desde hacía tiempo. Pero siempre era tratado como una leyenda del mundo de los bajos fondos y se le atribuía a su organización un poder inmenso, no solamente en Argentina, sino en todo Sudamérica e, inclusive, en los Estados Unidos. Se le relacionaba con todo tipo de negocios turbios: prostitución, blanqueo, inmigración ilegal, tráfico de armas y metales preciosos y, sobre todo, drogas. También se le atribuía, a través de sociedades instrumentales, domiciliadas en paraísos fiscales y gerenciadas por testaferros a su servicio, una elevada fortuna en propiedades inmobiliarias desde Bariloche a Puerto Madero.

Así que en cuanto colgué a Barry me fui al armario para preparar el atuendo más adecuado para aquella especial cita.

Si, tal y como yo suponía, las consignas de Barry eran en último extremo las mismas

inculcadas por Figueroa a toda su organización, la estampa, o la apostura o, en definitiva, las apariencias debían tener una gran importancia en la impresión que yo pudiera causarle al Gran Jefe.

Así que me preparé un conjunto de chaqueta de cuero en su color natural y pantalón azul marino de algodón y camisa blanca, con zapato cerrado y alto de suela, en un conjunto mezclado de Tommy Hilfiger y Ralph Lauren, dos modistos americanos con un prêt à porter selecto aunque asequible.

Darí una imagen de seriedad, pensaba yo, y al mismo tiempo de una juventud ya madura y serena, con gusto por la calidad pero sin subirme tampoco al monte. Es decir, en dos palabras: discreción pero con elegancia de clase media, o media alta.

Aquel día, cuando me dirigía en taxi a la puerta principal del cementerio de La Recoleta, tuve las mismas o parecidas sensaciones a las que experimentarí aquella otra mañana, meses más tarde, caminando al encuentro de Celia, por las playas de Cádiz.

Sí, caminando por la arena, con el mar llenándose ya de luz, de vida pensé yo, recordé la primera vez que hablé con el señor Figueroa. Sabía que mi vida iba a cambiar por completo a partir de aquel momento, como sabía y deseaba que cuando llegara al chiringuito “El Amanecer” lo haría de nuevo y para siempre. O, por lo menos, eso esperaba y ansiaba yo.

Llegué con tiempo al cementerio de la Recoleta. No quería por nada del mundo poner en riesgo aquella importante cita, que quién sabía si se repetiría en el futuro.

Así que me dispuse a esperar a un lado de la puerta principal, en la avenida Junín, tal y como me había indicado Barry. Y allí, a la vez que permanecía expectante, me dio por pensar cuál habría sido el motivo, para que el Gran Jefe me citara en lugar tan particular como el cementerio más prestigioso de la ciudad y uno de los más prestigiosos del mundo.

El cementerio de la Recoleta se había construido a principios del Siglo XIX, como cementerio de la clase pudiente y dirigente, tanto en el ámbito político, como en el cultural e intelectual en general. Allí estaban enterrados casi todos los prohombres que había dado Argentina desde entonces.

Había un pórtico de entrada con cuatro columnas dóricas y un gran frontispicio con la siguiente leyenda en latín: “requiescat in pace” que significa en español “descansad en paz” y que, claramente, era el mensaje que los vivos, desde fuera del cementerio, les dedicaban a los que estaban dentro que, salvo los empleados del mismo y visitantes, eran sin duda los muertos.

El pórtico, por la parte de dentro, tenía un frontispicio similar al anterior sobre las columnas aunque con una leyenda diferente: “expectamus dominum”, decía. Algo así como “esperamos al Señor”.

Claro, qué otra cosa podían hacer los de dentro, pensé. Porque su negocio aquí ya había terminado y si por algo, entendía yo, se caracterizaba la muerte, era por la inmovilidad y el silencio absolutos que impedían a los muertos, por sí mismos, hacer o decir ya algo en el resto de la eternidad. Sólo podían esperar.

Por eso, cuando mataban a alguien le quitaban no solo todo lo que tenía sino, también, todo lo que hubiera podido tener en el futuro.

Como a mis abuelos, no pude evitar pensar. Los pobres ya no tendrían nunca la oportunidad de decirme nada, ni con sus palabras, ni con sus característicos silencios.

Por eso a aquella frase llena de resignación: “esperamos al señor”, yo le hubiera añadido

“y a las personas que nos quisieron en el entretanto, para que mantengan vivo nuestro recuerdo y, sobre todo, reparen la brutal injusticia de nuestra muerte”.

Y eso había empezado ya a hacer yo. Con aplicación y disciplina. Y también con obediencia a aquel dios, de nombre Figueroa, que llegaría en unos minutos y que era el único que, por el momento, me podía ayudar en tal empeño. El Dios Supremo, si es que aparecía al final, con su Resurrección de los Muertos, me quedaba todavía muy lejano.

Tenía curiosidad por tanto en conocer al señor Figueroa, aunque ya empezaba a entender yo, sin conocerlo, su interés por los muertos. Porque muchos serían obra suya, sin duda.

Y, quién sabe, si también, además, tendría muertos propios a los que vengar. E, inclusive si, por otra parte, se habría construido ya, como hacían otros, una gran bóveda o panteón, que fuera acorde con su importancia y su poder, para cuando le llegara a él mismo también su última hora. Para no correr el riesgo de dejarlo tras su muerte en manos de los vivos, aunque fueran sus parientes más cercanos, que nunca se sabía si iban a respetar una vez ido, como él esperaba y había dejado instruido, la voluntad del muerto.

En estas divagaciones estaba yo cuando todavía faltaban unos minutos más para las doce. Además, esta gente tan importante siempre suele llegar tarde, me dije a continuación, quizá como excusa para alargar aquel tiempo de espera y poder seguir reflexionando sobre todas aquellas cosas que se me revolvían en mi interior al influjo de aquel lugar tan particular.

De repente, noté que llegaba y aparcaba un monovolumen oscuro seguido por otro turismo. Reparé en él por el color, muy apropiado para el lugar, según pensé a continuación, mientras me paraba para mirarlo detenidamente. Iba con los cristales tintados, así que no se veía prácticamente nada del interior.

Se bajaron dos hombres de él, bien vestidos y musculados. Tenían pinta de guardaespaldas. Me miraron fijamente y parecieron reconocermme, aunque yo no los había visto en mi vida.

Echaron un vistazo por los alrededores y luego, dirigiéndose al coche, uno de ellos que parecía el superior, hizo una inclinación de cabeza afirmativa.

Entonces observé que se abría el auto de nuevo y pude ver de canto el grosor de los cristales. Sin duda era un vehículo superblindado.

Bajó a continuación un hombre enfundado en un abrigo azul oscuro, muy elegante, a juego con guantes de piel del mismo color, bajo el que se veía un traje gris con camisa blanca y corbata también azul. Podría tener unos cincuenta y cinco años y destacaba en él, quizá por lo oscuro de su atuendo y la falta de grandes canas en su pelo, la blancura de su tez y la gravedad de su gesto, casi cara de palo. Su expresión, sin embargo, tenía un punto de romanticismo y, quizá, de tranquilidad y sosiego, no atreviéndome yo entonces a pensar ni por asomo en que pudiera haber bondad en ella, aunque eso parecía reflejar su mirada.

La mirada de un solo ojo, se entiende, porque el otro lo mostraba extraviado y sin movimiento. El señor Figueroa era tuerto, de eso no había duda ninguna. Y el ojo izquierdo debía ser un ojo de cristal. Muy bien hecho, pero no suyo.

– ¿Señor Figueroa? –le dije extendiéndole mi mano, cuando ya se acercaba él decidido hacia mí.

Él me la estrechó, mientras recorría mi rostro con su ojo bueno y el otro miraba al frontispicio, tal vez leyendo lo de “vosotros descansad en paz”.

–¿Vos sos el Mero? –me preguntó, con una voz muy grave, casi ronca, pero distinguida y agradable, mientras estrechaba mi mano.

Yo hice una leve inclinación de cabeza, no queriendo perturbar la mirada de aquel hombre sobre mi rostro, al que seguía escrutando casi como un médico que buscara en él el rastro de

alguna recóndita y misteriosa enfermedad.

Luego, cuando terminó su reconocimiento, supuse que sin hallar vestigios preocupantes, me indicó con un gesto de su mano que entráramos en el interior del cementerio.

Observé por el rabillo del ojo que los dos guardaespaldas nos seguían y otro, u otros, cerraban la puerta del vehículo desde el interior. Del turismo escolta no se había bajado nadie.

Hacía una mañana fresca pero agradable, con un sol de invierno, bajo y brillante, de mediados de julio. Yo caminaba a su lado, un tanto anonadado. No solo por la importancia del personaje, a veces se referían a él como a una especie de leyenda, sino también por aquellos impresionantes panteones y bóvedas que podían ser tan altas como una casa de dos o tres plantas. E, inclusive, a veces, más.

– ¿Por qué te llaman El Mero? –me dijo una vez ya dentro, caminando por aquellos paseos llenos de ampulosidad y de silencio.

– Tengo buena puntería –dije concisamente.

– Eso está bien – luego me echó una mirada de arriba abajo – Veo que te estás convirtiendo en un profesional –concluyó.

– Gracias. Aunque también tengo mi objetivo, digamos personal, como supongo le habrá dicho Barry –me atreví a decirle.

Estábamos a la altura del panteón de la familia Perón. Una familia de renombre, sin duda. Pero una familia simplemente, pensé yo. Tan importante como todas, aunque no más que la mía, desde luego, no pude por menos que reflexionar, sin que yo añadiera no obstante nada más en aquel momento.

Al señor Figueroa parecía no escapársele nunca nada. Ningún detalle. Por eso aproveché el momento para ir directamente al grano.

– De eso quería hablarte –dijo con su voz ronca, mientras se detenía y se echaba una mano al bolsillo superior de su chaqueta.

Extrajo de él una foto y me la entregó.

– Este es el asesino material de tus abuelos –me dijo-. Aunque puede que haya alguien más por encima.

Yo cogí la foto y la miré con avidez. Era un joven no mucho mayor que yo. Yo no lo había visto en mi vida. Pero ya no olvidaría jamás su cara a partir de aquel momento.

El señor Figueroa continuó con cierto aire rutinario.

– A la vuelta está la dirección donde se esconde.

Entonces giré la foto para ver el dorso de la misma. Efectivamente había escrita en él una dirección de las afueras de Buenos Aires, en el pueblo de Caseros, ya camino del interior del país.

El señor Figueroa me dejó unos instantes para que reposara todo aquello. Luego continuó un tanto mecánicamente, como si rellenara un formulario que se sabía al dedillo.

– ¿Necesitarás ayuda? – esta vez me pareció que me miraba con los dos ojos sincronizados y a la vez.

Yo debía tener un brillo extraño en la mirada. Porque veía aquellos ampulosos panteones como humildes barracas de feria. ¡Mi hora había llegado por fin!

– Puedo hacerlo solo –dije con determinación, casi con rabia, mientras echaba una mirada hacia los que no hablaban. A sus tumbas, quiero decir.

– No la cagues como la primera vez. Nos ha costado mucho localizarlo –me contestó el señor Figueroa, aterrizándome en el mundo de los vivos de nuevo.

– ¡No fallaré! –dije elevando la voz, casi gritándole al señor Figueroa.

Ardía ya en deseos de verme frente a aquel hombre de la foto.

La determinación que yo mostraba dejó un tanto sorprendido, y a la vez encantado, a Figueroa.

Volvió a mirarme, ahora sí, como si aquello se saliera de lo que habitualmente mostraba el formulario.

– Veo que vas por buen camino –susurró tanto para mí, como para sí, complacido.

Y Figueroa clavó entonces su mirada en la mía, como queriéndomelo confirmar, llena también de curiosidad y, tal vez, con algo de cariño, pensé yo. Y lo hizo con su único ojo vivo. El otro vigilaba a los que ya no hablaban. Ni hablarían jamás.

Y luego me sonrió ligeramente, por eso supe que no sería la última vez que nos veríamos, antes de acabar componiendo su cara de palo, que es la que llevaba habitualmente.

Me dio la mano. Y luego me indicó con un gesto que me marchara. Como si él fuera a quedarse un rato más en aquel sitio.

Cuando ya me disponía a girarme me dedicó su última frase.

– Solo cuando la juventud alcanza la profesionalidad es un tesoro. No lo olvides nunca.

Y yo me retiré, jurándome para mis adentros que, profesionalmente o no, ajustaría cuentas con aquel hombre de la foto que, para más inri, mostraba el tío una insolente sonrisa.

Eran tantas las ganas que tenía de llegar a casa y empezar a preparar la acción que, con las prisas, me perdí en aquel laberinto de panteones. Me di cuenta al reparar en uno de ellos que no había visto antes, en el camino de ida.

Pertenecía a un tal Méndez Paz, del que luego supe que había sido el fundador de la primera Sociedad Protectora de Animales. Era un panteón original y extraño, parecido a una pirámide aguda que miraba al cielo, sin cruces ni ningún símbolo cristiano.

Pero a mí lo que me llamó más la atención fue su epitafio: "Aquí no hay nada. Sólo polvo y huesos. Nada".

Cuando lo leí, me arreciaron las ganas de salir de allí y comenzar a preparar mi misión.

Era todo lo que podía hacer por mis abuelos, que habían sido mis auténticos padres.

Y también por mí.

Trabajé toda la tarde y buena parte de la noche en los preparativos. Ya en casa, me había llamado Barry para informarme de que, por lo que sabían, mi objetivo no solía permanecer mucho tiempo en los sitios, por lo que me urgía a realizar la acción lo antes posible, preferiblemente al día siguiente. También me advertía de que el sujeto iría armado, era muy peligroso y no estaría solo. Por ello, me volvió a ofrecer ayuda y yo volví a rechazarla con determinación.

Era algo que tenía que hacer yo. Y, además, yo nunca había trabajado con nadie y, por lo tanto, no tenía la suficiente confianza con ninguna otra persona, para un caso como este.

Llevaba, por otra parte, más de dos años y medio soñando con aquel momento y quería saborear cada uno de sus instantes, paladearlos con fruición, como hacía en el libro del Conde Montecristo su protagonista, Edmundo Dantés.

Llegué antes del amanecer a Caseros. Y fue relativamente fácil dar con la casa. Barry me había mandado un plano manual por mail que se reveló muy certero. Y yo me había hecho también mis cálculas después de mirar el Google Maps.

Era la típica casa, discreta y aislada, ya en las afueras del pueblo. Por un momento, me recordó a la de mis abuelos, aunque el paisaje que la rodeara fuera totalmente distinto.

Aparqué el coche que había alquilado, siempre con documentación falsa, a unos metros de un camino rural que subía por lo alto de una pequeña colina. Desde allí se podía divisar muy bien la entrada principal de la casa. Y, además, mi coche quedaba parcialmente cubierto por unos arbustos, de tal forma que sería muy difícil, si no imposible, divisarlo desde abajo.

A continuación esparcí polvo del camino por los cristales y la luneta que daban a esa mano, de tal forma que también sería muy difícil que si alguien pasaba por allí, que no parecía muy probable tampoco, me viera a mí dentro, mientras miraba con los prismáticos hacia la casa.

Y me dispuse a esperar. A acechar. Que era una parte, y quizá la más importante, del arte de la caza, como creo que he dicho ya en varias ocasiones. Por ello, luego, en el fugaz instante en el que todo se resolvía, en el clímax, se concentraba, como en el amor, todo el placer y el deseo satisfecho, acumulado durante todo aquel largo tiempo de la espera.

No hubo movimiento alguno en la casa hasta las nueve. A esa hora, en la segunda planta, dieron la luz. Y al poco, alguien, después de ir al baño, deduje, subió la persiana y abrió las cortinas por un instante para observar el día que hacía. Entonces lo vi.

Era él, aunque menos atractivo que en la foto, sin afeitarse y sin ninguna sonrisa en la cara, sino más bien con un rictus amargo y de disgusto en ella por tener que levantarse y empezar un nuevo día. Vamos, nada distinto a lo que le ocurría al común de los mortales.

Luego, observé cómo se encendía la luz de lo que podría ser el salón y se subía la persiana de la habitación contigua al mismo, que bien podría ser la cocina, supuse.

Se encendieron también las luces de otras dos habitaciones de la planta de arriba y, como en quince o veinte minutos, cuando uno de aquellos individuos abrió una de las ventanas del salón para que se aireara un poco, pude ver a tres hombres desayunando en la gran mesa del mismo. Eran el tío de la fotografía y otros dos mastodontes musculados a su lado que debían ser sus guardaespaldas.

Ya tenía yo por fin la foto completa de mis enemigos. Que no eran uno ni dos, sino tres. Y, probablemente, todos ellos expertos y avezados en el manejo de las armas.

Aquel individuo cerró la ventana y echó las cortinas de nuevo y ya no pude divisar nada del interior. Si acaso, a través de los tupidos visillos, las sombras de ellos cuando deambulaban por la vivienda, que eran como manchas grisáceas con las aristas confusas y desleídas de unos espectros andantes.

Yo saqué un bocadillo de chorizo criollo y una coca cola y me dispuse a esperar. Hasta la noche no podía pretender enfrentarme a aquellos lobos. Estaba en clara minoría y solo la sorpresa, la confusión y la falta de luz podían equilibrar la balanza.

Cuando me acababa de terminar el bocadillo se abrió la puerta del garaje y salió un Volvo verde con las tres fieras en él. ¿Dónde irían?

Los seguí con mis prismáticos hasta que se perdieron por las calles del pueblo. No regresaron hasta pasadas unas dos horas.

Y ya no volvieron a marcharse de la casa en el resto del día. Tampoco pude ver lo que habían traído en el coche, si es que habían traído algo en el maletero. Cuando llegaron, salió del vehículo uno de aquellos individuos, subió la puerta del garaje y luego introdujeron el coche en el interior. Después, el mismo individuo volvió a bajar la puerta. Y yo me quedé sin ver nada, claro.

Aquello no me preocupaba mucho, pero lo que sí me traía de los nervios era que, en la ausencia de aquellos tres, había visto a través del filtro de los visillos a algún espectro andante más deambulando por la casa. Y eso eran ya palabras mayores. Quería decirse que, por lo menos, había cuatro personas en la casa, si no más.

No pude descifrar nada de este enigma en el resto de la tarde, dado que era imposible contabilizar los espectros que deambulaban por el salón y resto de las habitaciones sin correr el riesgo de equivocarme sobremanera. Al final, me di una explicación a mí mismo: probablemente los tres que habían salido al exterior, entre los que se hallaba mi objetivo, eran los guardaespaldas de algún pez más gordo de su organización al que custodiaban. Por ello este había permanecido dentro de la casa y los tres habrían traído platos preparados para comer todos en ella.

Pero si esto era así, no parecía creíble que hubieran dejado solo al jefe en la casa durante dos horas. Así que deduje que, por lo menos, otro guardaespaldas debía haberse quedado con él. Lo que me daba un mínimo de 5 personas, si no 6, si se habían quedado dos matones.

O, tal vez, al final fueran solamente cuatro en total, porque no hubiera ningún pez gordo y aquella casa fuera solo una madriguera para ocultarse aquellos cuatro pistoleros (los tres que habían salido, probablemente al mercado y también a que les diera el aire, y el otro que se habría quedado para vigilar la casa).

Sí, tal vez, seguí pensando, los ocupantes de la casa se irían turnando para salir todos los días al menos tres de ellos, permaneciendo en el interior uno más. Sería una forma de pasar el tiempo mientras esperaban en aquella guarida órdenes de sus jefes para actuar en alguna nueva misión.

Más o menos como hacía yo en mi madriguera. Lo que pasaba era que a mí me trataban

mejor y además vivía solo.

Tal vez, seguí pensando para mis adentros, la diferencia mayor entre nosotros estuviera en que yo resultaba ser capaz de vivir sin compañía, lo cual no era ni fácil, ni frecuente. Y aquella panda de asesinos a sueldo no.

Con el dilema en mi cabeza sobre el número de oponentes, fue cayendo la noche. En algún momento se me había pasado por la mente que había sido un poco prepotente, o más bien mucho, al rechazar cualquier tipo de ayuda de Figueroa y de Barry.

Pero fueron solo unos segundos de duda sobre mis fuerzas. Duda que fue superada rápidamente por el sentimiento de un placer inmenso, por la inconmensurable sed de justicia que yo ansiaba y que podía saciar allí mismo, dentro de aquella casa. Estaba ya al alcance de mi mano. Cuando yo lo decidiera.

En cuanto observé que se había encendido una luz en la planta de arriba, pensé que mi momento se acercaba. Y, más aún, cuando fue la habitación del hombre de la foto la que se iluminó.

Y, todavía más, cuando aquel tipo, que había salido un momento de ella, apagó la luz del pasillo o, más probablemente, del baño, donde habría ido a hacer sus últimas necesidades del día y se recluyó de nuevo en la misma para dormir.

Cinco minutos después de ello la planta de arriba quedó a oscuras definitivamente.

Probablemente, deduje, por la hora que era (poco más de las diez y media), que mi hombre se tumbaría como dos horas, mientras el resto veía la televisión, porque le habría tocado a él hacer la primera guardia, que comenzaría cuando el resto se fuera a la cama, en torno a las doce o la una.

Aquel era pues mi momento. Solo tenía que dejar pasar un cuarto de hora para que aquel tipo cayera dormido. Eso supondría, además, uno menos en la escena. Y, adicionalmente, aquello me favorecería para lo que pensaba hacer después.

Revisé entonces mis dos armas, dos revólveres Smith & Wesson 500, calibre magnum, que estaban de moda inclusive como equipo de caza, y pasaban por ser el arma corta más poderosa del mundo, capaces de perforar chalecos antibalas a corta distancia. A cada uno acoplé un eficaz silenciador, imprescindible para no despertar a mi objetivo.

Hasta que le llegara a él también su hora, por supuesto.

Bajé de mi pequeña colina y me acerqué silenciosamente a la casa. La proximidad de la acción, lejos de inhibirme o agarrotarme, dotaba a mis pasos de una elasticidad a la vez que sigilo, propia de algún puma concolor de los que yo observaba en mis añorados bosques de la Patagonia.

Por un momento pensé, cuando ya me aproximaba a la cancela que rodeaba el pequeño jardín, que si me hubiera visto el señor Figueroa con aquella apostura hubiera certificado definitivamente que ya era yo un auténtico profesional.

La cancela solo estaba entornada, porque no funcionaba el cierre, según pude comprobar, así que la empujé y me dirigí directamente a la puerta de entrada, mientras constataba que solo había luz en la estancia que debía ser el salón, donde se oía muy claramente el ruido de la televisión.

Abrí tan silenciosamente como pude la puerta con mi ganzúa y penetré en el interior. No me había sido difícil y, a pesar de que no era lo mío e hice algo más de ruido de lo habitual, nadie reparó en mi entrada, siendo amortiguado cualquier otro sonido por el de la televisión, que no estaba precisamente a bajo volumen.

Efectivamente, dentro solo se veía encendida la luz proveniente del salón, así que me dirigí desde el hall por el pasillo hacia él, que tenía la puerta entornada, mientras yo atemperaba mi respiración, como hacía siempre desde que de niño mi abuelo me ensañara a cazar en el bosque, con aquellas tácticas tan especiales.

Cuando estuve cerca, volví a examinar mis armas a la luz que salía por debajo de la puerta e interioricé la situación. Quiero decir lo que me podía encontrar cuando abriera.

Mis armas y mi mente estaban en orden. Así que dejé que mi intuición me confirmara también si aquel era mi momento. Y entonces, al poco, supe que lo era.

Me planté dentro del salón de un salto y dejé que mi instinto me guiara.

Me encontré con dos hombres, despanzurrados cada uno en un sofá, ambos con canana al hombro, que no tuvieron tiempo ni de pensar lo que estaba ocurriendo.

Les metí dos tiros a cada uno en un abrir y cerrar de ojos y se quedaron de oyentes silenciosos de la tele, en una estrambótica y divertida postura, mientras la sangre empezaba a manar y lo ponía todo perdido.

Respiré un instante el olor a pólvora y sangre, del que me alimentaba en momentos como aquel, y empecé a pensar a toda prisa dado que no me cuadraban las cuentas en absoluto.

Era imposible que solo hubiera tres personas en la casa contando al tío de la foto, que debía estar durmiendo arriba. De hecho, sobre la mesita baja que había entre los sofás pude ver tres vasos de whisky y, así, confirmar rápidamente mis sospechas.

Afortunadamente Dios me vino a ver, antes de que empezara a ponerme excesivamente nervioso. Y es que debía ser que aquel día todo estaba de mi parte, tras tanto tiempo esperando y frustrándome en mi guarida.

Oí cómo alguien tiraba de la cadena, al otro lado de una puerta cerrada que se dibujaba en una de las paredes del salón. Así que me abalancé sobre ella y la abrí de una patada. Un tipo se subía los pantalones, mientras se le helaba la mirada al verme. Se hizo un lío con las manos, como si le diera vergüenza soltarse los pantalones, para llegar a la pistola que colgaba en la canana de su sobaco. Y con esa expresión confusa se quedó su cara cuando le hice en su frente un agujero del tamaño de una mandarina.

Su cuerpo se fue hacia atrás, eso que la bala le traspasó limpiamente la cabeza, y ahí tuve suerte de nuevo, dado que la misma fue a empotrarse contra una pila de toallas que descansaban en una repisa a su espalda.

El ruido final fue mínimo y yo alargué la mano y le sostuve de la solapa antes de que se derrumbara sobre la taza, dejándole debidamente sentado. Aunque, eso sí, con los pantalones puestos dado que, al final, no quiso soltarlos ni por asomo.

Esperé a que los chorros de agua de la taza se silenciaran, mientras retiraba los pies sigilosamente de allí antes de que se me pringaran de sangre y el olor de la pólvora dejara paso a otro tipo de perfumes más propios del lugar en el que me encontraba.

Agucé todos mis sentidos y entonces, durante las pausas de los intervinientes en la tele, pude confirmar con claridad que el silencio reinaba en la casa, roto solo, de vez en cuando, por unos espeluznantes ronquidos que provenían de la planta de arriba.

Y allí me dirigí, ya sin poder contenerme mucho más.

Subí por la escalera silenciosamente y a oscuras, revólver en mano (el otro me lo había guardado en la funda de la canana, ya que no preveía usarlo) y llegué al dormitorio siguiendo la intensidad de los ronquidos que de allí salían.

La puerta estaba abierta y, con la luz que provenía de la ventana y que atravesaba el visillo echado, vi a aquel tipo de la foto, metido en su cama. Estaba el hombre tripa arriba, durmiendo a

pierna suelta como un bendito y lanzando al aire unos ronquidos que hacían temblar a las paredes. Debía tener la conciencia muy tranquila el muy cabrón, pensé, mientras me aproximaba y me sentaba cuidadosamente en la cama sin dejar de encañonarlo.

Una vez todo controlado, di la luz de la mesilla pero el tipo ni se inmutó. Así que le puse el cañón del Smith & Wesson en la boca abierta. El hombre se despertó ipso facto.

Le dejé unos instantes para que aterrizara y se cayera desde los brazos de Morfeo hasta la cruda realidad. Que sería la última para él.

– Te hablo de lo que hiciste en Conesa –le dije, clavándole mis ojos en los suyos y apuntándole ahora en el medio de la frente.

El hombre se vio acorralado. Aunque no perdió la calma. Ni el temple. Lo mismo era un profesional de los que decía Figueroa. Con una apostura y un valor a prueba de bombas.

El tipo tuvo que rebobinar un momento hasta acordarse del pueblo de Conesa. Y luego, tras mirarme unos instantes, me debió reconocer. Y unir mi persona a lo que había hecho en el pueblo.

Yo sabía que circulaban rumores por ahí sobre mí y a qué me dedicaba ahora. Por ello no me sorprendió su respuesta.

– Yo solo soy uno como tú. Un ejecutor –me dijo, buscando una complicidad en mí que jamás encontraría.

Al oírlo reconocí la voz que me había dicho por el teléfono de la abuela: “... Y ahora vamos a por ti”, con aquella frialdad mecánica ausente de sentimiento.

Por eso me decepcioné un tanto con su respuesta. Jamás iba a conocer el porqué de la muerte de mis abuelos con aquel tipo. Que probablemente ni él mismo lo sabría. Solo había sido el pistolero ejecutor a sueldo. Nada más.

Pero no podía irme de allí sin el quién. Quién había dado la orden. O, por lo menos, quién le había dado la orden a él.

– Tienes dos opciones –le hablé lentamente por si la proximidad de la muerte le empezaba a embotar los sentidos – hablar rápido y morir de un tiro. O resistirte y sufrir lo indecible para acabar hablando. Tú eliges.

El hombre buscaba una salida, aunque con dignidad, sin arrastrarse.

– Sólo sé el nombre del que me lo ordenó.

Luego el asesino se quedó en silencio. Esperando clemencia, después de estar dispuesto a dar todo lo que sabía.

Yo también tenía mi apostura, mi temple. Y tampoco podía volverme atrás después de lo que había dicho. Ni tampoco era ni por asomo mi voluntad, por supuesto. El dejar las cosas así, quiero decir.

Él sabía que si hablaba estaba muerto. Y si no hablaba moriría también, pero sufriendo previamente mucho. Muchísimo. Antes de hablar, por supuesto. Porque hablar, hablaría.

Era un juego que ambos, por nuestra idéntica profesión, conocíamos bien.

Él forzó el paso siguiente jugando a mantenerse en silencio. Por comprobar mi temple. Mi valor. Pero yo ya llevaba dos años y medio con Barry. Y con Figueroa. Y, sobre todo, con aquel inmenso dolor en mi interior. Así que extraje una navaja automática y la abrí delante de su cara.

La navaja, con la luz de la lámpara de la mesilla brilló, con una frialdad de infalible justiciera.

A mí no me temblaba ni la mano ni la mirada.

El pistolero dijo entonces lo que tenía que decir. Lo único que era inteligente. Y, sobre todo, conveniente y posible.

– El que me lo ordenó se llama Fran. Sólo sé que trabaja en España, en Cádiz ¿No hay

otra opción para mí? –y terminó con sus ojos en los míos.

Aquella mirada que no llegaba a ser suplicante, fue una pequeña descarga reparadora de todo aquel mal que yo llevaba acumulado en mi interior.

Apreté el gatillo para sentir aquel pequeño alivio que intuía. Aquella pequeña compensación por la tremenda injusticia con que la vida (no, la vida no, ellos) me había castigado.

Y no le di el placer de escuchar mi respuesta a su pregunta.

– ¿Opción? Mis abuelos tampoco la tuvieron –susurré entre dientes, ya de pie, observando desde la puerta de la habitación la estampa, sin gracia alguna, de aquel hombre que ya había perdido la insolente sonrisa que mostraba en aquella foto que le dejé sobre el pecho.

Lo odié allí mismo, me di cuenta de ello cuando bajaba cabizbajo la escalera. Y reparaba que, en mi interior, la sed ardorosa que me quemaba por dentro apenas había menguado algo con su muerte. Casi nada.

A los pocos días me llamó personalmente el señor Figueroa y me invitó a visitarlo en su casa.

Vivía, o por lo menos me recibió allí, en una mansión en San Isidro, precisamente el barrio donde yo había ejecutado mi primera misión. Cuando asesiné al hombre que hablaba por teléfono al borde de la piscina. Aunque luego oí que Figueroa cada noche dormía en un sitio diferente.

Tardé un poco en darme cuenta, en identificar la casa quiero decir, porque todo estaba muy cambiado. Pero llegué a la conclusión de que era la misma. Particularmente cuando observé que habían levantado un muro muy alto en la parte que daba a la colina donde yo me había apostado y luego lo habían recubierto de yedra para que su estética no desmereciera del resto, ornamentado con árboles, arbustos y flores de todo tipo y color. Pero, sobre todo, para que la casa no fuera vulnerable desde el exterior. Como lo había sido conmigo. Cuando no existía el muro, claro.

Me recibió Figueroa sentado al borde de la piscina precisamente, con el mar de fondo. Hacía un día de sol aunque frío, que resaltaba, todavía más, la tez asombrosamente blanca del Gran Jefe. Estaba sentado en un sofá de mimbre, con un zumo de tomate enfrente, hablando también por teléfono. Me indicó con un gesto que me sentara en el sillón de al lado y él rápidamente colgó y me preguntó qué quería tomar. Al poco me trajeron un whisky.

Figueroa, quizá para defenderse del sol, llevaba unas gafas oscuras a mitad de camino entre un dandi maduro y un mafioso cara de palo. Seguro que era más esto último, aunque yo le agradecí que las llevara. Me resultaba más fácil dirigirme a él que cuando lo tenía enfrente y al descubierto, con cada ojo mirando en una dirección.

Le conté todo lo que había pasado en Caseros. Cuando terminé, apoyó un momento una de sus manos en mi rodilla. Como si estuviera plenamente complacido con ello. Sobre todo con mi profesionalidad, supuse.

Luego dejó pasar unos instantes y, por fin, tomó la palabra con aquella voz ronca, aunque distinguida, que él tenía, y que te hacía sentir, quién sabía por qué, en confianza. Aunque yo todavía no lo había visto nunca cabreado, claro.

– Fran es el lugarteniente de Robert. El capo que manda en la bahía de Cádiz desde hace más de 25 años – y luego vino la confidencia, o la confianza de la que hablaba antes, quiero decir – Para nosotros Robert es un estorbo en nuestro negocio.

Yo, a veces, pensaba de mí mismo que no tenía negocio propio alguno. Sino solo aquella sed que no se apagaba nunca.

– A mí el único que me interesa es Fran –le hablé con el mismo tono de confianza, aunque teñido también de firmeza.

El señor Figueroa dejó el zumo de tomate en la mesa y tras un minuto largo de silencio me

lanzó una dura mirada. Eso que las gafas de sol la tamizaron todo lo que pudieron.

Su voz adquirió también unos tonos de una dureza de pedernal. O tal vez de diamante. Por su frialdad, quiero decir.

– Mira, Mero, respiras porque yo lo permito –dijo cortante, ante aquella ausencia por mi parte de espíritu de grupo y, luego, continuó con un tono metálico y amenazante – No sabes quién soy yo y no tienes ni puta idea de lo que pasa. ¿Todavía te crees la historia esa que te contaron tus abuelos de que tus padres murieron en un accidente? –terminó, sin embargo, con una aparente comprensión o compasión ante mi juventud impetuosa y mi inexperiencia a sus ojos.

Yo recuerdo que mantuve la mirada a Figueroa, como en los últimos tiempos hacía con el abuelo. Debía ser cosa de la edad. De su rebeldía, quiero decir. Y de la sangre, por supuesto, pensé. También, supongo que sería porque yo me consideraba ya un hombre curtido, dispuesto a defender mi posición ante cualquiera. Pero no pude evitar mi sorpresa con lo último que había dicho de mis padres. Ahí sí que quedé impactado. Y lo acusé en mi rostro.

– ¿Es que no fue así? –pregunté perdiendo en la voz mi anterior firmeza.

– A tus padres los acribillaron aquí en Buenos Aires, nada más llegar desde España. ¿No te has parado a pensar el porqué tus abuelos te mantuvieron oculto en la Patagonia toda tu vida?

Yo no pude por menos que acusar el golpe de nuevo. De repente todos los mutismos y las rarezas de mis abuelos empezaban a tener un contexto. Empecé a desmoronarme por primera vez en mucho tiempo. Ante Figueroa y su rotundidad.

– ¿Sabe usted por qué los mataron? –dije bajando ya la voz.

– Me temo que la respuesta está en España –luego, en línea con mi bajada de tono, utilizó él uno más conciliador – . Mira, Mero, sigamos trabajando juntos. Te enviaremos a Cádiz. Pero las cosas son así de claras: el primer objetivo es Robert y, luego, una vez lo hayamos liquidado, Fran es cosa tuya. Nosotros te ayudaremos –después, quizá se arrepintió de su blandura y volvió al tono metálico y amenazante – . Pero como nos jodas, Mero, te va a caber King Kong en el orto, nadando a mariposa. ¿Estamos?

Qué podía decir. Sino asentir, por supuesto.

Y eso hice. Con un leve movimiento de cabeza.

Se hizo un instante de silencio entre nosotros.

Figueroa pareció enternecerse entonces por momentos. En el fondo yo tenía la sensación de que le caía bien. Que era algo más para él que otro pistolero a su servicio.

Tal vez por eso me respetó con otro prolongado rato de silencio tras el mío y mi asentimiento. Ya no le quedaba nada de tomate, así que se permitió coger mi vaso de whisky y echarse un poco de él en su vaso.

Luego habló con una voz menos ronca, menos impostada. Tal vez con la que se hablaba a sí mismo.

– Yo no sé hacer otra cosa. Con el tiempo he llegado a ser un buen profesional de esto, –y se echó un trago-. Soy, ¿cómo lo diría?, el gerente de una gran multinacional. Yo canalizo los sentimientos de odio, frustración, venganza, como es tu caso, vicio y ambición de la gente. Estos sentimientos ya existen, no los he creado yo. Yo solo los canalizo adecuadamente para que reporten beneficios. A mí, desde luego. Y, también en cierto modo, a la sociedad. Sería mucho peor si esto cayera en manos no profesionales.

Yo me eché otro trago y le contesté con otra confidencia.

– Para usted es solo una profesión. Un negocio. Yo he perdido a toda mi familia.

Entonces Figueroa se quitó las gafas y me miró como a un hijo, si yo hubiera sabido lo que era un padre. Lo hizo como el abuelo debiera haberlo hecho muchas veces, pero éste ya no podía

hacer otra cosa para remediarlo que callarse en su tumba.

– ¿Ves esto? –y se señaló el ojo tuerto – Yo no nací así. Y hace dos meses me mataron a un hijo de tu edad. Todavía no me he vengado, aunque lo haré. En su momento. A un profesional no le pueden dominar los sentimientos.

Y yo me le quedé mirando entonces. Figueroa seguía mostrando su cara de palo. Aunque, tal vez, su único ojo estaba algo humedecido. O eso me pareció a mí.

Me di un trago largo de whisky y Figueroa se echó en su vaso el resto. Ya he dicho que no sabía por qué Figueroa me daba mucha confianza. A pesar de que no dejaba de mirarme con su ojo bueno.

El otro no hacía más que observar el alto muro.

Como si pensara que no fuera aún lo suficientemente alto.

Y yo, cuando regresé a mi apartamento, empecé a mirarme a mí mismo.

¿Quién era yo en realidad? Me di cuenta de que apenas sabía nada de mí. Ni de mis padres, ni de mis abuelos. De mis orígenes.

Lo que me habían contado mis abuelos, que era muy poco, había acabado siendo falso. Mis padres no habían muerto en un accidente de coche cuando yo era muy pequeño sino asesinados vilmente. Como, veinticinco años más tarde, lo habían sido mis abuelos, cuya única misión en la vida había sido precisamente protegerme a mí de la ira de aquellos desalmados. Ahora los entendía muy bien. Su afán de discreción. Su querencia por una vida plana y tranquila. Alejada en aquellos pueblos perdidos de la Patagonia. Sus preocupaciones, presentimientos y temores. Y aún así no lo habían podido evitar. Había ocurrido en cuanto yo había salido de allí. Y me había expuesto a la luz en aquella ciudad enorme de Buenos Aires.

Todo ello me producía una falta de cimientos en mi interior, una oquedad profunda e íntima desde la que manaban varias preguntas, todas ellas sin respuesta.

¿Quién era el que nos pretendía destruir, a todos los miembros de mi familia, unos detrás de los otros? Porque yo empezaba a pensar que el asesino de mis padres y de mis abuelos, aunque hubieran mediado 25 años entre esas muertes, podía ser la misma persona. ¿Y si no era la misma persona, por qué querían matarme también a mí, que hasta hace poco era un alma inocente e ingenua?

Eran preguntas que yo no podía responder. Aunque había una palabra que las unía a todas. A todas las posibles respuestas, quiero decir. Y era el nombre de aquella lejana e histórica ciudad: Cádiz.

Con la ira y la venganza duplicadas, y también con una necesidad acuciante de saber quién era yo, empecé a hacer los preparativos para arribar lo antes posible y en cuanto me dieran la orden a aquella ciudad milenaria, que había sido el fin del mundo conocido durante siglos.

Aunque tenía que ser muy consciente en todo momento del doble objetivo que me llevaba a ella, como ya me había advertido el Gran Jefe. Uno, preferente: ejecutar la misión que me encomendaría él mismo, a través de Barry, de la cual apenas sabía nada todavía aparte de su destinatario. Y, otro, el mío, de momento en la recámara, que me abrasaba por dentro y al que me dedicaría a continuación.

Mientras preparaba mi escueto equipaje para aquel largo viaje y, sobre todo, ordenaba mi atormentada mente, poblada de tantas imágenes confusas y doloridas, llamé a Barry para que me mandara a la rubia neumática una última vez. Lo necesitaba. Me empezaban a poner contra la

pared la nostalgia de la marcha de mi tierra por primera vez en mi vida y la ansiedad por lograr apagar aquella inmensa sed plena de injusticia y de dolor que me embargaba.

Y la sensación, difusa todavía, de que la tierra de mis ancestros iba a ejercer un poderoso influjo en mí. Sí, aquella ciudad antigua y misteriosa de Gades, que guardaba tantos secretos míos, me hacía pensar que me costaría mucho abandonarla. Si es que alguna vez conseguía hacerlo.

Cuando estuvimos agotados en la cama, puse en mi cadena todo un homenaje a lo que dejaba. Aunque no pude evitar que la amargura de Carlos Gardel fuera el último poso que me quedara de aquella larga noche.

“Cuando la suerte qu’ es grela / fayando y fayando/
te largue para’o ...

Sin rumbo, desespera’o /

Cuando no tengas ni fe/ ni yerba de ayer/ secándose al sol ...”

Me dolió entonces todo lo que dejaba atrás, todo aquello de lo que me habían expulsado. Lo que representaba el verdor de aquellos eternos bosques que habían acompañado mi vida hasta hacía tres años. Aunque a mí me parecían ya tres siglos. Y enfrente de mí solo vi un mundo duro y acusador. Enemigo.

“Verás que todo es mentira / verás que nada es amor / que al mundo nada le importa / Yira, yira (*) / Aunque te quiebre la vida / aunque te muerda un dolor / No esperes nunca una ayuda/ Ni una mano, ni un favor”. Gritaba, sin gritar, Carlos Gardel.

(*) Yira: palabra del lunfardo argentino (jerga carcelaria de Buenos Aires del S. XIX incorporada hoy al habla popular rioplatense y recogida por muchos tangos) significa: deambula, anda sin rumbo. (Nota del editor).

*Ya están vestidos, ya se van por la calle. Y es sólo entonces cuando están muertos,
cuando están vestidos, que la ciudad los recupera hipócrita y les impone los deberes
cotidianos.*
Julio Cortázar

CUADERNO TERCERO
LA TACITA DE PLATA
ÚLTIMOS MESES DE 2012

Las puertas correderas del Aeropuerto de Barajas se abrieron. Y allí aparecí yo. Llevaba todavía en mi mente las palabras de Figueroa. Y un traje de mil dólares. Sin corbata. Y también sin afeitarse.

Estaba cansado del largo viaje. Nunca había estado tanto tiempo en un avión. Ni tanto ni menos, claro. Había sido el primer vuelo de mi vida. Pero me había gustado.

El viaje había sido tan largo como la distancia, no pude por menos que reconocer. Y no podía quejarme. Me habían pagado un viaje en business y yo no quería ni pensar en cómo se sentiría aquel vagón de ganado que viajaba en turista.

Salí del aeropuerto con mi bolsa de cuero negro. No llevaba más que lo imprescindible en ella.

Dentro de mí, sin embargo, portaba aquello que no me abandonaba nunca. Desde hacía ya tres largos años. Desde que el mundo me trató como una basura.

Y yo sabía perfectamente que no volvería a ser el mismo hasta que no lograra equilibrar la balanza. Porque uno no podía vivir con el peso de la desgracia eternamente. Aplastándose. Destruyéndose por dentro. Cuando esa desgracia había servido de satisfacción. O de beneficio. A otros. A los de Cádiz. A quienes ya ardía en deseos de echármelos a la cara.

Eran estos, pensamientos obsesivos, repetitivos, recurrentes, que nunca me abandonaban y que me martilleaban la mente cada vez de forma más acelerada. Aunque la vida trataba de llevarme también a otras cosas, a otras sensaciones.

Estaba agotado del largo viaje, sí. Pero lo que no podría negarme Figueroa, inclusive entonces, si me hubiera visto en ese momento, claro, era la apostura, la estampa. Lo pude confirmar al verme a mí mismo reflejado en los cristales de las puertas. Tras tres años de aprendizaje y de prácticas tenía ya la apariencia, el completo empaque, la apostura impecable de un perfecto ejecutor.

Crucé el enorme parking, cuya identificación acababa de recibir en mi móvil hacía un momento, hasta llegar al otro extremo de la entrada. Y entonces lo vi. Al BMW, quiero decir.

Limpio y reluciente como una patena. Y con un color azul metalizado que le daba una seriedad y una discreción, y una apostura, pensé para mí a continuación sonriéndome por dentro al hilo de mis pensamientos, marca también de la casa Figueroa.

Apoyados sobre él, se veían el culo y las caderas de una joven morena, atractiva y sofisticada, tapados sin exceso con un traje de chaqueta de falda tan corta como el mes de febrero.

Tardé unos instantes en descubrirle la cara, a donde acercaba sus manos para llevar a la boca un cigarrillo rubio, que esparcía unas volutas que se remansaban contra el techo no demasiado alto del parking.

En cuanto me vio tiró el cigarrillo, no a ninguna papelera, desde luego. Y se llevó a los ojos una fotografía que chequeó con la realidad al verme.

En cuanto me acerqué, sin saludarme siquiera, me espetó.

– ¡¡Sube!!

Ella se introdujo en el coche y esperó a que yo hiciera lo propio por el otro lado.

En cuanto lo hube hecho, me dio un móvil nuevo que sacó de su bolso y me reclamó el que yo llevaba.

Luego, salimos del parking y el BMW se dirigió a un hotel que estaba en el propio aeropuerto, aunque en otra terminal.

La chica era guapa, sí. Pero hablaba menos que un tabique de yeso empapelado de blanco.

Y, si le preguntabas algo, te miraba como si le hablaras en chino. En chino mandarín o en chino cantonés, vaya usted a saber. Porque el resultado era el mismo: un indiferente silencio.

Llegamos al hotel y Raquel, que así se llamaba aquel bombón, detuvo el coche en la puerta.

Entonces me prestó por primera vez atención .

– Descansa y toma el primer avión para Jerez de la Frontera y de allí te coges un taxi y te vas para Cádiz. Allí, en el puerto, te vas a ver a Chicho – me escribió las señas en un papel y me lo entregó; yo lo miré y luego lo guardé en la bolsa de cuero – Él te dará la dirección de la chica y todo lo que necesites. Para lo demás espera a que te llamen. ¿Entendido?

Yo levanté la mano y me la llevé a la sien en un marcial saludo militar. Pero ella siguió con lo suyo, que era dar órdenes y avisos.

– Ah, y disimula ese acento que tienes. Los de allí abajo son muy desconfiados con los extranjeros.

La verdad es que casi me gustaba más cuando no hablaba, pensé para mí. Aunque no le dije nada.

Salí del coche y me eché la bolsa al hombro y luego le sonreí con intención. Aunque ella, aparentemente, no la captó, sino que me miró un par de veces de arriba abajo como si tuviera que darme el visto bueno antes de dejarme solo.

Yo le dije, con más intención todavía:

– ¿Algo más? – y me quedé mirándola fijamente a los labios y luego al hotel.

Entonces ella lo captó por fin.

Y, tras ello, giró la cabeza con cierta rabia, apartando su mirada de mi persona y dirigiéndola a la carretera. Aceleró el coche con estrépito, eso que estaba en punto muerto, y ya cuando se iba, soltó.

– Tú cuídate con la bailaora.

Y se fue. Lamentablemente.

Sin decir adiós, ni sonreírme ni una sola vez.

Y eso que no sabía que yo no le iba a hacer ni caso.



Efectivamente, yo solo había buscado con ella una entente de aposturas, de empaque de gallos se entiende. Por practicar esa gimnasia de la pelea, una vez más. Así que, una vez que el BMW desapareció de mi vista, yo no entré en el hotel. Había algo que tenía previsto hacer, ya desde antes de abandonar Argentina. Quizá desde antes de dejar de ser yo. El yo que era en aquellos momentos.

Por eso mismo, pensé con cierta tristeza ante mi propia contradicción, que quizás ya no tenía mucho sentido hacer lo que iba a hacer. Porque, efectivamente, yo ya era otra persona. Pero, a pesar de eso, a pesar de todo, deseaba hacerlo. Y no me importaba sentir dentro aquella gran contradicción. Y desobedecer, por una vez, las órdenes de Figueroa que me había transmitido de su parte aquel bombón del BMW.

Porque algo íntimo me arrastraba a ello. Sí, quizá solo quería volver a ver, por un instante nada más, el paraíso perdido del que una vez salí. O, mejor dicho, del que una vez me echaron. A la fuerza.

Para no regresar jamás.

Con estos pensamientos en mi cabeza, y el no poco dolor que los acompañaba, me dirigí a uno de los taxis aparcados en la parada del hotel. Sin saludar al taxista siquiera me metí en él, con un zumbido en el cerebro que se me había instalado de repente y que, aunque yo no lo supiera muy bien entonces, quizá era solo el rastro del tiempo que ya pasó.

– A la estación del AVE de Atocha –ordené.

Y luego añadí, para ver cómo se oía mi voz al decirlo.

– De ahí salen los trenes para Sevilla, ¿no es cierto?

– Sí, señor –me contestó el taxista, cuando yo ya me había vuelto a sumergir en mis pensamientos.

Arribé a la estación de Santa Justa de la capital andaluza y, por un momento, al salir del tren y llegar a la calle, donde hacía un sol espléndido, me sentí libre. Como si pudiera reiniciar una nueva vida allí. En aquel ambiente tan luminoso.

Pero me duró muy poco tiempo ese sentimiento. Se me pasó esa sensación de libertad en cuanto me eché la bolsa de cuero negro al hombro. Y volví a sentir entonces de nuevo el peso de aquella gran losa que llevaba en mi interior.

Luego, busqué una tarjeta que llevaba en un apartado de esa bolsa precisamente, paré un taxi y se la enseñé.

Cuando llegué a la recepción del hospital volví a sentirme otra vez ligero y joven.

Me dirigí a la recepcionista tan descansado y alegre como si no hubiera viajado.

– ¿Podría avisar por favor a Teresa, Teresa Carmona?

Teresa había pedido al camarero una ración de gambas. De Huelva, había dicho. Las mejores del mundo, había añadido, dirigiéndose a mí después en un aparte.

Sí, nos habíamos ido a tomar una cerveza a una terraza de un bar de tapas que distaba a cuatro pasos del Hospital Universitario Virgen Macarena, aprovechando que Teresa tenía veinte minutos antes de regresar a su trabajo.

Iba con su uniforme verde de enfermera, sobre el que se había echado por los hombros una chaqueta larga. No hacía frío, aunque ya empezaba a ponerse el sol.

Quizá era solo que trataba de proteger de cualquier inclemencia al bebé que ya no tardaría mucho en venir. En un par de meses, como mucho.

– ¿Cuánto ha pasado ...? ¿tres años? – me miró con aquellos ojos llenos de bondad por los que, en su caso, sí era cierto que no se notaba el tiempo transcurrido.

Me cruzó una brizna de pena, aunque tenía tanto control de mi estampa, que no me lo hubiera notado ni yo mismo.

– ¿Tanto? –le dije con una sonrisa ligera y aparentemente espontánea.

– Ya lo creo. ¡Era el verano, bueno el invierno en Buenos Aires, de 2009 y ahora estamos casi en el otoño de 2012! Como no me llamabas, al final lo hice yo. Pero no sé qué pasaba que no daba llamada. No había línea.

Por un momento me acordé de Barry. De cuando me dio el nuevo teléfono, retirándome el mío. ¡Y, en el fondo, me alegré por ello! Hubiera sido aún peor hablar con ella desde aquel amargor que me consumía por dentro.

Así que preferí no añadir nada, mientras notaba que me iba entristeciendo aún más en mi interior. Teresa, al verme callado, siguió hablando. De su hospital, de su padre, de su tío en la Patagonia y, al final, de ella misma.

– Y, bueno, ya lo ves. Al final he acabado con un sevillano. Y médico por más señas. ¿Qué tal tú? ¿Qué pasó con lo de tus abuelos?

Me creció de repente una careta que me cubrió el rostro, construida con una alegría impostada. Aunque Teresa no pareció darse cuenta.

– Los equivocaron con otras personas. Los asesinos ya están en la cárcel. Ahora trabajo en import-export. Voy a Cádiz por unos negocios que tenemos.

Teresa, una vez quedó tranquila con aquel tema, antaño tan dramático para mí, continuó con una sonrisa un tanto picarona.

– ¿Y de lo demás?

Tuve que emplearme a fondo para hablar tranquilo y seguir la estela de la alegría que mostraba ella.

– Yo me casé con una porteña. Está también embarazada de una niña, como tú. ¡Qué casualidad!

– Me alegro, de verdad. Al principio me acordé mucho de ti ... – luego me miró de nuevo, complacida ahora con nuestra camaradería y amistad – Bueno, ahora me tengo que marchar. Pero ... – buscó en su bolso y me entregó una tarjeta – ... si vuelves por Sevilla, llámame y te enseño mi casa. ¡Si es que no me he puesto de parto!

– ¡Claro!

Teresa miró el reloj, su tiempo se debía haber agotado ya. Se levantó y, sonriéndome, me dio dos besos. Luego, cuando ya había dado unos pasos por la calle, se dio la vuelta y me dijo adiós con la mano.

Yo le sonreí.

Con la puesta de sol a Teresa le brillaba el pelo de una forma especial. Como si estuviera toda ella envuelta en un aura mágica.

La de un tiempo que ya no existía para mí, pensé.

Cuando ella dobló la esquina, volví a sentir aquella sed amarga que me crecía y me quemaba por dentro como un fuego abrasador. Y supe de nuevo que no se me apagaría hasta que llegara a Cádiz y cortara, de una vez y para siempre, todos sus focos, todas sus raíces.

Sí, cuando Teresa dobló la esquina, mi sonrisa se convirtió en una mueca.

– ¡La cuenta, por favor! –casi le grité al camarero.

No había sido una buena idea volver al paraíso. Me había querido resistir a la evidencia de que aquel tiempo ya no volvería jamás. Como tampoco mis abuelos. Ni mis padres a los que ni recordaba. Definitivamente, estaba solo y con una sed que saciar.

Lo mío eran las rubias a pares, el devaneo con chicas como Raquel y cultivar aquella estampa de hombre de una pieza, con aquella seguridad granítica que impresionaba a todo aquel que se topaba conmigo.

Y ese fue el traje que volví a ponerme.

Para siempre.

Hice noche en un hotel discreto de Sevilla. Después de cenar solo, subí a mi habitación y contemplé desde la ventana la noche sevillana llena de un embrujo vagamente intuido.

Sonó mi móvil. Era Barry. Mi estampa y mi aplomo alcanzaron cimas de determinación e incluso de atrevimiento. Yo debía creerme ya una especie de Figueroa II.

– ¡No tienes vergüenza! –le dije en tono a medias desenfadado y a medias molesto, y luego continué de la misma manera – ¡Estaba descansando en plena noche madrileña ...! Supongo que será importante.

Pero Barry sí que estaba enfadado de verdad.

– ¡Mero, a mí no me trates como a un gilipollas! ¿Quién era la embarazada sevillana? –me dijo, alzando la voz, con su horroroso acento.

Me quedé algo sorprendido, aunque ya lo había barajado previamente como posible cuando tomé la decisión de ir a Sevilla. Si bien mi primera tentación al sentirme descubierto fue que no se me notara, rápidamente me di cuenta que debía optar por abandonar el anterior tono un tanto chulesco y regresar a unos modales más convincentes. Barry lo merecía y yo debía merecer su confianza. Lo mejor era reconocer el error y pasar página.

– Algo personal, Barry. No volverá a suceder –concedí.

– Eso espero Mero. Somos profesionales ... – hubo entonces un silencio largo en la línea – Hablando de embarazos: ¿A que no sabías que tu madre cuando la mataron estaba embarazada?

¿Sabes de quién?

Aquello sí que me había impactado de verdad. Y para mal. Obvié contestarle y permanecí en silencio, entre otras cosas porque no podía articular palabra. Esperé pues en línea nuevos detalles que intuía peores incluso que lo que acababa de oír. Barry siempre introducía los temas por dosis.

– A tus padres los acribillaron en plena calle, en una de las más importantes y concurridas de Buenos Aires, la Avenida Corrientes ... Tu padre murió en el acto y a tu madre tus abuelos la llevaron al hospital moribunda. Al menos a ti te sacaron con vida ...

Ahora sí que se me anudó la garganta con el lazo del silencio absoluto. Y aquel fuego que llevaba dentro me abrasó con una nueva y terrible explosión.

Barry se dio cuenta y dejó que las llamaradas me quemaran por dentro a conciencia.

Y, luego, cuando pensó que yo ya estaba absolutamente carbonizado, calcinado, en mi interior, me habló con determinación, tratando de canalizar hacia el objetivo toda aquella ira que él sabía que había explotado violentamente en mi interior.

– ¡Así que céntrate en lo que estamos! ¡Y vamos a acabar con esos malnacidos!

Por fin reaccioné tras aquella sacudida, dejando escapar solo una mínima parte del odio que en aquel momento sentía.

– ¡No te quepa la menor duda! ¡Se tragarán toda la sangre que han derramado!

Y colgué, mientras apretaba las mandíbulas con fiereza. Tanto, que se me agarrotaron carcomidas de un implacable dolor.

A penas me había bajado del tren en la estación de Cádiz, situada junto al puerto y que, curiosamente, estaba en la llamada plaza de Sevilla, de donde yo venía precisamente, me llamó de nuevo Barry.

– ¿Has llegado ya?

– Sí, acabo de dejar la estación. Voy callejeando a ver a Chicho.

– Perfecto, allí encontrarás lo que necesitas. Yo también llegaré pronto a la zona. Ya te llamaré para vernos ... Por cierto, ¿cómo te sientes después de enterarte de que casi no naces?

La lava ya se había solidificado en un duro pedernal en mi interior. Y yo había recuperado mi seguridad y tranquilidad graníticas.

– Perfectamente. El mundo se hubiera perdido algo importante ...

– Así me gusta. Disfruta de la Tacita de Plata.

– La taza de qué ...

– Así le llaman a Cádiz.

– ¡Qué finos ...!

Me alegré de que Barry me diera cobertura en aquella misión. Y deduje que el tal Robert debía ser importante para la organización, o probablemente muy importante, a juzgar por el hecho de que Figueroa iba a desplazar a su mejor lugarteniente hasta Cádiz. Yo abrí el móvil de nuevo y miré la foto de Fran que me habían facilitado. No descubrí nada nuevo en ella que no hubiera visto las otras veces. Las miles de veces que la había observado anteriormente. Me la sabía ya de memoria. La llevaba esculpida en mi mente. Y en mi corazón.

Hacia un día soleado y agradable en Cádiz. Yo iba callejeando preguntando por la dirección de Chicho que Raquel me había escrito de su puño y letra al llegar a Madrid. Me hacía gracia escuchar a aquella gente con aquel gracejo que tenían cuando yo les preguntaba cómo llegar.

Y me dejaba inundar mientras tanto por aquel bullebulle que recorría las calles de la vieja Gades, como así la llamaban los romanos. Yo durante el viaje me había leído alguna información que me habían facilitado sobre la misma junto con planos y detalles urbanísticos. Pero yo sabía que lo más importante de una ciudad estaba en su gente, en su historia, en sus músicas, en sus acentos ... De repente, al pasar frente a una taberna me alcanzó el rasgueo de unas guitarras y la voz desgarrada de un cantaor. Así que me detuve y me acerqué un momento a la puerta. En el interior había una mesa con unos finos y unas manzanillas, junto con unos pellizquitos de jamón, unas tapas de camarones y unas coquinas. A su alrededor dos guitarras, un cantante y un corro de compadres haciendo de palmeros. Y aquellas letrillas que me entraron hondo. O jondo, mejor

dicho.

“Con roca de pedernal / yo me he hecho un candelero / para yo poderme alumbrar. / Porque yo más luz no quiero / yo vivo en la oscuridad”.

Me habían gustado aquellas bulerías que parecían que me retrataban como un espejo. Y yo tampoco me sentía extraño en aquella ciudad. Como si la sangre de mi padre circulara también en aquellos momentos por mis venas y me uniera a aquellas callejas que él habría recorrido frecuentemente hacía casi treinta años. La pena era que yo no podría indagar nada sobre la vida de mi padre. Eso me lo habían dejado meridianamente claro tanto Barry como Figueroa. Por lo menos hasta que terminara todo. Eso era lógico y yo tendría que tragarme mi trascendente curiosidad de saber de dónde provenía.

Además Cádiz, por la información que me habían dado y la que había leído yo por mi cuenta, era una ciudad de compadreo y compinches. La ciudad con más paro, y con diferencia, de toda España. Donde la gente se pasaba el tiempo en las barras de los bares y en las terrazas tomando cañas y finos y hablando de sus cosas, de sus líos quiere uno decir, y de cómo conseguir unos euros, a ser posible no trabajando, sino manejando la información de unos y de otros. O los silencios cómplices. O ambos a la vez, vaya usted a saber. Mala cosa para meterse en esos avisperos con preguntas inoportunas y a destiempo. Sí, era una pena que yo no pudiera todavía entroncar con aquel hombre que me había traído al mundo, y reconstruir su vida por aquellas callejas, llenas de historia, de rumores ancestrales y de flamenco. Y saber algo también de mi madre, que me concibió en aquella ciudad, tal vez en la cama de alguna casa cercana a donde yo me encontraba ahora ... ¡Qué pena, sí! Pero yo no estaba allí para nostalgias ni quejíos, tuve que corregirme a continuación.

Así que, para evitar más tentaciones, me di la vuelta, dando la espalda a aquella taberna y con gesto amargo proseguí mi camino.

Al poco rato ya estaba en el estrecho pasadizo que me llevaría a la plaza donde vivía el tal Chicho.

Penetré en él y llegué a su desembocadura que era, más que una plaza, un patio luminoso.

Había una señora ya de cierta edad que estaba fregando afanosa los dos escalones de mármol blanco que descendían hasta el patio desde la puerta de su casa.

Volví a sacar de un apartado exterior con cremallera que tenía mi bolsa de cuero negro el papel de Raquel y le pregunté a la señora que si estaba allí la dirección descrita, mientras se la aproximaba cerca de sus ojos y, en caso positivo, cuál era la casa del tal Chicho.

– Ozú, ...¡no entiendo la letra! –me soltó la mujer poniendo una cara de analfabeta de nacimiento.

– Apartamentos “El rincón de Cádiz”, deben estar en esta plaza –le dije.

– Ah, sí ... Están aquí mismo, mi arma ... En ese portal.

Me acerqué al portal y vi que estaba abierto. Había una especie de chiscón o de mini recepción a la entrada, pero en aquel momento no había nadie allí. Así que subí decidido por las escaleras hasta el segundo “D”. No estaban muy limpias, la verdad. Y había grafitis y desconchones en las paredes por doquier.

Di con los nudillos en la puerta porque allí no parecía haber timbre alguno y me abrieron desde dentro aparentemente sin mayores precauciones. Aunque me había parecido observar que, antes, unos ojos me habían observado por la mirilla, como desde una pecera.

Apareció un chaval ante mí de edad indefinida, algo entre dieciocho y treinta años, muy delgado y descuidado.

Iba vestido de skater, y llevaba un Gatorade en la mano. Las partes visibles de su cuerpo

estaban pobladas de agresivos y llamativos tatuajes y mostraba piercings en los sitios más insospechados.

Al fondo del estudio, que hacía juego en su mugre con las escaleras que acababa de subir, estaba encendido un televisor a todo volumen, que enseñaba un programa de cotilleos, más del hígado que del corazón.

Y, sobre una mesa baja, enfrente de un sofá pringoso, me pareció identificar una papelina de esnifar, tal vez speed.

Una vez abierta la puerta el chaval se quedó frente a mí. Me pareció que iba algo colocado. O, tal vez, es que era así, en su natural.

– Soy Chicho –me dijo extendiendo su mano abierta hacia mí – le manda El Rubio, ¿no? ¿Y usted es ...?

¿El Rubio? La sorpresa me duró solo un momento. No pude por menos de sonreírme por dentro ... ¡el inefable Barry! Así que volví a mi pose chulesca.

– Mi nombre no te diría nada. Apaga la tele –y penetré en el interior obviando su mano.

–Vale, vamos a lo que vamos, sin rodeos, al grano, así me gustan a mí las cosas ... No es de los que pierden el tiempo ¿no? –dijo él echándose a un lado.

– Apaga el televisor y deja las anfetaminas ...

– ¿Anfetaminas? Qué antiguo eres, viejo, esto es hydrocodone. ¿En qué mundo vives? Seguro que aún tienes perfil de Facebook.

Chicho apagó no obstante el televisor y sacó de debajo de la cama, que era un camastro desvencijado que había en un rincón del estudio, una bolsa de deportes y empezó a poner armas sobre la colcha de la misma.

– Treinta y ocho, Snub Nose, Glock 17, AK47, UZI, Python 357, H&K MP7... –las identificaba al colocarlas a mi vista.

Yo las revisé. Era de una de las cosas que más me gustaba hacer. Las armas y yo siempre habíamos sido amigos. Si las sabías elegir y las cuidabas bien nunca te fallaban. Al contrario que las personas, claro, me dio por pensar en aquel momento.

A Chicho le gustaba hablar. Casi tanto como a un charlatán de feria. Y me trataba indistintamente de tú y de usted, según venía a pelo, o a contrapelo, lo uno o lo otro.

– Están en perfecto estado y limpias de registro. Con Chicho sólo te llevas lo mejor porque Chicho sólo ofrece lo mejor ... Ya le habrá dicho El Rubio que con el Chicho cero problemas.. – dijo esto último imitando el tremendo acento de Barry – Casi todo esto viene directo de Corea y ya sabes lo sería que es esa gente, tienen bombas nucleares y todo ... Con los búlgaros puedes tener líos, pero estos putos coreanos son más serios que la muerte.

Yo no necesitaba intermediarios entre las armas y yo. Así que le hice un gesto con la mano de que se callara.

Después de analizar lo que había, aparté la AK y la UZI. A continuación Chicho, por su propio criterio, apartó también la MP 7

– Nada de ametralladoras ni semiautomáticas. Ok, ya te sigo, algo más discreto ...

A mí no me gustaba que decidieran por mí.

– Deja la MP 7, la Glock y la Beretta PX4...

Pero Chicho no se callaba nunca.

– ¿No quieres también la AK? La AK nunca falla y tiene ese no sé qué romántico ... Mira la primavera árabe sin ir más lejos ...

– Cuando busco conversación, llamo a un amigo ... El dinero ya está en la cuenta.

Chicho entonces se acercó a un armario colgado de la pared. Tenía, a la vista, una hilera de

libros que seguro que el muchacho no habría hojeado jamás. Apartó unos cuantos y abrió una portezuela que daba a un doble fondo y empezó a sacar la munición adecuada para cada arma.

Aunque no pudo quedarse mucho tiempo en silencio.

– Con esto debería bastar. Si se acaba ya sabes dónde hay más. Aunque espero, por la cuenta que les trae a los de aquí, que no se le acabe ...

– Dame la dirección de la chica. Y la de mi apartamento.

Chicho apuntó ambas direcciones en un papel.

– Es guapa de perder la cabeza, cuanto menos se acerque a ella mejor. Por lo de perder la cabeza, digo ... Conozco a más de uno que lo ha perdido casi todo por acercarse a esa ...

Yo me metí el papel en el bolsillo y cogí la Glock. Empecé a llenarle el cargador.

Luego le apunté con ella en la cabeza al tal Chicho, que estaba empezando a recoger su tenderete.

– Si quieres empezar otra frase, vete acabando esta ...

El chaval levantó la cabeza y me miró, un tanto pasmado, cómo le apuntaba con el arma amartillada.

Empezó a hacer señales disuasorias con las manos. Parecía un guardia de tráfico en hora punta.

– Lo que usted diga jefe ... En el fondo, cuanto menos sepa mejor, ¿no?

Yo guardé en silencio, ahora sí, las armas y su munición en mi bolsa de cuero y me encaminé a la puerta.

Cuando ya me disponía a cerrarla, sin volverme, le dije a Chicho.

– Lo siento ... Tengo un dolor de cabeza espantoso.

Y cerré la puerta.

Dentro del apartamento, seguro que Chicho se iba a dar un chute.

Para volver a recuperar la euforia y las ganas de hablar que tenía siempre.

Mi apartamento no quedaba muy lejos de allí, según me dijo la mujer de la fregona cuando le leí las señas. Tan solo un par de manzanas más en dirección al puerto. Y allí me encaminé.

No muy lejos tampoco de por donde yo transitaba, también ocurrían cosas. Yo, evidentemente, no podía verlas. Pero, más tarde, me las comentaría su protagonista. Una protagonista muy especial, a la que le gustaban mucho los zapatos. Y, además, sabía mucho de ellos. Tanto, que por su tersura y empaque, llegaba a conocer muy bien a sus dueños.

Más que en los zapatos de señora, Alicia, que así se llamaba aquella criatura que no llegaría a los trece o catorce años y que aparentaba un par de ellos menos, por lo muy menuda que era y lo siempre desaliñadamente vestida que iba, solía fijarse en los de caballero. Sí, despreciaba los zapatos de señora, las zapatillas, no digamos las sandalias, las chancas y el calzado deportivo, y sus ojos se iban a los zapatos para hombre de piel y suela de cuero, preferiblemente de cordones, aunque también mocasines e italianos con buena pinta, botines y, más raramente, botas, siempre que lucieran limpias y bien atendidas.

Sí, en la calle de la Libertad, justo enfrente del Mercado Central, cruzando la Plaza Topete, podían verse todo tipo de zapatos: nuevos, usados, limpios, rotos ..., que entraban en el edificio de Correos o salían del Mercado.

Alicia estaba sentada en el suelo, para fijarse bien en ellos, recostada en una esquina.

Su desaliñado aspecto, casi sucio y su mirada perdida por el suelo, hicieron que a una señora que pasaba por allí le moviera la compasión. Tal vez la niña no fuera de allí y se hubiera despistado de sus padres, o incluso perdido, pensó la mujer. Y eso es lo que le dijo:

– ¿Te has perdido jovencita? –le habl de forma cariñosae dijo ó de forma cariñosa, como una forma de interesarse por ella.

Alicia no le prestó mucha atención, como si no entendiera lo que decía la señora, o como si le hablara en otra lengua, mientras seguía estudiando los zapatos que iban y venían a su alrededor.

Hasta que dio con un par de elegantes y caros mocasines de fina piel.

La mujer, ante la falta de respuesta, se había encorvado para estar más cerca de la niña y captar su atención.

– ¿Necesitas ayuda ...? – le dijo, esbozando una sonrisa cálida y amable.

Alicia por fin la miró. Aunque rápidamente volvió a los mocasines que se acercaban saliendo del edificio de Correos.

– No, gracias, señora –le contestó – acabo de encontrar a mi padre.

Y, acto seguido, la chica se puso en pie y se alejó entre la multitud, repleta también de turistas, que deambulaba por la zona. Había mucha gente que pasaba por allí y camino del

mercado.

Alicia se manejaba con soltura entre toda aquella muchedumbre y trataba de acercarse al dueño de los mocasines de fina piel, que debía de ser su padre, según le había dicho a la compasiva señora que ya, tranquila, la había perdido de vista.

El dueño de los mocasines era un tipo de unos cincuenta, grueso y alto, bien vestido, de traje y corbata de seda y con zapatos nuevos y elegantes a juego. Tenía pinta de manejar dinero en abundancia.

Cuando Alicia ya lo tenía casi enfrente, vio venir a una mujer caminando en la dirección opuesta y, sin pensárselo dos veces, se chocó literalmente con ella a propósito y, luego, se dejó caer muy hábilmente de rebote sobre el hombre de los mocasines. Para, después, a continuación, darse de bruces contra el suelo.

El hombretón, que se llamaba Mauro, se sorprendió con aquel repentino y relativamente fuerte empujón de la niña. Se quedó observando a la criatura que lo miraba a su vez desde el suelo con unos ojos de apariencia inocente y desvalida. Estaba claro que no era su padre. Ni tan siquiera la conocía.

Alicia intentó levantarse, mostrando más claramente su cara sucia y enseñando su rodilla magullada. Mauro no estaba interesado en absoluto en la niña, sino más bien en su propio aspecto. En cómo habría quedado él mismo tras chocarse con semejante desperdicio andante.

Y, por ello, tras arreglarse el traje, no pudo por menos que gritar lleno de disgusto.

– ¡Mira por donde andas, pordiosera!

– Lo siento, señor ... –le contestó, bajando los ojos, la niña.

– Sentirlo no basta, ¿es que no sabes con quien estás hablando?

– No, señor.

– Mierda, estás tan sucia que da asco verte. ¡Límpiate un poco!

Alicia volvió a contestar mirando al suelo y bajando la voz, con toda humildad.

– Lo haré, en cuanto llegue a casa –musitó.

Alicia se levantó con la cara avergonzada. Y Mauro no pudo evitar mirarla una última vez con asco y desprecio. Y, luego, siguió su camino dominando, con aquel corpachón que tenía, las aceras de más allá de la plaza.

A Alicia, en cuanto el hombre le dio la espalda, le desapareció la vergüenza de la cara y se le pintó una sonrisa picarona de triunfo.

Luego, metió una mano entre sus ropas y sacó una cartera que hacía juego con la fina piel beige de los zapatos de aquel hombre.

Se apartó a continuación a un portal cercano y en cuanto se vio resguardada no pudo por menos que abrirla allí mismo para ver lo que había. Sobre todo para comprobar si había sido consistente o no su caza.

Allí estaba, en el primer compartimento de la cartera, el carnet de identidad del gordo Mauro, mirando orgulloso y arrogante a la cámara.

La niña no se impresionó con ello y fue directa a la billetera y extrajo de ella un par de billetes de cincuenta euros y algunos más pequeños. Ahora sí que se le pintó una sonrisa ancha en su cara.

Se los guardó entre sus ropas y continuó caminando con la billetera en la mano hasta llegar a un buzón cercano. Y allí, ocultando su mano para que nadie la viera, introdujo la misma por la ranura. Como si la cría no quisiera causar al desplumado más problemas adicionales y burocráticos, ya que el servicio de correos le llevaría la cartera a la dirección que figuraba en ella. Una ladrona con un cierto código ético, diríase.

Luego siguió caminando llena de desenvoltura y alegría por la acera. La señora compasiva, que había vuelto a recuperar la visión de la chica, no salía de su asombro. Aquel padre debía tener buena mano con la niña, pensó. Porque, si bien había desaparecido en un pis pas, había conseguido en aquel breve tiempo alejar de la niña aquella estampa de derrota. Vamos, dejarla como nueva.

Aquella señora, tan compasiva, debía ser un águila en sus apreciaciones sobre los demás, la pobre.

Yo llegué al apartamento que Barry había alquilado para mí, probablemente con la ayuda del tal Chicho. Seguramente era la mejor opción para pasar desapercibido. En hoteles, hostales y pensiones había que dar parte a la policía que, en cualquier momento, podía acercarse a husmear por allí.

Eso lo entendía. También, que el apartamento se explotara de forma ilegal, sin rendir ni pedir cuentas a nadie ni hacer ningún tipo de preguntas a la gente que los frecuentaba, dado que era la mejor forma de no conocer las comprometedoras respuestas y sus derivadas.

Eso era una cosa entendible, ya digo, pero otra, muy distinta, fue la cutrez que encontré tanto en el barrio, como en la casa y no digamos dentro de la vivienda.

El apartamento estaba situado muy cerca del puerto, en el barrio de San Carlos, entre la calle San Carlos, propiamente dicha, y la avenida del Descubrimiento: una vías destartadas, viejas y sucias, llenas de casas desconchadas y descoloridas donde vivía gente irrelevante que luchaba por sobrevivir y que no iría nunca a ninguna parte.

O, por lo menos, así las veía yo en aquel momento. Tal vez era que yo me había acostumbrado a la vida muelle que últimamente llevaba en Buenos Aires, recluido en una guarida cuasi de lujo, con una misión a ejecutar cada dos o tres meses.

Recordé las palabras de Barry: “allí será distinto, no tendrás que estar oculto, sino todo lo contrario, en la calle”. Pero él no me dio más detalles. Practicaba la gestión por fases y le gustaba aportarlos solo a medida que se iban necesitando. Pero yo, la verdad, me encontré bastante sorprendido y defraudado con aquel apartamento, si no infame, sí espartano y austero como pocos, que encontré cuando metí en su puerta la llave que me había entregado Chicho.

Para empezar no tenía apenas muebles. Sólo había, en su único dormitorio, una sencilla cama y dos mesillas ramplonas con un armario desvencijado que amenazaba ruina.

En el salón, dormitaban dos sillones de mimbre y una mesita baja, como unos tristes guardianes de una estancia que invitaba a ser abandonada inmediatamente. La ventana que daba a la calle tenía una persiana que no corría bien y que, cuando a duras penas conseguías subirla, hacía un ruido espantoso.

Y, para colmo, allí no había ninguna cortina para protegerte de la luz y de la indiscreción de los vecinos, así que opté por dejar echada la persiana cuando al cuarto intento conseguí por fin bajarla y gastar, para alumbrarme, luz artificial todo el día,.

El baño era un cuartucho con media bañera y un ventanuco que daba a la calle de atrás. Colgaban de una percha tres toallas, cada una de un tamaño, desgastadas y cuasi raídas, aunque más o menos limpias.

En la cocina apenas me fijé, estaba claro que no invitaba a la gastronomía casera, ni mucho

menos, y se enseñaba grasienta y llena de desconchones.

Así que, una vez hice el recorrido por aquel habitáculo tan poco *friendly*, léase acogedor, como habría tenido que reconocer mi jefe Barry, me senté en uno de los sillones de mimbre del salón, dejé la bolsa de cuero en el otro y reflexioné sobre mi situación.

Estaba claro, me lo volví a repetir para asimilarlo porque no me quedaba otra que, al contrario que en Buenos Aires, se confirmaba la idea ya anticipada por Barry de que pasara allí, en la casa, el menor tiempo posible. Y esa tenía que ser la justificación de aquel engendro de vivienda. Porque Barry no hacía las cosas porque sí, eso estaba claro. Él, sin duda, quería que gastara mi tiempo en la calle trabajándome mi misión, pero sin que, cuando volviera a casa fuera objeto de una diferenciación o reclamo fuera de lo normal.

Con las cosas más o menos meridianas, me dispuse a tomar una ducha, dado que se me empezaba a pegar la humedad del mar. Yo no había traído ni gel ni jabón. Tampoco los había visto en mi examen ocular del baño. Y, además, me temía que luego me esperaba el áspero contacto de aquellas toallas de batalla.

Pero la ducha siempre había sido para mí la mejor forma de pasar página después de aceptar lo inevitable. También de acabar o de empezar los días. O las etapas, añadí en mi interior. Porque estaba claro que en aquella tarde de finales de septiembre de dos mil doce cuando llegué a Cádiz empezaba para mí la etapa clave de aquel proceso de justicia y reparación al que me dedicaba en cuerpo y alma desde hacía ya tres largos años.

Después de secarme al natural, bajé y me di una vuelta por el barrio para tener un primer contacto. Era casi de noche y estuve merendando una fuente de pescaítos fritos en un restaurante bar alicatado de azulejos serigrafiados de escenas flamencas. Sonaba Niña Pastori de fondo, mientras la dueña acompañaba las canciones por lo bajo. “Como un puñado de arena fina, extiéndela por tu camino / Baja hasta el fondo de tu alma y comprenderás/ que en la vida solo manda, / ay, el destino”. Parecía avisarme a mí aquella ciudad milenaria a través de la voz sugerente de la flamenca niña. O ya no tan niña, según me aclaró la señora del local. El restaurante se llamaba “La fragua”, que era nombre rotundo y de antiguas resonancias, pero que a mí me parecía rótulo puesto sin ton ni son y más bien a contrapelo. Cuando le expuse mis cuitas a la dueña, me comentó que su abuelo había sido herrero en Arcos de la Frontera y a su padre le encandilaba el crepitar de los hierros poniéndose al rojo en las brasas de carbón y el olor a mulas y a caballos que había experimentado de niño en la fragua, cuando sus dueños los acercaban a que les cambiaran de zapatos.

Ah, me dije para mis adentros, los recuerdos de la niñez que te marcarán para siempre ... A mí me los habían quitado todos y solo me habían dejado un montón de incógnitas sobre quién era yo y cuatro cadáveres en mi memoria que clamaban justicia a gritos.

Abusé un poco de la cerveza, la verdad, como leve consuelo a tanta amargura, y también al hilo de mezclarme más con el paisanaje local, para que se me viera por el barrio como me había pedido Barry y, cuando ya se había hecho totalmente de noche, decidí recogerme para no entristecerme más. A la mañana siguiente empezaría a trabajar en serio mi misión y aquella, la primera noche en mi nueva casa, probaría a cogerle algo de cariño a aquel hogar tan adusto e impersonal que me habían asignado.

Pero, una vez en el apartamento, descubrí que no tenía ganas de irme a dormir. Aunque, tampoco, probablemente, me hubiera dormido. Sentía una excitación y un nerviosismo crecientes. Con unas ganas tremendas de que empezara el nuevo día y yo pudiera ir avanzando en la ejecución de mi plan. Del que, por otra parte, apenas me habían anticipado del mismo cuatro detalles.

Barry iba soltando, como siempre, las instrucciones poco a poco. Pero yo tenía metido a

aquel Fran en la cabeza como grabado a fuego y también a Robert, un tipo misterioso según me habían dicho, a quien casi nadie había visto en los últimos tiempos, dudándose incluso de que estuviera vivo. Aunque Figueroa y Barry no lo dudaban, claro.

Por fin opté por intentar el sueño, no sin antes dejar amartillada la Glock debajo de la cama.

Me desperté pasadas un par de horas. Extrañaba la cama y también el ruido de fondo de la calle que inundaba la habitación. El apartamento tenía un aislamiento acústico pobre y la verdad es que se oía casi todo del exterior. Me levanté y me acerqué a la ventana.

Una pareja de jóvenes, o no tan jóvenes, pensé cuando los vi más de cerca, salían abrazados de una bodega que había un poco más allá, en la misma calle. Iban cantando, sin mucho arte, por no decir ninguno, según me pareció. No porque yo fuera ningún entendido, aunque el flamenco ya se me estaba metiendo por las entretelas del alma, sino porque iban mucho más que contentos, quiero decir que casi como cubas.

“Y uno dice que un lucero y otro que la luz del día / Lo mejor del mundo entero, tú / La razón de mi alegría”

Y aquellas letrillas de repente me hicieron pensar.

A pesar de que aquel sentimiento de venganza, de quitarle a Fran todo lo que él me había quitado y pretendía quitarme, me llenaba en aquellos momentos todo mi ser. Y, también, a pesar de que empezaba a apreciar sobremanera aquella vida de cazador de hombres que había llevado últimamente, con su adrenalina y su dinero fácil, comparada con la rutinaria de un hombre gris, me ocurría que, de vez en cuando, se metían en mi interior, por algún intersticio oculto y descontrolado, unas gotas de acíbar que, tal vez, me recordaban la extraña, profunda e íntima soledad que me rodeaba.

Eran instantes puntuales, latidos esporádicos, vaivenes en mi interior que rápidamente eran anulados por el sentimiento principal de venganza que me embargaba. Como en aquel momento me ocurrió, al escuchar aquellos versos que me retrotraían a un paraíso perdido y lejano, tal vez soñado, antes de que trularan mi vida.

La pareja llegó hasta mi casa. Se apoyaron en la pared y luego se abrazaron justo debajo del alféizar de mi ventana, como en otra más de las estaciones donde ellos se detenían un momento, se besaban un rato y luego proseguían su incierto camino cantando o, mejor dicho, intentándolo, hasta la nueva parada.

Yo me volví a la cama. Por supuesto después de encerrar bajo siete llaves aquel pequeño vaivén de tristeza que había sentido.

Convenía que descansara y estuviera lúcido y ágil de mente para el día siguiente.

Antes de cerrar los ojos, comprobé que la Glock tenía quitado el seguro.

Aquella mañana Darío se encaminó al viejo edificio de tres plantas en forma de barco, una especie de pirámide truncada invertida, que había al otro lado del puerto, una vez pasados los astilleros.

Yo todavía no conocía a Darío. Pero ya lo conocería en su momento. Supe más tarde que esto que viene a continuación ocurrió, más o menos, así. Porque la niña Alicia me lo contó y también porque yo, como mayor que ella que era, sabía que estas cosas siempre empezaban y acababan de la misma manera. La historia de Darío y Manuela, quiero decir.

Sí, a aquel viejo edificio de la avenida de la Bahía, yo llegué a conocerlo muy bien, no pude por menos que recordar cuando caminaba por la playa de Cádiz al encuentro de Celia. Ah, Celia, Celia, allí había empezado todo ...

... En aquel viejo edificio de tres plantas, que estaba a media hora del barrio de San Carlos, siguiendo el mar ...

La primera planta, la baja a ras de calle, lógicamente albergaba la puerta de entrada, que era como una vieja y decrépita escotilla que daba acceso a aquel inmueble que parecía un viejo navío. Un suponer, claro, echándole a aquella apariencia un poco de imaginación.

Quizá quisieron hacer algo original cuando lo construyeron, pero aquellos momentos de gloria, si es que alguna vez los había tenido aquella mole, ahora llena de grafitis y de desconchones, debían haber sido hacía mucho tiempo ya. Ahora solo quedaba una cierta sombra de diferenciación sobre el resto de vulgares edificios que lo rodeaban y una decrepitud y un desasosiego que te encogían un poco el alma cuando te encarabas con su fachada.

Y una vez que entrabas en el mismo, aquello iba a más. Arrancaba la escalera con una plataforma de mármol originariamente en color beige, que ahora estaba revestida de una especie de piel escamosa y grasienta llena de chorretones de los más variados líquidos, de chicles y de mugre. A ambos lados de la misma se alzaban unos tabiques de rasilla, apenas remozados en bruto por una insuficiente capa de yeso sobre la que, al parecer, todo el mundo que entraba se encontraba con el derecho de escribir o pintarraजार algo sobre la misma. En el espacioso portal de entrada había sendas puertas a cada mano que se dibujaban torpemente en los tabiques de rasilla, cerradas con grandes candados, y que daban acceso a lo que presumiblemente debía ser un almacén para guardar trastos o tarabancos. O según se rumoreaba, decían que Cádiz era ciudad de mucho cotilleo, cosas peores.

Pero Darío aquel día entró en el inmueble, probablemente sin ninguna metáfora en su pensamiento sobre el mismo, sin mirar hacia los lados, ni tampoco sorprenderse.

Se dirigió hacia la escalera con paso elástico y decidido, atravesando aquella especie de

hall cutre y repelente.

Subió por la estrecha escalera de luz penumbrosa y paredes empapeladas de la misma mugre y circunstancia que el suelo y llegó a la segunda planta. Allí había una escuela de baile flamenco con unos grandes ventanales que daban a la calle y una puerta de entrada con un atisbo de luminosidad, que emanaba a través de una ventana en recuadro de cristal que había en ella, a la que acompañaba una sensación a su alrededor de limpieza y alegría.

Darío pasó por delante de la misma y, por un momento, pareció que se detenía a escuchar una sevillana marchosa claveteada de palmas y taconeo. Luego sonrió, un poco para sí mismo, movió la cabeza de un lado para el otro, como si se admirara o le sorprendiera que aquella academia siguiera todavía allí, inundando de música y alegría aquel entorno tan decrepito, y siguió con paso decidido subiendo la escalera hasta la tercera y última planta.

La última planta parecía y era, sin duda alguna, incluso para aquel que subiera por primera vez, un prostíbulo. Lo parecía a todas luces y, una vez que entrabas dentro, lo confirmabas de forma inmediata.

A aquellas horas todavía no estaba en toda su pompa, pero pululaban por allí varias chicas, merodeando ligeras de ropa. Podían verse también algunos clientes bebiendo y escuchando música, jugando a las máquinas tragaperras o negociando con las chicas mientras las invitaban a una copa de champagne. Había también varios sofás para la charleta y un pequeño bar al fondo.

Darío entró sin apenas saludar, mientras cruzaba el salón, llegaba al bar y desaparecía por una de las puertas que daba a las habitaciones interiores de las chicas. Nadie le prestó demasiada atención. Se veía que era alguien habitual y que conocía muy bien el establecimiento.

El apartamento de Manuela era un miniestudio cutre, solo aparentemente limpio si había poca luz. Estaba amueblado con colores vivos, casi chillones. Quizá para levantar rápidamente el ánimo de los clientes y, luego, que se cansaran, rápidamente también, de estar allí.

Era uno de los típicos apartamentos que se alquilaban por horas, para disfrutar en ellos de las putas según el tiempo y la tarifa que se hubiera pactado. Pero con Manuela había una diferencia: ella vivía allí y, por tanto, no tenía horarios, quiero decir horarios precisos, ni tampoco limitados. Debía estar siempre a disposición de que hubiera un buen cliente o pudiera surgir. Por lo tanto su situación era muy precaria.

Manuela, aquella mañana, se estaba maquillando, mirándose al espejo. Le ponía mucha atención a lo que estaba haciendo, mientras se dejaba acunar por la música que, muy acolchada, subía desde la academia de baile que estaba justo debajo: “Ay, loquita me llaman porque voy riendo / pero soy de las pocas que a este mundo embustero/ yo voy comprendiendo”. Parecía que le había gustado aquella cancioncilla a la muchacha, aunque, cuando se percató de la totalidad de la letra, hizo un gesto de disgusto.

El rostro de Manuela se mostraba muy castigado, a pesar de que podía tener solo treinta y pocos años. Aún conservaba parte de la belleza que un día tuvo, que debió ser no mucha, sino muchísima. Pero la vida había pasado muy rápido por ella. Y de forma muy intensa. Causando un desgaste acelerado y prematuro.

Ella se afanaba, con aplicación, en taparse con el maquillaje un moratón, reciente y llamativo, que mostraba en un ojo.

Su mano temblaba al hacerlo. Por lo que significaba el moratón en sí. O, a lo mejor, era también el malestar de aquella estrofilla flamenca, que se le había quedado adherida a las entretelas del alma, como una verdad desnuda e irrefutable.

Apartó los pensamientos negros y tristes que empezaban a subírsele a la cabeza y se concentró en disimular aquella negrura de la piel de su párpado, repintándola con otros colores menos tenebrosos.

Sí, todo iba a cambiar. Necesitaba que se barajaran de nuevo las cartas en la mesa y a ella le tocaran menos bastos que de costumbre. Inclusive algún orillo. Se animó solo con pensarlo. Y la música de la academia de abajo también vino en su ayuda con una rumba alegre y estimulante: “Hay muchos recodos en el camino / y ya me llegará el tiempo de la luz / de tus ojos, que son mi único destino”.

Sí, la alegría le renacía de nuevo dentro, por momentos.

Se inclinó sobre el espejo para observar el resultado. No estaba mal. Aunque si uno se fijaba, se notaba, claro. Se echó por encima entonces un mechón de su pelo, salvaje, desordenado.

Y la cosa quedó mucho más discreta. Así, de esta forma, ya había que fijarse con detenimiento para reparar en ello. Luego sonrió para sus adentros, ufana y contenta por haberlo logrado.

Llevaba un vestido corto y ajustado, vulgarmente sexy, de los que no invitan a los prolegómenos precisamente. Sino a la acción rápida, encendida y hasta violenta, debían pensar algunos machos.

Y sus labios los llevaba pintados de un rojo brillante, lip gloss. Para resultar apetecibles: húmedos y carnosos. Un poco, de muñeca rota. Que, tal vez, más que otra cosa, era lo que los demás pensaban que era.

Pero ella se había colgado de la percha de aquella rumbita. Y también de aquel haz luminoso que entraba por el ventanuco que daba a la calle y que reflejaba el buen día que hacía aquella mañana. Aquella mañana precisamente ella esperaba que ocurriera algo especial.

Por ello se ajustó el vestido y sonrió nerviosa ante el espejo. Luego, observó, orgullosa, su cuerpo, todavía joven y atractivo, ante el espejo. Y respiró hondo.

En ese momento llamaron a la puerta.

– Un segundo –contestó con tono esperanzado y alegre.

Recogió los útiles de maquillaje rápidamente y los guardó en el cajón.

Luego se miró por una última vez en la luna del espejo y corrió hacia la puerta. La abrió despacio, como si temiera que no fuera lo que ella aguardaba.

Darío estaba en el umbral, plantado allí de pie, lleno de seguridad en sí mismo, portando una gran sonrisa en sus labios.

Sí, él era a quien Manuela esperaba. Y su rostro se iluminó al verlo.

– ¡Hola! Pasa mi amor ...-le dijo con una sonrisa ancha y cálida.

Y se colocó de nuevo el mechón sobre el ojo dolorido, mientras que se hacía a un lado y Darío entraba en la habitación con sus grandes zancadas.

Una vez dentro, Darío esparció su mirada por el pequeño salón/dormitorio del estudio.

– Esto está cambiado –dijo aparentemente complacido, observando el mayor orden que parecía haber allí. Y la mayor limpieza. Dentro de un orden también, claro.

Manuela lo observaba a él. A su hombre. Complacida también. Sí, la misma rumbita alegre parecía que volvía a sonar abajo.

Darío se quitó la chaqueta y la dejó encajada en la única silla que había en el estudio, la que estaba frente al espejo. Llevaba, debajo de ella, una sobaquera con pistola, que se quitó a continuación. Y arma y canana terminaron colgando de uno de los brazos de la misma silla.

Después, como siguiendo los pasos de un ritual que habría practicado ya otras veces, sacó su cartera y su placa y las depositó en la mesilla de noche.

Manuela, coqueta, lo observaba todo en silencio, mientras se henchía por dentro. Como si aquel ceremonial, quizá tantas veces repetido, no hiciera sino augurarle y, todavía más, confirmarle, aquel cambio de ciclo que ella esperaba en su vida.

Por ello, se animó a abrir las ventanas de su corazón una vez más para aquel hombre. Cuando, en su quehacer diario, solo le importaban las computas de cintura para abajo.

– He estado limpiando y arreglando esto un poco ... para ti –le dijo a Darío con toda intención, contestando a su comentario sobre lo cambiado que lo encontraba todo.

Darío sonrió, con la seguridad del terreno ganado de antemano, y se acercó hasta tomarla entre sus brazos, que es lo que ella estaba esperando, inclusive desde mucho antes de que él hubiera llegado.

Ella mantenía la cabeza baja, como temerosa de mirarlo de frente. Quizá como temiendo que el mechón de su cabello no la cubriera adecuadamente. Quizá con algo de miedo también de

que aquel día que había amanecido con tantas expectativas se frustrara de nuevo. Como casi siempre. Como siempre, no se atrevió a reconocer.

Él le levantó el rostro. Y a ella se le iluminó este mucho más, si cabe. Y luego la besó. Con cierta dulzura.

A ella, cosa extraña, dado su atuendo y el sitio en el que vivía, le gustaban los prolegómenos. Cuanto más largos, mejor.

Yo me levanté aquella, mi primera mañana en Cádiz, pronto. Como con ganas de que empezara el día. De que comenzara la cuenta atrás de aquella misión que me traería la paz. O, por lo menos, la ausencia de aquel regusto amargo que no me dejaba vivir. De aquella sed que no se saciaba nunca.

Me había jurado no usar la cocina, vamos, ni estrenarla siquiera. Antes me hubiera tenido que comprar unos guantes y unas tragaderas nuevas, claro. Y yo no estaba por la labor.

Así que salí a la calle. Era muy temprano y, como siempre o, casi siempre en ciudades al borde del mar, el cielo amanecía cargado de brumas y de nubes que luego, al poco tiempo, desaparecerían y dejarían paso a un sol brillante y potente en un cielo despejado y limpio. También ocurría esto en Buenos Aires. Pero yo había aprendido a intuir los días buenos de verdad entre aquella madeja de neblinas. Y aquel día sería uno de ellos. O, por lo menos, a eso aspiraba yo.

Me acerqué al viejo casco histórico, entrando desde la Plaza de España por aquella vía de nombre tan bonito y tan rotundo, tal vez más propio de la pasión y de las procesiones de la Semana Santa que del mundanal ruido: Santísimo Cristo de la Vera-Cruz.

En las callejas que atravesaba había un bullebulle trepidante: comercios abriendo, gente a por el pan, trabajadores sacrificados de los que también, aunque escasos según decían, debía haber en Cádiz, que iban a su puesto con fuerza renovada cada día y, por supuesto, paseantes, buscadores de fortuna como yo sin destino fijo, mirones y compadres charlando tomando el desayuno en las terrazas y, hasta incluso, algunos perdidos que todavía no habían encontrado su cama tras la fiesta de la noche anterior.

Yo me sumergí gustoso en la marea de gente que subía y bajaba por aquellas estrechas callejuelas.

También iba buscando una buena selección de frutas para desayunar: mandarinas, naranjas, granadas, fresas, alguna banana potente, con las cuales empezar bien el día. Me paraba en los puestos que allí había y las seleccionaba con mimo y esmero. Últimamente me había acostumbrado yo también a cuidarme y le dedicaba a ello todo el tiempo, y toda la intención, del mundo.

Una vez hube terminado con la fruta, me proveí de un buen café, humeante y acogedor, y empecé a sorberlo con fruición en un vaso de cartón donde me lo habían servido, mientras me dejaba llevar por el pulso, por aquel destino jondo, que me ofrecía la ciudad.

Alicia descansaba sentada en la acera mientras miraba a los transeúntes buscando a su nueva víctima. Estudiaba, como siempre, fijamente, sus zapatos hasta dar con aquellos que le llevarían a sus dueños, los de abultada cartera.

Llevaba un rato aburrida porque no aparecía en el horizonte que abarcaban sus ojos nada especial, nada interesante que mereciera la pena y fuera acicate bastante para iniciar la liturgia que tenía tan bien aprendida.

Hasta que, de repente, las vio, las botas, quiero decir, entre aquella marabunta de piernas que deambulaba por donde ella estaba.

Eran unas botas tejanas. Unas botas aparentemente descuidadas, pero solo aparentemente. De buena piel. Y de buena suela.

Algo le dijo que merecían la pena. Que no se iba a equivocar. Así que se levantó y en unos segundos se chocó “casualmente” con el dueño de las mismas.

Y, de rebote, la niña se fue al suelo de forma aparatosa y, aparentemente, involuntaria.

Y, allí, intentando levantarse con toda la dignidad del mundo, mostró todo su enojo.

– Un poco de cuidado, ¡por el amor de Dios!

Y yo, que era el dueño de aquellas botas con las que paseaba por vez primera aquella ciudad milenaria, por un momento me sentí sorprendido y culpable. Y no pude por menos que disculparme diciendo:

– Lo siento ...

Así es como la conocí. En plena calle y de aquella manera. A aquella muchacha, de nombre Ali, de Alicia, que tendría mucha importancia para mí en los días siguientes.

Me recordó, no sabría decir por qué, a aquel jabatillo, a aquel rayón del coto de Conesa. Tal vez porque los dos necesitaban una segunda oportunidad. La que no tendrían, desde luego, Fran y los suyos, me dije a mí mismo a continuación, mientras endurecía de nuevo el gesto al pensarlo. Pero aquella niña, dada su corta edad y su desvalimiento, era otra cosa.

La cría, con evidentes muestras de fastidio, aceptó al final tomar la mano que yo le ofrecía y se puso en pie.

– ¿Estás bien? –me interesé por ella, mientras me bajaba a su altura y trataba de limpiarle el polvo del raído vestido que se había manchado, según pensaba yo, al caerse al suelo.

– No es nada –me concedió al final a regañadientes.

– ¿Seguro? –le insistí dulcemente.

– Nada roto.

– Me alegro, lo siento de veras, no te vi venir.

Nos quedamos mirándonos un momento y, con todo en paz y solucionado, me giré para seguir mi camino.

Aunque yo, de espaldas, me alejaba y no la veía, luego me contó que en cuanto me di la vuelta metió su mano entre sus ropas y sacó unos cuantos billetes que me había sisado y que yo llevaba en mi bolsillo prendidos con un clip.

Contó el dinero, satisfecha. Siempre le gustaba contar todo lo que robaba para, luego, apuntarlo en su cuadernito y así ilusionarse en llegar a conseguir tanto como necesitaba.

Luego me miró, cuando yo, ufano y ajeno, bajaba la calle en dirección a la avenida de la Bahía, mientras daba cuenta de una banana enorme.

Un decir lo de bajar, claro, en una ciudad tan llana como Cádiz. Para entendernos.

Sí, yo recorría ya la avenida de la Bahía lleno de una extraña excitación. Por fin iba a empezar mi misión. Empezar a escalar el primer peldaño que me llevaría a mi objetivo. A Fran. Aunque, también, al objetivo de mis jefes, por supuesto: el tal Robert.

Iba caminando, aproximándome al número que me había escrito Chicho en un papel, y ya debía estar muy cerca. De repente, me llegó aquella confusa melodía de un flamenco básico, puro y primigenio. Flamenco del bueno: una guitarra, un cajón marcando el compás, cuatro palmas y el golpeo enérgico, y rítmico, de unos tacones sobre la madera.

Levanté la vista y, por los grandes ventanales que había enfrente, vi a una hermosa mujer. Tan bella que me golpeó en mi interior como nunca antes lo había hecho nadie. Porque, hay bellezas, quiere decirse mujeres, que a uno lo desarmen por dentro. Como si, de repente, apareciera antes tus ojos todo aquello que tú habías estado esperando toda tu vida.

Y, además, para mayor inri, esta bailaba como un ángel. Un ángel apasionado, se entiende.

Aquella mujer era la profesora de la academia de baile “El compás de la música”, que mostraba sus ventanales a la calle en la segunda planta de aquel edificio en forma de barco que había frente al mar.

Y supe, nada más verla, dos cosas. Que me enamoraría perdidamente de ella y que aquella bailaora era precisamente “la bailaora”. La pieza clave de mi misión en Cádiz. Sobre la que tanto me habían prevenido Raquel y Chicho, mis primeros anfitriones en España.

Por un instante, el mundo entero desapareció a mi alrededor y miré como hipnotizado a la bella mujer, que no llegaría a los treinta, tal vez por poco.

Un poco más mayor que yo, si acaso, pensé. Pero, a continuación me dije, que qué me importaba a mí todo eso de la edad. Nada, me contesté yo mismo a continuación, sonámbulo todavía. La sentía como si ella y yo hubiésemos sido predestinados a encontrarnos allí. Y en aquel momento. Como si la misión solo hubiera sido una perfecta excusa, una oportuna coartada, para unir a partir de entonces nuestras vidas.

Tal vez había sido el sol que reverberaba en el ventanal y luego brillaba en su pelo, inmensamente oscuro, que se convertía después en azulado con aquella luz incandescente. O, tal vez, había sido aquella hondura que desprendía aquella música que empezaba a pegárseme a los huesos en aquella extraña ciudad. O qué se yo, la fragilidad de su cinturilla de avispa que unía un pecho generoso y palpitante con unas caderas poderosas, de hembra rotunda y poderosa también.

Debió ponerse una nubecilla entre el sol y nosotros, y aquella luz menguó de repente y ello me ayudó a aterrizar en la realidad, desde aquel momento extrañamente luminoso y mágico. Entonces pude observar al grupo de estudiantes que repetían tras ella sus movimientos, frente a un espejo que llegaba de pared a pared.

Por un segundo la muchacha miró por el cristal de la ventana y sus ojos se encontraron con los míos que no había podido apartarlos todavía de ella.

Yo en aquel momento me sentí aturdido, sorprendido quiero decir, como un niño travieso cogido en falta. Así que no tuve más remedio que bajar la cabeza y seguir caminando calle abajo, mientras digería aquella chispa, aquella corriente que se había establecido entre nuestras miradas.

La bailaora se detuvo un momento sin dejar de observarme, mientras que yo, de espaldas ya, me rebelaba en mi interior contra aquella extraña vergüenza que me había impulsado a retirarme. Sí, me rebelaba, sobre todo, porque me habría gustado volver a mirarla de nuevo. A enchufarme a aquella luz, a aquella corriente que se había establecido entre nosotros.

Así que también me detuve y giré la cabeza pensando que ella ya estaría bailando de nuevo. Craso error, ella todavía me observaba. Entonces me sentí de nuevo pillado, atrapado por sus ojos, que no dejaban de mirarme. Luego me sonrió y su enigmática sonrisa me desarmó por dentro de nuevo.

Por ello, no me quedó más remedio que apartar la vista otra vez. Y acelerar el paso para poner distancia entre nosotros alejándome de allí. Y volver a sentirme seguro.

Las cosas no habían podido empezar de mejor manera, pensé, cuando ya me encontraba lejos. Figueroa y Barry querían que hubiera una buena conexión entre nosotros y habíamos empezado con buen pie. Yo diría que con el mejor.

Y yo sabría manejar aquella corriente, me dije a mí mismo, convencido. No me cabía duda. Las mujeres habían sido mi desahogo, mi divertimento y hasta mi sostén en aquella larga experiencia que había tenido en mis guaridas de Buenos Aires, mientras esperaba la llamada de Barry para apretar el gatillo.

Y había tenido entre mis brazos a rubias, morenas, mulatas y de toda edad y condición; solas, a pares y hasta en tríos, y todas de una belleza impresionante. Si, a mí no me cabía duda de que, llegado el caso, sabría manejar la situación. Porque no me temblaría la mano, ni el corazón, ni nada de este mundo, hasta que no tuviera entre mis garras a aquel demonio que para mí era Fran. Del que no sabía apenas nada. Aunque tampoco lo necesitaba. Para odiarlo tanto y tanto como lo hacía.

Sí, seguía escuchándose la música flamenca y el zapateado del piso de abajo en el apartamento de Manuela. Ahora por soleares. Que parecían destilar una tristeza y una melancolía difusas pero consistentes.

Aunque Manuela estaba en otra onda.

Manuela se apartó de Darío jadeando, estaban los dos desnudos en la cama. Entre las sábanas revueltas. Pero, luego, más tranquila, y más enamorada si cabe, volvió a abrazarse contra él. Deslizándose los dedos de una mano por el vello rizado y oscuro, y con algunas canas ya, del pecho de su amante.

– Voy a dejar todo esto –dijo con ojos soñadores, o quizá solo era el reflejo del sol que daba en el ventanuco y, de vuelta, en ellos.

– ¿En serio? ¿Cuándo? –le contestó Darío no sin escepticismo.

– Pronto, cuando consiga reunir algo más de dinero, me está costando un mundo juntar tres perras ...

Darío alargó la mano a la mesilla y cogió el paquete de cigarrillos y el mechero. Y luego se acercó también un cenicero.

– ¿Cuánto tienes? –dijo por fin, luego encendió el cigarrillo y después de exhalar una voluminosa calada añadió – ¿Cuánto necesitas?

Ella le cogió el cigarrillo de la mano y fumó también.

– Tengo poco, necesito ... mucho. Lo suficiente para empezar de nuevo en otro sitio. Es difícil ...

Manuela hablaba como para sí, evitando mirarlo. Como si la cosa no fuera con él. O, quizá, temiendo sus respuestas.

Darío exhaló otra calada.

– Sé que puedes conseguir lo que te propongas –dijo con tono amable pero, efectivamente, como si no fuera con él.

Pero Manuela se agarraba a aquel hilo que colgaba del pecho de Darío. O que ella creía que colgaba. O quizá era que necesitaba creerlo.

– Después podremos estar juntos. Juntos de verdad, no como ahora ... –dijo mimosa acercándose todavía más a él.

Darío pareció incomodarse. Le pasó el cigarrillo a ella y miró hacia su cartera, que estaba en la mesilla de noche, por encima de la cabeza de Manuela que probablemente no vio lo que hacía.

– Ya veremos ... – dijo mientras agarraba la cartera con la mano.

– Para eso guardo el dinero que me dan, para poder estar un día contigo. Juntos. Todo el

tiempo. Solos tú y yo –añadió, todavía más mimosa, Manuela.

Darío, recogió la mano y la puso a la vista.

Y empezó a sacar unos billetes de la cartera. Manuela reparó en ello y, disgustada, trató de detenerle con un gesto, y luego le agarró por la muñeca.

– Aún no – le pidió.

Pero Darío no atendió su súplica.

– Tengo que irme, Manuela –dijo secamente.

Apartó la mano de ella. Y luego terminó de sacar el dinero de la cartera.

Manuela se giró hacia el otro lado de la cama. Tal vez, abochornada. Esa liturgia tan deseada con otros clientes, con Darío la enojaba. O, tal vez, era solo decepción.

La evidencia de que aquel mundo soñado por ella para los dos se esfumaba como agua entre las manos. Se deshilachaban aquellos incipientes sueños. Y al final solo quedaban aquellos gestos mercantiles, que no eran diferentes a los del resto.

A los del resto de la vida que ella llevaba. Y que no quería llevar.

Alicia llegó en aquel momento a la entrada del apartamento de Manuela. Pegó el oído a la puerta y pudo escuchar muy acolchadamente la última parte de la conversación de Darío con su madre.

Luego metió su llave en la cerradura y, sin hacer el menor ruido, entró en el interior. El estudio se componía de una sola pieza en la que estaban, separados por una cortina, el dormitorio y la cocina, un pequeño hall de entrada, en el que había un biombo que ocultaba parcialmente el dormitorio y un pequeño cuarto de baño.

Alicia en dos zancadas se metió en el cuarto de baño y cerró silenciosamente la puerta. Luego se agachó debajo del lavabo y con un cortaúñas ahuecó uno de los azulejos que estaba junto a la tapa del bote sinfónico.

Allí había una cajita con tapa. Quitó la misma y pudo verse un fajo de billetes de distinto tamaño, monedas sueltas y algunos relojes.

Luego se metió la mano entre sus ropas y sacó el dinero que me había robado a mí y lo depositó en la caja junto al resto.

A continuación puso de nuevo el azulejo en su sitio y trató de dejarlo todo como se lo encontró.

Después aguzó el oído y, en silencio absoluto, siguió la conversación que mantenían en el dormitorio, justo al lado, Darío y su madre.

Darío ya se había puesto en pie.

– ¿Vas a casa con ella? –le preguntó enojada Manuela

– No empieces ... ¿Cómo crees que paso yo los días imaginándote con todos esos ...?

¡Bah, olvídale! –le contestó Darío de forma un tanto despectiva y rutinaria.

Luego, sin esperar respuesta ni comentario, dejó un fajito de billetes sobre la mesilla.

Manuela, de costado, mirando hacia el otro lado de la cama, no se giró. Únicamente dejó escapar como un suspiro.

Darío se levantó, cogió los pantalones de la silla y se los puso.

– ¿Sabes qué? –habló de nuevo Darío, mientras se abrochaba el cinturón.

Pero Manuela no dijo nada, probablemente estaba ya a punto de llorar.

Darío se puso la camisa y se la metió por dentro.

– Me siento como un hombre nuevo cada vez que vengo a verte. Ojalá esta sensación pudiera durar para siempre –dijo a modo de consuelo para ella. Consuelo desde su punto de vista,

claro.

Pero en los ojos de Manuela, empezaron a asomar las lágrimas. Se sentía derrotada, hundida de nuevo. Rebajada a ser con él lo que no quería ser. Con él, al menos, no.

– Guarda el dinero extra con tus ahorros –continuó Darío, indicándole que había sido muy generoso esta vez.

Manuela, de repente, se había reconvertido de nuevo en prostituta. Lo que era, al fin y al cabo, siempre, pensó. Por eso abrió su boca para contestarle por primera vez como hubiera hecho con cualquiera.

– Gracias. Muchas gracias –le dijo, aunque llena de tristeza.

Darío se puso su sobaquera con su arma reglamentaria y la chaqueta sobre ella. A continuación se acercó a la cama, se inclinó sobre la misma y le besó cariñosamente en la nuca.

Luego se dirigió hacia la puerta y, de camino hacia ella, se despidió.

– Nos vemos –le dijo.

Y Darío cerró la puerta, mientras Manuela se empezaba a limpiar poco a poco las lágrimas con la sábana.

Alicia, mientras tanto, le echó un último vistazo al azulejo para comprobar que había quedado bien disimulado respecto al resto, inclusive luego lo volvió a alinear con su mano para equilibrarlo todavía más y que no se notara en absoluto.

De pronto la niña escuchó el sonido de unos pasos pesados en la escalera de abajo que se acercaban. Ella ya los había escuchado otras veces y sabía de quién eran.

Mientras el volumen del ruido de las zancadas, en su mente era ya un estruendo, iba elevándose más y más, ella, cada vez más nerviosa, repasó de nuevo el azulejo y luego se puso de espaldas contra la puerta, por si alguien intentaba abrirla. La misma tenía un cerrojito interior, pero el cerradero en el que se tenía que introducir el mismo estaba roto.

El hombre llegó a la puerta de entrada del apartamento y no tocó en ella. Tenía llave. La metió en la cerradura y abrió la misma con desenvoltura, no preocupándole que, al abrirla, golpeará contra la pared del hall.

Manuela, al oír cómo se accionaba el pestillo y luego se abría la puerta, se incorporó en la cama a toda velocidad con la preocupación y el temor pintados en su rostro.

Se oyó cómo el hombre que llegaba cerraba a continuación la puerta con violencia.

Rápidamente Manuela cogió el dinero de la mesilla y lo contó apresuradamente. Luego apenas tuvo tiempo de dejar sobre ella dos billetes y esconder, en un santiamén, el resto debajo el colchón.

Todavía estaba desnuda cuando el hombre que acababa de llegar había alcanzado ya el borde de la cama. Ella se giró y, cuando lo vio, cogió una sábana y se la enrolló por el cuerpo.

El tipo era un hombretón alto y corpulento, con pocas trazas de persona refinada, sino todo lo contrario, casi un patán. Mostraba los brazos plagados de tatuajes, uno de ellos con una mujer desnuda precisamente y tenía las orejas y la nariz pobladas de piercings.

Manuela trataba de disimular el temor que le producía aquel tipo de aspecto y desempeño tan rudos, a quien se le conocía como Miguelón, que era un nombre muy acorde a su fisonomía.

Y, para contrarrestarlo, se revistió rápidamente de una valentía un tanto insolente, porque quizá con ella pensaba que le iría mejor con aquel orangután.

– ¿¡No piensas llamar a la puerta en tu puta vida!?! –se le encaró, terminando de enrollarse la sábana.

El hombre la miró con desprecio.

– No te preocupes, no soy la clase de tío que se pone cachondo con sólo verte –dijo mientras se fijaba en el dinero que había sobre la mesilla.

– Seguramente porque no eres un hombre ... – seguía ella encarándosele, aunque quizá era solo como un recurso al pataleo. El único que le quedaba.

Miguelón, sin hacerle caso, la apartó a un lado, para dirigirse hacia la mesilla a por el dinero.

– Soy un hombre sofisticado –le dijo con ironía, mientras lo recogía.

Ella también se apuntó a la ironía como burlándose de él.

– Va a ser eso ... –le sonrió con una mueca de burla.

Pero él no estaba para burlas.

– Mejor cierras la boca, no sea que te salte un par de dientes –le dijo muy en serio.

Y Manuela se calló, mientras él repasaba el dinero que había cogido, no fuera el caso que hubiera algún billete pegado con otro que no hubiera visto.

Cuando lo hubo hecho, levantó su cara y la miró de forma amenazante.

– ¿Tengo cara de imbécil?

Ella se envalentonó.

– ¿Puedo ser sincera ...? –le espetó encarándosele.

En otro momento, la reacción inmediata de aquel tipo habría sido muy otra. Mucho más violenta. Pero a Miguelón lo que más le interesaba en aquel instante era el dinero. A eso había venido. Luego ya pondría orden y se haría respetar.

– ¿Dónde está lo que falta? –le inquirió, yendo al grano, mientras se acercaba a Manuela levantando una de sus manos de forma amenazante sobre ella.

– ¡Eso es todo, te lo juro! –dijo, suplicante, Manuela, mientras retrocedía hasta dar con la espalda en la pared.

Miguelón siguió acercándose, cada vez más furioso y amenazante, mientras Manuela se cubría la cara instintivamente. Después la agarró por la muñeca retorciéndole el brazo.

Manuela intentó librarse inútilmente. Luego se le quedó mirando, mostrándole el lado de la cara que tenía el moratón en el ojo. Por si pudiera ablandar algo a aquel animal. Más que nada para que no repeliera a los clientes con otro moratón más.

Después continuó, tratando de ser lo más convincente que podía en aquellos momentos.

– No tengo más, es por la crisis, ¿no lees los periódicos? No es culpa mía –se le quedó mirando todavía con los ojos llorosos de antes.

Miguelón dudó un momento si sacudirla una bofetada, pero reparó por un instante en el moratón y pareció detenerse. Tampoco quería estropear el negocio.

– ¡No te dejes vivir aquí para que me robes lo que es mío! –gritó.

Luego, hizo como que iba a abofetearla y ella le suplicó.

– ¡No, por favor, por favor ...! –dijo mientras se le caía la sábana al suelo.

Y él terminó soltándola de la muñeca. Luego la miró de nuevo con mayor desprecio si cabe.

– Límpiame un poco. Tengo un tío que llegará en menos de media hora. ¡Y no te pintes tanto que pareces una zorra barata!

Manuela se agachó a recoger la sábana y se la enrolló de nuevo.

Ahora la mujer entendía por qué no le pegaba. Y se envalentonó.

– ¿Y qué crees que soy, gilipollas, la duquesa de Kent? – le dijo engallándose.

Él levantó la mano de nuevo, aunque luego la bajó y se dio la vuelta para marcharse.

Llegó en dos zancadas a la puerta, la abrió y salió del apartamento, cerrando tras él. El

sonido de los pasos pesados se fue alejando. Y luego se oyó por fin cómo bajaba por la escalera.

Entonces Alicia abrió la puerta del baño y se dispuso a salir corriendo de la habitación antes de que viniera el otro hombre que había anunciado Miguelón.

Manuela reparó entonces en ella. No sabía que había estado allí.

– ¿Y tú dónde te crees que vas ...? –le dijo esperando que ella se volviera.

Pero Alicia hizo como que no la oía, aunque ambas sabían que no era así. Luego cerró la puerta y corrió escaleras abajo a toda velocidad.

– ¡Demonio de chica! –exclamó Manuela cuando ya su hija había cerrado la puerta y ella se dirigía al baño para lavarse un poco y prepararse para el siguiente servicio.

En la academia de danza flamenca del piso de abajo, Celia bailaba frente a la gran luna que recubría toda una pared de la sala.

Le gustaba mirarse en el espejo mientras bailaba. Confirmar en su reflejo sus movimientos armónicos y voluptuosos. Sentirse mujer y bailarina a un tiempo. Quizá tanto o más lo primero que lo segundo.

Sabía que el espejo la quería. Como a un buen actor lo quiere la cámara. Y ella necesitaba todos los días aquella inyección de moral, de íntima autoestima. De sentir ese gusanillo, ese hormigueo interior que llena el alma del artista.

El espejo la miraba por delante y sus alumnos por detrás. Embobados, prendados de su gracia. Y de su sabiduría.

Así es que Celia se sentía amada en los trescientos sesenta grados de su cuerpo. Pero, otra cosa muy diferente era que ello implicara poder vivir, y bien, de su arte, claro. Eso era ya otro cantar, como dice un dicho, o harina de otro costal, como dice otro que significa prácticamente lo mismo: es decir, carencias mil y vida arrastrada y sin posibles.

Ella era todavía joven, sí, pero ya no tanto para no saber lo que daba y, todavía aún peor, lo que daría en el futuro una academia de baile como aquella, a la que por diversas circunstancias habían encajonado entre un almacén de destino dudoso en la primera planta y un burdel en la tercera.

Por ello, a pesar de que Celia disfrutara todavía practicando lo que más le gustaba, empezaba a sentir también en sus adentros un cierto regusto amargo, casi resabio, hacia su arte. Porque le mostraba muy a las claras los límites económicos que la encadenaban a una vida vulgar y repetitiva donde, al final del día, sentía los pies molidos, a cambio de cuatro euros en la cartilla.

Aunque, eso sí, se consolaba, y no poco, con aquello que era lo mejor de todo: los piropos que, silenciosos o no, le echaban tanto el espejo como sus devotos admiradores.

Tenía como ayudante a un antiguo alumno del que, con el apellido que tenía, nadie recordaba su nombre. Fiel, y sufrido como pocos, era el tal Belmonte. Un joven casi de la edad de Celia, podía tener 28 años, y unos cuantos ya al servicio de la academia y de su jefa.

Hacía, cuando convenía a la clase, pareja con Celia y, además, le ayudaba en todo el trámite administrativo con los alumnos y, por supuesto, era experto palmero y taconeador incansable.

Aquel día estaba entre los diez o doce alumnos que trataban de imitar a Celia, detrás de ella y frente a la gran luna, mientras la música sonaba en una cadena con altavoces de calidad aceptable y flamenco de guitarra, cajón y palmas.

Celia estaba sudorosa y como transfigurada. Sentía dentro aquel volcán interior lleno de

pasión y de duende. Como siempre le ocurría, por otra parte, delante del espejo. Por eso sonó tan creíble aquello que les dijo a sus alumnos.

– No echéis cuenta a los pasos, tienen que estar dentro y salir solos, al compás. Se baila de dentro afuera.

Eso era fácil decirlo, pensarían los alumnos, pero luego llevarlo a la práctica ya era otro cantar. Pero Celia insistía en ello. La técnica ya vendría después. Primero tenía que nacer el sentimiento.

– Como decía Belmonte, el otro Belmonte – y engrandecía con ello a su ayudante – se torea como se es. Y dale, dale, venga, venga, dentro, seco, corto, sin impostar ...

De pronto, un ladrillo se estrelló contra el ventanal del estudio, que estalló en mil pedazos.

Todos dejaron de bailar y, rápidamente, Belmonte, acompañado de otro alumno ya bastante antiguo en la academia, que se llamaba Marcos, corrieron hacia la puerta de salida. Y luego se les oyó bajando a grandes zancadas la escalera que daba a la calle.

Celia salió al rellano y comenzó a gritar.

– ¡Belmonte! ¡Marcos! ¡Volved aquí!

Luego regresó a la sala de baile. Unas lágrimas pugnaban por salir fuera de sus ojos agitanados y negros. Aunque no lo conseguían. Las detenía un orgullo profundo y hasta insolente que anidaba en su interior.

No eran unas lágrimas de pena. Sino, más bien, de ira y frustración.

– Hijos de Satanás ... –murmuró por lo bajo.

Una de las alumnas sintió compasión por ella y la abrazó intentando consolarla, pero Celia se zafó de sus brazos y se apartó. Luego se acercó al cuarto de baño, pero no fue para llorar a solas, sino para volver con una escoba y ponerse a limpiar los cristales del suelo. Los alumnos se agacharon e intentaron ayudarla cogiendo los trozos ellos mismos. Pero Celia les recordó a qué habían venido allí.

– ¡Tenemos una clase que terminar, y por la gloria de mi madre que la acabamos! No toquéis los cristales, a ver si os vais a rebanar un dedo. Ya lo haremos nosotros.

Pero los alumnos insistieron en ayudarla. Les admiraba la fuerza que tenía aquella mujer. Sin duda todos pensaban que excedía a la necesaria para liderar aquella modesta academia que, por otra parte, estaba rodeada de problemas. Y aquella energía, aquella ambición que tenía ella saldría algún día a flote, pensaban todos, y sería imparable entonces.

Belmonte y Marcos regresaron sudorosos por el esfuerzo, aunque frustrados.

– Lo hemos perdido, corría como un galgo el jo'puta –explicó Belmonte mientras recuperaba el aliento.

– Da igual, no pasa nada ... – quiso pasar página Celia.

– No da igual y pasa mucho. Tienen que pagar por esto, ¡ya está bien! –se resistía a dejarlo pasar Belmonte.

– No hay mucho que podamos hacer – contestó Celia, tragándose todavía más hondo aquellas lágrimas que aún no habían aflorado en sus ojos.

–Ya ... dejarles que se vayan de rositas ¡Otra vez! ¿Te crees que no van a volver?

– Ok, llamaré a la policía, ahora déjalo estar ... –dijo Celia, que lo que quería era volver a bailar.

Pero Belmonte, que amaba a aquella academia casi tanto como Celia, insistía.

– La policía no va a hacer nada y lo sabes.

– ¿Y qué otra cosa quieres que haga? –le susurró en un aparte Celia agarrándolo por el brazo y llevándose a un rincón para no hablar delante de los alumnos.

– Sabemos quiénes son, voy a dejarles claro un par de cosas.

Pero Celia, que quizá sabía más del asunto de lo que decía, no estaba por la labor.

– ¡No! Prométeme que no te vas a mezclar con ellos.

A Belmonte, que también sabía más de lo que decía, le daba pena el rumbo que estaba tomando aquel tema. Y ello incrementaba la rabia que sentía por no poder hacer nada por ello. O no lo suficiente.

– Seguirán así hasta que te des por vencida.

Pero Celia le cortó secamente y, esta vez, de forma definitiva.

– ¡He dicho que no! No quiero veros cerca de esa gentuza.

Así que Belmonte se calló definitivamente, aceptando la orden de su jefa y bajando la cabeza.

Celia se le acercó entonces y le dijo casi en un bisbiseo.

– Déjame a mí. Esta es mi casa. ¡Por la gloria de mi madre que no me sacan de aquí! Tú no te apures.

Yo estaba terminándome un café unas cuantas calles más allá, en una terraza donde daba un solecito mañanero que era una bendición. Me gustaba inspeccionar siempre bien todos los alrededores de mi campo de acción, analizar en profundidad todos los detalles.

Y aquel viejo edificio en la bahía en forma de barco y lleno de desconchones iba a ser mi centro de operaciones. Ahora que no lo veía, trataba yo de recordarlo en mi mente, que era la manera en que yo grababa en ella, y en tres dimensiones, el espacio fundamental en el que me desenvolvería en mi misión.

Cuando repasaba mentalmente su fachada, con la puerta y todas las ventanas que había en ella, irrumpió la imagen de aquella bailaora que llenó con su presencia todo mi pensamiento. Fue como un flash luminoso que calcinara todo lo que había a su alrededor. Todo, menos su imagen, por supuesto.

Y eso no me convenía. Descentrarme de lo fundamental de mi misión. Aunque me empezara a gustar mucho aquella flamenca. Así que opté por dejar las divagaciones y seguir conociendo el barrio y preparando el dónde y el cómo sería mi próximo encuentro con ella, acorde con el plan.

Me eché mano al bolsillo para pagar y, cuál sería mi sorpresa, cuando lo encontré deshabitado de parné. Allí llevaba yo siempre unos cuantos billetes cogidos con un clip. Entonces me vino la evidencia.

-¡Maldita cría! –exclamé entre dientes y, luego, dirigiéndome al camarero – ¡Apúnteme esto, ahora vuelvo y le pago!

El camarero me miró sorprendido pero, cuando quiso reaccionar y protestar, yo ya me había largado.

Regresé al apartamento a por la pasta. Entré en él, y me volvió a parecer de nuevo como un desierto sin ningún oasis. Aunque, una vez en el interior, en vez de silencio desértico, lo que encontré fue todo el ruido de la calle dentro.

Abrí mi bolsa de cuero negro, que me recordaba siempre y a todas horas a lo que había venido a aquella ciudad y cogí uno de los varios fajos de billetes que me había dado Raquel a la llegada a Madrid. Tomé de él solo unos cuantos de ellos y me los guardé en el bolsillo. Al hacerlo no puede evitar una sonrisa, pensando en lo lista que había sido la pequeña ladrona. Y en las habilidades que tenía la mocosa.

Entonces sonó un pitido en el teléfono, que me pareció como un ruido más de la calle. Pero no era de la calle, claro. Miré la pantalla. Era Barry, que me había dejado un mensaje.

“Fran nos va a ayudar a liquidar a Robert. No hagas ninguna estupidez”.

¡¿Pero qué clase de broma era aquella?! –no pude por menos que mascullar mientras la tensión se me subía a cien – ¡Colaborar con Fran! ¡Con aquel cabrón! ¡Con aquel asesino que me

lo había quitado todo! ¡Estaban locos!

Me enojé de golpe. ¡Me enrabeté! Yo lo único que quería era arrancarle de cuajo el corazón a aquel tipo hasta dejarlo tan seco como el mío, que se sintiera tan deshabitado como yo, que estaba solo en el mundo.

Volví a leer el mensaje tan cabreado como una mona. Luego lo borré para no dejar rastros, como siempre hacía, aunque esta vez con mucha furia por dentro. Después, todavía más enrabetado, apagué el móvil.

Me senté en el suelo, que me pareció en aquel momento más confortable que cualquiera de los sillones cojitrancos que tenía.

No podía apartar mis ojos del teléfono que descansaba junto a mí. Aquello era un auténtico mazazo. Inclusive aunque al final, y yo no contemplaba otro supuesto, aquel Fran acabara en mis garras para ajustarle las cuentas.

Iba a tener que tragar entretanto mucha quina. Y yo no sabía si lo iba a poder soportar siquiera. Tenerlo tan cerca. Y no poderlo machacar con mis propias manos.

Me quedé absolutamente preocupado. Y encolerizado a más no poder, como dije. Así que, aunque evidentemente el portador del mensaje no tuviera la culpa, no pude resistirme a darle una patada al teléfono con el pie y mandarlo al otro lado de la habitación.

Pero nada más hacerlo, volvió el móvil a avisarme de que otro mensaje acababa de llegar. Me acerqué ansioso al mismo. A lo mejor, todo había sido un error.

Era Barry de nuevo: “Supongo que ya te has desahogado. Bien. Todo lo demás sigue como hablamos. Llego en breve y te llamo. Todo saldrá bien”.

Así era Barry. Manejaba los hilos.

Y lo sabía imponer muy bien.

Hacía una tarde tórrida en el puerto de la refinería Petróleos y Derivados del Sur de San Roque. Tórrida y húmeda. El sol reverberaba en el mar y acababa abrasando los esqueletos de aquellos cargueros que dormitaban medio calcinados en las tranquilas aguas.

Miguelón caminaba por el muelle con sus pasos pesados. Era, visto de espaldas, como un gran zombi, lento y descoordinado, pero enormemente alto y grueso.

Miguelón caminaba en dirección a un hombre de mediana edad que era su antítesis: bien proporcionado, ágil y, sobre todo, elegante. Con esa clase que da la inteligencia y también el buen vivir. Y la ambición satisfecha. O casi satisfecha.

Llevaba aquel hombre, es decir, Fran, un traje de lino claro, elegantísimo, con una naturalidad que asombraba bajo aquel fuego. No sudaba ni una gota, al contrario que Miguelón que, aunque iba de manga corta, parecía un estropajo, con la frente goteando y las axilas con unas manchas enormes que daban grima.

Fran estaba hablando con el capitán de un carguero atracado junto a ellos. Cuando Miguelón se acercó, ya se estaban despidiendo. Fran extendió su mano y el capitán del carguero se la estrechó y luego se despidió y le hizo, llevándose la misma a la frente, como un saludo militar, antes de girarse y cruzar el puente de entrada en el barco.

Miguelón llegó resoplando a la altura de Fran. Llevaba una botellita de agua en la mano que había traído para este. Él también sentía sed, pero quería tener aquel detalle con su jefe. Para que lo apreciara y lo mirara con buenos ojos. Siempre suspiraba porque Fran estuviera contento con él.

– Aquí tiene jefe –le dijo extendiéndole la botella y esperando una carantoña como si fuera un buen y obediente perro guardián.

– Ah, gracias ... Hace un calor de mil demonios –fue la escueta respuesta de Fran, antes de darse un buen trago.

– ¿Todo bien –continuó Miguelón con su mejor sonrisa.

Fran se pegó otro trago largo con la botella, tanto que casi la agotó. Luego la cerró y la tiró a distancia a una papelera que había próxima, encestando en ella con precisión de baloncestista.

Después se giró hacia Miguelón y lo miró con aquella mezcla de desprecio e indiferencia que éste no sabía cómo encajar. Bueno, sí sabía cómo: haciéndose sumiso y baboso hasta la náusea. Por ver si cambiaba la cara de su jefe, claro.

– Ocúpate de tus cosas ... quiero el edificio limpio en una semana –le espetó Fran, desviando su mirada hacia el mar como si quisiera también mandar sobre él.

Miguelón sonrió todavía más, deseoso de cumplir la nueva orden de su jefe.

– Eso está hecho. ¿Y la escuela de baile?

– De eso me encargo yo. Tú líbrate de las putas.

Miguelón se sintió en confianza con aquella conversación como de colegas.

– Llega un envío gordo, ¿no? –le preguntó como si ya fuera su socio.

– ¿Qué te he dicho? –le puso en su sitio Fran, que además volvió a despreciarlo con la mirada.

– Que me ocupe de mis cosas.

– Pues eso ... Lo más importante en esta vida es conocer nuestros límites. Tú no has venido al mundo para pensar ... –acabó de rematarlo, al pobre Miguelón.

Luego Fran le dio la espalda y comenzó a andar para coger su coche, un deportivo elegante y agresivo, de alta cilindrada, que tenía aparcado a la entrada.

Miguelón lo seguía como alma en pena. Y con una sed que no se la mercaría un camello.

Una vez que me repuse de aquellos mensajes de Barry, bajé a comer algo a un bar del interior del casco viejo. Tenía hambre y además me venía bien familiarizarme con el entorno.

Me había ventilado ya una morena en adobo que me había recomendado el barman y ahora estaba disfrutando de unas cañaíllas de la zona y de unos muergos de impresión, mientras remataba mi segunda Cruz Campo.

Se estaba bien en aquel bar, acodado en la barra cerca de la ventana, rodeado de unos pocos clientes que bebían y comían en silencio también excepto uno al fondo que estaba algo moña y solo hacía que balbucear incoherencias, preocupados cada uno con sus propios asuntos, mientras Cris, el joven camarero, sacaba los vasos y los platos del lavavajillas.

Sí, se estaba bien allí llenando el estómago y viendo pasar a la gente por delante de la ventana. Con sus prisas y sus miserias. Pero, también, con sus ganas de vivir. No pude evitar entonces pensar en Fran, en aquel rostro de la foto que me había dado Barry. Había gente como él, como Fran, que no se merecía vivir, por supuesto.

Y otros no sabían vivir. O perdían la vida sin norte alguno al que dirigirse. Cada vez más orillados en ninguna parte. Eso fue lo que pensé, aunque yo entonces no la conocía, no sabía quién era, cuando vi a Manuela entrar en el bar tambaleándose a esas horas tan tempranas, con aquella belleza que se estaba marchitando tanto antes de tiempo.

Pasó al fondo, donde estaba Cris. Y el cliente que estaba allí acodado en la barra, también pasado de vueltas, se le echó encima. Intentó besarle el cuello, pero Manuela lo apartó con disgusto y, haciendo un supremo esfuerzo, se dirigió al camarero.

– ¡Cris!

Cris levantó la cabeza de los platos y se acercó a ella, inclinándose encima de la barra para que ella le hablara casi al oído.

– ¿Tienes algo para mí? – le susurró la muchacha.

Cris, sin decir nada, asintió con la cabeza.

Entonces, Manuela se sacó del escote un billete doblado y, discretamente, se lo pasó al camarero

Mientras tanto el cliente borracho se había acercado de nuevo a ella y seguía intentando meterle mano. Manuela ni se inmutaba esperando al camarero, y apenas lo empujaba levemente. Como si tuviera un inmenso cansancio dentro de ella. El borracho se estaba poniendo las botas.

Cris volvió en un momento y le pasó una papela a Manuela, también con discreción. Aunque no tanta como para que yo, que seguía la escena, no me diera cuenta de todo el trapicheo. Manuela besó a Cris en la mejilla y apartó por fin, con algo más de decisión, al borracho

Se despidió mandándole un beso por el aire al camarero.

– Eres un ángel ... –le dijo, mientras se giraba y salía deprisa del local. Tal vez con el ansia de llegar rápido a casa y colocarse cuanto antes.

Luego, pasó por la acera tambaleándose, justo enfrente de la ventana donde yo estaba mirando.

Entonces la vi. A Alicia, la niña ladrona, quiero decir. Venía caminando en sentido contrario y de repente se paró para observar, con toda la pena del mundo, a su propia madre, que iba dando tumbos y que se cruzó con ella, sin verla. Sí, era su madre, aunque yo no lo supiera todavía entonces. Pero allí, por un instante, lo supuse.

Alicia se quedó un momento observándola y, luego, como si no tuviera ya ningún remedio, siguió su propio camino.

Pero yo no tenía ninguna intención de que el robo que me había hecho por la mañana se quedara sin remedio. Así que, cuando observé que se marchaba en dirección contraria a su madre, llamé al camarero.

– ¡La cuenta por favor!

– Ya va jefe, ya va ...

Pero Cris no se movía y seguía vacilando con el cliente borracho que cada vez estaba menos cuerdo. Así que le insistí.

– Perdona, pero tengo un poco de prisa.

– ¿Prisa? Esto es Cai, jefe ... Aquí no hay prisa ...

Alicia se había metido por una callejuela que estaba medio desierta. Pero, fíjate por cuanto, desembocó también en ella una persona que la conocía. Y que la recordaba muy bien.

Sí, Mauro, el hombre de los mocasines de piel, se topó con ella. Y, rápidamente, sintió que le tenía ganas. Así que extendió sus largos brazos y Alicia, bloqueada por la sorpresa, se vio de repente acorralada contra la pared.

Una vez la tuvo a su merced, alargó una de sus manos y la agarró del cuello.

Alicia se vio perdida. Mauro le apretaba tanto la garganta que tampoco tenía fuerzas para gritar.

– ¿Sabes lo que hago a los que me quitan algo? –le inquirió Mauro acercándose y echándole encima todo su aliento a ginebra.

Alicia estaba bloqueada y terriblemente asustada tratando de buscar en su mente una salida. Así que se limitó a negar con la cabeza.

– Les quito algo yo también –se contestó a sí mismo aquel tipo, con los ojos brillantes y que, aparentemente, disfrutaba haciendo valer su superioridad.

– No tengo nada ... –logró decir Alicia, medio asfixiándose.

– Tienes dedos. Te puedo cortar un par o la mano entera. ¿Entiendes?

Alicia asintió moviendo lo que podía su cabeza.

– ¡No te oigo! –seguía humillándola aquel tipo.

– Sí, entiendo –logró decir por fin la muchacha, que cada vez se sentía más perdida.

Mauro la amarró fuerte contra la pared apretándole firmemente la garganta. La otra mano se la llevó al bolsillo y sacó una navaja automática.

La abrió y se la acercó a la cara.

Alicia se sentía próxima a la muerte. Así que empezó a suplicar.

– Lo siento, le juro que lo siento ...

– Y ahora vas a hacer lo que yo te diga –y miró con los ojos lascivos a un aparentemente

abandonado y próximo portal.

En esas aparecí yo, que había logrado, ¡al fin!, pagar la cuenta y había corrido luego tras la cría para recuperar mi dinero. Pero aquella situación, cuando la observé, me golpeó por dentro y me sublevó. Volví a ver a aquella niña indefensa como al pequeño rayón del coto de Conesa. Aunque aquella callejuela no tenía nada que ver con los paradisíacos bosques de mi juventud. Ni aquel mastodonte era tampoco un pobre cazador frustrado, como Rufino. Todo era mucho peor. Así que me puse el uniforme de lo que había sido en los últimos tres años. Y de lo que seguía siendo en aquella ciudad milenaria de Cádiz.

– ¿Algún problema? – solté con toda la seguridad del mundo.

Al oírme, Mauro se giró navaja en mano. Y me debió considerar poco enemigo frente a su corpulencia. La verdad es que era un tipo enorme.

– ¡Nada que te importe, capullo! – me soltó con desprecio.

No había nada más que decir.

Lancé ágilmente un brazo y le apreté por la muñeca la mano que portaba la navaja. Una vez bien sujeta, se la retorcí a fin de que soltara el arma. Mauro se defendió lanzando un golpe con la otra mano, débil e impreciso, dado que ya le estaba yo haciendo mucho daño en la muñeca. Así que no le quedó más remedio que soltar la navaja.

Entonces, furioso, lanzó un golpe terrible que desvié con un giro rápido de cabeza, al tiempo que le colocaba un crochet a la contra sobre el mentón, que explotó sumando a mi fuerza la suya y haciendo caer al gordo Mauro al suelo de rodillas.

Allí se mantuvo un momento sin saber muy bien lo que había ocurrido. Luego, cuando recuperó la respiración y, sobre todo, el sentido de la orientación, que no le permitía aún, sin embargo, atreverse a ponerse de pie, preguntó, quizá más que a mí, a sí mismo.

– ¿... Quién coño eres?

– Esta es mi hija. Si te vuelvo a ver a un kilómetro de ella, esto te parecerá una broma.

En ese momento Alicia se me acercó y se puso detrás de mí, como resguardándose de él, mientras me cogía del brazo para que la protegiera.

– ¿Tu hija? – preguntó más extrañado Mauro todavía. No le cuadraban las edades. Bueno, probablemente en aquel momento no le cuadraba nada de nada.

Intentó ponerse de pie, pero a medio camino lo dejó sin atreverse a ello y se quedó con una rodilla hincada en tierra y la otra no.

– Bueno, mi hermana pequeña ... ¡A ti qué te importa! – le solté yo entonces a él de forma insolente.

Pero Mauro no estaba en condiciones de responder. Se tocó la mandíbula por si se le había roto.

– Me robó ... – se limitó a balbucear.

– ¿Cuánto? – y saqué del bolsillo un fajo de billetes.

A Mauro se le abrió el cielo.

– Doscientos – dijo, y con la alegría logró ponerse de pie, aunque todavía no se sentía estable del todo.

– ¡Mentiroso! Eran ciento treinta y cinco – le corrigió, rauda, Alicia, que ahora sí mostraba una voz fina y cantarina.

– Ciento treinta y cinco, toma – le dije alargando la mano con los billetes – cógelos y lárgate.

Mauro los agarró ipso facto, se tocó de nuevo el mentón para comprobar si seguía entero y luego trató de recoger su navaja del suelo.

– Déjala ahí –le corté en pleno movimiento-. De todas formas, no sabes qué hacer con ella.
¡Vete de una puta vez!

Y a Mauro no le quedó otra que largarse con el rabo entre las piernas y, además, cojeando y maltrecho.

Alicia, sintiéndose ya totalmente a salvo, se emocionó por haber logrado sobrevivir sin un rasguño cuando ya lo veía todo perdido. Y se abrazó cogiéndome de la cintura y apretujándose contra mí sollozando.

Yo la dejé hacer. Y luego la miré, emocionado también. Hacía mucho, por no decir nunca, que nadie se había abrazado así a mí, de aquella manera tan franca y tan conmovedora.

Iba a corresponder a su abrazo acariciándola el pelo cuando ella levantó la cabeza para hablarme. Me pareció tan desenvuelta y pícara como antes.

– Gracias, creí que iba a matarme –y se soltó de la cintura dispuesta a irse, siguiendo su camino.

– Me debes dinero ... – le corté el paso, sujetándola suavemente por el brazo, para que no se marchara aún.

– ¿Qué ...? –me dijo con asombro, haciéndose la tonta.

– No te hagas la tonta –le recalqué yo precisamente.

Pero ella siguió a lo suyo.

– Tengo que irme ...

Y la muchacha intentó marcharse. Pero yo la seguía sujetando por la muñeca, firmemente aunque con dulzura.

– Eres mejor que esto –le dije mirándola a los ojos.

Ella se turbó un momento por el halago y, luego, bajó la cabeza llena de vergüenza.

– Estoy ahorrando para ... – logró decir al fin, aunque sonó como una excusa de última hora.

– Me importa un bledo –le corté – No se lleva uno lo que no es suyo.

– Lo siento, siento haberle robado a usted ... a ese cerdo no. Aún tengo su dinero, se lo devolveré ...

– Quédatelo ... Es tuyo si haces algo por mí.

Ella me miró sorprendida. Yo también lo estaba. Pero me había emocionado aquel abrazo.

– ¿Cómo? ¿Un trabajo? –preguntó con curiosidad y quizá con algo de alegría.

– Algo así. De esa manera te ganarás lo que me has robado –y le solté la mano.

Ella no huyó. Y preguntó.

– ¿Y qué diferencia hay ...?

– Sabe mejor– le dije con una sonrisa.

Alicia se encontraba con una situación nueva en su vida.

– Nunca he tenido un trabajo –confesó.

– Algún día hay que empezar ... – la animé – Necesito muebles.

Ella pareció alegrarse mucho de repente.

– Se me da muy bien la decoración –me pareció que ella hubiera dado un salto allí mismo si hubiera tenido más confianza.

Yo sonreí. La cosa iba por buen camino.

– Tanto no he dicho. Sólo unas sillas, una mesa, cacharros para cocinar algo, un sofá y una cama.

Y empecé a caminar, saliendo de aquella callejuela que, al final me di cuenta, era un callejón ciego.

Alicia empezó a seguirme llena de curiosidad hacia su nuevo trabajo. Y hacia mí.

– ¿No tiene cama?

– No –le mentí a medias. La verdad es que la que tenía no me gustaba nada. Había salido con un dolor de espalda tremendo.

– ¿Y cómo duerme? –Alicia no salía de su asombro.

– Con los ojos cerrados ... – le dije sonriendo.

Ella sonrió también, sin dejar de seguirme.

Fue el comienzo de algo importante, que empezó a crecer aquel día en mi corazón. Yo no tenía hijos, ni padres, ni abuelos. Ni había tenido nunca un hermano, ni pequeño ni grande ...

Y ella seguía caminando a mi lado. Dándome su compañía. Aunque aquel no fuera el mejor momento para comenzar nada que no tuviera que ver con la muerte. Y aquella niña si tenía algo, era unas ganas tremendas de vivir.

Manuela se había hecho un chino y luego se había metido una raya de coca. Una detrás de otra, quiero decir. Tenía también una botella de vino blanco vacía en la mesilla, sin que se viera vaso alguno a su alrededor.

La cama se mostraba revuelta y la habitación toda hecha un asco. Por el ventanuco entraba la oscuridad de la noche que quería llenar aquel antro también de negrura.

Manuela estaba despanzurrada en la cama, con aquel vestido de calle ajustado y corto que se le había subido a la cintura y que dejaba ver su cuerpo todavía bonito y joven si uno no subía la vista a su cara, que mostraba los párpados arrugados, el pelo enmarañado y sucio y el maquillaje desvirtuado por el sudor.

Ni siquiera se dio cuenta de que alguien metía la llave en la cerradura y entraba con aquellos pasos pesados que se oían a kilómetros de distancia.

Sí, Miguelón se plantó a los pies de la cama y le movió una pierna para que se despertara. Como de costumbre, Miguelón no estaba de humor aquel día tampoco.

– ¿Dónde coño estabas? –le preguntó con desprecio.

Ella se revolvió en la cama. Abrió solo uno de sus ojos. Se mostraba todavía medio colocada.

– Déjame en paz –y volvió a cerrar el único ojo abierto.

Miguelón se acercó a ella y la agarró del pelo sin miramientos, como se coge a un animal.

– Estás hecha una mierda –y dejó caer su mirada por su cuerpo de forma despectiva – Te dije que dejaras de meterte. Nadie se quiere tirar a una yonqui. Conoces las reglas. Te he explicado las reglas mil veces. Las conoces, ¿no?

Manuela pareció empezar a despertarse.

– Sí ... –le contestó con una mueca de dolor, mientras se restregaba los ojos que se ofendían a la luz de la lámpara del techo.

Su valentía de otras veces había desaparecido. Estaba borracha y agotada. Sin un gramo de energía para ofrecer resistencia.

– Lo voy a dejar ... te lo prometo –y se le quedó mirando suplicante a los ojos esperando una última comprensión.

– Te creo –le respondió condescendiente Miguelón.

Manuela le sonrió, un poco asombrada ante aquel inesperado milagro.

Él le soltó el pelo y ella dio un suspiro de alivio. Luego Miguelón le acarició la cabeza. Mientras ella cerraba los ojos. Antes de que él le soltara aquel terrible puñetazo. Tan fuerte que tiró a Manuela desde la cama al suelo. Y allí se quedó inmóvil, como un fardo.

Miguelón salió de la habitación, otra vez con sus pasos pesados. Y cerró después la puerta

sin mirar atrás.

Darío se había ido a cenar a una taberna de mucha tradición en gastronomía andaluza al lado de la catedral de la Santa Cruz. Se llamaba “Las cuatro gambas” y solía estar casi siempre repleta. Pero Darío, en su condición de cargo policial, era inspector de la policía judicial, no tenía problemas en encontrar mesa nunca. Y, siempre, en buen sitio, al lado de la ventana.

Aquella noche estaba solo porque le apetecía concentrarse en la comida y darse un buen atracón, bien regado de generosa cerveza de barril en su punto.

Daba cuenta de una buena fuente de pescaíto frito: choco, puntillitas, tortillas de camarones, sepia, cazón en adobo ... De vez en cuando levantaba la cabeza, mientras se chupaba los dedos y miraba a la catedral de Cádiz, a lo alto de su Torre del Reloj, casi de igual a igual.

De repente, se abrió la puerta y entró Miguelón, con el que no había quedado. A este, en cuanto vio a Darío, se le abrió el mundo. Ya tenía, pensó, buena mesa y buen compañero de cuchillo y tenedor. Se acercó y se sentó enfrente del policía.

– ¡Hombre, Darío! ¿Qué tal, cómo va eso? –le dijo Miguelón a modo de saludo, con su mejor sonrisa, mientras el policía le mostraba un gesto de fastidio en su cara.

Darío ni le contestó siquiera y siguió masticando un trozo de sepia, sabrosa pero correosa a la vez.

Miguelón trató de agradecerle con una información que seguro ya le habría comentado a Darío el mismo Fran. Pero así pensó que quedaba bien.

– Tendrá el edificio limpio en unos días ... – dijo bajando la voz y luego, sintiéndose en confianza, continuó – ¿Puedo ...?

Miguelón cogió con la mano un poco de cazón adobado, pero Darío le dio un palmetazo en ella y no le quedó más remedio que soltarlo.

– Deja en paz el cazón, si quieres cazón pídete tu propio plato –le espetó seco el policía.

Miguelón recordó lo sucedido también con Fran y se dio cuenta de que no tenía su día. Y eso es lo que dijo.

– Joder cómo estamos hoy ...

Darío siguió comiendo en silencio. Y dio cuenta de un buen trozo de cazón. A Miguelón se lo llevaban los demonios. Según estaba la tasca, el camarero tardaría media hora en atenderlo.

Por fin Darío, mientras se chupaba los dedos, habló, susurrando en voz baja, pero sin mirarlo siquiera, sino observando, una vez más, a la catedral de Cádiz.

– Asegúrate de largar a Manuela, se está poniendo muy pesada.

Miguelón sonrió.

– No se preocupe por esa, no volverá a verla.

Darío empezó la tortilla de camarones. Luego continuó hablando.

– ¿Y la flamenca?

– Eso lo lleva Fran, no hay problema. Coño, Darío, deme un poco, que se va a jartá ...

Después de las buenas noticias que le había proporcionado se animó a coger un pellizquito de la tortillita de camarones, pero se llevó un nuevo palmetazo en la mano.

– ¡Te he dicho que no cohone! –casi le gritó, y luego bajó otra vez la voz a un susurro – A primeros de mes me entran tres containers por San Roque, no quiero a nadie en el edificio. Es lo que me prometió Fran.

– Fran es de fiar, ya lo sabe –le susurró Miguelón – Cago en Dios, ¡qué hambre tengo! –y luego levantando la voz – ¡Niño, ponme una de cazón!

Darío respiró por fin tranquilo respecto a su fuente de pescaíto.

Miguelón una vez lo vio relajado atacó por otro frente.

– Oiga, Darío, otra cosita ... mi mujer tiene tres multas y se va a quedar sin puntos ...

Darío ya no sabía qué hacer para quitárselo de encima.

– Joder, qué pesao eres Miguelón. Tráemelas anda, y a ver si le enseñas a conducir ... – dijo mostrándole todo su disgusto.

Pero Miguelón, lejos de acusarlo en su rostro, trató de hacer una broma.

– No, si conducir sabe, lo que se le da mal es aparcar –y se rió él solo de su gracia, mientras Darío se aguantó la patada en la entrepierna que pensaba darle por debajo de la mesa, solo por respeto a Fran.

Más o menos, en aquel momento, se despertó Manuela en su apartamento, con un terrible dolor en la cabeza y no recordando apenas ni lo que había sucedido.

El baile es un poema en el que cada movimiento es una espada.

Mata Hari

CUADERNO CUARTO
EL COMPÁS DE LA MÚSICA
Y LAS
CATARATAS DEL IGUAZÚ

Al día siguiente amaneció también despejado. Haría un buen día, con un sol brillante y cálido. Yo, sin embargo, me levanté deslomado de aquel camastro. Ya tenía ganas de que la pequeña Alicia, o Ali, como la llamaban, me agenciara una cama como Dios mandaba.

Me duché y decidí largarme lo antes posible de allí. La cocina, amén de que no tenía en ella alimento alguno con qué saciar el hambre, me producía yuyu, vamos, repelús, por su mala pinta y falta de higiene. Ya le diría a Alicia que me mercara al menos una cafetera para hacerme, mal que bien, el desayuno en ella.

Y luego, por supuesto, hablaría con Barry para ver la posibilidad de cambiarme a otro sitio, aunque sería difícil, ya que me había explicado el porqué de aquel antro en un barrio tan modesto.

Sí, yo seguiría insistiendo, dado que no lo entendía del todo. Aunque, también me temía que Barry me soltaría directamente aquello que ya me había dicho alguna vez: que yo no estaba allí para pensar, sino para ejecutar. Lo cual a mí no me disgustaba: cada uno a lo suyo. Particularmente en el trabajo. En mis temas propios la cosa era ya muy otra.

En fin, se lo diría. Pero la elección ya estaba tomada por la organización y me temía que me tocaría apechugar sin más excusas ni alternativas.

Así que bajé por las escaleras con ganas de empezar el día en la calle, fuera de allí. Y desayunar en la bahía, claro. Sobre todo esto último.

No lo quería aceptar de entrada, pero lo cierto es que ardía en deseos de toparme otra vez con aquella bailaora atractiva y misteriosa con la que el destino, o más bien Barry, me pedía que me uniera, para llegar a su través o, más bien, para que a su través saliera Robert de su escondite y pudiéramos echarle el guante. A él y a Fran. Lo que yo más ansiaba, por supuesto.

Me tomé un café cerca del edificio en forma de barco donde estaba la academia de baile y aproveché para pagarle al camarero la consumición que le debía y dejarle una buena propina.

El camarero no se lo podía creer. Me juraba que yo era el primero que había vuelto después de irse sin pagar. A lo mejor lo que ocurría, pensé para mis adentros, era que yo, en el fondo, era muy justo y legal. Que respetaba, a pesar de todo, unos códigos éticos que deberían estar escritos en la naturaleza del hombre, como lo estaban en la naturaleza de la naturaleza, en su alma, quiero decir. Yo por lo menos así lo entendía, y lo ejercitaba, cuando era guía del coto. Pero, ojo, el que me la hacía, me la pagaba. Eso era también lo justo, ¿no?, añadí a continuación en mi interior, sintiéndome bien al hacerlo.

Despaché el café y un croissant en un santiamén y no le di más hilo al camarero con el que empezaba a sintonizar, y a filosofar, sobre la vida y sus vericuetos.

Y me fui de allí, deseando tener la oportunidad de cruzar al menos alguna palabra con la

fémica de mis sueños. Sí, de mis sueños, porque yo aquella noche ya había soñado con ella.

Llegué enfrente de la academia y tuve suerte. Aquella reina ya estaba bailando, y sola, frente a su espejo. Probablemente una soleá o seguiriya.

Yo era ya capaz de advertir la trascendencia y la tragedia que podían llegar a tener estos palos del flamenco, sin yo distinguirlos bien todavía. Por el momento solo sabía que era una música que me gustaba mucho, que me tocaba ahí, en lo hondo, y que también me hacía pensar. Y, sobre todo, sentir.

Probablemente me quedé embelesado allí mirándola. Recreándome en todos aquellos movimientos que ella hacía. Y admirando cómo ella era capaz de transmitir aquel sentimiento de hondura, de gracia, tal vez asimismo de tragedia.

Y, por supuesto, también aquel erotismo, cuando dejaba entrever fugazmente en un revuelo de su falda, sus piernas y sus muslos, bien torneados y firmes.

Sí, yo la miraba desde la acera de enfrente. Y me iba enamorando de ella de una forma latente e inconsciente, que no se atrevía, todavía, a enfrentarse a la imagen de la fotografía de Fran, al pensamiento único de venganza que dominaba mi cabeza y mi corazón.

Así que, con estas disquisiciones en la mente, no vi llegar a Belmonte que se había acercado a mi lado y me miraba de arriba abajo.

– ¿Algún problema? – me soltó desde muy cerca y con aire un tanto provocador.

– ¿Perdón? –le contesté, reparando por primera vez en él, y no teniendo constancia de que lo conociera.

Pero Belmonte parecía que sí me conocía.

– No te hagas el tonto, vamos a llamar a la policía –me respondió con firmeza.

Belmonte se esforzaba por hacerse el gallito, sin duda. Pero yo conocía a los gallos de verdad y él no era uno de ellos.

– Me parece que te confundes, chico –le dije tratando de no dar importancia a sus bravuconadas.

Eso, efectivamente, empezó a confundir a Belmonte que, a continuación, comenzó también a sentirse inseguro sobre si realmente yo era el tipo que él buscaba.

– ¿Qué hace usted aquí ...? –me preguntó, sin dejar de mirarme de arriba a bajo.

Yo le dije la verdad. Desnuda y sencilla.

– Me gusta ese baile.

Debió sonar tan auténtico que Belmonte retrocedió.

– Lo siento, creí que ...

Yo no tenía nada contra él. Incluso parecía caerme bien. Además, ahora que me fijaba más detenidamente en su persona, creía que lo había visto antes junto a la bailaora en el espejo. Como si fuera unos de sus ayudantes.

– No pasa nada – le dije ofreciéndole una sonrisa.

Él se quedó un momento pensativo. Luego se rascó la cabeza y me dijo por fin.

– ¿Quiere entrar? Es una escuela abierta al público. Tal vez quiera dar unas clases.

Ahora sí que me desconcertó él un tanto. Pero en un segundo me di cuenta de que me venía como anillo al dedo su invitación, aunque no se lo hice ver de primeras, por supuesto.

– No se me dan bien esas cosas ...

Pero él insistió. Ya sabía yo que iba a insistir, claro.

– Venga a verlo, no tiene nada que perder –y me hizo un gesto de que le acompañara.

Y yo cedí por fin. Aunque ya lo había hecho en mi interior, sin decírselo por supuesto, la primera vez que me lo ofreció.

– Ahí llevas razón, no tengo nada que perder –le contesté y empecé a sentirme latir el corazón.

Así que cruzamos la calle y entramos en el viejo edificio en forma de barco. Efectivamente era todavía más cutre el interior. Belmonte tomó rápidamente el tramo de escaleras para que no me fijara demasiado en los grafitis del hall y en los candados que cerraban aquellas toscas puertas de los almacenes de abajo.

A mí el corazón ya me latía como a un colegial. Por eso decidí ponerme inmediatamente el traje que me había confeccionado durante todo aquel tiempo con Barry y Figueroa. Con él puesto sabía que me sentía seguro. Y que todo iría bien.

Entramos en el salón de baile. Todavía no había ningún alumno. Probablemente era muy pronto aún. Me había parecido ver un cartel a la entrada de que las clases empezaban a las diez.

Y allí estaba la muchacha sola bailando, ahora sin música, frente al espejo. Ejecutando un baile personal e imaginario.

Sí, aquel día y en aquel sitio, conocí a Celia. La mujer más importante que habría en mi vida nunca. Por un momento me sentí impactado, aunque rápidamente volví a ponerme aquel traje o armadura, que se me había caído por momentos, y recuperé con él mi apostura.

– Hola Celia, te he traído a un tímido. A lo mejor lo convences para apuntarse –me presentó Belmonte.

Celia se giró y me miró. Fue solo un momento. Luego siguió contoneándose frente al espejo. O, tal vez, frente a mí, pensé. Me hubiera gustado pensar.

– No nos vendría mal. Creí que sólo era un mirón –dijo, dando un quiebro de cadera.

Yo, por un momento, adopté el papel de tímido, a ver lo que daba de sí.

– Lo siento, ... es que me gusta ver cómo baila.

Y ella adoptó el papel de profesora de la academia.

– Podría bailar conmigo, las clases no son caras y se aprende deprisa.

Entonces yo me quité el traje de tímido y volví a ponerme aquel traje de tipo hermético y arrogante. Sabía que me sentaba bien.

– No soy de los que bailan ...

Celia dejó de hacerlo y me miró fijamente.

– Eso nunca se sabe –me dijo seria.

Yo le contesté, ahora alternando también el traje de tímido.

– Créame, yo lo sé. Pero si no le importa estaría dispuesto a pagar sólo por verla bailar. Me sentaría aquí y no la molestaría en absoluto.

Celia pareció interesarse entonces más en mí. Se acercó seductora, moviéndose a un compás de su imaginación.

– Allá tú ... pero prefiero no bailar sola. Aunque tampoco es que me importe.

Sí, yo probablemente parecía en aquel momento tímido frente a ella. Alguna vez había probado yo con las mujeres aquel traje. Y daba sus resultados. Las mujeres solían envalentonarse.

Celia dio un par de vueltas a mi alrededor, sin dejar de observarme con aquella mirada tan seductora.

– Aunque ándate con cuidadito ...

– ¿Por qué? –le pregunté.

– Mi madre siempre decía que bailar es enredar a los hombres con lazos invisibles ...

Y sonrió al decirlo. Ella sabía, porque lo había visto, que yo no era tan tímido y podía dar juego si me lo proponía.

Así que decidió continuar con aquel flirteo a ver hasta dónde conducía. Ella se encontraba

muy a gusto con él. Y yo, en el fondo, y por muchas razones, también.

Pero entonces se oyó un jaleo en la recepción. Los dos miramos hacia allá. Belmonte trataba de impedir, sin éxito, la entrada en el salón de Miguelón que venía acompañado por Fran. El que armaba la bulla era el primero mientras Fran no movía un músculo de su cuerpo.

– Le digo que ahora no se puede, está en mitad de una clase –casi le gritó Belmonte a Miguelón.

Pero a Miguelón nadie lo sacaba de su camino si se trataba de satisfacer a su jefe.

– Aparta idiota –y le dio un empujón a Belmonte echándolo a un lado.

Los dos hombres entraron en la sala.

A mí se me tensaron todos los músculos del cuerpo al reconocer a Fran, que tenía una cara muy parecida a la de la foto, mostrando una sonrisa aparentemente pacífica pero, si te fijabas bien, insolente y fría como pocas. Instintivamente me eché mano hasta palparme la Glock, que la llevaba en la riñonera, por dentro del pantalón.

Miguelón se adelantó y le dijo a Celia, señalándola con el índice.

– Tenemos que hablar.

Celia no se arredró.

– No tengo nada que hablar con ustedes, se lo he dicho mil veces. ¡Váyanse de aquí!

Miguelón pasó ya a las amenazas.

– La próxima vez no será un cristal lo que te rompa – y se acercó hasta casi tocarla con el índice.

Fran permanecía en silencio, con aquella leve sonrisa que parecía estar por encima del bien y del mal. En un momento, su mirada se cruzó con la mía.

Y nos medimos durante unos instantes largos, él sin dejar de sonreír.

Yo tenía la duda de si él sabía quién era yo. Y, también, de si se había dado cuenta de que yo sí que lo había identificado a él.

Pero, en mi oficio, tampoco te podías preguntar las cosas dos veces. Y yo no podía permitirme seguir allí, sin pararle los pies a Miguelón. Me adelanté y le dije.

– Si tienes un problema, ¿por qué no me lo cuentas a mí? Yo también sé romper cosas.

Miguelón se sorprendió al oírme. No pensaba encontrar allí este tipo de resistencias masculinas. Y las femeninas él sabía cómo manejarlas. Así que esto fue lo que soltó, cómo preguntándose a sí mismo.

– Y este gilipollas, ¿de dónde ha salido?

– Soy el alumno nuevo –le solté con sorna.

Miguelón se encabronó todavía más. Se lo llevaban los demonios. Y se preparó para repartir estacazos que es lo que mejor sabía hacer.

– Pues te voy a enseñar a bailar echando hostias –me contestó y empezó a acercarse, amenazante, hacia mí.

Pero entonces Fran extendió uno de sus brazos y le detuvo.

Luego, sin dejar de sonreír, aunque a mí me pareció que le temblaba ligeramente el labio superior, habló con elegancia, sin agresividad alguna.

– ¡Vámonos! Perdona, Celia. Ya volveremos en otro momento, cuando puedas atendernos.

Miguelón no salía de su asombro. Y miró a su jefe como si se hubiera perdido algo. Y eso fue lo que dijo.

– ¿Qué ...?

Pero Fran le echó una mano por el hombro ayudándole a darse la vuelta. Miguelón parecía resistirse.

– ¡He dicho que nos vamos! – dijo suavemente, pero con autoridad, Fran.

Luego nos miró a los tres, se giró y salió del salón. Miguelón le siguió más estupefacto que un pulpo en globo.

Tanto que, cuando bajaban la escalera, no pudo por menos que preguntar a su jefe.

– ¿Qué coño pasa aquí?

– Te estoy salvando la vida, imbécil. Vete arriba y ocúpate de lo tuyo, déjame esto a mí.

Y Miguelón se dirigió al burdel de la tercera, con sus pasos pesados.

Yo me acerqué a la ventana para mirar cómo Fran se alejaba del edificio, hasta llegar a su deportivo que estaba aparcado allí cerca. Me gustaba observar a mis objetivos como hacía en el bosque con mis presas. Hasta captar, y capturar, la personal intimidad que subyacía en cada uno de sus movimientos.

Y desde aquella ventana lo había podido ver todo muy bien, hasta que él aceleró con estrépito y su coche desapareció.

Sí, lo había visto todo perfectamente. Aquella ventana no tenía ningún cristal.

Cuando Fran se hubo ido, me giré de nuevo hacia el salón de baile. Y vi cómo los alumnos empezaban a llegar. Miguelón y Fran nos habían interrumpido nuestra primera conversación y, quizá por ello, pensó Celia que merecía la pena dedicarme algún tiempo más en conocerme. Así que le indicó a Belmonte que empezara a dar las clases él solo y luego ella ya se incorporaría.

Celia se dirigió entonces a la pequeña oficina que había detrás de la recepción, a un lado del salón. Y yo la seguí de cerca, llegándome su perfume y su olor corporal que hacían una buena mezcla.

En la oficina había un escritorio con papeles y un ordenador. Y en las paredes, pegadas y colgados respectivamente, fotografías antiguas de bailaores y cuadros con motivos flamencos.

Yo, que apenas conocía nada de ese mundo, pero que empezaba a embriagarme con su sensualidad y su hondura, estuve repasándolos uno a uno en silencio. Celia me miraba detenidamente.

Me llamó la atención una antigua foto en blanco y negro de un bailar pintoresco de hacía cien años quizás.

Ella parecía complacida con mi elección.

– Ese era mi abuelo – me explicó-, El Pino. Lo llamaban así porque bailaba “mu estirao”, y este era mi padre –y señaló otra foto justo al lado– Pinito. Y mi madre, La Hueso. Esta escuela, con este nombre tan bonito de “El compás de la música” que le puso mi abuelo, lleva aquí ochenta años, pero eran otros tiempos, otra ciudad ... Mi familia no tenía contrato, los antiguos dueños les cobraban apenas nada. Ahora la casa es de un extranjero, que pide un precio abusivo ..., hago lo que puedo por pagar, pero ...

Allí, con todos sus antepasados y tan cerca de mí, noté su verdad. Y su fragilidad, a pesar de su valentía. Y, también, algo todavía impreciso y hasta desconocido para mí que había en ella. No sabía exactamente qué era. Pero resultaba excitante y, tal vez, peligroso.

– ¿Qué querían esos? – le pregunté tratando de saber todavía más.

– Echarme de aquí, llevan tiempo amenazándome. Me rompen los cristales, nos intimidan, espantan a los alumnos ... Tienen un burdel aquí arriba y quieren toda la casa para ellos.

– Puedo ayudarte –le ofrecí, aunque no estaba seguro de si ella necesitaba ayuda alguna. Parecía saber defenderse.

Ella no denegó la ayuda. Quizá quería saber hasta dónde podía llegar yo.

– No sabes la clase de gente que son –me dijo mirando el efecto que hacían en mí sus palabras.

Le contesté raudo y contundentemente.

– Ni tú la clase de gente que soy yo ...

Celia entonces retrocedió. Como si no quisiera tener nada conmigo. Decían que el baile, todos los bailes entre un hombre y una mujer, eran un contiguo amago de acercamiento y rechazo. Y en esa entente, en ese pulso, estaba toda la gracia de aquel juego que era la danza, de aquel envite que era la atracción entre lo masculino y lo femenino, que giraban uno detrás del otro, tal vez sin hallarse nunca. Solo en algunos encontronazos eróticos breves, fugaces ... Así que ella me rechazó, como en un requiebro del baile.

– Gracias, pero no ... No quiero más líos. Además cada vez que un hombre me ofrece su ayuda me cuesta un disgusto ... – fue lo que me respondió.

Yo no dije nada. Y ella se encontró un tanto descolocada entonces. Como si necesitara prolongar aquel juego de acercamiento y rechazo. Así que, tras unos instantes de silencio, pareció abrirme un poco más su corazón. Para ver, quizá, si volvía a acercarme.

– Algún día se cansarán ... No pienso dejar la casa de mi padre. Soy más fuerte que ellos – habló martilleando firmemente cada una de sus palabras.

Yo me empezaba a enredar con el baile, con su juego. Así que zanjé la cuestión.

– Si cambias de idea, dímelo –le ofrecí como punto final.

Pero ella no quería todavía punto final.

Así que me dijo, sonriendo.

– Cómo se ve que no me conoces, nunca cambio de idea –y se me quedó mirando de nuevo, muy cerca.

Sí, me estaba enredando en los pasos de aquel baile. Yo solo sabía que la encontraba guapísima. Que me gustaba mucho. Y poco más.

Así que le devolví la mirada. Prendado.

– ¿Por qué no me invitas a desayunar? – me dijo ella, ahora sí como punto no final, sino seguido – Con eso me conformo ... por ahora.

Antes de salir le habló a Belmonte.

– A lo mejor tardo un poco, ¿te importa? Voy a ver si encuentro un cristal para la ventana.

Y Belmonte me miró entonces a mí quizá como al nuevo pretendiente, el último moscón que se había quedado atrapado en las redes de aquella araña que tenía su nido en algún rincón recóndito de aquella música que inundaba todas las esquinas.

Bajamos a la calle por las escaleras con una incipiente alegría de colegiales primerizos. O, tal vez, era que siempre que el amor empieza se reviste de la inocencia y de la alegría de la niñez y primera juventud.

Nosotros no lo pensábamos. Tal vez solo lo sentíamos. Yo al menos.

Llegamos abajo y el sol nos cegó. Abrí los ojos y allí estaba ella. Más hermosa si cabe, con toda aquella luz.

Pero bajo la luz también se veían otras cosas, claro. En la acera de enfrente estaban los dos matones que le habían roto los cristales.

Celia los miró con desprecio, sin amedrentarse.

– Qué hijos de puta, ni siquiera disimulan –exclamó lo suficientemente alto para que lo oyeran.

Estaban allí, apoyados en un coche fumando y sonriéndonos con una mueca de insolencia y superioridad.

– Espérame aquí ... – le dije y la aparté, para que no me siguiera.

Ella me habló desde detrás de mí.

– ¿Qué vas a hacer? Son peligrosos.

Pero yo ya me había puesto mi traje de la marca Barry/Figueroa. Así que no le contesté. Crucé la calle y me acerqué a ellos.

– Eh, tú, ven aquí un momento –le espeté a uno de ellos desde el centro de la calle.

El señalado dejó de apoyarse en el coche y se acercó muy envalentonado. Mira por cuánto se iba a divertir, debió pensar.

– ¿Quieres algo? –me dijo al encontrarnos.

Apenas le dejé acabar la frase. Le asesté un puñetazo en los riñones y el matón se dobló por la mitad y cayó de rodillas en plena calle. En esto de las peleas hay que hablar poco y actuar mucho. Y el que primero actúa, de sorpresa, tiene la mitad de la pelea ganada, si no entera. Osvaldo, el viejo boxeador porteño, me lo decía a menudo en su gimnasio del barrio de Las Flores, el más pendenciero de Buenos Aires.

Lo dejé allí, como si el tipo estuviera rezando en plena calle. Un coche llegó y le empezó a tocar el claxon para que se levantara.

Yo me había acercado ya al otro, que había retrocedido y se había subido a la acera.

A este, que era el menos corpulento de los dos, se le había metido ya el miedo en el cuerpo.

– Yo ... yo solo estoy mirando – logró decir medio tartamudeando.

Me di cuenta de que estaba más verde que los campos en abril.

– Pues vete a mirar chicas a la playa ...

El hombre no sabía cómo agradecerme que conservara los dientes.

– Ya voy de camino ...

Luego retrocedió andando para atrás de espaldas, sin dejar de mirarme, hasta que tropezó con un viandante. Entonces se giró y no paró de correr hasta que dobló la esquina.

El primero había vuelto a apoyarse en el mismo coche, aunque se llevaba una mano al costado y mostraba en el rostro un enorme sufrimiento. Cuando pasé a su lado se llevó la otra mano a la cara como para protegerse.

Dio un suspiro de alivio cuando me alejé sin ni siquiera mirarlo.

Desde el otro lado de la calle Celia me observaba impresionada.

Yo también sabía bailar. Aunque con otros pasos, con otras armas, quiero decir.

En la guerra del amor.

Nos fuimos a desayunar a un chiringuito que había un poco más allá, junto al mar. Se llamaba, qué coincidencia con lo que me estaba pasando, “La copla”. Yo en lo que más me fijaba era en el negro pelo de Celia que, al sol brillante, adquiría unos bellísimos tonos azulados.

A sugerencia suya me había pedido, como ella, una barrita de pan tostado con zumo de tomate natural, regado generosamente con aceite de oliva virgen de Jaén. El mejor del mundo, según me había dicho ella sin que, por otra parte, me hubiera permitido a mí ni tan siquiera ponerlo en duda.

Ciertamente estaba muy bueno. Amén del hambre que teníamos ambos, por supuesto.

Se estaba muy bien allí, la verdad. El mar estaba lleno de calma y también de luz.

Y Celia ya no parecía preocupada. Hablamos de cosas intrascendentes hasta casi el final, disfrutando de lo a gusto que estábamos cada uno con la presencia del otro.

Sí, al final Celia se quedó un momento mirando al mar con ojos soñadores. Y también enigmáticos.

– Es raro ... –dijo al fin.

– ¿El qué? – no pude por menos que preguntarle.

– La vida me ha enseñado a desconfiar de casi todo. Especialmente de los hombres, pero contigo me siento bien.

Yo también me sentía así. Lo que pasaba es que yo no le había dicho nada de mi misión. Y nunca se lo diría, por supuesto.

Por ello fui muy parco ante su franqueza.

– Gracias –fue lo único que musité.

– No hablas mucho, ¿no? –me dijo después de un instante de silencio.

– No.

Me estaba invadiendo por dentro una oleada de tristeza.

Pero Celia la conjuró con una sonrisa seductora. Y yo volví a encontrarme bien.

– Mejor así –me susurró suavemente, llena de dulzura y también de intención – Mi madre solía decir que los hombres sólo mienten cuando hablan ...

Yo estaba, de nuevo, otra vez muy contento. Y no quería perder el tiempo.

– Tu madre decía muchas cosas ... Me gustaría besarte.

Ella se quedó seria de repente.

– ¿Por qué?

Yo le confesé la verdad.

– No lo he pensado.

Sí, no lo había pensado, quizá solo sentido.

Celia miró un instante al mar y luego clavó sus ojos en los míos. Como también lo hacía cuando bailaba con alguien en la academia. Yo me había fijado en ello cuando la observaba bailar.

Por fin musitó.

– Eres un tipo muy raro, supongo que te lo dirán mucho.

Yo le confesé la verdad otra vez.

– No, nadie me dice mucho nada.

Entonces Celia se acercó y me besó en los labios.

Sentí junto al mío su aliento. Que era fresco y profundo. Como un hondo pozo. Yo me preguntaba qué estaba pasando. Aunque solo le pregunté.

– ¿Por qué me has besado?

Pero ella me contestó, ya desenvuelta y segura.

– No lo sé, yo tampoco lo he pensado. Ahora tengo que irme, mis clases están a punto de terminar y, por lo menos, tengo que despedirme de mis alumnos.

Buscó su bolso para levantarse e irse.

– ¿Cuándo volveré a verte? –le dije tratando de no manifestar mi ansiedad.

Ella volvió a sonreírme.

– Mañana por la noche bailo en la peña Joselito Millar.

Pero antes de que se acabara de levantar apareció la pequeña Alicia. Me di cuenta de que miraba con desprecio a Celia. No parecía caerle muy bien.

– ¡Hola Alicia! –la saludé.

Ella me devolvió el saludo mientras miraba de reojo a mi acompañante.

– Hola, jefe, ¿Qué haces con ésta?

– Es una amiga.

Por fin intervino Celia que se había quedado muy callada.

– Hola, Ali. ¿Has robado mucho esta mañana?

Alicia le contestó como curándose una vieja herida.

– Lo he dejado, ahora me dedico a la decoración.

– Mira tú que bien ... –soltó Celia expresando dudas al respecto – Bueno yo tengo que largarme.

– Te veo pronto –le dije con complicidad, pues ya sabíamos dónde.

Celia acabó de levantarse y ya de pie se despidió

– Eso espero ... – y, algo típicamente femenino, le devolvió la puya a Alicia – No te fies mucho de ésa.

Pero Alicia salió al quite.

– Lo mismo digo ...

Celia me miró una última vez y se marchó. Yo la vi caminando con el sol a su espalda y el viento moviendo su pelo lleno de embrujo y, tal vez, de secretos, pensé.

Alicia se fijó en mi ensimismamiento. Cuando volví a mirarla me pareció una niña celosa y nada contenta de que yo me relacionara con aquella mujer.

Así que le dije, animoso.

– ¿Quieres comer algo?

Ella me contestó.

– No, se me ha quitado el hambre de golpe. Además tengo que irme, mi madre me está esperando.

Traté de mostrarme ligero y desenvuelto.

– Empezaba a preguntarme si tendrías madre.

Yo entonces no sabía quién era su madre. Aunque aquella borracha del bar me había dado qué pensar.

– Qué tontería, todo el mundo la tiene ... –me dijo un tanto tristemente.

Ahora yo, que había percibido su desazón, traté de saber más.

– ¿Y padre ...? – le pregunté con dulzura.

Ella miró al mar un momento. A lo lejos. Al final del horizonte.

– Supongo que también, pero a ese nunca le vi la cara ...

Cuando Celia llegó a su academia ya estaban terminando las clases. Aprovechó para interesarse por los chicos, preguntando a Belmonte, en presencia de cada alumno, qué tal le había ido a cada uno de ellos. Estaba claro que enseñar le gustaba. El problema era que aquello daba lo que daba. Y la vida se pasaba, claro.

Después Belmonte le preguntó si se iba a comer con él, hasta que empezaran las clases de nuevo. Pero ella había desayunado tan bien que no tenía ningún hambre. Así que le dijo que se marchara, que ella aprovecharía para poner en orden su oficina y, quizá, si le quedaba tiempo, se echaría un poco la siesta en la habitación del pequeño estudio en el que ella vivía y que estaba también junto al salón de baile.

Y eso es lo que se dispuso a hacer. Aunque primero pasó un momento al baño.

Pero, cuando regresó del baño vio que alguien había llegado.

Sí, sentado en una de las sillas en mitad de la sala de baile estaba Fran. Fumando un cigarrillo y con aquella sonrisa que, al parecer, nunca le abandonaba, colgada de la comisura de sus labios.

– Tenemos que hablar ... – la saludó de esta forma en cuanto la vio entrar en el salón.

A Celia no le sorprendió ni le disgustó el verlo allí. Se acercó a él, contoneándose despacito, tratando de seducirlo o, tal vez, de engatusarlo.

– ¿Solo hablar ...? – se insinuó ella, lanzando unas extrañas señales luminosas por los ojos.

Fran sonrió todavía más. Seguro que esas palabras le traían bonitos y, sobre todo, cálidos recuerdos. Pero, al parecer, era más importante hablar en aquellos momentos.

– Eso, luego. Ahora simplemente escucha. Siéntate – le dijo arrastrando una silla para que ella se sentara también a su lado.

Celia lo hizo, arremangándose la falda que llevaba muy ceñida al cuerpo. Y lo miró dispuesta a escucharlo. Un decir, claro.

– ¿Y bien ...? – le susurró, echando la cabeza hacia atrás y entreabriendo sus labios.

– Realmente puedes hacer que un hombre pierda la cabeza –no pudo por menos que confesar Fran sin perder la sonrisa, pero con un color especial, más rojo, en las mejillas.

– Y no solo la cabeza ... – susurró Celia inclinándose hacia él.

En el piso de arriba, Darío recuperó el aliento y encendió un cigarrillo. No había sensación mejor para después de hacer el amor, debió pensar, mientras se daba fuego con el mechero, que fumar intensamente. En aquellos momentos le invadía una especie de plenitud, como si una gran

inundación le hubiera refrescado los rincones más recónditos de su cuerpo. Y, entonces, se sintiera importante y, además, relajado, con toda la energía negativa fuera de sí.

Sí, efectivamente, así era, se dijo Y todo ello lo coronaba con el placer de un oportuno cigarrillo.

Manuela estaba en la cama, desnuda, sudando también a su lado.

– Estás hecho un toro ... Dos veces en un día ... Empiezo a preocuparme –le dijo mientras también se recuperaba del esfuerzo.

A Darío le agradó y mucho, la primera parte del comentario. Pero no entendía la segunda. Le pasaba frecuentemente con las mujeres en la cama. En cuanto se acababa el sexo, no las entendía ni poco ni mucho. Es decir, nada. Así que acabó preguntando.

– ¿Por qué?

– Se diría que te quieres hartar de mí ...

– Ah, era por eso – pensó para sus adentros Darío.

Nunca acababa de comprender sus reacciones que, bien mirado, iban siempre en la misma dirección con él. Tal vez porque él estaba en las antípodas de sus preocupaciones y sensiblerías. Así que tiró de su repertorio de excusas, pretextos y defensas varias.

– Es que tengo que irme un par de semanas. Y pensaba que así no te iba a echar tanto de menos –acabó diciendo y sorprendiéndose de lo bien que le había quedado la frase.

– ¿Y ...? – le pidió más Manuela, sin embargo. Todo le parecía insuficiente para sus ilusiones.

– Te voy a echar de menos aún más –le soltó Darío haciendo un esfuerzo. La verdad es que entraban en un terreno en el que él no se encontraba nada a gusto. Por no decir que todo lo contrario.

Ella se quedó un momento en silencio. Así que Darío, con el deber cumplido, según pensó, se incorporó y luego se levantó y empezó a vestirse.

Una vez que se hubo puesto los pantalones, se acercó a la mesilla y cogió su cartera.

Sacó de ella un buen dinero. Mucho más que otras veces.

Manuela no pudo por menos que sorprenderse por ello.

– Eres demasiado generoso ... cuando ahorre lo suficiente ... – y lo miró con sus ojos llenos de ilusión o, tal vez, de esperanza, que debía ser, poco más o menos, la misma cosa.

Darío continuó diciendo aquellas frases que sabía le harían más corto el momento de salir de allí.

– No te preocupes, solo quiero cuidarte como mereces.

Ella, contenta, miró por el ventanuco, por donde entraba un rayo de sol, brillante y, tal vez, optimista.

– Cuando nos vayamos de aquí te devolveré todo lo que me has dado, con creces, ¡te cuidaré tanto ...! ¿Has hablado ya con ella? –le preguntó esperanzada, inundada por la luz de aquel rayo.

Darío pensó que tenía que acelerar y terminar de vestirse cuanto antes.

– No es el momento –soltó mientras se metía la camisa por dentro del pantalón.

A Manuela le pareció que el rayo de sol del ventanuco había perdido algo de fuerza.

–¿Cuándo entonces? –dijo, destilando algo del temor que, sin ella quererlo, había empezado a entrar, una vez más, a su interior.

Darío no buscaba más que evasivas para salir de allí lo antes posible.

– Ya veremos. Ahora tengo mucho lío, te veré el mes que viene ...

Manuela se agarraba a aquel rayo de sol. Porque era un rayo de sol después de todo.

– Vas a cuidar de mí, ¿verdad que sí? –le susurró mimosa.

Darío ya estaba vestido completamente, menos mal. Así que ya solo le bastaba despedirse, de forma cuanto más corta mejor. E irse.

– Claro que sí, princesa –le contestó, contento de lo natural que le había quedado, mientras se dirigía a la puerta de salida y le soplaban un beso.

Manuela lo recogió animosa y le mandó a su vez otro a Darío que este ni vio, ya de espaldas, mientras, girando rápidamente el pestillo, abría la puerta velozmente y, luego, la cerraba tras de sí.

Una vez fuera, soltó el aire, en un suspiro de alivio. Lo único cierto de toda la conversación era que se sentía como un toro. Esa era la verdad.

Manuela lo vio marcharse. Lo habían pasado bien en la cama, eso sí. Pero ahora le quedaba la misma sensación de otras veces. Como si el agua se le fuera entre las manos, o por los intersticios de una cesta en la que ella la hubiera remansado.

Se incorporó en el lecho y se giró hacia la mesilla antes de que se adueñara de ella la evidencia de que, efectivamente, no le había quedado nada. Nada excepto aquello, el dinero.

Vio unos cuantos billetes grandes sobre ella. Y se sintió algo reconfortada. Aunque no era lo más preciado que ella buscaba con él. Pero aquello era algo real. Y aquel día representaba una suma importante. Y eso, mal que bien, le hacía sentirse a ella importante también. O, quizá, más que importante le hacía sentirse a ella valiosa, es decir, que todavía tenía atractivo y resultaba apetecible para los hombres. Sobre todo para su hombre, que era lo único que le importaba.

Y, sobre esa base, ella pensaba que él siempre volvería. Y que, con aquellas armas, ella todavía tendría sus opciones de hacerse con él. De hacerlo definitivamente suyo.

Con estas disquisiciones en la cabeza y de espaldas a la puerta, no se percató de aquellos pasos pesados que se acercaban y del ruido de esta al abrirse y franquear la entrada a aquel tipo.

Así que cuando quiso reparar en ello, Miguelón ya estaba detrás de ella.

– Dame eso –le ordenó.

Esta vez a Manuela no le había dado tiempo de esconder los billetes. Así que Miguelón como ella no se los daba, paralizada como estaba por la sorpresa, se acercó y se los quitó de la mano.

Ella trató de sublevarse entonces, de recuperar lo que era suyo, pero ya Miguelón se había escondido el dinero en el bolsillo. Entonces, rabiosa, intentó por un momento castigarle por su infamia, pegarle, pero se contuvo, o la contuvo el recuerdo de otras ocasiones. Sobre todo el hecho, evidente, de que Miguelón pesaba dos veces lo que ella.

Aún así le espetó.

– ¡Eso es mío!

Pero Miguelón se movía en la confortabilidad absoluta.

– Ya no. Vamos a poner las cuentas al día. Te vas de aquí –le soltó.

A Manuela por un momento la paralizó de nuevo la sorpresa.

– ¿A dónde?

– Eso me trae sin cuidado.

Manuela no se lo podía creer. Se sentía impotente. Quiso hacerle razonar. A aquella bestia parda.

– Estoy haciendo dinero, ¿es que no lo ves?

A Miguelón por un momento le pareció tonta. Bueno, más que de costumbre. Porque de que era tonta no le cabía ninguna duda. Aunque eso sí, con un cuerpo muy, pero que muy apetecible.

– La que no ves eres tú. Ese no va a volver y era tu mejor cliente. Sólo las putas tontas

hablan de amor y sólo las rematadamente tontas se creen que sus clientes las van a sacar de aquí. Tú eres de las segundas. Ya no me sirves de nada.

Miguelón la había golpeado, esta vez, donde más le dolía. Y sin tocarla un pelo de la ropa. A ella le entró un furor repentino y tremendo que la sublevaba ante aquellas palabras.

– ¡Hijo de puta, un día te mataré! –le gritó.

Pero ya Miguelón se había echado la mano al bolsillo y abría su navaja automática.

– Más bien al contrario Manuela, más bien al contrario ...

Manuela se sintió de repente perdida, mirando los fríos brillos plateados de aquel arma que no era blanca como decían, sino que tenía ya el rojo teñido en ella hasta la empuñadura.

Miguelón la dejó un momento para que a ella la acabara de consumir el terror que sentía por dentro, mientras él se dirigía hacia la puerta y la cerraba por dentro echando el cerrojo.

Alicia se dirigió al apartamento donde vivía con su madre en el burdel de la tercera planta. Esperaba encontrarla sola. Apenas habían hablado en los últimos días.

Ella dormía en un cuartucho que en realidad era una despensa anexa a la cocina y dentro de la misma. No tenía más de tres metros cuadrados, si es que llegaba. Apenas para meter en ella una cama de 0,80 x1,70 y poco más. Eso sí, cuando llegaba, aunque su madre estuviera ocupada, se podía meter en la cocina, tomarse un vaso de leche con galletas y dejarse caer sobre el camastro y sentirse allí segura. Incluso había puesto un cerrojo en su mini habitación para sentirse siempre a salvo.

Aquel día, si su madre estaba de humor, es decir, si estaba más o menos cuerda, pensaba explicarle su nuevo trabajo, del que ya había hecho algunas gestiones por tienduchas y chamarilerías del barrio y de lo contenta que se encontraba con aquel hombre llamado Isaac, que le había dado los primeros quinientos euros para empezar a comprar y que parecía ser tan distinto a todos los hombres que había conocido antes.

Y, sobre todo, contarle que la había tratado como a una hija o, por lo menos, ella se había sentido así por primera vez en su vida.

Así que llegó ilusionada a casa por primera vez también en bastante tiempo. Se acercó a la puerta y puso el oído en ella, como hacía siempre, para hacerse una idea de lo que estaba pasando dentro. Había un silencio absoluto, así que probablemente su madre estaría echándose un rato y dormida. Deseó que por efectos del sueño y no por los de aquellas otras sustancias que eran su perdición.

Después de esas precauciones y suposiciones abrió la puerta pero, cual sería su sorpresa, al ver que no es que no hubiera nadie, sino que tampoco había nada. En el apartamento, quiere uno decir.

Allí no quedaba ningún mueble, ni tampoco ropa de cama ni cortinas. Fue a la cocina y estaba totalmente vacía y tampoco había rastro de su camita.

Le dio un pálpito en el corazón. Un mal fario, sin duda. Entró en el cuarto de baño y observó el azulejo que había debajo del lavabo, junto al bote sinfónico. Por un momento se tranquilizó, parecía todo en orden. Pero fue solo un espejismo. Sacó su cortaúñas y levantó la tapa de su agujero. ¡Estaba tan vacío como el resto del estudio!

Entonces oyó unos pasos pesados acercándose a la puerta que, con la sorpresa, había dejado abierta.

Antes de que pudiera poner otra vez el azulejo sobre el agujero, oyó una voz justo detrás de ella.

– ¿Buscas esto? –le dijo Miguelón con una sonrisa sarcástica en su careto.

Llevaba en la mano la caja con los pequeños tesoros de Alicia.

– ¡Es mío! –le reclamó la cría inocentemente.

Como si Miguelón no lo supiera ya, claro.

Y, desde luego, no tuviera el más mínimo deseo de devolvérselo.

– Ya no ... Considéralo el último pago del alquiler –le soltó tan fresco.

Alicia, que tenía los arrestos de su madre, no se calló.

– ¡Hijo de puta! –le escupió con todo el desprecio que pudo.

Pero Miguelón se lo estaba pasando en grande, allí sí que se sentía importante.

– Quién roba a un ladrón ...

Y Alicia, una vez asumida la pérdida de la caja, se preocupó de algo que era mucho más importante que la misma, a la vista de cómo estaba el apartamento.

– ¿¡Qué has hecho con mi madre!? –le espetó a aquel mastodonte.

Miguelón sonrió como una hiena.

– Se ha ido.

– ¿A dónde? No se iría sin mí.

Pero Miguelón tenía la sensibilidad de una almeja y, sobre todo, quería quedar bien con su jefe.

– Pues parece que sí – contestó y luego, de forma amenazante, continuó – y tú te vas a largar también ¡Estoy ya más que harto de las dos!

Entonces Alicia con una rabia infinita en su interior se abalanzó sobre él intentado quitarle al menos la cajita.

Pero Miguelón no tenía ganas de jugar.

Le soltó una bofetada tremenda que dio con la pequeña contra la puerta del baño y luego contra el suelo.

– Lárgate de una vez, no sea que me enfade. Y te haga cosas peores –por un momento pareció que dudaba en hacérselas pero, afortunadamente, no fue a más-. Y no vuelvas a aparecer por aquí – le conminó con el índice enseñando la puerta de salida.

Alicia se secó las lágrimas con el antebrazo y se tragó su ira y su rebeldía ante tanta injusticia. Se levantó y, antes de que cambiara de opinión aquel bastardo, salió corriendo escaleras abajo. Sin orgullo y con todo su dolor. Estaba sola en el mundo.

Aquella mañana me levanté en mi cutre apartamento tan molido como siempre. Aquel camastro iba a acabar con mi columna. A ver si la pequeña Ali lo remediaba pronto. Le había dado el otro día dinero suficiente para que se moviera con sus amigos chamarileros. Y rápido. Y dotara a aquel inhóspito espacio de algo de confortabilidad y apariencia. Pero todavía no había dado señales de vida. No sabía por qué pero, a pesar de todo, confiaba en ella. En que no huiría otra vez con mi dinero. Un suponer, claro.

Hice un poco de ejercicio. Desde que lo había cogido como rutina en Buenos Aires, lo echaba de menos cada día. Aunque allí no tenía con qué practicar hice un centenar de flexiones y ejercicios de estiramientos en el suelo y luego me duché.

Aquella mañana me encontraba contento. El día anterior había hablado con Barry y habíamos quedado para vernos en un par de horas en el puerto deportivo denominado Puerto Sherry, que estaba por carretera no demasiado lejos. Yo estaba deseoso ya de acelerar las acciones y acometer de lleno la misión, máxime cuando ya había tenido delante de mí a aquel Fran y su estúpida sonrisa insolente y orgullosa.

Así que desayuné en el primer bareto con el que me topé. Eso sí, ya siempre una barrita de pan tostado con aceite y tomate, que me trajo a mi mente el cuerpo de Celia, si es que alguna vez se me había ido de la cabeza. ¡Aquella noche la vería de nuevo!, me reconforté pensándolo en la espera.

Luego me dirigí al puerto deportivo en autobús.

Al poco llegué y empecé a caminar por el muelle frente a una hilera de yates hasta llegar a una lancha grande, que era como un yate pequeño.

Barry estaba en la cubierta esperando a que yo llegara. En cuanto me vio me llamó.

– ¡Hola, Mero! ¡Sube a bordo! –me gritó con su horroroso acento de siempre. También parecía contento.

Así que me acerqué y salté a la lancha.

Después de saludarnos, interesarnos por nuestros respectivos viajes e intercambiar primeros pareceres sobre aquella tierra que nos acogía a ambos ahora, fuimos directos al grano.

Nos encontrábamos ya en mar abierto.

– ¿Encontraste a la bailaora? –me preguntó, mientras me miraba detenidamente.

– Sí –le dije secamente, sin aportarle ninguna información adicional y, mucho menos, expresarle lo atractiva y seductora que era.

Barry miró un momento al mar y luego volvió a clavar sus ojos en mí.

– Ok –empezó – ándate con cuidado. Era la chica de Robert. Dicen que sigue colado por ella. Cuando se entere irá a por ti. Eso esperamos. Hace tiempo que nadie lo ve ... Entonces lo

matarás. ¡Y podrás ir por fin a por Fran!

Hasta los peces debían extrañarse y hasta sonreírse, si supieran hacerlo, claro, con el acento tan horroroso de Barry.

Pero a mí no me divertía ni poco ni mucho, en absoluto, aquella colaboración con Fran.

– ¿Y qué hace Fran con nosotros? –le espeté ásperamente, no ocultando mi disgusto.

Pero Barry estaba acostumbrado a lidiar con aquellas situaciones. Siempre lleno de lógica y profesionalidad. Paró la lancha en medio del mar y me dijo mirándome a los ojos.

– Si Robert no se te acerca, iremos a buscarlo a su guarida. Sale muy poco de ella, como te he dicho. Y ahí Fran es el único que puede franquearnos la entrada ...

Y, dejando zanjado ya el asunto, continuó.

– Espérame aquí, quiero enseñarte algo.

Barry bajó a la pequeña cabina de la lancha. Buscó algo en un armario y volvió a cubierta junto al timón.

Tenía un brillo especial en los ojos. Yo ya se lo había visto alguna vez. Siempre relacionado con cosas especialmente importantes.

– Mira esto –me habló con expectación.

Mientras me lo decía, alargó la mano y me puso en la mía una cajita de medicinas, que es lo que había cogido del armario de la cabina, con el nombre de Hydrocodone escrito en la tapa.

– ¿Qué es? –le dije después de dar una vuelta completa a aquella cajita en mis manos.

– Es el futuro: Hydrocodone. Procede de un medicamento legal, que tiene este mismo nombre, que se usa para combatir el dolor y que, ligeramente modificado, puede ser una excelente droga. Como la que hay en esta cajita, con la misma apariencia que la legal.

Respiró una vez, profundamente, y arrancó de nuevo la lancha. El sol había levantado ya y sacaba del pelo rubio de Barry unos destellos que eran como culebrinas doradas de luz.

– Se produce ahora – continuó con énfasis – en los Estados Unidos, Canadá y Sudáfrica. Esta viene de allí. Es un opiáceo semisintético. Buenas sensaciones y extremadamente adictivo. A los chicos les encantan estas cosas. Noventa y ocho millones de dosis vendidas en un año sólo en USA, con un crecimiento anual del ciento diez por ciento, mientras las ventas de cocaína caen un dieciocho por ciento anual. Y ahora viene lo mejor: no tienes que preocuparte del transporte, la puedes fabricar en cualquier laboratorio y empezar a venderla. Todo lo que necesitas son buenos químicos y tenemos los mejores.

¡Todo lo que podía haber en una simple cajita!, pensé para mí.

– Parece un buen negocio –le dije a Barry.

– El mejor –me contestó entusiasmado el americano – Sin aduanas, sin lanchas, sin perros que olfatean, sin cárteles mexicanos ni jodidos paramilitares colombianos. Con la policía despistada. Un montón de gente se irá fuera del negocio cuando esta mierda llegue de lleno a la calle en Europa.

– ¿Y por qué me cuentas a mí todo esto? –no pude por menos que preguntarle.

Yo había sido hasta entonces solo un ejecutor. Sin preguntas, sin dudas y sin conocimientos de ningún tipo sobre lo que se cocía en la organización. Por ello me parecía extraño aquel nivel de confianza repentino en mí sobre aspectos tan importantes de la misma.

Barry me miró con franco aprecio. Tal vez, quisiera compensarme por el mal trago de lo de Fran.

– Figueroa ve futuro en ti. Y yo también –añadió– Y, además, queremos empezar en esta zona. La mayor puerta de entrada de cocaína a Europa. Si conseguimos las rutas de Robert sabrán que estamos hablando en serio.

No supe por qué no le di las gracias. Quizá era porque en nuestro mundo carecía de sentido esa palabra. Todo era y solo era negocio. Así que le solté lo que realmente pensaba.

– Lo que creo es que cuando liquidemos a Robert, vendrá otro a ocupar su sitio. Y tendréis el mismo problema con él.

Barry sonrió. Era como un buen y eficiente ingeniero, pensé por un momento, que ya lo tuviera todo planificado. Y previsto.

– ¿Ves? No eres tonto ... Eso lo tenemos ya previsto –sonreí expresando al mismo tiempo en mi rostro mis dudas al escuchar esa palabra, pero él me tranquilizó – Por eso tenemos a la policía, la corrupta, quiero decir, con nosotros.

Yo seguía su explicación llena de lógica, pero yo tenía también la mía.

– Si son corruptos lo seguirán siendo en el futuro ... – le argumenté.

Barry sonrió de nuevo complacido.

– Muy agudo, sí señor. Figueroa siempre ha sabido captar el talento. Por eso que dices les pondremos a prueba con un cargamento tradicional que llega de Colombia en unos días. Fran y yo ya lo tenemos vendido por los canales de Robert. Y cuando no esté Robert ... ¡mi Fran! – y me miró entonces fijamente esperando una muestra de mi agrado – quedaremos nosotros ... Y el Hydrocodone, por supuesto.

Yo con lo de liquidar a Fran no podía estar más de acuerdo.

– Bueno, ya veo que lo tenéis todo bien atado ... – le corroboré.

Barry me echó entonces una mirada inquisitorial. Como si quisiera penetrar en mi interior y saber lo que había debajo y más allá de mi piel o, quizá, de mi futuro, una vez hubiera liquidado a Fran.

– Figueroa cree que no te irás al final, cuando liquides a Fran –soltó al fin – Y si te vas, que volverás. Una vez que entras en este mundo nadie se va del todo ... Y aquí necesitaremos gente.

Yo sonreí halagado, pero no dije nada más. Y, llegados a este punto de confianzas, me atreví a preguntarle.

– ¿Y tú cómo entraste en él? ¿Qué hace un estadounidense como tú en todo este tinglado latinoamericano?

Barry se tomó un tiempo en contestar. Como si debatiera en su interior los pros y los contras de hacerlo. Yo creo que, al final, le pudo más su papel de mentor, de patriarca de muchos de nosotros. Y, también y, sobre todo, de aquel hilo de confianza y de simpatía que yo creo que había entre nosotros dos y entre ambos y Figueroa.

– También tenemos negocios en Norteamérica, aunque eso no lo explica en absoluto –miró el mar que se enseñaba profundo, denso y azul en aquellos momentos– Mira, Mero, todos en la familia de Figueroa somos un poco como tú. A todos nos une el dolor de lo que nos han quitado. Para entrar en una organización como esta hay que provenir de la escuela del sufrimiento. Y de la desesperación. No te creas que Figueroa es diferente. Él es el exponente máximo de lo que te digo. Por eso nos comprende, nos busca. Y, luego, nos acoge en su seno. Y nos da su protección y un objetivo en la vida.

Yo también miré el mar. Esa mole líquida a la que nadie había podido domar. En ese momento pensé que bien pudiera acumular en él todo el dolor y sufrimiento que los hombres éramos capaces de hacernos los unos a los otros. Una superficie horizontal en la que, de pronto, podían emerger olas tan altas que se tragaban a petroleros enteros, empujadas por el viento del odio y su secuela, el dolor.

Agradecí en mi interior la sinceridad de Barry. Que me permitía entenderme mejor a mí

mismo. No para cambiarme, sin duda. Sino para reafirmarme con fundamento en todo lo que sentía. En todo lo que pensaba hacer.

Pero yo además quería otra cosa adicional. Necesitaba que me diera algo de lo que latía en su interior que nos hermanara todavía más. Algo personal suyo, de quien era mi mentor, mi referencia en aquella organización a la que había dado ya tres años de mi vida por ayudarme a cumplir mi objetivo.

– Muchas gracias Barry. Pero me temo que no has contestado mi pregunta. ¡Y te lo agradecería tanto! –le dije desviando mi mirada del mar hacia él.

Barry no se mostró sorprendido. Sabía que, habiendo aceptado aquel debate, tenía que llegar hasta el final. Y que eso nos uniría todavía más.

Miró en lontananza. El mar infinito le llevaba, sin duda, hasta hacía muchos años. Cuando apareció aquel dolor. Yo lo noté que todavía subsistía por debajo de su piel, que se fruncía con sus espasmos. Y por debajo de sus ojos, que se empequeñecían al volverlo a ver de frente otra vez, mientras lo traía de sus recuerdos a su mente de nuevo. A aquel inmenso dolor.

– A mí también me lo quitaron todo. Yo era un hombre de negocios de Alabama que viajaba a ver las cataratas del Iguazú con su familia. Cuando, allí, el destino me mostró su terrible faz. Habíamos alquilado un coche y nuestra pequeña, poco antes de llegar, me pidió un helado cuando pasábamos por un kiosco que había en el parque. Me bajé un momento del coche a comprárselo. Estábamos de vacaciones y yo quería que todo fuera agradable ... Compré el helado, lo recuerdo bien, de nata y chocolate, que era el que más le gustaba. Y me costó una menudencia, veinte pesos argentinos de ahora, que casi no llegaban a un dólar. ¡Qué poco costaba la felicidad, pensé! Cuando me volví, el coche había desaparecido.

Barry hizo un silencio que era como una daga penetrando en las entrañas. Mientras el mar se revolvió de repente con un brisa extemporánea y la lancha empezó a balancearse. Pero él no se inquietó por ello. Aunque su voz adquirió tonos metálicos. O de pedernal. Yo ya se los había escuchado a Figueroa. Aquel último día, frente a su gran piscina.

– A las pocas horas me llamaron por teléfono. Me pedían cien mil dólares si quería volver a verlas vivas. Yo no tenía ese dinero en Argentina, aunque podía reunirlo en Alabama en tres o cuatro días. Me dieron solamente uno. Era de todo punto imposible para mí conseguir aquel dinero en ese plazo estando fuera de mi país. Las horas pasaban y yo estaba inmovilizado, sin poder avisar a la policía y en un país extranjero. A punto de expirar el plazo y a sugerencia de mi agencia de viajes hice como tú, fui a una especie de ONG que ayudaban a la gente en casos de secuestros exprés. Allí, tras muchos circunloquios, me dijeron que si tenía solvencia ellos conocían a gente que me podía anticipar el dinero en Argentina, a cambio de una buena comisión, y tal vez ayudarme en la transacción con los secuestradores. Me pusieron en contacto con el “Bariloche”, uno de los lugartenientes de Figueroa. Pero antes de poder hacerlo, vencíéndose ya el plazo, me llamaron los secuestradores de nuevo ...

Barry tragó saliva y apretó las mandíbulas con fiereza. Probablemente hacía mucho tiempo que no hablaba con nadie de esto. Porque todo aquel dolor seguía acumulado allí.

– Me daban otro plazo adicional de dos días. Pero como había sido un chico malo y les estaba haciendo perder el tiempo ellos lo recuperarían jugando con mis dos gatitas. Eso me dijeron aquellos hijos de la gran puta. Cuanto más tardara, más jugarían ...

Barry tenía los ojos inyectados de un odio que yo nunca había visto antes. Luego miró de nuevo al mar inmenso y destensó los frunces de su rostro.

– El “Bariloche” se portó muy bien. En veinticuatro horas los tenían localizados. Eran cuatro pibes veinteañeros. Entraron en la casa por sorpresa y los aniquilaron a todos, aunque uno

de ellos que se había hecho el muerto le pegó un tiro por la espalda al “Bariloche”, que murió el hombre poco después ... El “Bariloche”, – repitió pensativo y con cariño Barry – un hombre de negocios sin duda, pero con corazón ...

Barry se detuvo de nuevo. Y yo pensé para mis adentros que él también se había descrito a sí mismo hablando del “Bariloche”.

– Me alegro de que todo terminara bien –le dije.

A Barry se le volvieron a tensar las mandíbulas. Dudaba si continuar o no. Me miró un momento y pudo más de nuevo su conciencia de mentor.

– No terminó bien. Les hicieron perrerías a las dos. Cosas indecibles. La noche antes de regresar a América, mi mujer se tiró desde la terraza del hotel.

Barry tenía una palidez cadavérica.

– Y mi pequeña quedó traumatizada. Estuvo seis años con síndrome de autismo agudo y no dejaba que nadie se acercara a ella. Y mucho menos que la tocaran. ¡Ni yo que era su propio padre podía acariciarla! ¡Hijos de la gran puta ...!

Barry se volvió y me miró de frente.

– Por eso entré yo en este mundo, dado que me lo preguntas. Para protegerme del dolor y estar del lado de los que mandan en él –Barry miró de nuevo el mar, oro y azul – Y ahora soy un hombre feliz. Soy el nuevo “Bariloche” de Figueroa, aunque nunca se me va el acento de mi tierra. Tal vez sea porque nunca más he vuelto por allí. Mi hija tiene dieciséis años y ya puedo abrazarla. Dentro de poco me han dicho que estará casi bien y yo la protegeré y la cuidaré el resto de su vida. Y si un día caigo, tengo la palabra de Figueroa, de que no le faltará nunca nada ... A ti te han matado a cuatro personas, a toda tu familia, nunca lo olvides. Vamos a darles su merecido a todos esos cabrones, ¡a todos los cabrones del mundo!

Luego me pasó una mano por el hombro. Y se relajó.

– Ya nos conocemos un poco más –y luego continuó con un tono aún más distendido y con un acento aún más horroroso–. Pero recuerda que el mentor, el jefe, sigo siendo yo, ja, ja, ja ... Yo pienso y tú ejecutas, ¿estamos?

– Claro, como siempre. Somos un equipo ganador, un win – win team que tú dirías ...

-Exacto, un equipo ganador. Un momento ...

Entonces Barry, se acercó al frigorífico de la lancha y cogió dos cervezas.

Luego se acercó y me ofreció una. Y después rompió la regla que acababa de establecer.

Me acercó la cajita de Hydrocodone y me preguntó.

– ¿Qué piensas Mero?

Yo tomé la cajita de Hydrocodone y la miré de nuevo por un segundo. Me rasqué la cabeza y resumí lo que pensaba de todo ello.

– El mundo se está volviendo loco ...

Barry me sonrió como a un verdadero colega.

– Al revés, Mero, al revés ...

Y giró su lancha en dirección de nuevo al puerto deportivo de Puerto Sherry, mientras yo me llevaba la cerveza a la boca y la saboreaba con fruición. Aparte de un jefe, tenía un amigo. Y la inmensa soledad que llevaba dentro, me pareció un poco mas llevadera.

Y el mar, también inmenso, que había escuchado imperturbable nuestras palabras, se quedó con una parte de todo nuestro dolor. La otra, la más importante, solo se restañaría con el tiempo y, sobre todo, con la venganza.

Aquella noche me fui a la Peña Joselito Millar. No hubiera faltado por nada del mundo. Ansiaba ver de nuevo a Celia. Y más, bailando de verdad. En un escenario y con público de verdad también.

Y no me defraudó. Eso que el público era una calamidad. Unas decenas de turistas, la mayor parte de ellos extranjeros, que sabían de flamenco lo que yo de grúas. Aplaudían a destiempo y con menos arte que un buzo borracho y no dejaban de hacer fotos con sus móviles.

Era un escenario pequeño y modesto, pero auténtico. Dos guitarras, un cajón y dos palmeros a los lados. Celia no solo bailaba, sino que también cantaba. Tenía una voz apasionada y, a veces, rota, llena de embrujo. También de coraje. De dramatismo, que mezclaba con unas gotas de humor cuando presentaba el número siguiente. A mí me encantó.

Yo no dejaba de observarla desde la barra, tras todos aquellos payasos, mientras me tomaba un whisky. O varios. Y me empapaba de su voz y de los movimientos de su cuerpo. Y de aquella música que cada vez se me metía más adentro.

Cuando terminó, desapareció por detrás de una cortina. Y a los turistas, luego me di cuenta de que la mayoría de ellos venía en grupo, un guía los condujo en dirección a otro garito. A continuar su recorrido por la noche gaditana, supuse.

Yo me quedé allí, en la barra, esperando a que ella saliera. Me habían gustado aquellas palabras que me había dirigido antes de empezar aquella soleá: “Para todos ustedes. Y también para alguien que bebe y bebe, como si la música y la sangre y el amor no fueran sino la misma cosa. Va por ustedes. Y por él”.

En pocos minutos, todo el mundo había salido y nos habíamos quedado solos: el camarero y yo.

El camarero lavaba los vasos a mano. Era una chaval joven, poco más que un adolescente. De pocas palabras y muchos ojos. Te escuchaba, te miraba, te atendía y luego te miraba otra vez.

Celia, salió por una esquina y se me acercó, todavía vestida de bailaora.

Observó mi vaso de whisky. Tal vez el tercero.

– ¿Me invitas a uno? –me susurró.

Yo separé un taburete y se lo acerqué para que se sentara a mi lado.

Llamé al camarero y este levantó la cabeza y me miró. Le pedí dos whiskies.

Celia se sentó. A continuación se quitó los zapatos y se masajeó los pies. El camarero vino con los whiskies y nos los puso cerca. Luego me miró y se fue a seguir fregando los vasos.

– Joder, estoy harta de todo esto ... –exclamó por fin Celia con un poso de tristeza. O, tal vez, era solo dolor de pies.

– ¿Por qué no lo dejas? –le dije esto, en vez de contarle todo lo que me había gustado y

hasta emocionado. Quizá porque eso ya lo sabía ella. Sí, por esa razón me había dicho desde el escenario aquellas palabras.

– No sé hacer nada más ... y no tengo dónde ir ... Mierda, estoy tan cansada ... –me contestó.

Me volvía loco aquella fragilidad que a veces mostraba. Cuando decía aquellas cosas.

La miré. Estaba sudorosa y agotada. Eso era verdad. Pero más verdad era que estaba más hermosa que nunca.

Le puse el dedo índice en la boca para que se callara.

– Deja de quejarte ...

Ella me miró incitándome y entreabrió los labios. Yo los sentí cálidos y palpitantes al contacto con mi dedo.

Lo introduje lentamente en su boca entreabierta, mientras el camarero, lleno de excitación, dejó de fregar los vasos.

Celia acercó su cuerpo al mío. Me llegó su aliento cálido y húmedo. Como su boca, que se había adueñado de mi dedo.

Sentí una atracción hacia ella que quizá nacía donde nacieron un día las mareas y su fuerza que mueve el universo. En el mismo lugar donde crece el celo animal y se forja la ancestral pasión humana. Allí donde nace y crepita el fuego que nunca se acaba.

Así que nos lanzamos uno sobre el otro como dos animales sedientos, quemados por aquella pasión íntima y abrasadora que solo podía ser saciada bebiendo de aquellas fuentes caudalosas que eran nuestras bocas anhelantes.

Nos besamos apasionadamente contra la barra, buscando devorarnos y encontrar el uno en el otro el fin del mundo. Aquel más allá al que nos empujaba nuestro instinto, que emergía desnudo de ataduras y violento de pasión.

Nos besábamos, nos abrazábamos, nos estrujábamos, buscando aquel encuentro, aquella fusión de nuestros cuerpos a la que no podría detener ninguna otra fuerza de este mundo.

Fuimos chocando por las paredes, empujándonos contra las esquinas, restregándonos contra cualquier mobiliario que se cruzara en nuestro camino, para estar más cerca el uno del otro sin duda pero, también, para dar rienda suelta a aquella pasión que nos incitaba al movimiento. A pelearnos contra los límites concretos y absurdos de este mundo que nos rodeaban.

Había, al lado del bar, un pasillo penumbroso. En él recalamos, devorándonos contra sus paredes que rezumaban noche y secretos o, más concretamente, dibujaban y acogían en su seno puertas cerradas, tras las cuales se abriría un espacio de intimidad y libertad solo para nosotros.

Por un segundo, y antes de que volviera a anegarme una nueva oleada de aquella lava incandescente que nos engullía a ambos, me pareció ver al camarero adolescente que había salido de la barra y nos miraba desde la esquina del pasillo, todavía secando con el delantal un vaso absurdo y fuera de lugar que portaba en sus manos.

Pero a mí en aquellos instantes no me importaban los ojos febriles del camarero, sino los de Celia que ardían por momentos. Y los míos propios que se incendiaban presos de la pasión. Así que yo empujaba las puertas que nos encontrábamos a ambos lados de aquel corredor, buscando ese lugar donde culminar aquella explosión que nos había nacido muy dentro y que todavía estaba aprisionada en aquellos límites que encerraban nuestras ropas, y la tenue luz del pasillo, y los ojos febriles del camarero que eran, todavía, los faros vigilantes de aquel mundo exterior del que queríamos huir como fuera en aquellos momentos.

Celia tenía el pelo revuelto. Me arañaba la cara y la espalda y me mordía los labios. Y yo le comía la boca, la oreja y el cuello. Entonces, absolutamente enloquecido, empujé con decisión

aquella puerta sobre la que nos apretujábamos.

Y se abrió. Entramos dentro como dos leones enjaulados que encontraran de repente una salida.

Ni siquiera dimos la luz. Entraba por un ventanuco una claridad difusa y plomiza proveniente de un patio interior, seguramente lóbrego y estrecho. Por un momento nos separamos y abarcamos en un segundo con nuestros ojos aquel espacio que nunca olvidaríamos en nuestra vida.

Era aquel un cuartucho de baño que sostenía en su seno apenas un lavabo, probablemente de la postguerra, con unos grifos de cruceta y, al fondo, un váter de aquellos que mostraban dos suelas de zapatos dibujadas en el suelo y al fondo un agujero negro.

Rezumaba aquel sitio un olor primigenio de abandono y herrumbre húmeda y auténtica. Como huele cuando germinan las plantas o paren las reses en las parideras entre paja y silencio.

O, tal vez, éramos nosotros, que nos arrancábamos la ropa, los que inundábamos aquel íntimo espacio con las esencias de la fragancia de nuestra pasión.

Yo subí a Celia sobre el lavabo y le arremangué las faldas y las enaguas con las que había encandilado a aquel ejército de turistas borregos. Y entonces enloquecí todavía más.

Nos amamos a empellones, a mordiscos que eran como machetazos. Nos atacábamos y nos entregábamos a un tiempo, con saña y abandono. Hasta que nuestra sangre se nos vació como si la perdiéramos, desangrándonos, a través de una pared. O, tal vez, era un ancho y profundo mar, lleno de agujeros.

Fran apareció por el horizonte de la loma verde, conduciendo su deportivo de un azul metalizado refulgente y brillador. La alfombra del campo de golf se extendía a sus pies y parecía recibirlo como tierra de vasallo, a él y a su corcel elegante y veloz. Él lo miraba todo con displicencia y dejaba que el viento acariciara sus cabellos todavía abundantes y que el sol dorara su frente, mientras la capota semi recogida le protegía la espalda, como una media concha de caracol.

Cuando terminó de cruzar la verde pradera, giró con maestría y elegancia, respirándose a sí mismo en cada gesto y enfiló por la avenida de los hoteles, donde casi una docena de ellos bloqueaban el paso. Y la vista a La Playa de la Barrosa. Que solo podía ser observada por sus distinguidos huéspedes desde sus terrazas. Con una vista que era como una enagua satinada de azul y cielo, llena de puntillas y de espuma.

Él entró en el recinto del más lujoso, un cinco estrellas GL. Dejó el coche, de cualquier manera, frente a la puerta principal, como si aquello fuera suyo o, quién sabe si peor, como si fuera a serlo en breve.

Se acercó un botones de la puerta, un chaval joven vestido con aquella casaca propia de los tiempos del rey sol, quizá apropiada para que se cociera, allí de pie, bajo los insoportables rayos del mismo. Y Fran le tiró entonces por el aire las llaves que el chaval apresó como un gato cuando se le lanzan unas migajas.

En esas, Fran ya había llegado a su altura y, como premio a su habilidad, le puso entre las manos un billete doblado que al chaval le refrescó por dentro más que si le hubieran enchufado de repente el más potente air conditioning.

Cuando escuchó las palabras de Fran, éste ya estaba en el interior y le daba la espalda.

– No te lo lleves muy lejos, entro y salgo en un segundo –logró captar el chaval, más que nada porque era joven y tenía muy buen oído.

– Lo que usted diga ... – musitó, no muy alto. Para qué, si aquel tipo estaba ya cruzando con majestuosidad el lobby del hotel.

Mientras el chaval dudaba si acercarse a aquel corcel pura sangre y escuchar sus bramidos mientras lo aparcaba un poco más allá o esperar a su dueño que lo mismo aparecía, como había llegado, como una exhalación, Fran terminaba de cruzar con seguridad por el lobby de recepción del hotel, lujoso y elegante este como él solo. Es decir, como solo lo podían ser los GL.

Atravesó luego dos salones más, donde había algunas personas charlando y tomando café o whisky. Cuánto espacio para tan pocos, quizá pensó Fran, mientras abandonaba aquellas estancias y se dirigía al jardín de la terraza.

Allí comían o tomaban algo, bajo unas sombrillas enormes unas decenas de personas,

esparcidas por aquí y por allá, como si no se llevaran bien. Un poco más al fondo, separada por un seto, dormía la piscina, de agua súper transparente y azul, rodeada de silencio. En aquel mundo, al parecer, no debían tener cabida los niños.

Fran localizó a Barry en un santiamén. Estaba en un rincón del jardín, dando buena cuenta de una lubina con almejas, absolutamente concentrado en satisfacer su apetito. No cabía duda de que a Barry le gustaba comer. Su cuerpo, enorme, lo delataba y la manera con que comía también. Como si no le fuera a dar tiempo a zampárselo todo y tuviera que apresurarse. Vestía todavía su atuendo de golf y tenía sobre la mesa su móvil. Se había dorado con el sol durante aquellos días y mostraba un aire rejuvenecido, con su pelo más rubio que nunca.

Cuando Fran ya estaba cerca, Barry levantó la cabeza y lo vio. No se sorprendió en absoluto. Probablemente lo esperaba.

– Hola, Fran. ¿Todo bien? –le saludó con aquel acento tan característico que no acababa de corregirse nunca.

Fran llegó a su altura pero no se sentó a la mesa en la silla que había libre. Le contestó con una amplia sonrisa.

– No podría ir mejor.

A Barry hasta le extrañó un poco aquella amplitud en sus labios y aquella extraña felicidad.

– ¿Qué tal con Robert? –le preguntó, invitándole a que se sentara a su lado.

– Te envía sus saludos –le dijo Fran acercándose mucho a él y ya sin ninguna sonrisa en la cara.

Barry se le quedó mirando sorprendido.

Y en un instante supo que algo no iba bien.

Pero era demasiado tarde. Fran sacó una pistola con silenciador que, obviamente, ya llevaba preparada, y se la pegó contra el pecho a Barry. Luego le susurró al oído, como si fuera a hacerle una confidencia. Un confidencia íntima, de amigos.

– ... Gracias por traerme a El Mero ... Adiós Barry, ha sido un placer trabajar contigo ...

A Barry, que tantos hombres había visto morir en su vida, se le quedó una última expresión de sorpresa en la cara cuando le tocó a él. Como si le hubiera faltado tiempo para despedirse él también de la vida. Con algo más de gracia. O de tiempo. O de sagacidad. Estaba claro que hasta que no le tocaba a uno, todo lo demás no valía.

Fran disparó sin que nadie se diera ni cuenta. En aquel mundo GL cada uno estaba en sus asuntos. Por eso eran GL, claro.

Fran sujetó a Barry con cuidado, casi con mimo, por la nuca, para que se cayera sobre su plato. Como si reposara en el sitio que más le gustaba.

Y ahí lo dejó. Más moreno y más rubio que nunca. Y más muerto, también. Y para siempre.

Después, cogió su teléfono móvil que estaba sobre la mesa y, como si nada hubiera pasado, cruzó la terraza de vuelta, hacia la salida. Con naturalidad y sin mirar atrás.

El hilo musical ofrecía una música lánguida y relajante. Como las olas de La Barrosa. Que nunca se cansaban de su trajín, de su voy/vengo de toda la vida. Aunque entonces, en aquel momento, sin viento alguno, se hubieran relajado un poco más y su oleaje fuera algo más cansino, o más escéptico, sobre todas las cosas de las que eran testigo con su estruendoso silencio.

Fran cruzó los salones de vuelta, donde el tiempo se detenía entre sus mármoles y sus espejos. Y sus maderas nobles.

En recepción le ofrecieron su mejor sonrisa. Para que volviera, claro.

El chaval de la entrada al final no se había atrevido a mover el coche. Y se alegró de no haberlo hecho cuando vio aparecer a Fran.

No se le cuadró al verlo, porque no había hecho la mili y no sabía cómo hacerlo. Aunque no pudo evitar una inclinación de cabeza, al tiempo que le daba las llaves y le sonreía beatíficamente como a un dios.

Fran ni lo miró siquiera. Eso sí, montó en su corcel recreándose en ello y le ofreció al mozo un par de acelerones que éste contaría henchido de orgullo a sus amigos en el bar.

Sí, Fran conducía luego su deportivo con una extraña tranquilidad. O frialdad. Por las calles y las rotondas de la urbanización Nuevo Sancti Petri.

Con la satisfacción del gran golpe que acababa de dar. Eso le calentaba la sangre y hacía subirle a la boca esa sonrisa de insolencia y triunfo que mostraba en mi foto y que a mí me dolía como cien puñales.

Por allí, en aquel término de Chiclana, había ocurrido dos siglos atrás la Batalla de Chiclana precisamente, contra los franceses de Napoleón. Aunque ese era el nombre oficial. Como se la conocía realmente era por la Batalla del Cerro del Puerco. O, abreviadamente, como la Batalla del Puerco. Fran aceleró cuando vio la torre conmemorativa de la misma. Aquel día de mil ochocientos once los españoles mataron a setecientos franceses, con ayuda de los ingleses, claro. Que estaban allí cerca, en Gibraltar.

Eso de las alianzas, entre unos y otros, y de las traiciones entre unos y otros era algo que provenía de antiguo. Como la venganza.

Fran no sabía nada de historia, aunque probablemente mucho de traiciones. Tenía, por otra parte, los instintos muy despiertos. Y sabían avisarle a tiempo muy bien.

A Barry, hasta aquel día, también.

No había sabido ver la jugada. Y ya no volvería a ver a su niña jamás.

Aquel espacio de música, danza y palmas, y zapateado, por supuesto, estaba ahora en una quietud extrema. Sí, aquel miniestudio donde vivía Celia, adosado a su academia de baile, rezumaba al amanecer un silencio extraño. Yo abrí las cortinas de la habitación. Hacía un buen día. Como no podía ser de otra manera, pensé.

Allí habíamos ido a recalar tras aquella erupción volcánica de la Peña Joselito Millar. Donde habría quedado toda aquella lava esparcida por aquel cuartucho de baño doméstico y entrañable. Y grabada para siempre en los ojos brillantes de aquel camarero adolescente de mente taciturna y febril.

Luego, entre las cálidas sábanas de la cama de Celia, todo había ocurrido envuelto en el doble ropaje de la pasión, pero también del cariño que, a veces, pensaba yo, también empezaba a crecer a nuestro alrededor.

Y a ello se unía, se aliaba, continuaba reflexionando yo quizás interesadamente, el destino. Que estaba, sin duda, de nuestra parte. Y que parecía que nos había estado esperando todo aquel tiempo en que habíamos malgastado nuestras vidas, anteriormente a estar juntos.

Aunque a mí todavía me quedaba algo por hacer, que estaba más hondo en mí que aquella pasión, que aquel amor. Sí, mucho más profundo. Y que yo no dejaría de cumplir, de ejecutar, por nada del mundo. Ni por nadie.

Ni siquiera por Celia. Ni por ninguna otra persona, por nadie en definitiva, como dije arriba. De este mundo. Ni del otro. Sobre todo del otro. Porque a todos los míos que estaban allí me los habían matado y eran los que me demandaban precisamente justicia.

Por ello me levanté. Tenía cosas que hacer. Si no hubiera sido así me hubiera podido quedar allí toda la mañana contemplando el mar o, quién sabe, si toda la vida. Por eso me giré, los busqué y me puse los pantalones.

Porque tenía cosas que hacer aquel día. Cosas importantes para mi misión. Por eso me alejé de la ventana. Se mostraba un mar brumoso y lleno de misterio. Me gustó. Pero para el futuro. Ahora la acción me reclamaba.

Celia abrió los ojos. Se la veía como a una gata feliz, estirándose entre las sábanas revueltas. Y, luego, volvió a cerrar los mismos, como disfrutando del momento.

Después, al reparar en que me iba, pareció enojarse.

– ¿Ya te marchas ...? – soltó, rompiendo aquel delicioso equilibrio de la mañana.

Yo no contesté ante la evidencia. Permanecí en silencio mientras me ponía la camisa y me la remetía dentro del pantalón.

Tampoco le iba a decir que, en realidad, no quería marcharme, pero tenía que hacerlo. Que no quería, pero lo deseaba a un tiempo. Aunque fueran dos cosas opuestas a la vez.

Entonces la oí. Su voz sonaba como la de una hembra plena de resonancias de hombre y de destino.

– Sólo he conocido dos clases de hombres: los que no quieres volver a ver, y los que no quieren volver a verte ... Algo me dice que tú eres de los segundos ...

Y la mía, mi voz, tal vez plena de ecos del destino también. Que me reclamaba. Que me empujaba.

– No es eso ... Tengo cosas que hacer –contesté sin volverme.

– Ya ... Lo que yo decía, de los segundos.

Me sorprendió y conmovió aquella resignación cariñosa en una mujer tan llena de orgullo.

Por ello me volví y me acerqué a su lado. La tomé entre mis brazos y la besé largamente.

– Puede que haya una tercera clase, que aún no has conocido ... Nos veremos pronto.

Luego me retiré, mientras ella me miraba en una suerte de desconcierto y desconsuelo.

Y yo me di la vuelta también, con una mezcla de sentimientos de destino, otra vez, y de dolor.

Me encontré en la escalera con algunos de los clientes que bajaban del burdel de arriba. Me parecieron unos desequilibrados y unos marcianos. No sabrían nunca lo que era el amor entre un hombre y una mujer.

Ellos también me miraban a mí con extrañeza. Quizá por lo mismo. Un suponer, claro.

Fran avanzaba en una lancha de gran cilindrada, que él mismo conducía con habilidad entre los grandes petroleros.

Hacía un atardecer que sacaba unos brillos postreros de las altas chimeneas de la refinería Petróleos y Derivados del Sur en San Roque y sumía al Peñón de Gibraltar, enfrente, en una luz declinante y brumosa.

A Fran le gustaban los motores. Eso estaba claro. Y la sensación de velocidad y el reto íntimo de dominarla.

Era como una forma de reafirmarse en sí mismo.

De poder controlar todo aquello que se movía rápido. Y, entonces, cuando lo conseguía, cuando experimentaba aquella sensación, su sangre se serenaba y una seguridad poderosa le llegaba a las pupilas brillantes de sus ojos y a la comisura de sus labios, que se relajaban en aquella sonrisa que podía parecer pretenciosa, u orgullosa, pero que solo era la satisfacción de sentirse a sí mismo como el dueño del mundo.

Sí, navegó solo y rápido durante unos minutos hasta alcanzar el mar abierto. La noche avanzaba casi tan rápido como su lancha motora.

Esperando, con una luz encendida, había otra lancha parada en medio del mar con dos hombres a bordo, flotando frente a la enorme refinería, que se enseñaba a lo lejos como un castillo lleno de luces y de sombras .

Fran llevó la suya hasta ponerla junto a la otra. Uno de los hombres la arrimó con una percha y la sujetó con un cabo.

El otro hombre, al que llamaban “El colombiano”, estaba sentado en la embarcación fumando un cigarrillo. Aparentemente relajado, pero con un temblequeo extraño en las manos.

Fran se puso en pie y, gestionando el equilibrio con seguridad y elasticidad, abordó la otra lancha.

Pero Fran no les mostró su mejor cara, sino todo su fastidio, en cuanto se sentó a su lado.

– ¿A qué viene esto? Creía que ya estaba todo claro –les soltó a modo de saludo, mientras miraba a “El Colombiano” fijamente a los ojos.

– No tan claro, Fran ... – se defendió, aunque en tono conciliador, “El Colombiano”, tratando de mantener la calma – ¿Qué cojones ha pasado con El Rubio?

Fran miró al Peñón, como si allí estuviera escrita la respuesta y él la estuviera leyendo.

– Las noticias vuelan ... – acabó comentando escuetamente, tras tanta mirada al infinito.

– No me jodas, Fran –no pudo por menos que elevar la voz “El Colombiano” ante aquel ninguneo – Es mal momento para remover el agua, el cargamento está llegando.

Fran entonces le respondió mirándole directamente, mientras se le dibujaba aquella sonrisa

de superioridad en la boca.

– Lo del Rubio ni os va, ni os viene. Son asuntos de Robert. Y aquí manda Robert. Si tenéis alguna duda hablad con él.

– Mi gente no duda de Robert, el que anda preocupado soy yo ... – se estaba achantando “El Colombiano” que ofrecía una voz conciliadora y débil.

Fran olió la sangre. Y entró con el descabello.

– Tú no eres nadie ... – le espetó sin dejar de mirarlo desafiante.

Pero “El Colombiano” no quería pelear sino solo encontrar confort.

– Ya, por eso me preocupo –le explicó a Fran.

Entonces Fran, sin ver ya oponente a la vista, se relajó y moduló su voz.

– Quédate tranquilo. Si Robert te quisiera mal ya estarías muerto. Las cosas siguen como estaban.

“El Colombiano” respiró algo más tranquilo

– Lo siento, Fran. Entiende al menos que estuviera inquieto ...

Pero cada achantamiento de “El Colombiano” alimentaba la agresividad, el sentimiento de superioridad de Fran.

– Me importa un carajo que estés inquieto, no me vuelvas a hacer salir a navegar de noche. No me gusta y el reúma me jode la espalda. Y ahora lárgate de aquí –le espetó.

“El Colombiano” a lo único que aspiraba ya era a salvar los muebles.

– Fran, no le digas nada a Robert, por favor –le pidió.

Pero Fran no le dio ni agua. Aunque pareció darle a ganar tiempo.

– Robert lo sabe todo, se lo diga yo o no ... – luego continuó un poco más amablemente – Asegúrate de que el barco llega a su hora y hasta puede que salgas bien de esto.

Y no dijo más. Se levantó con la misma elasticidad y seguridad que había mostrado al sentarse y en un santiamén volvió a saltar a su barca.

Luego le hizo un gesto con los ojos, mínimo, al marinero de la lancha de “El Colombiano”. Y después desató el cabo y arrancó su potente motor navegando de vuelta a la costa.

Pero la otra barca se quedó allí, en mitad del mar. A su espalda

Mientras, Fran se alejaba hasta la playa de Mayorga que se mostraba oscura y misteriosa, entre la refinería y el Peñón al fondo. Allí le esperaba su deportivo para volver a Cádiz. Una vez dejara la lancha en el pequeño puerto del pueblo.

Cuando ya estaba atracando, pudo ver el fognazo de un disparo en la lejanía. O, tal vez, no lo vio. Sólo lo supo.

Como tampoco vio, lleno de oscuridad y de silencio, aunque también lo supo, cómo el cuerpo de “El Colombiano” era arrojado por su compañero por la borda.

Y caía como un fardo, mientras los peces dormidos se preguntaban qué sería aquello que había caído y que teñía de rojo las negras aguas.

Al poco, Fran recuperó su coche y aceleró con estrépito.

Aunque allí no hubiera nadie para admirarlo.

Y, luego, no pudo evitar aquella sonrisilla que se le dibujaba en la comisura de los labios. Pretenciosa. U orgullosa. O ambas cosas a la vez.

*Para el hombre, como para el pájaro, el mundo ofrece muchos sitios donde posarse, pero
nidos solamente uno: su hogar*
Oliver Wendell Holmes

CUADERNO QUINTO
EL HOGAR DE SAN CARLOS

Cada vez odiaba yo más aquel barrio, vulgar y sórdido, de San Carlos, que estaba entre los muelles del puerto, y donde la organización de Barry y Figueroa había alquilado aquel apartamento que estaba a la altura, más bien bajura, de entorno tan infame y gris.

Pero aquel día, al menos, el aspecto interior del mismo era ya otro.

Alicia y sus amigos chamarileros habían hecho un buen trabajo o, cuando menos, aceptable. Claro, que también era cierto, que empeorar aquel cutre recinto hubiera sido tarea poco menos que imposible.

Así que aquella noche cenamos en nuestra propia mesa, sentados en nuestras propias sillas e instalados, en definitiva, en nuestro propio comedor. Porque, al menos, ya tenía apariencia de eso.

Sí, el apartamento poseía ya lo imprescindible para llamarlo casa o, mejor dicho, hogar: cortinas, una cama donde uno no saliera baldado por las mañanas, un gran sofá en el salón y mesa y sillas. Y hasta un viejo televisor sobre un pequeño aparador.

Alicia había cocinado unos huevos fritos con patatas fritas también y además había puesto una fuente en el centro con un poco de todo: jamón serrano, lomo, queso y langostinos. Un vino modesto para mí y una coca cola para ella, junto con un plato de fruta que contenía un par de naranjas y otro par de manzanas, completaban nuestro doméstico ágape. La televisión daba las noticias.

La verdad es que, por un momento, miré a mi alrededor por si aparecían en cualquier momento mis abuelos.

Desde entonces no había tenido la sensación de hogar en ningún sitio. Y habían pasado ya más de tres años.

En aquel instante los eché de menos de una forma total y absoluta y, por ello, me renació aquel ardor que me quemaba por dentro.

Sí, aquello tenía ya pinta de hogar. Aunque todo se mostrara todavía un poco destartado y lleno de mil colores, quizá un tanto infantiles.

– Entonces, ¿te gusta? –me miró Ali ofreciéndome su mejor sonrisa.

Eché un vistazo a mi alrededor, aunque ya lo tenía muy visto. Efectivamente, el mobiliario era un poco destartado e inundado de adornos de mil colores vivos y alegres. Como era ella, pensé. A pesar de todo.

Y eso fue lo que le dije. Bueno, más o menos.

– Demasiados colores ...

Alicia defendía su elección.

– Es alegre ... – y volvió a mirarme esperando una recompensa.
Yo volvía a mirar a mi alrededor.
– Eso sí ... La televisión me sobra.
– A mí me encanta la tele –remachó ella.
– Ah, entonces no me sobra ... – y seguí comiendo sin decir nada más.
Ella se me quedó mirando un buen rato.
– Eres un tipo muy raro –no pudo por menos que reprocharme.
Yo jugaba con ella. La verdad es que me gustaba mucho hacerlo.
– Supongo que sí ... –le contesté
Por el rabillo del ojo vi que a ella se la llevaban los demonios. No conseguía atraerme a su mundo y que me derritiera a sus pies.
Seguimos comiendo en silencio.
Entonces la oí.
Y entendí muy bien el por qué de toda aquella seducción que ejercía conmigo.
– ¿Te la has tirado? –me soltó, observándome hasta la más mínima de mis reacciones.
Yo tuve que emplearme a fondo para que no se me notara nada de nada. Sobre todo nada de aquel enamoramiento con Celia que me invadía por dentro.
Compuse muy bien mi cara de palo.
– Métete en tus cosas –le dije.
Y rematé el huevo frito, lo poco que quedaba ya de él en mi plato.
Su directa respuesta no se hizo esperar.
– No te conviene, es una trepa ... pero allá tú –acabó deslizando, como que no iba la cosa con ella.
Pero seguro que no tardaría en volver a entrometerse en ese tema.
Le estaba empezando a coger un gran cariño a Ali, a pesar de todo. Que ni ella sabía ni a mí, tal vez, me convenía, envuelto como estaba en aquella peligrosa misión de Barry y de Figueroa. Y, aún más, en aquella sed de justicia, de venganza, que me abrasaba por dentro.
Le dije que tenía que salir a hacer unas cosas y ella se quedó recogiendo la mesa. Se la veía contenta y, además, luego en la tele echarían una peli que a ella le gustaba mucho, según me había dicho.
Así que, con todo controlado, bajé al bar a tomar una cerveza. Era una de mis obligaciones. Que se me viera por el barrio y ver yo también cómo se trajinaba el arroz en aquella “tacita de plata”, que era como conocía la gente a aquella ciudad, estratégicamente situada para tantas cosas. La más antigua de todo occidente, según me habían dicho. Y el final del mundo conocido, durante siglos.
Me senté en una mesa apartada. Y me puse a pensar y a saborear que ya tenía algo parecido a una casa. Eran unos pensamientos muy reconfortantes.
Entonces entró en el bar aquel pedazo de armario al que llamaban Miguelón y todos aquellos agradables pensamientos se fueron al traste en un segundo.
Y, además, el tío vino directamente a sentarse en mi mesa.
Me puse la cara, la careta mejor dicho, de palo que tan bien se me daba.
– Me gusta comer solo –le dije con tono de pocos amigos.
Pero, claro, él no se daba por vencido, tan fácilmente. Arrastró la silla y se sentó al lado. Tenía aquel corpachón que casi no cabía debajo de la mesa.
– A mí me encanta la buena compañía. ¿Me invitas a algo? –me sonrió con sorna.
Así que cambié de táctica. Aquel energúmeno solo entendía un lenguaje.

– Tienes dos segundos para largarte de aquí por tu propio pie –y le señalé la puerta.

Pero Miguelón ni se inmutó. Yo no debía ser Fran. Al menos de momento.

Levantó el brazo e hizo un gesto a la camarera.

– ¡Dos whiskies bonita! – gritó con aquel vozarrón cavernoso.

Yo cambié de táctica de nuevo.

– ¿Tienes hambre? –y le sonreí, descolocándolo por completo.

– ¿Qué?

Yo también levanté el brazo y le grité a la camarera.

– ¡Tráigame también dos filetes, por favor!

– ¡El mío poco hecho! ...– siguió Miguelón el juego y luego me miró sin saber a qué carta quedarse – ¡Qué simpático te has vuelto de pronto!

Yo puse cara de circunstancias.

– Tal vez necesite un amigo después de todo ... – musité.

Miguelón me miró con compasión. Se debió de decepcionar muchísimo conmigo. No podía entender por qué Fran me había dado tanta importancia. Si yo parecía poco menos que una mosquita muerta.

Vino la camarera. Traía las dos copas de whisky. Y puso también sobre la mesa los cubiertos. Un tenedor y un afilado cuchillo de sierra para cada uno.

Yo en presencia de la camarera le miraba a Miguelón casi beatíficamente.

Pero en cuanto se dio la vuelta, en un abrir y cerrar de ojos, cogí el cuchillo y se lo clavé a Miguelón en la mano que apoyaba en la mesa. La cual quedó ensartada como una mariposa en un corcho de coleccionista.

Miguelón dio un grito, más que de dolor, que también, de sorpresa. Pero no llegó a más porque sintió el caculos por debajo de lamesa.naba los testo de coleccionista.joso.

nada.onsegujra ella. A pesar de todo.ñón de la Glock que le presionaba los testículos por debajo del tablero de la mesa.

– Dame las gracias por no matarte aquí mismo.

Miguelón balbuceó tan baboso como cuando le puteaba Fran.

– Gracias ...

Ahora entendía por qué Fran le había apartado de mí. Podía leerlo en mis ojos. Nunca había visto una mirada como la mía.

Relajé mi cara y él se estremeció. Como si se esperara entonces una nueva y terrible sorpresa.

Me levanté y me fui tranquilamente. Cuando pasé por la barra, le dije a la camarera lo suficientemente alto para que lo oyera Miguelón, que todavía no había intentado quitarse el cuchillo.

– Invita él ...

Y Miguelón supo que nunca dejaría de ser un botarate. Cruel. Pero botarate.

El puente de la barriada Puente Mayorga, una pequeña pedanía dependiente del pueblo de San Roque, era un puentucho hecho de piedra que salvaba el Arroyo de los Gallegos, llamado también el Río Cachón, que acababa en la playa de Mayorga justo enfrente del Peñón de Gibraltar, en plena bahía de Algeciras y detrás de la gran refinería Petróleos y Derivados del Sur de San Roque.

El puente era tan estrecho que no cabía más que un coche. Y muy peligroso, dado que había que subir una rampa hasta el centro del puente sin visibilidad sobre el vehículo que podía aparecer en sentido contrario. Menos mal que era de tan poco tránsito que apenas se utilizaba.

Aquel barrio tenía fama de lugar de trapicheo y tanto el pequeño puerto de Mayorga, como el Puerto de la Refinería y, sobre todo, Gibraltar, formaban la hipotenusa y los dos catetos de un triángulo donde circulaba de todo, según la rumorología. Mayormente de todo ilegal, se entiende.

Junto al puente había un pequeño aparcamiento para unos cuantos coches que no se animaban a cruzar el mismo y sus conductores lo hacían, por debajo, a pie. La verdad es que era un punto poco menos que olvidado en aquel pueblucho de Mayorga.

En él, aparcados, estaban, por una parte, el deportivo azul metalizado de Fran, que era un tipo de coche que no pegaba allí, en aquel entorno deprimido y hasta miserable, ni con cola pero que, cosas del lugar y sus trapicheos, no era ni mucho menos infrecuente su presencia por sus calles. Y, junto a él, el utilitario de Miguelón, que era una cosa casi risible comparada con el deportivo y, sobre todo, con el físico de gigantón de su dueño.

Miguelón estaba de pie frente a Fran, que se apoyaba en el capó de su coche. Miguelón llevaba un aparatoso y casero vendaje sobre su mano derecha.

Fran se dirigió a él.

– Déjame ver eso.

Entonces Miguelón, contento de que su jefe se interesara en algo suyo, extendió su brazo con una sonrisa.

Pero Fran, lejos de observar la herida le cogió la mano y se la estrechó con fuerza, como si le saludara después de estar sin verlo durante mucho tiempo.

– ¡Joder, duele! –no pudo por menos que exclamar Miguelón.

Fran le soltó la mano. Más que nada para no pringarse de la sangre que, tras el apretón, ya calaba todo el vendaje.

– No sabes cuánto me alegro de que te duela. Debería matarte. Eres aún más estúpido de lo que parece – le dijo sin ningún miramiento.

Estaba claro que Miguelón no daba ni una. Sobre todo cuando quería agradecer a su jefe y subir peldaños en la organización.

– Pensé que querías librarte de él –balbuceó.

– Cuando quiero librarme de alguien, me libro de alguien. Y ahora lárgate de aquí. Te llamaré cuando te necesite. Y mientras tanto no hagas más tonterías.

Miguelón vio que se acercaban dos hombres y que su jefe no iba a confiar en él para meterle dentro de los trapicheos y de los enjuagues en los que él sabía que estaba metido. Y, por tanto, menos aún en los grandes negocios que él intuía que estaban sobre la mesa en aquellos momentos.

Así que, esperando mejor ocasión, se metió en su coche. Mejor dicho, se insertó en él ocupando cualquier espacio vacío que pudiera haber en el mismo y arrancó girando en dirección contraria al puente.

Vio por el retrovisor cómo los dos hombres se acercaban al coche de Fran. Uno de ellos con aspecto de hombre de negocios, con unas gafas grandes y llamativas, que parecía más un contable que un mafioso y el otro, un auténtico armario, tipo Miguelón, pensó el propio Miguelón al verlo, que debía ser su guardaespaldas.

Luego dobló la esquina y ya no pudo ver más.

– ¿Qué pasó con “El Colombiano”? –le dijo el hombre de las gafas a Fran nada más saludarse.

– Es cosa nuestra –respondió secamente Fran – ¿Sigue todo igual?

– No ha sentado bien –le contestó “El Gafas”, subiéndose las mismas con el dedo, nariz arriba.

– Me importa poco cómo haya sentado. Un pájaro no hace primavera –espetó Fran con síntomas de aburrimiento.

– ¿Qué se supone que quiere decir eso? –le inquirió “El Gafas”, que no estaba dispuesto a que las cosas quedaran sin explicar.

– Que un colombiano más o menos no cambia un buen negocio. Colombia está llena de colombianos. ¿Sigue todo igual? –contestó Fran explicando poco y queriendo saldar ya la conversación

“El Gafas” tardó un momento en contestar, después de subírselas con parsimonia otra vez.

– Sí. Pero será mejor que no haya más líos, por tu propio bien –y terminó levantando el índice en señal de advertencia.

Fran daba señales de que lo que quería era montarse en su coche y terminar aquello.

– No los habrá –dijo de forma cansina.

“El Gafas” ahondó en sus advertencias.

– Eso espero. El barco atraca en dos días. Nos jugamos mucho Fran, no la jodas.

Fran asintió con la cabeza y se dio la vuelta para meterse en su coche, mientras que “El Gafas” y su guardaespaldas se disponían a cruzar por debajo del puente.

Pero Fran se giró antes de abrir su deportivo.

– Solo una cosa más –dijo, también levantando el índice.

“El Gafas” se giró sobre sí mismo y el guardaespaldas se echó mano a la sobaquera aunque no llegó a tocar el arma.

– ¿Qué? –le espetó “El Gafas”

– Que no vuelvas a amenazarme –le soltó Fran mirándole a los ojos y moviendo el índice mientras hablaba.

“El Gafas” sonrió con un gesto de suficiencia y paternalismo a un tiempo.

– Sigues hablando como un policía, Francisco ... Pero ya no lo eres.

Y se dio la vuelta definitivamente.

Fran entró en su coche y se mordió el labio. Aquel que, otras veces, dibujaba aquella sonrisa entre pretenciosa e insolente.

Y arrancó con tal estrépito que a punto estuvo de atropellar a un perro que se le quedó ladrando como a un auténtico demonio.

Aquella tarde me fui a ver a Celia. Calculé la hora en que terminaba sus clases y allí me presenté.

Efectivamente, cuando llegué estaban saliendo los últimos alumnos. Yo esperé junto a la ventana, a la que ya le habían sustituido el cristal, observando cómo Celia se despedía de ellos. No eran muchos y les daba un trato personal y exquisito para mantenerlos. Pero aquel negocio, tras pagar el alquiler, o la deuda, que no me había quedado claro el asunto, no debía dejar mucho.

Belmonte también se había cambiado ya y estaba organizando sus cosas para marcharse.

Yo me preguntaba por la relación de Belmonte y la bailaora. No ahora, que estaba claro que no había nada, sino en el pasado.

Tal vez, me dije, no hubiera habido nada nunca. Belmonte había sido su alumno, uno de los más aventajados y se había quedado luego con ella. Claro, que si no había habido nada entre ellos, seguro que no había sido por culpa de Belmonte, eso era evidente.

– ¿Quieres que te ayude a recoger un poco? –le dijo a Celia, tan solícito y cariñoso como siempre.

– No te preocupes, ya lo hago yo. Nos vemos mañana –le dijo con camaradería.

Belmonte recogió su bolsa y besó a Celia en la mejilla.

– Chao, gitanita.

Celia no le dijo nada aunque le apretó el brazo con cariño.

Una vez que Belmonte hubo salido, y ya estando solos, Celia se acercó a la ventana y me besó primero en los labios y, a continuación, apasionadamente en la boca.

Estaba sudorosa por la clase de baile y por el calor. Más o menos como aquella noche en la Peña Joselito Millar, que nunca olvidaría.

Comencé a encenderme.

Celia me cogió ambas manos y las puso sobre su culo.

Luego me susurró al oído, dándome descargas eléctricas con su lengua en él.

– ¿Vamos? Este calor se me está metiendo dentro ...

A mí me pasaba como en la caza. Aquel momento no quería que se acabara tan pronto. O, tal vez, no era eso exactamente. Sino que quería vivirlo, prepararlo, para llegar a la suerte suprema después, como hace el torero cuando cuadra al toro.

En la caza, aquel momento era la muerte y con una mujer sería el amor, que era una suerte de muerte también, de rendición y abandono.

– Aún no ...-le susurré.

Celia se separó de mí y me miró fijamente. Tratando de captar aquella seriedad extrema y grave que adquiriría mi rostro en aquellos momentos.

– Eres el tipo más serio que he conocido en mi vida. ¿No te ríes nunca?

– No.

A mí me gustaba aquel juego del lance y contralance. Que tan bien explicaba Celia en el baile.

Pero Celia no se lo creía.

– Eso no me lo creo –me susurró – te voy a contar un chiste. Dicen que tengo mucha gracia

...

Yo iba a lo mío.

– No me gustan los chistes –le dije.

Y ella a lo suyo.

– Este, seguro que sí. Te vas a tronchar de risa –afirmó.

– No lo creo –rematé.

Se volvió a acercar, seductora y coqueta.

– Ya verás. Si no te ríes haré lo que tú quieras. Y si te ríes haces tú lo que yo quiera. Y ya sabes lo que quiero ...

No le sonreí y eso le descolocó un poco. Me mantuve extremadamente serio.

– De acuerdo –le dije aguantando su mirada.

Entonces ella empezó con el chiste.

– Es el hombre más viejo del mundo. Cumple mil años y mandan a un periodista a preguntarle que cómo lo ha conseguido ...

Y se paró un momento mientras me miraba.

– No tiene gracia.

La que sonrió fue ella.

– Aún no, espera ... El periodista le pregunta al anciano cómo demonios ha conseguido vivir tanto. Y el viejo le dice: “Es que no discuto nunca”. Y entonces el periodista responde: “¡Venga ya, no puede ser por eso!” Y el anciano le mira muy serio y dice: “Pues no será por eso ...”.

Algo se me removió por dentro pero me contuve y no me reí.

– Joder, es verdad que no te ríes nunca. Y ese era mi mejor chiste ... En fin, tú ganas. Haz conmigo lo que quieras.

Ese era el momento que yo esperaba. Exactamente como cuando apuntaba con mi rifle y tenía al objetivo en el punto de mira.

Celia se estiraba y ronroneaba en la cama revuelta. Como debían hacerlo las gatitas satisfechas.

Yo me levanté y me puse los pantalones.

– ¿Sabes? A las chicas no nos gusta que los tíos se larguen en cuanto acaban de follar.

Yo me puse la camisa.

– Tengo cosas que hacer.

Ella pareció que aquel día perdía todas las batallas. O las ganaba. Quién sabía.

– Tú mismo, señor misterioso “tengocosasquehacer”. Yo ya tengo lo que quería.

Yo me acerqué y la besé. No me hubiera ido sin hacerlo por nada del mundo.

Luego me giré y me encaminé a la puerta. Pero Celia me habló antes de tocar el pomo.

– ¿Isaac?

Me volví.

– ¿Si?

Me habló tumbada en la cama. Ahora, más que una gatita parecía una leona.

– Estás empezando a gustarme.

– Gracias. Por cierto, el chiste tenía gracia, es que soy muy lento ...

– ¿Quieres que te cuente otro?

– No

Se me quedó mirando. Y yo abrí la puerta y salí. No sabría decir por qué pero la adivinaba sonriendo para sus adentros.

Oí su voz a través de la puerta.

– Adiós, tipo duro.

Ya no la contesté. Yo me sentía más reblandecido que nunca.

Salí a la calle y, tras caminar un poco, tal vez para compensar mi ablandamiento y los temores que me producía aquel peligroso acercamiento a la bailaora entré en un bar.

– ¿Qué es lo más fuerte que tiene? –le pregunté al barman.

Se volvió a su espalda y cogió de la estantería una botella barriguda.

– Pruebe esto – y me mostró un cognac reserva añejo del Gran Duque de Alba, antes de escanciarlo en una copa tan barriguda como la botella.

Efectivamente, con aquello se veía el mundo de otra manera. Y el corazón se envalentonaba para luchar de tú a tú con la cabeza. Por una parte sentía que yo podía controlar la situación, pero por otra cada vez me era más difícil componer la cara de palo junto a Celia y no dejarme llevar por las olas de aquella marea de sentimientos que cada día se acrecentaban en mí interior hacia ella.

En estas divagaciones estaba yo cuando entraron en el bar cuatro amigos. De los cuatro a mí tres me sobraban. Pero el otro me venía como anillo al dedo de lo que yo necesitaba aquella noche.

Así que en cuanto nos vimos, le solté directamente.

– Te invito a una copa.

Él me miró un momento. Y luego también a la botella de Gran Duque de Alba. Y tomó una decisión.

Les dio unas breves explicaciones a sus tres amigos que se sentaron en una mesa del fondo y él se acercó a la barra.

El cognac reserva añejo del Gran Duque de Alba lo que tiene es que acaba hermanando a los que lo comparten. Quizá por la gratitud que sienten cuando lo ingieren, por esa expansión que da la buena circulación de la sangre por sus venas, que corre, galopa más bien, henchida de valentía y, piensa uno en esos momentos, también de clarividencia.

– Háblame de Celia –le pregunté de repente cuando ya nos habíamos endilgado la primera copa y ya se podía decir que éramos casi amigos – ¿Estás enamorado de ella? –le solté a continuación.

Belmonte ni se inmutó siquiera. Eso sí, se escanció una nueva copa y yo le detuve para que no volviera a llenar tan pronto la mía.

– ¿Qué podría decirte de ella? Quiero decir que tú no te hayas dado cuenta ya ... – empezó, y se dio un trago largo de su copa– Es un ser maravilloso. Especial. Único. Y, además, una artista de una pieza, no sé si lo has captado, si te has dado cuenta de esto ...

Yo me había dado cuenta de muchas cosas, desde luego. Aunque no me había contestado la segunda parte de mi pregunta.

– Te decía que si estás enamorado de ella.

un nuevo tragoilga.FTE DE MI PREGUNTA.ta de esto ... a llenar tan pronto la
nrmanandoBelmonte se endilgó un nuevo trago.

– Esa pregunta es muy simple ... la vida, amigo, es más compleja – otro trago– Mira, entre tenerla un momento, una noche en que a ella le llamara el embrujo de estar conmigo, y tenerla siempre a mi lado, todos los días, bailando, charlando, casi viviendo juntos en la academia, yo he optado por lo segundo. Aunque no sé si me entiendes ...

Claro que lo entendía. Aunque no dije nada. Me pareció también que sus palabras eran un aviso a navegantes novicios y recientes como yo ... Que se adentraban en el mar de ella. En aquel profundo océano sin domar que siempre la rodeaba. Pero yo jugaba a todo, no me conformaría con cualquier cosa al final. Sobre todo cuando terminara mi misión.

Aunque, como digo, lo comprendía a él. Belmonte, probablemente, era consciente de que no era lo suficiente para ella y jugaba sus armas, que eran su fidelidad, su camaradería, su compañerismo, su amistad. Hasta que llegara su hora.

Él me leyó el pensamiento.

– Algún día llegará mi momento. Como ocurre cuando al toro que, exhausto de correr tras el engaño en la plaza, en la plaza de la vida, quiero decir, y cosido a pinchazos y a puñaladas, busca las tablas, la puerta de chiqueros, para vivir ya maduro y tranquilo ... Y ahí estaré yo. Para cobijarla entonces para siempre. Y para bailar juntos y disfrutar de su arte.

Para eso, en el mejor de los casos, faltaba una eternidad. Tal vez por ello, Belmonte se endilgó un último trago que dejó tiritando su segunda copa.

Le serví otra, su tercera, y me eché yo también mi segunda. Sonaba Niña Pastori y su Cai, que olía a sal por la madrugada, mientras las chicas bailaban, junto al puerto en luna, con su vestío bordao de espuma ...

– Pero, Belmonte, y ahora, en estos momentos, ¿qué busca?, ¿qué la hace vibrar? –busqué la intimidad con él al cobijo de la susurrante voz de la Niña.

Él bebió un nuevo trago y paladeó, no el cognac, sino un par de versos de la Pastori: “Cuándo podré regresar a encerrarme contigo en un patio / Deja que el viento, entre las macetas, silbe por tangos”. Y se puso serio al hablarme.

– Que sepas que te contesto porque al menos tú te lo preguntas. Otros no llegan más allá de su cuerpo palpitante ... Celia vive en un gran conflicto, sufre mucho porque libra una gran batalla en su interior. Ojalá la gane. Ojalá acierte con la esquina de la luz como canta la Niña a su Cai del alma – dijo mientras señalaba al cielo del techo, donde se suponía que estaban los altavoces de aquella música.

Nos dimos cada uno un nuevo trago de nuestra copa. El alcohol pasaba ya, confidente y amigo, directamente a nuestras venas, a nuestro corazón.

– Cuando yo la conocí había un empresario maduro detrás de ella. Estaba prendado y le ofreció matrimonio y toda una vida de posibles. Lo único que le pidió es que se dedicara a él, que dejara de bailar ... Y ella se negó. Nada era más importante que su arte. Al poco este hombre se casó con otra bailaora que también tenía una pequeña academia como Celia y ella aceptó esa vida ... Yo creo que a veces Celia, en la soledad de su minúsculo apartamento, cuando todos nos vamos y calla la música, piensa en esa otra chica. Y en ella misma. Y en qué queda de su arte entre cuatro principiantes que van allí a veces por la novedad o por pasar el rato.

– Y por qué no ha tratado de progresar en su carrera artística, llegar más alto ...

– Lo ha intentado. No es fácil. Y siendo mujer y estando sola en el mundo, muchísimo menos. Además tienen que respetarte tu arte, tus esencias, no adulterarte para conseguir una comercialidad que sientes que te prostituye por dentro ... Hubo luego otro hombre importante en

este mundillo que le prometió montarle una gran compañía, inclusive meterla en un futuro en el ballet nacional ... Fue el que más daño le hizo. Porque quería que dejara de ser ella, y convertirla en otra cosa. En una mercancía de consumo. Pero no para la gloria de Celia. Sino de él mismo.

Nos dimos otro trago. El mundo de los hombres fuera de los bosques de la Patagonia era un sitio complicado. Con códigos poco claros, cuando no turbios y confusos. Y hasta perversos. Porque siempre había alguien detrás que sacaba tajada, que manejaba los hilos, los de tu propia vida, en su beneficio ... añadí, clarividente, en mi interior, con tristeza.

– Y últimamente con quién anda. ¿Quién manda en su corazón? –le pregunté al hilo de mis pensamientos.

– A esto no te voy a contestar. Porque no quiero. Y además porque no lo sé. O no lo sé con exactitud. Celia ha cambiado mucho últimamente. Ya no le importa tanto su arte. A veces la veo llena de ambición. No artística, sino material. De conseguir cosas, de ser importante, de mandar ... Tú dices que te prendaste de su baile. Pero, para mí, ya no baila bien. Desde luego mucho peor que antes. ¡Porque no tiene verdad dentro!.. Cuando tu arte no te llena del todo, entonces se nota, está viciado. Por eso digo que vive un gran conflicto ... – se acercó su copa a los labios, aunque al final no bebió de ella – Ojalá lo supere y recuperemos a la Celia artista, porque a veces, todavía sigue siendo ella. La única. Ese ángel del que yo me enamoré un día. ¡La mejor!... Sí, todavía se puede recuperar, pero no sé si ella quiere –luego terminó con tristeza-. Tiene una ambición muy grande. A veces creo que ahora es lo único que le importa, ya no tiene ni quiere amigos ... Y para conseguirlo se está metiendo en sitios y con personas peligrosas. Ojalá la pudiéramos ayudar ...

Y me miró, mientras ambos terminábamos nuestras copas.

Yo no le dije nada más. Tampoco podía decirle nada más.

La Niña Pastori había hablado por los dos: “Cai, cuando tú no estás / a mí, ¿de qué me vale el mar?”

Pagué la consumición y Belmonte se acercó a la mesa de sus amigos. Él si tenía amigos y seguro que todavía bailaba bien. A ambos nos había invadido una ola de tristeza. Quizá más a él. Yo en ese mundo nuevo que buscaba Celia sí que creía que podía ayudarla. Y, sobre todo, protegerla.

Salí a la calle y me di cuenta, mientras caminaba por aquellas callejuelas misteriosas, de que todavía me atraía y me enamoraba más si cabía aquella bailaora de ojos y pelo negro como la noche, tras lo que había escuchado de ella.

Volví a mi casa, alegrándome de haberme tomado solo dos copas. Aun así, era ya bastante tarde y sabía que Alicia estaría allí, esperándome. Aunque no me lo había dicho claramente, intuía que la pequeña no tenía otro sitio mejor para estar. Y yo no quería, por nada del mundo, que tuviera la sensación de sentirse sola. O la decepción de verme llegar borracho. Me sentía como un protector, casi como un padre para ella.

Sí, y aquello de que tenía madre, entonces yo no sabía quién era su madre, debía ser un suponer. Quiero decir madre de las que se ocupan de sus hijos. Por lo tanto sí que era bastante probable –me volví a decir a mí mismo mientras caminaba a su encuentro – que no tuviera ni siquiera a dónde ir. O que lo que tuviera fuera mucho peor. Aunque ella no me lo había dicho. No. Ni me lo hubiera dicho jamás. Por lo menos así tan claro. Era una chica orgullosa manejando su soledad. Como yo mismo, pensé. Tal vez por eso la comprendía tan bien y le estaba cogiendo tanto cariño ...

Sí, hacía una noche cálida y húmeda pero agradable. Y Alicia me esperaba en nuestra casa, en nuestro hogar me atreví a pensar. Y yo iba deprisa a su encuentro por lo que comenté antes. Porque aquella niña se estaba convirtiendo en muchas cosas. Casi, sin darnos cuenta, estábamos poniendo las primeras pajas de un cálido nido, de una familia, de un hogar ...

Pero yo no quería dejarme envolver por el confort y los buenos sentimientos. De hecho, acabé apartándolos de mi mente con un manotazo. Yo estaba allí por lo que estaba. Y aquel ardor en el estómago me lo recordaba con sus llamaradas ...

Metí la llave y abrí la puerta. La televisión estaba encendida. Pero no había espectadora alguna frente a ella. Despierta, quiero decir.

La apagué y me acerqué a Alicia. La cría estaba dormida a lo largo del sofá. Sobre su pecho tenía un cuaderno de tapas rosas y un boli prendido en él de su presilla.

Cogí el cuaderno, que tenía un título en la primera página que decía: “Relatos de una amiga íntima”. La amiga se llamaba Rocío. Y el cuaderno era una especie de diario en el que cada día, aunque había muchos de ellos sin nada escrito, se narraban las cosas que le pasaban a la niña Rocío que tenía, qué casualidad, la misma edad que Alicia. Me fui al final del mismo y, otra sorpresa o, tal vez no tanto ya: allí se narraba la experiencia de Rocío amueblando el apartamento de un tipo súper extraño, a la vez que cariñoso y tímido que se asemejaba al padre que siempre añoró. O, como mínimo, al hermano mayor que nunca tuvo.

Se me quedó grabada esta frase: “A veces a Rocío, que está más sola en el mundo que

nadie, sin madre ni padre, ni familia alguna, le gustaría rebelarse y destruir precisamente ese mundo tan injusto. Pero siempre encuentra un motivo para la esperanza. Como el de este tipo solitario que acaba de conocer y que la trata, aunque él probablemente no quiera, como a su hija o a su hermana pequeña”.

La quise entonces como a una hija y se me agarrotó la garganta, al pensarlo. ¡Por la emoción! Pero me repuse al poco, poniéndome aquel traje de cara de palo. No me quedaba otra.

Así que la cogí en brazos y la llevé al dormitorio. Abrí la cama y la metí dentro tal y como estaba.

Ya regresaba yo de vuelta a la puerta del dormitorio cuando la oí.

– ¿Qué horas son estas de llegar?

Yo, de espaldas todavía, no pude por menos que sonreírme con aquel comentario típico de una sufrida y amante esposa. Y seguí por esa vía desenfadada.

– Perdone, señora, ya no le perturbo más el sueño ...

Ella continuó por la misma senda que yo caminaba.

– Uhh, qué fino habla usted, jefe ...

Pero yo lo que quería era volver a estar solo. Aquel día me estaban ablandando demasiado.

– Anda, duérmete –le dije, apagando la luz.

Su voz surgió de la oscuridad como una pequeña llama.

– Oye, me gustó aquello que dijiste ...

– ¿El qué?

– Lo de que eras mi padre. A aquel mamón que intentaba rajarme ...

A mí se me puso un nudo en la garganta. Volví a la desenvoltura y desenfado inicial

– ¿Me ... alegre?

– No, idiota, es que fue ... bueno, sin pedirlo yo ... La primera vez que un hombre dice eso

...

– ¿Cómo que sin pedirlo tú? –me arrepentí nada más haberlo dicho. No me convenía.

– He tenido en mi vida a muchos hombres a los que llamar “papá”. Distintas caras, pero siempre buscaba a un padre, a mi padre, alguien que se mereciera ese nombre porque realmente se preocupara por mí y ...

Alicia, un tanto avergonzada de exponer su intimidad, se cortó y no quiso terminar su frase. Tal vez esperando que yo la animara a continuar.

Yo me sentía cercado por sus palabras inocentes e infantiles, así que intenté acabar con la conversación. Aquel terreno de los sentimientos yo no lo dominaba en aquellos momentos. Es más, me sentía frágil en él como en ningún otro sitio.

– Venga Ali, a dormir. Que descanses.

Oí como ella se acomodaba en la cama para hacerlo.

– Y tú –se despidió.

Y sentí cómo se arropaba con la colcha.

Yo me sentía un poco mal por no haber querido hablar con ella.

– Ya sé que, además de decoradora, eres escritora –le dije a modo de compensación.

Ella se revolvió en la cama, como una culebrina y dio la luz. Aunque luego se tranquilizó al ver el cuaderno y el boli en la mesilla.

– No lo he leído. Iba a hacerlo, pero he visto que era sobre una amiga tuya. Eso me interesa menos.

– Mejor, no lo entenderías. A ti todas las cosas te han ido siempre bien.

Tuve que emplearme muy a fondo para dominarme y no contestarle lo que llevaba dentro.

- La verdad es que sí –le dije– duérmete. ¡Corto y cierro!
 - ¿Dónde vas a dormir? – se interesó por mí, no obstante.
 - Bueno tú ya has pillado sitio, así que en el sofá.
 - Es cama y tiene las sábanas dentro –me aclaró – Mañana cambiamos, ¿te parece?
 - Sí.
- Y apagué desde allí la luz y cerré definitivamente la puerta.

Volví al salón con un cierto regusto agridulce. Demasiadas emociones para un solo día. Me asomé a la ventana, pero allí no había mucho que ver. Así que volví al sofá y luego a la cocina, me abrí una cerveza, después regresé al salón y encendí un cigarrillo. Eché un vistazo alrededor y vi entonces un cenicero nuevo de loza, pintado con unos colores vistosos y alegres, como una mañana de domingo. Alicia me perseguía por todos lados.

Pero yo en quien quería pensar era en Celia. Y en Fran. Y en cómo podía avanzar en mi objetivo. Pero lo que ocurría era que empezaba con Celia y luego no avanzaba hacia Fran. O no lo suficiente. Y Barry estaba desaparecido últimamente, missing como hubiera dicho él que, cuando no le salía una palabra en español, tiraba del inglés. Lo llamaría al día siguiente. Aunque no me gustaba a mí hacerlo, ni le gustaba a él que yo lo hiciera. Interferir en sus cosas, quiero decir.

Llevaba ya fumados cuatro o cinco cigarrillos cuando, de repente, alguien golpeó con los nudillos en la puerta.

Cogí mi Glock y la amartillé. Por supuesto que no esperaba a nadie. A lo mejor era Barry. O Chicho, con algún detalle nuevo.

Observé por la mirilla y me quedé de piedra. Allí estaba en persona el mismísimo Fran. Mi corazón se empezó a acelerar y el ardor que siempre me quemaba en el estómago me pedía guerra. Pero aquella frialdad, aquella prudencia, que yo había practicado cazando con mi abuelo, acabó imponiéndose.

– ¿Qué quieres? –le espeté desde dentro.

– Abre la puerta, soy Fran. Tengo que hablar contigo.

Fran llevaba su pistola en la mano. Pero sabía que yo lo estaba observando y no la ocultaba. Así que no parecía una trampa. Sólo la portaba como defensa. Por un momento pensé en abrir de sopetón y liquidarlo. Pero me detuvo la promesa a Barry y a Figueroa. Ellos me habían ayudado y hasta entonces no me habían dado motivos para tener nada contra los mismos. Así que, aunque me costaba un mundo aceptar en aquellos instantes aquel peaje, de momento seguiría con el plan que ellos habían diseñado.

Abrí yo también pistola en mano. Fran seguía sujetando la suya. Por unos instantes nos encañonamos los dos.

Fran fue el primero que la bajó y la guardó en la sobaquera. Probablemente pensó que si yo hubiera querido matarlo ya lo hubiera intentado antes.

– ¿Por qué no dejamos las armas por el momento? No vayamos a despertar a la niña ... – dijo, mientras se le empezaba a dibujar aquella sonrisilla en la boca.

Yo seguí apuntándole. ¡Tenía tantas ganas de volarle la cabeza! Aunque siempre supuse que, llegado el caso, no lo mataría así, a sangre fría, sino que yo lo cazaría como a la presa más

codiciada, siendo más listo que él. Sí, yo no lo mataría así, desarmado y un tanto a traición. Aquello me parecía burdo y fácil.

– ¿Podemos hablar? Tengo algo para ti –insistió Fran, con los brazos ligeramente levantados y a la vista.

Pero yo seguía con mi lucha interior. En realidad lo único que me sujetaba era mi palabra a Figueroa y a Barry.

Por esa esquina incidió Fran, que no debía tener un pelo de tonto.

– Barry me dijo que te había avisado de que estaba con vosotros en esto –y me observó, luego continuó remachando sobre lo mismo – Y el señor Figueroa me recalcó que si tenía problemas contigo te recordara que somos unos profesionales.

Sin ninguna gana bajé yo también el arma. Fran hizo ademán de entrar en la casa y yo me hice a un lado y pasé también tras él. Quería tenerlo siempre controlado.

Fran, una vez en el salón, echó un vistazo alrededor del mismo.

– Muy bonito, demasiados colores para mi gusto, pero muy acogedor. ¿Tienes algo de beber?

Se quedó mirando la lata de cerveza que yo había estado tomando.

– ¿Cerveza? –le dije.

– Perfecto –me contestó, mientras se sentaba en el sofá.

Fui a la nevera, que también era nueva, nueva en el apartamento quiero decir, porque a saber cuántas vidas habría tenido antes de caer en las manos de la pequeña Alicia. Pero estaba limpia y enfriaba bien. Yo ya lo había experimentado antes.

Me acerqué de vuelta y me senté frente a Fran en uno de los sillones.

Puse las dos latas sobre la mesa, sin vaso alguno. Ambos las cogimos a un tiempo y las abrimos en silencio. Luego nos dimos los dos un trago largo.

Fran se metió lentamente una mano en el bolsillo de la chaqueta y extrajo un sobre. Luego lo puso sobre la mesa. Cerca de mí.

– Ahí tienes el primer pago. El resto cuando hayas terminado. Según lo que acordaste con Barry.

Y me hizo un gesto para que lo cogiera. Y lo comprobara.

Yo no hice ademán alguno. Ambos nos medíamos. Fran era otro como yo, pensé por un momento. Quizás con muchas más conchas y muescas en su caparazón que yo. Cuestión de edad, claro. Los quince o veinte años que me llevaba daban para mucho.

Lo malo era que una de aquellas muescas a mí me hacía sangrar el alma. Pero me dominé. Todavía era capaz de hacerlo, aun teniéndolo a él delante.

– ¿Dónde está Barry? –le pregunté secamente.

Fran era un hombre muy curtido. De eso no cabía duda. Me contestó rotundo y con seguridad.

– A ti no te importa eso. Yo me ocupo de todo ahora por orden de Figueroa.

Yo traté de ningunearlo.

– No te conozco .

Y ahí salió el Fran de la sonrisa pretenciosa y hasta burlona

– Me llamo Fran, encantado.

Y el tío me extendió la mano, mientras me miraba con aquella media sonrisa provocadora y a la vez afable.

Su mano se quedó extendida en el aire, por supuesto. Yo también alargué la mía pero no para estrechar la suya sino para coger mi cerveza y darme un buen trago.

Él la recogió sin mover un músculo. Esperó a que yo bebiera y acentuó la superioridad de su sonrisa.

– ¿Por qué te llaman El Mero?

Cada vez me daban más ganas de matarlo allí mismo.

– Tengo buena puntería.

Fran fue el que ahora se tomó un tiempo, dándose un buen trago de su lata. Luego dejó de sonreír y fue directamente al negocio que nos traíamos entre manos.

– Ya ..., esta vez no te va a hacer falta. Acércate mucho y pégale un tiro en la cabeza. No queremos correr riesgos.

Yo expresé mis dudas.

– Pero ... ¿Así ... sin más?

Mala respuesta. Me di cuenta nada más decirlo. Volvió la sonrisilla a la cara de Fran.

– ¿Quieres una invitación o qué?

Estaba claro que Fran dominaba el arte de las palabras. Habría que ver cuando habláramos con las armas. Así que fui al grano yo también.

– No es necesario. ¿Cómo lo encuentro?

Fran también pareció alegrarse de abandonar aquel pulso, siquiera momentáneamente. Aunque rápidamente volvía a él otra vez. Disfrutaba con las palabras como un espadachín con su florete.

– Puede que él ya te haya encontrado a ti, Mero. La bailaora es ..., era, su chica y el tal Robert es muy celoso. Todos tenemos nuestro talón de Aquiles y las mujeres son el suyo. Debe tener el pene diminuto. Dicen que esos son los que se enamoran. ¿Tú qué tal vas de tamaño?

– No me quejo.

– Con eso nos basta. ¿Qué tal te va con ella?

La pregunta de Fran me descolocó un tanto. Sobre todo porque ni siquiera me lo había preguntado yo.

Tal vez para no tener que darme ninguna respuesta.

– Bien –le contesté.

Y según lo decía sentía que eso era así. La verdad.

Pero Fran iba a lo suyo.

– Me lo imagino. No le cojas mucho cariño por si acaso —pareció decirme desde la atalaya de sus cuarenta y siete o cuarenta y ocho años, luego continuó con el guión – El bobo ese al que le clavaste un cuchillo en la mano se llama Miguelón ...

– ... Por el tamaño de su cerebro – le interrumpí.

Fran sonrió.

– Por una vez estamos de acuerdo ... Irá a buscarte al amanecer donde Celia, así que asegúrate de estar allí. Os encontraréis conmigo y yo te llevaré hasta Robert. No se lo espera. Será fácil. No habrá apenas gente en la casa. Está pintando la suya y nos recibirá en otra que solo utiliza de vez en cuando.

A mí todo aquello no me convencía. Tantas facilidades me daban qué pensar

– Pero, a ver, si es tan fácil ... ¿Por qué no lo matas tú ...? –le espeté.

Pero Fran era mucho Fran.

– No hagas preguntas, Mero. No te pagamos para eso. A mí Figueroa me paga para llevarte ante Robert. Porque Robert tiene confianza en mí. Y ahí es donde entras tú. Tú lo matas. Parecerá un lío de faldas y eso dejará tranquila a mucha gente. No revolverá luego las cosas, o mucho menos que si lo matara yo, o Barry.

Yo me resistía a trabajar con él. Cuando lo que me apetecía era liquidarlo.

– No es lo que me contaron. Y no me creo que nadie se quede muy tranquilo. Me gustaría hablar con Barry – seguí resistiéndome, aunque recordaba perfectamente las palabras de Figueroa: primero, Robert y luego nos ocuparíamos de Fran.

Fran se levantó y terminó de un trago su cerveza.

– Y a mí me gustaría ser más alto. Pero esto es lo que hay ... O lo tomas o lo dejas –me habló desde arriba, mostrando su control de la situación.

No tenía muchas opciones. Así que recogí el sobre que había sobre la mesa.

Fran volvió a sentarse. Si no hubiera sido por lo que había entre los dos hasta le hubiera cogido confianza. Sabía mostrarse así. Como también Figueroa. Seguros y confiables. Eran de una madera parecida. Tal vez Robert también pensaba lo mismo de él. Por eso confiaba, supuse.

– Cuando hayas acabado con Robert te pago el resto. Y ya puedes coger el primer avión a donde sea y te largas sin decir adiós. ¿Está todo claro? –y me miró mostrándome toda esa confianza que sabía dar a través de sus ojos.

Asentí levemente.

– Ok ... nos vemos en un rato –y me puso la mano en la rodilla, con camaradería de colegas.

Luego se levantó y fue hacia la puerta. Yo también me levanté.

Cuando ya tenía una mano en el pomo me soltó:

– Por cierto, ¿qué cojones haces con esa cría?

– Me cae bien. No es cosa tuya.

– Allá tú ...

Fran salió sin cerrar y luego yo empujé la puerta.

No me gustaba nada de lo que acababa de pasar.

Pero así eran los trabajos. Seguro que no había nadie que un lunes fuera contento a hacer lo que tenía que hacer. Aunque a mí eso no me consolara en absoluto.

Fui a prepararme mi sofá cama y entonces la vi.

Alicia estaba de pie mirándome.

Por un momento pensé en cuánto habría escuchado de mi conversación con Fran.

No lo sabía. Y, en cualquier caso, al final la realidad de mi vida un día u otro acabaría imponiéndose. Eso iba a pasar, que en algún momento dejaría de ser su héroe. Y eso es lo que tuve que pensar en aquel instante, qué remedio.

Así que me dije, para reafirmarme en ello, que si lo había escuchado, pues mala suerte.

Aunque, no obstante, no sabía el porqué prefería seguir manteniendo mi aura de persona íntegra, sin problemas. Y por encima del bien y del mal ante la niña.

Tal vez porque empezaba a importarme aquella cría sin oficio ni beneficio. Así que puse mi cara de palo con ella.

– ¿Qué te ocurre? –le pregunté como sorprendiéndome de verla allí acechándome.

Pero sus pensamientos nada tenían que ver con mis prevenciones ni complejos.

– Nada ... Estoy preocupada por mi madre. No sé nada de ella.

Yo me quedé tocado al oírla. Tanto preocuparme por mi imagen y aquella cría solo me abría su corazón lleno de soledad y de infortunio.

Así que guardé silencio en tanto me reponía y podía decirle algo a la altura de las circunstancias.

– Ya verás qué pronto se arregla todo, Ali. Mientras tanto estás aquí conmigo.

Pero ella también tenía algo que decirme. Por mi bien, supongo.

– Ten cuidado con ese. No es bueno. Antes era policía y no era bueno. Lo echaron. Dicen que ahora es aún peor. Controla todo lo que entra por el puerto. Te hará daño.

Me quedé más tocado que antes. Quizá más desarmado y desnudo al comprobar que algo sí había oído de nuestra conversación, aunque no sabía cuánto.

– Puede que sí ... – le dije, no queriendo ocultarle la verdad; a continuación me esmeré en situarla al margen de todo aquello-. Vuelve a la cama – le pedí.

Y la niña obedeció. Tal vez con la sensación de que yo tampoco iba a recuperar para ella aquel mundo sin injusticias y sin dolor.

Sí, tal vez por ello a mí se me quedó en el corazón un regusto amargo. Que combatí a continuación con el ferviente deseo de ayudar a aquella niña a que obtuviera del mundo algo de lo mucho que, sin duda, merecía.

Me tumbé en aquella cama que se escondía bajo el sofá y me eché por encima las sábanas y la colcha que Alicia guardaba allí para mí.

En un tris se había pasado la noche. Pronto comenzaría a amanecer. O, tal vez, no había sido en un tris. Yo había conseguido dormirme pronto y luego soñar un sueño confuso y extraño en el que huía en una barca con Celia y Alicia. Yo estaba herido en la barca y ellas remaban.

Pero ... aunque Celia estaba conmigo, cuidándome, a la vez yo la veía en la orilla diciéndome adiós.

Cuando oí la alarma del móvil me tiré de la cama. Cogí la Glock que había puesto bajo la almohada y me la metí en la sobaquera. Saqué otra de la bolsa, le puse el cargador y me la guardé en el cinto. Luego me lavé un poco y desayuné un vaso de leche con galletas que debía haber comprado Alicia.

¡Se hacía recordar y querer la cría!

Así que no pude por menos que ir al dormitorio y observarla cómo dormía.

Cuando ya me disponía a girarme y salir de allí, la oí.

– ¿Dónde vas ...?

Volví a sorprenderme de nuevo por el vigilante sueño que tenía la niña. Aunque no quise entrar de nuevo en el jardín de aquellas sensaciones que me ablandaban ante ella. De aquel mundo de sentimientos que me doblegaba.

– Tengo algo que hacer. Duerme, ya verás como tu madre vuelve – le dije, terminando de antemano cualquier conversación.

Pero ella me llamó por mi nombre.

– Isaac ... –me dijo

– ¿Qué?

– Gracias.

– ¿Por qué? –no pude por menos que preguntarle. En realidad era yo el que se sentía agradecido por su compañía.

– Por cuidar de mí ... – me contestó la muchacha.

Yo tragué saliva. Y después, tras un instante de duda, cerré la puerta.

Luego la imaginé cerrando los ojos y volviéndose a dormir. Más esperanzada y segura. Quise suponer.

Más o menos a aquella hora, y no muy lejos de allí, apareció en Chiclana, en la playa de la Barrosa, el cuerpo de una mujer muerta. Las olas la arrastraron hacia la orilla.

Sí, a Manuela, a su cuerpo, la empujaban las olas a empellones fuera del agua. Como antes la habían empujado, también a empellones, fuera de la vida.

Desde que era joven y su belleza no pudo encontrar acomodo entre la fealdad y podredumbre del mundo que la rodeaba.

Alicia dormía tranquila. Aunque no tardaría mucho en conocer la noticia de la triste muerte de su madre.

Y sentir, entonces, el inmenso dolor, no solamente de haberse quedado absolutamente sola en el mundo, que eso probablemente ya lo tenía en cierto modo asimilado, sino también el que ni tan siquiera pudiera despedirse de ella. Besarle la fría frente y darle el último adiós. Los hombres tenían aquellos códigos absurdos que, si lo hacía, si se acercaba a ella, la recluirían en algún hospicio lóbrego y siniestro en el que ni siquiera le quedaría la mínima sensación de revolotear como un pequeño pajarillo y disfrutar de la pequeña libertad que, a pesar de todo, ella todavía disfrutaba.

Fui bordeando las calles del Cádiz viejo, que parecían más viejas aún durante la noche. Como si la historia se hubiera cebado de forma especial con ellas durante la oscuridad, retrotrayéndolas a un pasado angosto y siniestro. Sí, por un momento me pareció que me acompañaban, cruzando las sombras de las aceras y de aquellas estrechas calzadas, los espectros de todos los que las habitaron y conquistaron: tirios, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visigodos, bizantinos, musulmanes, castellanos, parecían rodearme y jalearme. A mí, que era el último extranjero en deambular por allí. Entre tanto fantasma que se removía en su tumba. Menos mal que alguna incipiente claridad ya dotaba a las esquinas y a los tejados de un gris ceniciento, que era, debía ser, el inicial color de la realidad del día que empezaba.

Llegué al edificio en forma de barco y subí a la segunda planta. Todo parecía en silencio. Inclusive el burdel de la tercera había cerrado ya sus puertas. De entrada, quiere uno decir. Se notaba, porque no se escuchaba música ni conversación alguna.

Pero un cliente bajaba la escalera cuando yo subía. Nos miramos con recelo y nos cruzamos en silencio.

Llegué a la puerta de Celia y golpeé con los nudillos. Ella debía estar bien dormida, porque tuve que repetirlo varias veces y tardó en abrirme.

Se apagó la luz del automático de la escalera y Celia, al no ver nada por la mirilla, preguntó desde dentro.

– ¿Quién es?

– Soy yo. Abre, por favor.

Llevaba un camisón corto y el pelo negrísimo y enmarañado.

– ¿Sabes qué hora es? –me dijo en cuanto me vio.

Yo la abracé. No supe por qué pero en aquel momento temí por ella.

– ¿Estás bien? –le pregunté.

Pero ella se sentía perfectamente.

– Bien dormida ... ¿Qué pasa? – me contestó.

Yo le dije lo que pensaba.

– Tal vez no sea nada ... Pensé que vendrían a por ti.

Celia entonces sí que pareció asustarse.

– ¿Quién?

– Esos matones –le dije – Fran o el retrasado mental que va con él ...

– Miguelón.

– Sí, la gente de Fran.

Ella acusó el nombre en su cara.

– ¿Qué sabes tú de Fran? –me inquirió, mirándome con aquellos ojos tan negros como la noche.

¿Y ella? ¿Qué sabía ella? Y eso es lo que le dije.

– ¿Y qué sabes tú?

Ella pareció enojarse. Se dejó caer con fastidio en una silla que había junto al espejo del baile.

– ¡Mierda! No tengo por qué darte explicaciones, apenas te conozco, ¿crees que porque hemos ...?

La interrumpí. La veía de frente mirándome en la realidad y de perfil en el espejo. Y no sabía a ciencia cierta con qué imagen quedarme. Además en unas horas se iba a decidir todo. Y eso fue lo que le dije.

– Tienes que dárme las y, cuanto antes, mejor, ¿quién es Robert?

Ella volvió a acusar en su cara, todavía más, ese nombre.

– ¿Y quién cojones eres tú? – me espetó – Está claro que no me encontraste por casualidad. No soy idiota.

Las cosas se iban aclarando.

– No he dicho que lo seas, habla –le pedí.

Celia me miró y pareció ceder. Se mostraba como resignada.

– Mierda, sois todos iguales ... Robert compró esta casa entera y la parte de mi deuda. Me juró que guardaría el estudio de baile para mí, repagando yo la deuda cuando pudiera, como si fuera un alquiler, supongo que supe agradecérselo bien.

A mí me dolió aquel agradecimiento.

– Te lo follaste –le dije, como echándoselo en cara.

Ella se dio cuenta.

– Me dejé follar ... –explicó – No duró mucho. Cuando me enteré de quién era me asusté ... Las putas del tercero son lo de menos. Drogas, armas, blanqueo de dinero, qué sé yo. Toda esta ciudad está podrida. Más de la tercera parte de la cocaína de Europa entra por aquí, desde Sanlúcar hasta Algeciras. Hay mucho dinero y es muy peligroso. Demasiado para mí ...

La noté frágil y desvalida. Tal vez era que allí desnuda empezaba a sentir frío. Había cerca un perchero con un chal colgado en él. Me levanté y se lo puse por los hombros. Ella pareció cobijarse debajo suyo.

– Traté de alejarme y no le gustó – continuó como si recordara algo fastidioso para ella – entonces me amenazó y sus matones empezaron a hacerme la vida imposible. Fui a la policía pero la tiene a sueldo, todo le pertenece ... Menos yo. Esa es mi historia ¿Y tú?, ¿de qué conoces tú a Robert?

Yo no podía decirle mucho. Bueno, más bien nada. Quiero decir que no debía.

– No lo conozco, nunca he visto su cara, pero tengo un asunto con él.

Pero a Celia, después de darme tantos detalles suyos, no le parecieron suficientes los escasos míos. Lógicamente.

– ¿Qué clase de asunto? – inquirió.

Yo empezaba a poner la cara de palo.

– Uno que no quieres saber –dije cortante.

Ella estalló.

– ¿Entonces eres uno de ellos ...!?

Yo le contesté lo más tranquilo que pude.

– No.

De repente sonó mi móvil. Pareció como una llamada que fuera a aclarar precisamente todo lo que allí no se decía.

Yo me lo saqué del bolsillo y me lo puse en el oído. Era quien yo me temía. Me retiré unos metros de Celia.

– ¡Mero ..., Fran! Es el momento. ¡Hay que actuar! Miguelón va para allá a recogerte –y luego me advirtió – ¡Haz las cosas bien!

Yo colgué sin decir ni una sola palabra.

Y me acerqué a Celia.

– ¿Quién era?-me preguntó.

– Un amigo –le respondí, todavía pensando en la llamada.

Ella se enfadó.

– ¡No me jodas Isaac! ¡Te he dicho que no soy idiota!

Sonó el timbre de la puerta. Fue como un aldabonazo cargado de amenazas.

Yo ahora empezaba a preocuparme de verdad. Todavía no controlaba la situación.

La cogí por los hombros y fui lo más convincente que pude, susurrándole en el oído.

– Métete en tu cuarto y no salgas. Puede que vengan a por ti.

Ella me miró con el miedo pintándosele en la cara.

– ¡Enciértrate! –la conminé, ayudándola a que se levantara con rapidez.

Ella obedeció y corrió hacia el dormitorio.

Yo me acerqué a la puerta. Observé por la mirilla y saqué el arma. Al otro lado estaba Miguelón con una pistola en su mano buena. Abrí de repente y le encañoné.

Él habló en plan conciliador.

– Hay alguien que quiere verte.

– Detrás de ti – le dije.

Y Miguelón salió y yo cerré la puerta y bajé las escaleras tras él.

Sí, bajamos las escaleras en silencio. Ya entraba la claridad del amanecer por los cristales. Las paredes con sus grafitis y sus obscenidades me parecieron más feas y sucias que nunca.

Salimos a la calle. Justo enfrente estaba el utilitario de Miguelón. Me pregunté si cabríamos los dos allí dentro.

Miguelón, que estaba en plan amable, cuando pasábamos por mi lado me abrió la puerta para que entrara.

Yo lo miré y le dije lleno de ironía.

– ¿Cómo va esa mano?

Él me contestó otra vez conciliador, mientras abría su puerta con un gesto de dolor.

– No pasa nada. Soy zurdo.

Y metió la llave en el arranque.

Al encender el motor empezó a sonar la música de un CD que debía llevar Miguelón siempre puesto: unos viejos tangos de la Perla de Cádiz. Decían, más o menos así: “Si tú me dejas, ya sabes que yo siempre vuelvo ...”

Él aceleró con estrépito. Vamos, echando hostias, como él mismo diría.

Salimos de la ciudad en dirección a Sotogrande, nuestro destino, según me dijo. Aquella urbanización, por lo que yo había oído, reunía a lo más “granao” de la Bahía. De la Bahía de Cádiz y de las “bahías” de medio mundo.

La Perla de Cádiz seguía pregonando en el desierto: “No atesores tanto, que todo se lo llevará el olvido.”

Miguelón sabía conducir. Inclusive con una sola mano. La derecha la seguía teniendo el hombre averiada. Continuaba cubierta por un gran vendaje.

Lo bueno era que no parecía rencoroso. A mí eso de no ser rencoroso no me gustaba. Porque uno tiene que tener sus principios. Y los principios de Miguelón eran, poco más o menos, los de ser servil como una babosa ante los fuertes y duro e insensible, como un pedernal, ante los débiles. Claro, eso no eran principios, sino finales.

Los principios uno los tenía que mantener frente a viento y marea y ante cualquiera. Para Miguelón los principios se estiraban y se alargaban, o se encogían como un chicle, en función de la persona que tuviera enfrente.

Y aquel día su jefe le había dicho que conmigo, chitón y buen rollo. Y si alguien se tenía que joder, que fuera él.

Así que todo fue fácil. Aunque, a veces, La Perla de Cádiz parecía cebarse con Miguelón. Entonces, él miraba por la ventanilla y hacía como si observara el paisaje. Quizá para no tener tan presente cómo me choteaba yo de él. Y La Perla de Cádiz en sus letras, claro.

Cuando ya nos acercábamos a Sotogrande y, por mor de tratarlo como algo diferente a un chófer, le pregunté que si conocía a Robert y qué opinión tenía de él.

Era tan tonto que resultaba sincero hasta la saciedad.

– No, no lo conozco. Ya sabes que Fran es muy celoso de sus cosas. Hoy espero conocerlo.

Luego me miró y respiró el aire de la bahía de Cádiz, cuando ya estábamos a poco de abandonar la provincia y entrar en la de Málaga. En el término de Manilva. Próximos a la Cala de la Sardina.

Yo odiaba a todos los Miguelones del mundo mundial. Pero de aquel Miguelón en concreto yo esperaba algo más. Para mi propio coleteo, por supuesto.

– Así que Robert vive en Sotogrande. Como un vips más –le dije.

Él me miró como a la primera persona que requería su opinión sobre algo en mucho tiempo.

Porque toda la persona, pensé, que respira en este mundo tiene su propia opinión sobre él.

Esto me lo decía a menudo mi abuelo.

Bueno, me decía inclusive más: todo ser vivo, incluyendo los animales y las plantas tienen su propia impronta sobre la vida. Y nadie debería olvidarlo ni ignorarlo, añadía.

Sí, pero el abuelo había desaparecido prematuramente. Y a nadie le había importado. Lo que él sabía, quiero decir.

Y yo me había quedado huérfano de su sabiduría. Y de su cariño, sobre todo.

– Y tú sabrás entonces dónde está su casa –añadí, para que aquel viaje cobrara sentido. Y

él se sintiera importante, claro.

Él se alegró sobremanera, por supuesto.

Probablemente me dijo el cien por cien de lo que sabía.

-No vamos a Sotogrande. Sino a las colinas que están enfrente. Le llaman Bahía de las Rocas, en la misma linde de Cádiz con Málaga. Llegaremos en un minuto. Justo encima de la Cala de la Sardina.

- Ah, pensaba que Robert vivía en Sotogrande, como todo el que es alguien en la Bahía – le contesté, mientras miraba por la ventanilla como si nada.

- Claro que vive allí –me dijo orgulloso de lo que sabía– Aunque vaya usted a saber a nombre de quién está la casa. Dicen que allí todas las casas pertenecen a sociedades privadas de Jersey o de Liechtenstein. O de Gibraltar, por supuesto. Pero le están pintando el salón y los dormitorios. Así que iremos a su “Oficina”. Otra casa mucho más modesta donde él viene a liquidar asuntos de vez en cuando. Ahí arriba.

Y me señaló lo alto de una colina enfrente de Sotogrande, justo al llegar a la Cala de la Sardina.

Luego fuimos a dar la vuelta a una rotonda un poco más allá y regresamos en dirección a Cádiz. Hasta que cogimos una carretera estrecha y con rampas pronunciadas para subir a lo alto de la colina. Allí se veían algunos chalets dominando toda la bahía.

A uno de ellos, que tenía un acceso privado desde la estrecha carretera, nos dirigimos.

Cogimos el desvío y nos acercamos a la pequeña mansión que tenía una barrera de entrada pero que, en aquellos momentos, estaba levantada.

El chalet tenía una valla a su alrededor bastante alta y, encima de un promontorio, estaba la edificación que tendría, según calculé un poco más tarde, unos 700 metros construidos. Importante, pero nada espectacular. Igual que la parcela. Era, en conjunto, una casa discreta. Tal vez por eso Miguelón no pudo dejar de exclamar.

- Si hubieras visto la de Sotogrande. ¡Ahí sí que te caías de culo ...!

Fran estaba apoyado en su deportivo a la puerta. Desde allí arrancaba otro camino hacia la carretera, que la alcanzaba pero mucho más arriba. Así que la casa tenía dos salidas. Lo cual podía estar muy bien para casos de evacuaciones rápidas y forzosas. O para despistar al personal en una rápida huida, claro.

La puerta, un gran portón de madera barnizada, estaba cerrada. Fran dejó de fumar, tirando el cigarrillo al suelo al vernos. Y luego lo pisó con insistencia.

Miguelón aparcó en un ensanche que tenía aquel camino privado, al llegar a la puerta, junto al deportivo de Fran. Allí, a su lado, todavía parecía Miguelón más proletario de lo que era, que era mucho.

Fran esperó a que saliéramos y entonces habló.

- Buenos días, Mero –y dirigiéndose a Miguelón– Tú ya te puedes ir de vuelta a Cádiz.

Miguelón empezó a frustrarse por dentro. Se le notaba muy bien porque se empezaba a morder el labio y se le ponía la cara muy roja. De la congestión, claro.

- ¿Estás seguro jefe? ¿No será mejor que me quede? –no pudo por menos que insistir a ver si cambiaba su suerte.

- No me lo hagas decir todo dos veces, por favor ...-soltó Fran sin apenas mirarlo y centrando su mirada en mí.

Así que a Miguelón no le quedó más remedio que resignarse. Y aguantarse de que yo pudiera darme cuenta de que él era un auténtico mierda.

– Ya me voy, era sólo por ayudar, joder qué mala follá ... – farfulló mientras entraba de nuevo en el utilitario.

Oímos cómo arrancaba y cómo La Perla de Cádiz seguía ahora por soleares sonando en el coche: “No creas que mi destino es este, algún día tocaré el cielo y, entonces, tú levantarás la cabeza, pa’ mirarme ...”

Ni Fran ni yo le dedicamos un segundo a mirarlo, desde luego, y sí nos quedamos observándonos el uno al otro fijamente.

Fran terminó por dejar de apoyarse en su coche, se dio la vuelta y tocó el timbre de la puerta. Alguien desde dentro abrió una pequeña ventanilla. Debía ser uno de los guardaespaldas de Robert. En cuanto reconoció a Fran nos abrió.

Fran se giró hacia mí antes de entrar y me dijo.

-Sígueme.

A continuación el guardaespaldas y Fran, que lo seguía, se dirigieron a la puerta principal de la vivienda.

Yo, por un momento, miré al guardaespaldas y luego a Fran. Podía matarlos allí a los dos y luego quitarle a Fran las llaves de su coche y salir de allí a toda pastilla. Si lo hacía rápido, tal vez al resto de guardaespaldas no les diera tiempo a darme caza, pensé por un instante.

¿Pero, si había llegado hasta allí sin matar a Fran en condiciones mucho más favorables, por qué iba a hacerlo entonces?

No las tenía todas conmigo, ese era el problema. Eso que le había puesto un mensaje a Barry pidiéndole que me confirmara si Fran estaba al mando y me había contestado con un escueto aunque, eso sí, confirmatorio: “OK”.

Así que, por el momento, les seguí a ambos. Íbamos los tres en fila india. Y llegamos a la puerta principal después de atravesar el jardín y rodear la piscina.

En la puerta nos esperaba una muchacha joven y guapa con aspecto de ama de llaves y de enfermera, junto a otro guardaespaldas.

– El jefe nos espera – le soltó Fran al guardaespaldas de la puerta.

Y, sin detenerse apenas, entró en la vivienda.

El guardaespaldas se limitó a corroborar.

– Sí.

Los guardaespaldas esperaron a que yo entrara tras Fran. Luego nos siguieron los dos por un ancho y largo pasillo hasta el salón principal. Y el ama de llaves se desvió a la cocina que estaba allí, a la entrada.

La casa tenía una decoración y un mobiliario de auténtico lujo. Con cuadros, figurativos y también abstractos, que debían ser de renombre, aunque no me había dado tiempo a comprobarlo, y esculturas, tanto clásicas como vanguardistas, que destacaban sobre las paredes revestidas de madera. El suelo, limpiísimo, estaba solado de mármol probablemente de Carrara.

Se notaba que habían guardado la discreción para el aspecto exterior y que allí dentro se respiraba, por todos los poros, la importancia del personaje. De aquel tipo, un tanto misterioso y brumoso, que era el tal Robert. Habría que ver la casa de Sotogrande, claro. En esta casa de la Bahía de las Rocas debía tener solo las sobras, de ahí el batiburrillo de estilos que imperaban en el arte.

Llegamos a las puertas del salón: dos correderas de madera maciza con incrustaciones de raíz de olivo antiguo.

Los guardaespaldas se quedaron a un lado de las mismas y Fran las abrió. Se hizo a un lado para que yo pasara y luego él entró detrás de mí. Y las cerró a nuestra espalda. Los dos armarios

se quedaron fuera haciendo guardia.

El salón era inmenso. Tenía un hall al principio y, luego, bajo un arco de marfil se entraba al salón propiamente dicho, que era más bien un despacho de trabajo. De ahí debía venir el nombre de “La Oficina”.

Cuando doblamos al interior por el arco fue cuando lo vi. Al tal Robert, quiero decir.

Había una gran mesa de trabajo de madera de raíz de olivo también, con dos sillones de recepción enfrente de la misma y una gran pantalla de leds.

También había, al menos, tres bicicletas estáticas para hacer ejercicio, una cinta para caminar y una camilla alta para masajes.

Robert se encontraba en una silla de ruedas motorizada, frente a la pantalla de leds.

Podía tener unos sesenta años, quizá algo más que Figueroa. Y su misma cara de palo. Pero sin la gracia del capo argentino. Ni su afabilidad. Ni tampoco inspiraba su confianza.

Enseñaba un cuerpo enjuto y una cara afilada de ladilla. Seguro que hacía lustros que no sonreía y en los ojos transmitía cansancio, fastidio, odio y dolor.

Sin embargo, en cuanto me vio, en cuanto puso sus ojos en mí, su rostro se transfiguró. Y le subió hasta él como un ramalazo de alegría repentina y revitalizadora. Aunque si antes daba miedo, ahora, quizá con aquella sonrisa siniestra añadida, producía más que miedo, pavor.

Estaba claro que a mí me había reconocido. Era falso lo que me había dicho Fran de que, a la vista de que aparentemente no había reaccionado a mi proximidad con Celia, él me presentaría como un interesante hombre de negocios que acababa de llegar a la zona.

Así que al sentirme descubierto me giré hacia Fran para pedirle explicaciones, al menos con los ojos, sobre el siguiente paso a dar. Pero éste había sacado su arma y me encañonaba directamente a la cabeza.

Me quedé blanco y me arrepentí cien veces de no haberlo liquidado la primera vez que lo vi.

Él se me acercó sin dejar de encañonarme ni un solo momento. Le había aparecido en la comisura de la boca aquella sonrisa insolente y pretenciosa, que mostraba en la foto que me había entregado Figueroa. La sonrisa del triunfador, sin duda. Del gallo de gallos. Del jefe de jefes.

A mí me quitó las dos pistolas que llevaba, mientras me susurraba al oído:

– Ya no eres El Mero ...

Sin duda en aquel momento nadie habría jurado que yo fuera “El Mejor”, sino más bien un condenado a muerte o a la tortura, o a ambas cosas a la vez. Y yo poco podía hacer, más bien nada, desnudo de armas y de oportunidades.

Tampoco podía esperar yo ayuda de nadie. En aquel momento intuí que a Barry lo debían haber pasado también por la quilla. Y Figueroa estaba lejos y quién sabía si al final, si es que no se la habían jugado también a él, todo aquello no revertiría en sus negocios de mejor forma. Sí, quién sabía lo que pasaba por la mente de los “cara de palo”.

El que estaba feliz era el tal Robert. Debía haber estado esperando aquel momento durante mucho tiempo. Aunque yo no hubiera sospechado nunca que tanto.

– No sabes lo que me ha costado traerte, mira ... – me dijo sonriendo con su cara de ladilla y sus ojos fríos como témpanos de hielo.

Entonces accionó el mando de la pantalla de leds y ésta se iluminó.

Pudimos ver en ella unas imágenes sin sonido que, por ello, todavía resultaban más penosas para mí, por cuanto yo mismo podía poner así las palabras más certeras a todo mi dolor, frustración y fallida venganza.

Se mostraban, tomando una copa juntos, Barry, Fran y Figueroa, en la casa de este último,

en los mismos sofás de mimbre junto a la piscina que yo conocía. Allí debían haber acordado todo. Y todo a mis espaldas. Aunque Barry me dijera luego que Fran estaba con nosotros. A lo mejor era una mentira sobre otra. Quién sabía. Y, sobre todo, qué más daba ya.

Y, para más inri, Robert empezaba a mortificarme con sus comentarios que eran como una voz en off que me recordaba, y hacía mucho más grande, mi derrota.

Hablaba cuando ya las imágenes se habían trasladado a España y recogían desde mi llegada a Barajas, pasando por mi corta estancia en Sevilla hasta mi instalación en el bloque de apartamentos cutre en el que me encontraba. Y, por supuesto, también desayunando con Celia al lado del mar. Lo tenían todo sobre mí. Nunca hubiera sospechado que el cuánto y el cuándo, abarcaran prácticamente todo.

Cuando Robert estaba mirando la pantalla, vi cómo Fran se guardaba su revólver y luego me encañonaba con una de mis propias pistolas. Supuse que era para borrar huellas, con lo que intuí que mi final estaba próximo.

Pero Robert seguía disfrutando y comentando las imágenes.

– La verdad es que llevo toda la vida buscándote –hablaba aquel cabrón regodeándose en cada palabra-. Desde el mismo momento en que me enteré de que habías logrado nacer. Así que hoy voy a completar por fin mi venganza, precisamente el mismo día en el que realizaré la mayor operación de droga que se haya hecho aquí jamás. No puedo ser más feliz. Dentro de lo que puedo serlo, claro ... – e hizo un gesto de dolor, llevándose la mano a la espalda-. Pero mira, mira esto

...

Robert se detuvo hasta que las nuevas imágenes aparecieron en pantalla.

Mi abuelo estaba en un charco de sangre en la cocina de nuestra casa, donde tantas veces habíamos cenado juntos, con la cabeza reventada de varios disparos.

Y, luego, pude ver a mi abuela intentando llamar con el móvil, llamarme a mí, quiero decir, mientras la tiroteaban una y otra vez hasta que cayó al suelo. Y, allí, siguieron descargando en ella toda la munición que les quedaba.

Yo apreté los dientes con fiereza. Pero aún así me dio tiempo a ver cómo Fran ya me apuntaba al centro de la cabeza con la Glock que me había cogido a mí. Sería como el tiro de gracia a mi vida. Con mi misma arma.

Yo me veía perdido, aunque trataba de guardar la calma granítica que había aprendido cazando.

– Lo que no entiendo es qué hizo mi padre para que, después de treinta años, todavía no lo hayas olvidado – le dije con toda la frialdad que pude-. Y qué tengo que ver yo, y mis abuelos, en ello. Quizá es que la zorra de Celia te ha trastornado, claro.

Robert no pudo por menos que soltar una carcajada.

– ... Ah, la zorra de Celia, tu zorra querrás decir ... – y me miró añadiendo unas gotas de desprecio a su ingente odio hacia mí. Por mi falta de inteligencia, sin duda.

Supe en aquel momento que Celia no suponía nada para él. Tal vez le había resultado todo demasiado fácil conmigo. Y yo, y quizás también Barry, habíamos picado con aquella historia de los celos de Robert que debía haber deslizado Fran con maestría, para meternos en el ajo.

Me sentí ridiculizado y destrozado por dentro una vez más. Estaba claro que Robert la despreciaba, a Celia quiero decir, pero en absoluto ella tenía nada que ver con mi captura. Tal vez no fuera ni siquiera una zorra, sino una pobre chica que buscó protección y luego se cansaron de ella y la utilizaron contra mí con aquel acoso a su academia que era, solamente, un montaje de Robert y de Fran.

Pero Robert, una vez que me había machacado con Celia, volvió a castigarme de nuevo y

esta vez de una manera definitiva. Lo hizo cuando contestó el resto de mis preguntas.

– Ya sabes, o debieras saberlo mejor dicho, que en nuestro mundo no puedes dejar vivo a ninguno de nuestros enemigos. Tú lograste nacer y algún día podrías venir a por mí. Como efectivamente has hecho. Por eso no os podía dejar vivos a ninguno. Y a tu padre no lo he olvidado. Todos los días, sin dejar ninguno, lo recuerdo. Éramos socios y él me traicionó. ¡Me quitó todo lo que tenía ...! – A Robert se le incendiaron los ojos al decírmelo – ... Y me metió esta bala que llevo aquí –se señaló la espalda mientras hacía una mueca de fastidio – que me llena de dolores y que nadie me puede quitar. Así que después de treinta años lo llevo conmigo muy dentro. Pero ahora tú me acompañarás en este calvario, ¡ahora tú también sabrás lo que es sufrir!

Me quedé helado. Yo no me esperaba nada de lo que acababa de oír cuando decidí venir a Cádiz ... ¡Y sentí que no me cabía dentro que mi padre hubiera sido un traidor!... Pero yo no sabía nada de mi padre. Y, tampoco, me temía, iba a tener tiempo de averiguarlo. Robert sacó su pistola, mientras le brillaban los ojos con un placer que yo no había visto nunca. Luego, con una mirada febril ya, me apuntó con ella en la rodilla.

Por fin iba a resarcirse aquella víbora de sus muchos sufrimientos. Mientras que yo, a los que ya tenía, añadiría ahora todos aquellos que me iban a provocar aquellos dos asesinos.

Robert se dispuso a disparar y yo, abatido, cerré los ojos.

Pero entonces, de repente, Fran desvió su pistola, la misma Glock que me había quitado a mí y con la que hasta entonces me encañonaba en la cabeza y, en un abrir y cerrar de ojos, le descerrajó un tiro en el cráneo a Robert, que quedó muerto al instante, con la cabeza ladeada y la sorpresa pintada en sus ojos.

Y todo él hecho un guiñapo en su silla de ruedas, mientras la sangre le empezaba a bajar a raudales por los ojos y por la nariz.

Todo ocurrió muy deprisa. A mí me siguió apuntando con una mano, mientras que con la otra extrajo rápidamente de su bolsillo la segunda pistola que me había quitado, la Beretta, y la dirigió a las puertas correderas de salida.

Estas se abrieron en segundos y, al ruido de aquel disparo que había matado a Robert, entraron los dos guardaespaldas que se habían quedado fuera, pistola en mano a ver qué pasaba. Fran, semi oculto a un lado de la puerta, los abatió con facilidad a los dos en un santiamén. Probablemente, aunque hubieran tenido tiempo de verlo, habrían tardado un precioso segundo en digerir la sorpresa, que resultó letal para ellos.

Sí señor, un golpe maestro el de Fran. Siempre pensé que él era un gallo de gallos, un jefe de jefes. Y ahí estaba como dueño y señor de la situación.

Llegó después el ama de llaves a ver lo que pasaba también y Fran con toda la tranquilidad del mundo le descerrajó un tiro en la frente que la mandó para el otro barrio. Tal vez allí siguiera dando masajes a Robert, y quizá otras cosas, como debía ocurrir en éste.

Luego, una vez hubo terminado con todos los habitantes de la casa, se me acercó a mí de nuevo y, sin dejar de apuntarme con la Beretta, me sacudió un culatazo terrible con la Glock que portaba en la otra mano.

Fue como si se me apagara la luz de repente. Así que todo lo que pasó más tarde yo ya no lo vi. Pero lo imaginé después. Seguro que no fue muy diferente a esto que cuento.

Yo debí quedar tripa arriba en el suelo, inconsciente. Por lo menos así me levanté más tarde, con un fuerte dolor de cabeza.

Fran, rápidamente, limpió con el pañuelo sus huellas en mis dos pistolas, tanto en la Glock como en la Beretta. Luego cogió, protegiéndose sus dedos con el citado pañuelo, esta última

pistola y me la puso a mí en mi mano derecha mientras que dejó la otra cerca de mí, como si la hubiera perdido en mi caída.

Se levantó después, satisfecho, mientras observaba la totalidad de su obra. Se le dibujó entonces aquella sonrisilla de orgullo y seguridad en sí mismo.

A sus ojos el pobre Robert parecía un muñeco roto y su cara de ladilla era un reguero de sangre roja que le había puesto también perdida la blanca camisa. Los dos guardaespaldas se mostraban como dos enormes fardos carentes de toda vida y movimiento, donde sus pistolas, que portaban ambos en su mano derecha, resultaban ser un contrasentido, porque ya no servirían ni para defenderlos ni para atacar a nadie.

Y la ambiciosa amante de Robert, y masajista y ama de llaves/cocinera, se había quedado en una estafalaria pose, enseñando el culo y con una sonrisa un tanto estúpida, mientras parecía mirar a la camilla donde tantas veces habría soñado en su comfortable futuro junto a aquel hombre.

Aquel hombre, al que le mitigaba los dolores por una parte y, luego, le acrecentaba los placeres por otra, en una doble misión que había terminado en aquella pose tan ridícula. Y tan triste.

Y luego debía estar yo, a quien Fran me habría dedicado sus últimos pensamientos y, hasta, probablemente, sus últimas palabras, en aquel salón revestido de maderas y de mármoles de enjundia.

– Adiós, Mero. Fue un placer trabajar contigo ...-habría dicho, consolidándose en su cara aquella sonrisa de insolencia y chulería que certificaban el gran golpe que acababa de dar.

Pronto lo sabrían en toda la bahía y tomarían nota también de a quién tendrían que rendirle pleitesía a partir de entonces.

Con tales pensamientos en su mente se dispuso a consumir su obra maestra.

Salió del salón y cerró las puertas correderas. Una vez cerradas, se sacó del cinturón, donde las llevaba colgadas, unas esposas de las que utilizaba cuando era policía y engarzó con ellas ambos asideros de las puertas. Luego cerró las esposas, quedando el salón también clausurado.

Estaba claro que todo aquello iba dirigido a mí. El único superviviente, por el momento, de aquella carnicería.

Y, más claro todavía estaba, que nada de lo que había hecho era, por supuesto, pensando en mi supervivencia, sino en utilizarme una vez más para sus abyectos fines.

Nada más cerrar las correderas sacó su móvil del bolsillo y marcó.

– ¡Venid todos los que estéis disponibles! ¡Han intentado matar al jefe! –dijo como apresurándose, como si él estuviera en plena acción todavía. De defensa del mencionado jefe, se entiende.

¡Qué taimado e inteligente elemento, mi íntimo enemigo, el gran Fran!

Luego salió rápidamente al camino de acceso a la mansión, atravesando el jardín. Y, por fin, llegó hasta su coche y se montó en él. Desde allí vio cómo se acercaba a toda pastilla, serpenteando por las curvas de la colina, el coche de los guardaespaldas que se habían quedado en Sotogrande, a los que él había avisado.

Él no los esperó, claro. Cogió el otro camino que seguía ascendiendo por la montaña y que luego entraba en Manilva. Y de allí, a la postre, podía ir donde él quisiera.

A poco de desaparecer él de escena, frente a aquella segunda guarida de Robert llegaron a la puerta de acceso cinco guardaespaldas, que salieron rápidamente del vehículo armados hasta los dientes. Y luego penetraron en el solitario y silencioso jardín.

Alicia se levantó aquella mañana con una sensación agridulce. Por una parte había logrado acercarse más a aquel hombre extraño y duro aunque, en el fondo, ella creía que también tierno, con el que compartía piso. Pero, por otra, la soledad del apartamento cuando se levantó, le recordó, a ella misma, de forma cruda y real, su propia soledad.

Así que decidió prepararse un buen desayuno para apartar estos últimos pensamientos tan tristes: un gran tazón de leche y unas cuantas rebanadas de pan de molde que ella doró en el viejo tostador que se había comprado, donde luego extendió una buena capa de mantequilla.

Tenía hambre y sentía que, para fortalecerse, debía hacer todo lo posible para crecer rápido y dejar, cuanto antes, de ser una niña para poder enfrentarse de la mejor manera posible a la dureza de la vida que le esperaba. Y qué mejor para ello que comer bien. Por lo menos aquel día que podía hacerlo.

Pero, a mitad del desayuno, buscó la compañía de la televisión para camuflar la soledad que se le acercaba de nuevo.

Sí, con la tele y con sus personajes se sentiría acompañada, pensó. Como le ocurría con su diario y con sus relatos. Y podría huir entonces o, al menos rehuir, por unos momentos, aquella soledad que ya le calaba, otra vez, muy hondo.

Estaban terminando unos anuncios y rápidamente empezaron con un breve flash de las noticias del día. Luego, pondrían una entrevista con un novelista y poeta de su tierra que a ella le gustaba mucho y que era lo que realmente ella quería ver en aquel canal: Juan Manuel Caballero Bonald, un escritor de pluma poética y exquisita nacido en Jerez.

Así que a las noticias les prestó una mínima atención, mientras se concentraba en saborear la tostada con mantequilla. Con un trozo de ella en la boca fue cuando escuchó el nombre de su madre y sus circunstancias y, entonces, le cayó el resto de la tostada en el tazón de golpe, poniéndole perdida la ropa. Aunque de esto último ella, probablemente, no se dio ni cuenta.

“Nos acaba de llegar de Chiclana una noticia triste para empezar el día de hoy: el cadáver de una mujer todavía joven, de tan solo 35 años, ha aparecido en la Playa de la Barrosa, probablemente arrastrado por las olas y la marea. Ha sido identificado como Manuela Santos Arteche. Se desconocen todavía las circunstancias que ya investiga la Guardia Civil”.

Y se acompañaba a la noticia con una foto de carnet de los archivos policiales de la madre de Alicia, que ésta contempló horrorizada, mientras las lágrimas asomaban a los balcones de sus ojos y certificaban, ahora sí, su absoluta soledad en este mundo.

Yo llegué hasta la academia “El compás de la música” de Celia conduciendo uno de los coches de los guardaespaldas de Robert. Estaba herido en un brazo, justo por debajo del hombro, en el que me había hecho un torniquete. Y, para ocultarlo, me había puesto mi cazadora a pesar de lo avanzado de la mañana y del calor que haría ese día. Después de todo lo que me había pasado, esa pequeña molestia era lo de menos, claro.

La cabeza también me dolía. Era como si colgara de ella una enorme piedra y me obligara a hacer un esfuerzo supremo para mantenerla erguida.

Pero tenía que dar gracias al destino, que había querido que recuperara la consciencia antes de que aquella manada de lobos penetrara en la casa avisados por Fran.

La verdad es que mi comportamiento había sido inteligente allí. Me oculté tras los cortinones de uno de los ventanales del salón y oí cómo disparaban contra las esposas que amarraban los tiradores de las puertas correderas. Luego entró con todo cuidado uno de los pistoleros y vio todo aquel espectáculo. Echó un rápido vistazo y les dijo a los demás:

– ¡Hemos llegado tarde! Los han liquidado ya a todos –y les hizo un ademán para que entraran.

Pasaron los cinco hasta el centro del salón y uno de ellos abrió el móvil para avisar a Fran.

Entonces aproveché y disparé con ambas pistolas contra ellos. Con los dos primeros intentos ya había abatido a cuatro. Pero el quinto consiguió alzar la suya contra mí y, aunque me agaché, me impactó en el brazo, debajo del hombro. Al tiempo yo disparaba de nuevo y le alcanzaba de pleno con mis dos armas.

Luego salí de detrás de las cortinas y rematé con un tiro en la cabeza a cada uno de ellos.

No podía permitirme ningún error más. Y, además, yo ya sabía el siguiente paso que daría Fran cuando comprobara que yo seguía con vida. Iría a por las dos personas más importantes para mí: Celia y Alicia.

Bien para esperarme, cuando yo fuera a buscarlas y rematarme entonces. O bien para utilizarlas como escudos suyos.

Frente al estudio de Celia, en la calle, había dos camiones de mudanza. Y varios trabajadores cargaban los muebles que había en aquel y los introducían en uno de los furgones. Al otro furgón se le veía ya lleno, por lo que supuse que habían vaciado también lo que quedara en el burdel.

Ahora aquel inmueble podrían dedicarlo, Fran y sus cómplices, como cuartel general para sus trapicheos con el cargamento de hachís y coca que estaba a punto de llegar.

Ese era, sin duda, el cargamento tradicional del que hablaba Barry, para a su través adueñarse de las redes de distribución de Robert y colocar luego el hydrocodone. Aunque todo

aquel plan les había salido, a él y a Figueroa, como un tiro por la culata.

Pero a mí, en aquellos terribles momentos, quien me importaba de verdad era Celia. Y, por supuesto, en sentido opuesto, Fran. Él había sido el ordenante directo de la muerte de mis abuelos, aunque hubiera sido bajo las órdenes de Robert. Y, también, había intentado liquidarme y, encima, sacar provecho de ello.

Subí la escalera todo lo rápido que pude y entré en el estudio que estaba ya casi totalmente vacío, con algunos mozos sacando las últimas cajas.

Allí solo estaba Belmonte, al que me encontré marchándose ya con una bolsa de deportes en la mano. Probablemente era su ropa y zapatos de trabajo.

– ¿Dónde está Celia? –le urgi cogiéndolo por las solapas.

– Dímelo tú que últimamente lo sabes todo de ella –se me encaró.

Luego, al ver mi preocupación, continuó, hablando como para sí.

– Ha cambiado mucho como te dije. Antes solo le preocupaba el baile. Ahora no sé en qué anda metida. Creo que se ha vuelto muy ambiciosa ...

– Ya ... ¿Sabes dónde está?

– No tengo la menor idea, aquí están vaciándolo todo, creo que tienen una orden judicial. Han vendido el edificio.

Yo le insistí.

– ¡Tengo que ver a Celia!

Pero estaba claro que el chico no sabía nada.

– A mí también me gustaría, pero ha desaparecido. No contesta al teléfono y nadie sabe dónde anda. Puede que se haya ido, puede que no soportase más todo esto ...

Cuando yo ya había soltado de las solapas a Belmonte y éste se recomponía las ropas antes de marcharse definitivamente, apareció Darío, el policía, que salía del escritorio de Celia.

– Belmonte ¿qué haces aquí? Os he dicho que hay que desalojar el edificio.

– Perdone jefe –se disculpó el joven bailarín – ya me iba. Venía solo a por mis cosas.

Darío se me quedó mirando con desprecio.

– ¿Y éste quién es ...? –escupió, preguntando a Belmonte pero mirándome a mí.

– Un amigo –intervine yo secamente.

– ¿Un amigo, de quién? Mío, desde luego que no –y se plantó con las piernas abiertas y firmes delante de mí.

– Un amigo de Celia –terció Belmonte, mientras me tiraba de la manga para que me marchara con él.

– Esa puta no tiene amigos –escupió Darío con vehemencia – ¡Fuera los dos!

Darío me miró retador. Yo me acordé de Alicia. Y de que no podía abrir otro frente más antes de verla.

Y solo por eso di un paso atrás.

Salí de allí con Belmonte a toda prisa. Y me dirigí casi corriendo hacia mi apartamento en San Carlos. A buscar a Alicia. Porque aquel apartamento también era el suyo. Y Fran lo sabía.

En el salón de baile yo no podía verla, claro, porque yo ya no estaba allí. Pero Celia salió luego del baño y se quedó mirando a Darío. Nadie sabía que estaba allí. Excepto él.

Yo, mientras me preguntaba dónde se hallaría, pensé que ella también lo había perdido todo: aquella academia que había sido de sus padres y de sus abuelos, y a la que ella había dedicado todo su esfuerzo y tesón, había muerto definitivamente.

Aunque, tal vez no había perdido tanto como yo, pensé a continuación, mientras bajaba la

escalera. Pero casi. Habría sido un gran golpe para la muchacha. Y eso me unió todavía más a ella.

Sí, eso era lo que pensaba yo invadido por la pena, mientras corría a proteger a la otra persona que llenaba mi pecho: la pequeña Ali. Luego, cuando arreglara ese frente, me dedicaría de nuevo a tratar de encontrar a Celia.

Pero ella, sin que yo me diera cuenta, me observaba desde la ventana del que había sido su querido salón de baile, cómo me alejaba a toda prisa de allí.

Llegué sin aliento al edificio cutre donde me alojaba. Y aun así arremetí, ya jadeando, contra las escaleras como un poseso, subiéndolas de dos en dos y hasta de tres en tres.

Estaba exhausto, pero en aquellos momentos no quería que a mi pequeña le pudiera pasar algo malo. Por nada del mundo.

Cuando llegué al último recodo de la escalera me paré de repente y traté de sofocar mi acelerado aliento. Había algo raro: la puerta estaba abierta. Entornada, pero abierta.

Saqué la Glock y me aproximé con cuidado a la misma. Aguzando el oído y también el olfato. Percibí por la rendija de la puerta un olor a tabaco rubio. Yo fumaba negro. Y Ali, que yo supiera, no fumaba.

Empujé la puerta y, efectivamente, observé algunas volutas de tabaco esparcidas por el salón. Se veían muy bien a la luz de la ventana. Formaban como una nube de polvo suspendido.

Todo lo demás parecía en su sitio. Aunque no había ni rastro de la niña.

Tampoco me pareció prudente llamarla. Acababa de reparar que la luz del baño, en el pasillo, estaba encendida. Y, precisamente de allí, si uno se fijaba bien como lo hacía yo, se veían salir las volutas de un cigarrillo encendido. Ahora bien, ¿quién sería su dueño?

Para mí no había ninguna duda. Por eso me aproximé con la máxima prudencia. Y me detuve a una cierta distancia.

– ¿Fran ...? –le llamé.

Oí cómo carraspeaba. Y por fin habló.

– Hola Mero, te estaba esperando.

Seguro que ahora no tenía su típica sonrisa insolente.

– ¿Qué has hecho con la cría? – le espeté con seguridad, sin dejar de apuntar fijamente desde una esquina del pasillo

Fran se rió lo suficientemente alto para que yo lo oyera.

– ¿Yo? Nada.

Luego adoptó aquel tono que inspiraba seriedad y confianza. Como Figueroa.

– Yo no mato niños, Mero. Tú y yo somos más parecidos de lo que piensas.

Pero conmigo aquel discurso ya no colaba.

– ¿Dónde cojones está? –le inquirí, sin dar respuesta a sus comentarios.

Fran me mostró su decepción al no encontrarla allí.

– Es muy lista. Ha desaparecido –me dijo.

Eso cabía dentro de lo posible, pensé yo. Si era así, había habido suerte.

No incidí más en ello y pregunté por aquello que me quemaba por dentro sobre mi padre desde que me lo espetó Robert. La sombra del secreto de lo que había pasado entre ambos

hombres, en su época de socios, me cubría de oscuridad. Yo no había conocido nunca a mi progenitor. Y ya jamás lo haría. Pero, por lo menos, quería saber quién había sido. Y sentirme orgulloso de él, después de todo.

-¿Qué pasó entre mi padre y Robert?

- Qué más da –me contestó.

- Para mí no da igual. Habla si quieres algo conmigo –le dije con firmeza.

- Ah, Mero, tan joven, ¡y tan sentimental ...! Tu padre, por si no lo sabes, era el lugarteniente de Robert en sus comienzos, ¡vamos, como yo ahora!... Y también disparaba muy bien, como tú ...¿Qué coincidencias, verdad?... Un día a Robert y a su novia, que estaba embarazada, los tirotearon en el coche. Ella murió y él quedó como tú lo viste, jodido del nervio ciático para siempre. La munición era la que usaba habitualmente tu padre ... El resto ya te lo imaginas. Pero ya no se podrá vengar más de vosotros, eso me lo tienes que reconocer.

- Yo no te reconozco nada, cabrón ¿Y fue él? ¿Fue mi padre? ¡Habla! – no pude por menos que preguntarle ansiosamente. Yo estaba tocado. No quería ser el hijo de un traidor.

Pero Fran, que a lo mejor no lo sabía, dejó, por si acaso, que me friera en mi propio aceite.

- Y yo qué s cansinamente. all lo sabio aceite.guntae ... da, los tirotearon en el cocheé. Yo no estaba allí ... –contestó cansinamente.

Así que volví sobre el otro tema que me acuciaba.

- ¿Y Celia? –y no pude evitar que mi voz se quebrara ligeramente por el temor que tenía por ella.

Pero Fran no contestó. Quizá para demostrar su cansancio de aquella conversación. O su superioridad ante mí. Mala cosa. O buena, yo no lo sabía en aquellos momentos.

Quiso zanjar el asunto. Como un profesional.

- Venía a pagarte el resto. Luego, quiero que desaparezcas –comentó con seguridad.

Pero yo no podía dejar así las cosas. Y él probablemente también lo sabía. O debería.

- No me iré sin la cría –le dije con rotundidad.

Fran me mostró su cansancio de nuevo y su decepción.

- No es esto lo que esperaba de ti ... – me dijo como un padre hablaría a un hijo.

Luego continuó departiendo desde la experiencia que le daban sus quince o veinte años que tenía más que yo

- En este negocio, Mero, no hay tiempo para hacer amistades, ni para andar recogiendo perros abandonados ... Mierda, ya no quedan profesionales. En fin, supongo que todo el mundo quiere hacer al menos una buena acción en la vida ... A la cría, que no es tan cría –dijo un tanto irónico-, no le pasará nada. Tienes mi palabra de ex policía –terminó volviendo a cubrir de oscuridad el futuro de la niña, como si efectivamente la tuviera en sus manos.

Yo me quedé todavía más afectado. Y todavía más desconcertado. Fran lo había conseguido ya previamente con la historia de mi padre que, si bien no cambiaba nada las cosas actuales, me dejaba tocada mi autoestima sobremanera. Y luego me había rematado con sus medias palabras y silencios sobre Celia y sobre Alicia. Sí, mi situación era todo menos buena. Además, sin cobertura de Barry ni de Figueroa, estaba solo ante aquella panda de hienas. Y con mis dos mujeres desaparecidas. Sin saber yo dónde. No podía estar en peores condiciones en aquellos momentos, me reconocí a mí mismo.

Él, una vez dejó que se empapara bien empapado mi interior de pesimismo, volvió en tono conciliador.

- Como ya te he dicho, somos más parecidos de lo que crees. Coge tu dinero y vete de una vez y no mires atrás ... –utilizaba de nuevo aquel tono de seriedad y confianza.

Pero ese fue su error. Descubrí, de pronto, que aquel tono conciliador escondía, o debía esconder, alguna debilidad suya. Y decidí jugar duro durante un poco más de tiempo en aquella jugada de póker ciego. Nunca mejor dicho lo de ciego. Porque no nos veíamos. No solamente nuestras cartas, sino tampoco nosotros mismos.

– Nunca fuimos parecidos. Necesito saber que la niña está bien ...

Pasaron unos instantes que a mí se me hicieron eternos.

Luego lo llamé.

– ¿Fran?

Otros segundos densos y eternos sin ninguna respuesta.

Y el humo del cigarrillo seguía saliendo por la puerta entornada.

Me temí lo peor.

Me acerqué mucho más. Poco a poco. Como los toreros al toro

-¿Fran? –deslicé ya mucho más bajo. Seguro que me oía a esa distancia.

Silencio.

Me tenía que arriesgar.

No me quedaba otra.

Y eso es lo que hice.

En un movimiento felino salté y le pegué, pistola en mano, un patadón a la puerta que se abrió de par en par.

Pero Fran había sido muy listo. Me la había jugado de nuevo.

Allí no había nadie. Sólo el cigarrillo sobre el borde del lavabo, echando humo. Nadie más.

Rápidamente me acerqué a la ventana del cuarto de baño que estaba abierta de par en par.

Me asomé con precaución y, rápidamente, pude ver cómo Fran corría por la calle de atrás hasta llegar a su coche, que lo tenía aparcado en ella, por eso yo no lo había visto cuando llegué.

Montó en un santiamén y arrancó.

Yo no intenté dispararle. Estaba ya bastante lejos y sería una bala perdida.

Guardé mi pistola en la sobaquera, con la amarga sensación de que aquel tipo era tan listo que siempre se me escurría. Y de que, además, tenía todas las cartas en sus manos. Todas las que a mí me importaban: Celia y Alicia.

Me juré allí mismo que acabaría con él. O él conmigo. No podía quedar en este mundo nada más que uno de los dos.

Cogí el cigarrillo del lavabo y me lo fumé con fruición. Tal vez como un vampiro sorbe la sangre de su presa.

De repente escuché un ruido dentro del apartamento y me giré aguzando el oído y sacando de nuevo la Glock de la sobaquera.

El ruido parecía provenir del dormitorio.

Me acerqué sigilosamente a él con la pistola por delante cubriendo mi campo de visión.

Lo mismo era algún sicario de Fran que estaba escondido allí, viendo la posibilidad de liquidarme en cuanto me descuidara.

Desde la puerta observé la totalidad de la habitación. Allí no había nadie.

Retuve la respiración y agucé el oído.

Después me aproximé a la cama. Y me agaché mientras adelantaba la pistola debajo del colchón.

Al rato salí de nuevo de allí con mi bolsa de cuero negro al hombro.

*Puedes despertar muy temprano en la madrugada, pero el destino habrá despertado
media hora antes que tú.*
Proverbio

CUADERNO SEXTO
EL CHIRINGUITO “EL AMANECER” DE LA PLAYA DE
LA VICTORIA

Cuando llegué a los apartamentos “El rincón de Cádiz” había un portero en la recepción que dormía frito en el chiscón. Yo ni lo saludé siquiera. Y seguro que el tipo tampoco se despertó cuando yo subí la escalera casi al galope. O, por lo menos, no dio señales de vida. Ni siquiera cuando llegué a la puerta de aquel apartamento y la derribé de una patada. En aquel sitio nadie quería saber nada de nada. Como mucho, si se había despertado, estaría avisando a los dueños.

En el apartamento pillé de sorpresa a Chicho tumbado en el camastro y en pelotas con una semi adolescente extranjera desnuda, y medio borracha o colocada, en su cama.

En la mesilla había cuatro latas de Coca-Cola y una botella de Bacardí medio vacía. Y unas papelinas de plato principal, claro.

Se dieron un susto de muerte con el golpazo de la puerta. Y más cuando me vieron empuñando la Beretta.

La chica empezó a gritar como una descosida, hasta que me acerqué y le tapé la boca mientras le ponía el cañón en la oreja. Fue mano de santo. Se quedó blanca y en silencio, yo diría que para siempre.

-Vístete y lárgate – le dije.

La muchacha que vio la oportunidad de escaparse de allí, ni se vistió. Recogió sus cuatro ropas y se las fue poniendo por el camino. Probablemente cuando llegara abajo, si el portero se había despertado ya, la vería todavía en cueros corriendo.

Luego desvié el arma y encañoné a Chicho. El chaval en un acto reflejo se tapó con la sábana los genitales. Una vez que la chica se había ido le debía dar vergüenza ser allí el único que estaba desnudo. A mí eso me la soplabá.

– Te hablo de Fran, ¿dónde puedo encontrarlo? –le inquirí.

Chicho no estaba por la labor.

– No conozco a ningún ...

Chicho no tuvo tiempo de acabar la frase. No le dejé ni terminar. Tiré de la sábana y le apunté directamente a los testículos.

Luego empecé a mover la Beretta de uno a otro.

-¿El derecho o el izquierdo? –le dije como si estuviera jugando a rojo o negro.

El chaval estaba pasmado.

– ¿Qué ...?

No era para menos, claro.

– ¿Has visto la decisión de Sophie? –le seguí preguntando. A mí me gustaba mucho verla en mi guarida porteña.

Chicho no salía de su pasmo. De eso sí que no tenía idea al parecer.

– ¿La qué? –dijo como si le hubiera hablado en chino.

– La película ..., con Meryl Streep.

– No voy mucho al cine ... – dijo mirándome como pidiéndome perdón por ello.

Pero yo seguí poniéndole contra la pared.

– Mal hecho. ¿Cuál prefieres conservar ...?

A Chicho ya se le debía haber pasado el efecto del susto y de las anfetaminas. O del hydrocodone. O de ambas cosas a la vez. Se daba ya cuenta de su situación, perfectamente.

– Si hablo contigo estoy muerto ... – musitó.

A mí me importaba en aquel momento un bledo. Yo también luchaba por sobrevivir.

– Esto te va a doler aún más que la muerte. Y te enterrarán con un huevo menos. Tengo que encontrar a Fran ... – y amartillé el arma justo en su derecho.

Chicho era un tipo duro. Que no se arrugaba fácilmente.

– No sé de qué coño me hablas ... – me dijo con rotundidad.

Entonces cambié de lado la pistola y me decidí.

– Vale, elegiré yo. El izquierdo primero ...

Y presioné la automática contra su testículo. La verdad es que casi ni lo encontraba de lo que había encogido.

Chicho se vio definitivamente perdido.

– ¡Espera, espera! Conozco a un Fran ... – y juntó sus manos como rogando que no lo hiciera.

Aparté un momento la pistola. Chicho tragó saliva.

– Siéntate –le ordené, arrastrando una silla.

Luego le alcancé la botella de ron.

– Bebe, te ayudará a pensar –le seguí conminando.

Y después volví a encañonarle con la pistola.

– Fran ..., ¿dónde?

Chicho sudaba unas gotas frías y descontroladas.

Por fin se arrancó.

– Mañana por la noche llega algo grande al puerto de la refinería en San Roque. Si es tan grande como dicen, Fran estará allí, por aquí no entra nada sin él ... ¡Es todo lo que sé ... lo juro por la Virgen del Rosario!

Le acerqué la sábana para que se limpiara el sudor. Y después le di de nuevo el ron, mientras le ayudaba a buscar sus pantalones.

Luego él localizó los calzoncillos y, mientras se vestía, le pedí otro tema. Bueno, más bien se lo mandé.

– Necesito un coche que esté limpio.

Chicho respiró. A ese tipo de cosas estaba acostumbrado. A negociar. Y a vivir de ello, por supuesto.

– Te lo puedo conseguir. Pero será caro –dijo en plan profesional.

Pero yo no estaba en aquel momento para negociar nada. Ni me importaba una higa no ser un buen profesional.

Así que volví a encañonarle con la pistola.

– La vida no tiene precio por lo que veo ... – y volví a amartillar el arma.

Chicho se dio cuenta de la pista por la que debía conducir. Sin salirse ni un milímetro de ella.

– Vale, vale, calma –me pidió haciéndome un gesto de que me tranquilizara – Déjame hacer un par de llamadas.

Yo cogí el teléfono que estaba en la mesilla y se lo pasé.

– Intenta que sea solo una. Llevo algo de prisa y por tu bien ...

Luego le concedí algo. Más de lo que él esperaba en aquellos momentos.

– Ah, y no te preocupes por el dinero porque pago al contado, ya lo sabes.

Él respiró más tranquilo.

Como si se dijera para sí mismo que, a veces, lograr hacer un buen negocio llevaba su correspondiente sufrimiento previo. Aunque en aquel caso había sido, más que un sufrimiento, casi una tortura.

Había que consolarse, claro. Mientras notaba cómo le bajaban las revoluciones de su pecho y su respiración se atemperaba.

Un día más que seguía viviendo. Y, siendo no poca cosa, se dijo para sus adentros, además con su masculinidad intacta.

Le dio por pensar en ello, sobre todo cuando vio las braguitas de su última amiguita, perdidas debajo de la cama, que se lo recordaban a gritos.

El restaurante ya había cerrado. Y la playa estaba vacía. El castillo de Santa Catalina y La Caleta eran como dos anclas que sujetaran a aquel mar plomizo y gris. No había conseguido hablar con Celia. Siempre con el teléfono apagado, fuera de cobertura o sin descolgarlo por su parte.

Acabé dejándole un mensaje escrito. “Estoy en el chiringuito de la Quilla, junto a La Caleta. Quisiera verte”.

Pero no había obtenido ninguna respuesta.

Yo fumaba un cigarrillo tras otro mirando al mar. Que era como un espejo lleno de tristeza.

Cuando todo podría ir tan bien, pensé. El cruel Robert ya no estaba en este mundo. Y yo tenía las manos libres para liquidar con Fran las últimas cuentas pendientes de mi pasado. Y de mi presente.

Y, luego, podría rehacer mi vida. Sí, aquella vida última que había llevado hasta entonces ya no me saciaba. Era un mundo, en el fondo vacío, solo lleno de posturas, de impostación y de máscaras. Con un dinero fácil, eso sí, que estaba muy bien, pero que solo te compraba el líquido para seguir brillando tu armadura.

En algún momento Figueroa me llamaría y arreglaríamos cuentas. Había un buen pellizco para mí, adicional al adelanto que me había hecho Fran. Con eso podía empezar una nueva vida en algún sitio lejano y apartado del mundo. Tal vez en África, organizando safaris. O en Australia, donde buscaban granjeros para dominar y rentabilizar aquellas amplias llanuras.

Sí, yo fumaba un cigarrillo tras otro, tratando de apresar aquel futuro que soñaba. Porque lo más importante ya lo tenía: una buena compañía para compartir todo aquello. Sí, Celia había irrumpido en mi vida con aquella fuerza que nos unía, y nos uniría, de una forma tan definitiva.

Y yo, además, sentía que ella siempre había estado ahí. Desde cuando aguantaba la respiración en los bosques de Conesa, en aquellos instantes en los que tenía a mi presa en el punto de mira. Y entonces esperaba el momento justo. Mi momento. Mi clímax.

Ella ahora era mi momento. El golpe íntimo del destino que me haría cambiar de vida, de una forma decisiva, a partir de entonces. Curado y recuperado de aquel otro y duro zarpazo de la fortuna.

Como a ella, que también la había golpeado con dureza el destino. Pero yo la curaría de sus heridas. Yo la protegería. Yo le haría sentirse importante. Y feliz. Se lo merecía. Como yo.

Como también la pequeña Ali. A la que yo no podía dejar abandonada, sola. Indefensa como aquel rayón de los bosques de Conesa. A merced de aquel submundo que acabaría destruyéndola como a su madre.

De hecho parecía un milagro que hubiera sobrevivido a él. Tal vez su refugio en la

literatura, en aquel mundo inventado y mágico de las palabras, la había salvado.

Y luego había aparecido yo, que era un náufrago como ella, tan solo en el ancho mar como ella y que podía hacer tanto, sin embargo, por ella.

Qué mejor destino para mi dinero que recuperarnos los tres para la vida, para un mundo nuevo y diferente.

Sí, yo fumaba y fumaba, esperando. Y soñaba ya con la huida. Porque ya solamente me faltaba una cosa por hacer. ¡Fran! ¡Y la sentía tan próxima! Sabía que ocurriría en días, casi en horas. Por ello estaba allí, esperando que aquel futuro comenzara. Celia llegaría. Tenía que llegar.

Sí, entonces la oí.

– Creo que me andabas buscando –me dijo desde detrás de mí.

Entonces me giré y la vi y le miré a los ojos. Estaba allí frente a mí. En aquel chiringuito junto al mar, que ahora nos abrazaba.

Se sentó a mi lado. La sentía un tanto triste y extraña. Y misteriosa. Como el mar de noche.

– ¿Qué ha pasado con tu casa? –le pregunté, mientras le recorría la cara y el pelo, tan negro como la noche.

– Al final han conseguido echarnos. Creo que Fran se la ha pasado a un policía corrupto, un tal Darío, probablemente para usarla de almacén clandestino.

Sí, eso más o menos lo sabía. O lo intuía. A mí me interesaban otras cosas.

– Vi a Robert –y me quedé esperando la reacción de sus pupilas.

Ella pareció cansada de repente.

– ¿Y ...?

Algo me impelía a hurgar en el pasado. Antes de ofrecerle aquel futuro tan immaculado.

– Fue algo más que un polvo, ¿no es así? –le dije.

Ella dudó en si contestarme. Por fin, pareció querer hablar de ello, tal vez por última vez.

– Íbamos a casarnos. Incluso tenía el vestido de novia ...

Yo no acababa de entenderla. No cuadraba con lo que vi en los ojos de Robert.

– ¿Qué pasó en realidad?, no te veo tan ingenua ...

– No lo soy. Sabía lo que hacía, o al menos sabía que no hacía nada bueno, pero todo ese dinero te nubla la vista. Estoy harta de dejarme los pies bailando para cuatro turistas.

Pensé que eso era solo una parte de la verdad. La que ella quería ofrecerme. Yo le seguí la corriente.

– No hacen falta excusas, lo entiendo, si de algo sé es de lo que se puede llegar a hacer por dinero ... –le dije conciliador.

Ella me sonrió por primera vez. Tal vez agradecida.

– Ya ... el caso es que quise ser una puta y no pude, me faltó estómago y lo jodí todo. Robert no es la clase de hombre que acepta un no

La miré. Hubiera sido bonito que ella también hubiera llegado al final de la calle como yo. Eso nos uniría más.

Pero en su caso tenía mis dudas. Eso no era lo que yo había visto en los ojos de Robert. No parecía que hubiera estado dispuesto a casarse con ella. Aquella solo era pues una de sus caras, pensé con dolor. Y me rebelé contra ello.

– Para ya ... Mientes y sé que mientes –le corté encarándome con ella.

Yo quería que llegáramos a la verdad. A nuestro núcleo. Ella se soliviantó también.

– ¿Qué cojones dices? ¿Qué te da derecho ...? ¿Por qué no empiezas por decirme quién eres y qué haces aquí? Luego te diré si miento o no –me soltó como una gata herida.

Yo quería saber más.

-Te he dicho que vi a Robert –insistí – Fran me llevó hacia él ... – y guardé unos instantes de silencio – ¿Qué te da Fran por todo esto?

Celia dudó en si responderme a gritos o adoptar una posición de víctima. Y esto último es lo que hizo.

– Fran es un corrupto, un asesino. Me utilizó para llegar hasta Robert ... Me dijo que me mataría si no hacía lo que me ordenaba ... Es un monstruo, ¿qué querías que hiciese? Fran es capaz de cualquier cosa –y se le humedecieron los ojos.

– Ahórrate las lágrimas –le dije con una dureza que no sentía.

Sonó el motor de un coche que llegaba y que aparcaaba tras nosotros. Volví la cabeza y era Chicho, dentro de un viejo auto de color gris. Un coche vulgar y discreto. Y, sobre todo, limpio, sin antecedentes, supuse.

Salió del coche y se dirigió a mí. Y eso fue lo primero que me dijo.

– Está limpio, jefe. Y va como un reloj.

Me levanté. Le dije a Celia que me esperara un momento y eché un vistazo al vehículo.

– Servirá –le respondí, agradecido.

Luego, me metí la mano al bolsillo y le di un macillo de billetes de 500. Un par de ellos más de lo que habíamos convenido.

Chicho me mostró una sonrisa como si fuéramos los más amigos del mundo. Y me dio las llaves. Luego echó un vistazo indisimulado a Celia.

Entonces aproveché para sacarle una última información.

-¿Por qué tengo que tener cuidado con esta? –le pregunté, recordándole lo que me dijo la primera vez que fui a su apartamento a por las pistolas.

– Yo no sé nada.

– No empecemos Chicho ... – me acerqué amenazante.

– ... Bueno, baila muy bien, ya lo sabe usted ... Y es muy guapa, ¡salta a la vista!.. Pero como ella hay casi un montón. Se dice por ahí que esta quiere mucho más. Y está dispuesta a lo que sea por conseguirlo ... ¡Pero, oiga, yo no sé si es cierto, ya me entiendes ...! –acabó tuteándome, en aquel revoltijo de trato que utilizaba siempre.

Y se me quedó mirando expectante y temeroso, dudando en si había acertado o no con sus comentarios.

Yo no le dije nada más. Sólo le hice un gesto para que se marchara.

Él relajó el rostro, se giró y, sin decir palabra, desapareció por las solitarias calles del viejo Cádiz.

Yo volví junto a Celia. Había llorado todo aquel rato.

– Sólo soy una miserable atrapada entre esos monstruos. Esto es demasiado grande para mí. Pensé que podría sacar algo y me pasé de lista. Esa es la verdad y me importa poco que me creas o no.

De repente la creí. Y, además, quise creerla.

– ¿Tienes a donde ir, hasta que acabe todo? –le pregunté limpiándole las lágrimas con mi pañuelo.

Ella me lo pidió y se quedó con él.

– No te preocupes por mí. Envíame un mensaje y estaré aquí cuando vuelvas ... si es que vuelves.

Entonces me pareció ver a la auténtica Celia: cansada y desvalida. Que, en el fondo, era como yo. Y como Ali. Tres mimbres para hacer un buen cesto. Con todo el tiempo por delante. En el futuro.

Me acerqué y le acaricié el rostro.

Ella se arrebujo en mi hombro.

– No hagas eso ... –me susurró.

– ¿Por qué? –le sonreí con cariño.

– Porque me podría venir abajo ... He peleado tanto ... sola. No sé si puedo aguantarlo más ... necesito ... Creo que necesito que alguien por una maldita vez cuide de mí, para variar ...

Yo le levanté la cara y me zambullí en aquellos ojos que eran como el mar. Calmos, negros y dulces.

Entonces la besé y ella se derrumbó entre mis brazos, llena de estremecimientos.

Esa misma noche me dirigí a la gran refinería de San Roque. Iba conduciendo el discreto coche gris que me había facilitado Chicho. Me sentía contento mientras recorría los ciento veinte kilómetros que había de distancia. Y, también, ansioso de poder ajustar cuentas, de una forma definitiva, con el pasado.

Fran no solo había liquidado a mis abuelos, aunque fuera en connivencia con Robert, sino que también había hecho todo lo posible por matarme a mí y sacar él provecho a cambio. No podía dejar las cosas así. No, si quería luego empezar una nueva vida. Sin aquel ardor en el estómago, que me recordaría todos los días que yo había sido un cobarde por dejar que aquel tipo nos hubiera masacrado a mí y a mi familia.

No había tráfico a aquellas avanzadas horas de la noche. Ya faltaba poco para llegar y yo iba paralelo al mar. Mi solitario y callado cómplice.

De repente, a lo lejos, apareció la refinería Petróleos y Derivados del Sur, que se alzaba como un castillo en la costa, con algunas torres y almenas iluminadas. La refinería debía de funcionar, para ser eficiente, día y noche. Y, junto a ella, estaba el puerto a donde llegaban los petroleros desde Argelia y desde Tarragona. Y también, desde casi todas las partes del mundo, cargueros diversos que suministraban líquidos y materiales auxiliares y también productos refinados que la propia refinería compraba, para luego revenderlos a sus clientes si con ellos conseguía un margen.

Al fondo, tras la refinería se dibujaba la sombra del Peñón de Gibraltar con todo un enjambre satélite de barcos grandes, medianos y pequeños que lo rodeaban.

Seguramente el Puerto de la Refinería era el sitio más seguro, pero también más exclusivo, solo al alcance de unos pocos, para introducir la droga en la zona. Barry me lo había explicado muy bien. Había dos métodos de entrada fundamentalmente: tirar la carga al agua en un sitio convenido, donde la recogería el barco o yate receptor. Esto era propio de cargamentos pequeños.

O bien, para cargamentos de gran volumen, introducirlos directamente en el puerto y, luego, allí sacar los containers del barco tranquilamente y cargarlos en los camiones que los llevarían al lugar de almacenamiento para su distribución.

Este último era el caso. Claro, que para ello, hacía falta una gran infraestructura y una cadena de complicidades y sobornos, que incluía a la propia policía de aduanas y local, considerable: capitán del carguero, jefe de descarga en el puerto y responsables de los camiones del transporte, documentación de aduanas y, por supuesto, un almacén seguro para, desde allí, distribuirlo a los clientes mayoristas que, a su vez, lo filtrarían por sus redes a los consumidores finales.

Y detrás de la refinería estaba el denominado Puente de Mayorga, un pueblo feo y gris al

que no llegaban sino las migajas de todo aquel trapicheo que todo el mundo sabía que transitaba por la zona pero que, unos por otros haciendo la vista gorda, al final quedaba la casa sin barrer y unos cuantos con una pasta gansa en el bolsillo, por supuesto.

Yo dejé el coche justo junto a la pequeña playa de Mayorga, al lado del pequeño puente de piedra sobre el arroyo, que daba precisamente a la gran finca donde se encontraba instalada la refinería.

Desde allí no me fue difícil, aprovechando la noche, introducirme dentro del complejo de la misma. Y, desde allí, acceder al puerto.

El puerto tenía solo ocho atraques en un pantalán situado como a cien metros de la costa, dado que para los petroleros grandes no tenía suficiente profundidad y estos estacionaban junto a una gran boya en alta mar.

Así que fue fácil localizar al carguero de la operación, máxime si en el muelle, frente a él, se encontraba Fran en persona, negociando con un hombre que portaba unas gafas aparatosas y que tenía pinta más de contable que de mafioso, al que luego supe que le llamaban, precisamente, “El Gafas”.

Yo me acerqué casi hasta donde estaban. Y me escondí tras una marquesina mientras que ellos también se situaban en un rincón lleno de penumbra. Pero estaba tan cerca que pude verlo y oírlo casi todo con bastante nitidez, lo que me perdí era fácil de imaginar.

Ví cómo Fran firmaba y luego entregaba algunos papeles al “Gafas” que supuse se correspondían con los documentos del embarque de los containers del cargamento de droga, que luego acabarían en algunos de los camiones que yo había visto en las afueras del muelle. Los containers llevarían una mercancía absolutamente legal, de cebo, y oculta en su interior estaría la droga.

“El Gafas” pareció revisarlo todo y entregó a Fran una bolsa de cuero marrón que, seguramente, era el pago parcial de la mercancía. Fran la revisó también a fondo. Barry me había dicho que el pago no solamente sería en dinero, porque luego habría que blanquearlo y eso siempre era un problema, sino que habría también bonos al portador absolutamente líquidos en cualquier país. El resto, probablemente, se lo entregaría cuando la mercancía estuviera bien guardada en el almacén, que la gente de Fran y de Darío estaban acondicionando en el edificio donde antes estaba el burdel y la academia de Celia.

Desde allí, el plan era que “El Gafas” y la organización de Figueroa distribuirían la droga a los clientes mayoristas de Robert, que ya habían efectuado los pedidos. Y, una vez conocidos los vericuetos del negocio, Figueroa, a través de Barry y de mí mismo, quitarían de en medio a Robert y Fran y se quedaría con el negocio, para adaptarlo a su nuevo y exitoso producto: una versión del Hydrocodone. Sí, ese había sido el plan. Pero Fran había actuado rápida y sagazmente para que el resultado final fuera muy otro, claro. Y, hasta entonces, le había salido perfecto.

– ¿Todo OK? –resumió al final “El Gafas”.

– Sí –le contestó Fran.

– Figueroa se va a enfadar. Y mucho –avisó “El Gafas”.

– Es cosa nuestra. No le va a quedar más remedio que llegar a un acuerdo, si quiere recuperar algo de lo que ha puesto.

– Hay rumores también sobre Robert –continuó “El Gafas”.

– Sí, que se ha hecho maricón, ¿no te jode?

– No exactamente –dijo “El Gafas”.

– Pues el mismo fundamento tienen –respondió con contundencia Fran. Con la misma

firmeza que había cerrado la cremallera de la bolsa.

Los dos hombres se dieron la mano. “El Gafas” subió por el puente al carguero. Seguro que después iba a hablar con el capitán del mismo. Al que ya conocería muy bien de otras veces. Y que estaría en la tostada, por supuesto. Para ir avanzando en el papeleo del traslado de los containers y en los detalles.

Fran caminó con su bolsa de cuero hacia fuera del puerto. Yo lo seguí a distancia, cobijándome en las sombras.

Fran tenía su deportivo aparcado en un rincón bajo unos árboles. Era un sitio muy discreto. Yo preparé la Glock con un silenciador de primera.

Se dirigió al coche por la puerta del copiloto y se agachó un segundo para dejar la bolsa bajo el asiento del mismo. Cuando levantó la vista ya le estaba yo encañonando frente al parabrisas.

Llevaba aquella sonrisa insolente de triunfo.

Yo no tenía por qué aguantarla más y le disparé a quemarropa. Pero no a la cabeza sino a un lado del cuerpo.

Le acerté donde quería darle. Entre el hombro y la clavícula. Un sitio realmente doloroso pero en absoluto mortal.

Él cayó de rodillas y me miró sorprendido. Pensaba que lo había herido de muerte. Y se le borró de inmediato la sonrisa. Luego se palpó la herida y recuperó el aliento.

Yo me acerqué a él sin dejar de encañonarlo y lo empujé contra el coche, sentándolo en el suelo. Allí, bajo los árboles, me sentía como en un sitio muy discreto y seguro. Y no había nadie alrededor. Ni ningún coche aparcado cerca tampoco.

Fran trataba de recuperarse y de disimular el gran dolor que sentía. Yo me agaché a su lado y lo desarmé quitándole la pistola de la sobaquera. Luego chequeé que no tuviera ninguna otra.

Él jadeaba y se mantenía en silencio.

Cuando lo tuve todo controlado le apunté a la cabeza.

– Se acabó, Fran.

Fran quería seguir manteniendo el tipo. Aparentando que tenía todavía bazas para negociar. Seguramente, el hecho de que no lo hubiera matado todavía le hacía sentirse fuerte.

– ¿Pero qué coño estás haciendo? – me dijo como si yo estuviera loco.

– Así que se la has jugado también a Figueroa. A Robert y a Figueroa a la vez. Para convertirte en el puto amo ...

– No me digas que no te alegras de que Robert esté muerto. Y por Figueroa no te preocupes. No le quedará otra que hacer negocios conmigo, pero ya no como su lacayo, sino de igual a igual. Los dos somos profesionales.

Sí, Fran era un auténtico gallo.

– ¿Qué pasó entre Celia y Robert? – no pude por menos que mencionarle aquel asunto que a mí todavía me mortificaba.

Fran sonrió.

– Al final Robert prefirió a la masajista. Decía que era más completa. Ya sabes, le daba gusto y le quitaba los dolores a un tiempo ...

Yo también sonreí. Aunque por otros motivos. Al final Celia era tan orgullosa como yo siempre había pensado, me dije, contento, para mis adentros. A mí no me hubiera reconocido nunca su abandono.

Entonces la vi como siempre la había visto, como una mujer desvalida en el fondo. Y la quise un poco más, si cabía.

– ¿Y qué hay entre ella y tú?

Fran volvió a sonreírme con superioridad. Como desde una edad y experiencia mayores que la mía.

– Ya nada. Era una mujer despechada y me vino bien para mis fines. Me ayudó contra Robert, porque además se le ha despertado una ambición sin límites.

Tal vez me notó en mi rostro cómo impactaban en él sus palabras y continuó con desenvoltura, a pesar del dolor que debía sentir en el hombro, tratando de tranquilizarme en este punto.

– Vosotros, sin problema. Vivid la vida –y me hizo un gesto de colega, como si fuéramos dos compañeros del colegio que se hubieran fijado en la misma chica – La mitad de la bolsa es tuya. Disfrutad. Desaparece – luego se me quedó mirando más fijamente – Eres un sentimental, no vales para esto. Déjame a mí.

Yo me volví a acercar y, sin dejar de encañonarlo, busqué entre los bolsillos interiores de su chaqueta. Hasta que encontré su teléfono móvil.

Lo saqué y se lo di.

– Diles que suelten a la cría, y te dejaré vivir –le espeté.

Fran cogió el teléfono con una alegría que trataba de contener, pintándosele en el rostro.

– ¿Ves? Ya dije que eras un sentimental –me habló con una voz de profesor o de hermano mayor.

Entonces, con aquella sonrisa insolente en su boca de nuevo, se dispuso a marcar.

Pero yo le detuve, moviendo negativamente la pistola de un lado para el otro. Mientras enseñaba en mi cara una mueca, que era igual que su sonrisa. ¡Para ver si se enteraba de una vez!

En aquel momento él se dio cuenta de cuál era su situación. De que había perdido la partida. Definitivamente.

Sobre todo cuando yo amartillé el arma y se la puse en la sien.

Él, por fin, dejó de jugar al ratón y al gato conmigo.

– Ya sabes que no tengo a la niña, ¿verdad? –me miró serio y a los ojos.

Yo asentí con la mirada. Luego le dije, para mortificarlo, para que viera de qué forma había perdido:

– Estaba allí mismo, bajo la cama ... No la viste.

Se sintió derrotado. Y yo percibí que había llegado mi momento. Como cuando tenía en el centro de mi punto de mira a mi presa en el bosque.

– Me vas a matar aunque te lo diera todo, ¿verdad? –me habló totalmente abatido.

Yo por fin iba a saciar aquella sed que me quemaba desde hacía ya tres largos años.

– No me puedes devolver a mis abuelos –le dije gélidamente.

Las luces de la refinería iluminaban su rostro. Me retiré medio metro y él cerró los ojos.

Fue exactamente como cuando iba de caza con mi abuelo. De hecho lo sentí a mi lado en aquel momento. Y eso me alegró.

Sonó un disparo sordo. Y a mí se me relajó el rostro. Había hecho tablas con el destino. A partir de entonces ya no me sentiría disminuido, golpeado y apaleado como un perro sarnoso.

A partir de entonces empezaría a construir el futuro.

Pero antes tenía que hacer algunas cosas más.

Aupé el cadáver de Fran y lo arrastré hacia la otra puerta del coche. Abrí la misma y lo senté frente al volante. Luego cerré el vehículo.

Abrí el depósito de gasolina, me saqué el pañuelo del bolsillo y le prendí fuego con el mechero. Después lo introduje en el depósito del carburante.

Me alejé de allí a toda prisa, mientras el coche se incendiaba y luego ardía en su totalidad tras una fuerte explosión.

Los vigilantes de la refinería y los empleados se acercaron descontroladamente a ver qué pasaba.

Para mí fue muy fácil cruzar la refinería en sentido contrario, salir por la parte de atrás y llegar al pequeño puente de piedra de Mayorga, frente a la playa del mismo nombre.

Allí estaba el coche que Chicho me había facilitado esperándome. Entré en él con la bolsa de cuero marrón en la mano. Y la puse a mi lado, en el asiento del copiloto, mientras arrancaba.

Y sentí que el futuro se sentaba también a mi vera. Mientras respiraba de una forma nueva y el aire me llegaba puro y fresco a los pulmones. Como si, de repente, hubiera superado una larga, penosa y peligrosa tuberculosis.

Llegué a mi apartamento, cansado pero muy contento. Traté de no hacer ruido ninguno ni encendí las luces al entrar, manejándome solo con la del móvil. Para no despertar a Alicia que dormía en la habitación, según pude comprobar. El día anterior cuando la encontré bajo la cama habíamos hablado mucho, casi lo sabía ya todo de ella. Y ella de mí. Casi todo lo que podía decirle hasta entonces.

Eran como las cuatro de la mañana. Le puse un mensaje a Celia: “Te espero esta mañana a las diez en el chiringuito de la Caleta. ¡Nos vamos!”.

Luego, me eché sobre el sofá sin desnudarme y me tapé con una toalla del baño. Quería dormir dos o tres horas.

Cuando amaneciera sería el primer día del resto de mi vida como decía el dicho. Pero en mi caso sería, además, el primer día de una vida que merecería la pena ser vivida a partir de entonces.

Quizá Figueroa me ofreciera continuar con él. Había hecho muy bien mi trabajo, teniendo en cuenta todas las dificultades y la misteriosa ausencia de Barry. Y podría seguir viviendo aquella vida cómoda y muelle que te otorgaba el dinero fácil y abundante que obtenías.

Pero en aquel mundo, tan expuesto, y con tantos enemigos, no podían tener cabida ni Celia, ni la pequeña Alicia. Inclusive, aunque yo convenciera a Figueroa y obtuviera su apoyo para seguir en la organización pero con ellas, nunca llegaríamos a ser una familia normal. Como la que yo aspiraba a volver a tener.

La mía ya había sido vengada y yo me encontraba libre y renovado por dentro. Y ahora una fuerza interior me impulsaba a reconstruir mi propia familia. Y mi corazón ya había elegido los mimbres para hacerlo.

Dispondríamos de mucho más dinero para empezar del que contaba la inmensa mayoría de la gente. Muchísimo más.

Y teníamos todo el mundo para instalarnos, nada nos ataba a ningún sitio concreto a ninguno de los tres, dado que estábamos absolutamente solos en el mundo. Podríamos alejarnos de aquel submundo del hampa del que toda la gente decía, por otra parte, que era tan difícil salir.

Nosotros lo conseguiríamos y tenía para ello la palabra de Figueroa. Y yo confiaba en él.

Con estos pensamientos me dormí como en un edén, como en un jardín bellissimo que, al final, era una sucesión de imágenes de los bosques de la Patagonia donde yo fui feliz de niño.

Me despertó la alarma del móvil. Eran las siete en punto de la mañana. Fui a apagarla y me encontré con el mensaje de Celia: “Ok a las diez. Pero en el chiringuito “El amanecer”, en la Playa de la Victoria. Antes de llegar, pasado otro chiringuito llamado Polito, verás algo que te

gustará. ¡Estoy segura!”.

Celia parecía animada. En la Playa de la Victoria había muchos hoteles y apartamentos. Seguro que había tomado una habitación en alguno de ellos. Y me encantaba el nombre del sitio. Sí, “El amanecer”. Era lo más apropiado para nosotros. Para empezar nuestra nueva vida.

Me asecé y me lavé la herida del brazo. No había sido nada. Una rozadura de bala sin apenas daño. Luego me dispuse a levantar a Alicia. Quería comunicarle mis planes. Allí no tenía pasaporte y era un problema el viajar con ella porque era menor de edad. Únicamente podríamos ir, sin pasaporte, a los países Schengen, que eran los más cercanos y, por ello, los más peligrosos.

Además no sabía todavía la reacción de Figueroa a mis propósitos. No podía exponerla, trayéndola conmigo. En unos meses, cuando nos encontráramos ya seguros, vendría yo a por ella o la citaríamos en algún sitio.

Pero con Alicia las cosas no habían ido bien, reflexionaba yo, caminando por la playa de Cádiz al encuentro de Celia. A pesar de que yo estaba muy seguro de que había hecho lo que debía. Lo mejor para ella y para nosotros.

Sí, las cosas se arreglarían pronto, me decía yo a continuación. Ella era muy pequeña todavía para entenderlo. Ya lo haría más tarde y se alegraría una enormidad cuando estuviéramos juntos. Sabría todo lo que la quería. Y se iba a acabar definitivamente su vida de penurias y violencia.

Sí, aunque yo no podía dejar de recordar a la pequeña Alicia y nuestra última conversación. Que me dejó lleno de pena. Y de dolor.

Al principio, cuando la desperté, se llevó una gran alegría.

– ¡Hola jefe!, pensé que a lo mejor ya no venías.

– ¡Pues ya ves que estoy aquí. ¿Tienes algo para desayunar?

– ¡Pues, claro! ¡Tú no me conoces, no sabes lo buena ama de casa que soy!

Y saltó de la cama deseando demostrármelo.

– Bueno, bueno, el caso es que ya me voy dando cuenta de algunas cosas ... – bromeé.

La verdad es que la niña preparó, con mi ayuda, un desayuno consistente. Pan de molde tostado, con zumo de tomate y aceite de oliva, que estaba de chuparse los dedos y, después, unos tazones de café con leche con unos bizcochos consistentes y de fundamento.

Luego estuvimos hablando de su madre. Me contó su historia de dolor y sufrimiento. Le apenaba no poder despedirse de ella. Y no saber qué es lo que había pasado. Pero, después de todo, casi lo veía como una liberación para Manuela, para su progenitora. Porque dejaba de sufrir. Así de madura era la niña ya tras tantas duras pruebas a las que la había sometido la vida. Y por ello, me agradecía tanto mi compañía y mi protección.

Esa había sido la parte bonita. Luego vino lo peor. Cuando le expliqué lo que había pensado.

Ya habíamos desayunado y estábamos los dos sentados en el salón. Yo había puesto junto a nosotros las dos bolsas de cuero: la mía negra y la marrón que le había quitado a Fran.

Alicia tenía la cara llena de lágrimas.

Y, en la mesa, nos miraban a ambos los sobrantes del desayuno, que eran como los restos del naufragio de nuestra reciente felicidad.

Y eso que, al final, yo le había acabado contando mi vida entera y ella a mí también lo poco que yo no sabía ya de la suya. Que eran, ambas, las de dos personas llenas de soledad que se

merecían poder comenzar de nuevo. Pero ella no estaba de acuerdo con mi decisión. De ninguna de las maneras podía aceptarla. Ni yo la suya. Ahí estaba el problema.

Ella comprendía y asumía, es más me animaba a hacerlo, el que saliera de España después de todo lo que había ocurrido. Y ella se uniría conmigo luego gustosa. Y seríamos una familia. Hasta ahí todo bien. Pero lo que no aguantaba ni por asomo era lo mío con Celia.

– No insistas más Ali. Lo hago porque lo siento así. Ya me entenderás cuando seas mayor – le decía con toda mi capacidad de convicción y de ternura mirándola a los ojos.

Pero ella se ponía como un basilisco. Se enrabetaba y gritaba llena de dolor y de desconsuelo.

– ¡Esa! ¡Esa es una zorra! ¡Un putón verbenero! ¡No sé cómo no lo ves!

Eso me decía. Y lindezas semejantes. Pero, cuanto más la oía, más defendía yo en mi interior a Celia. Ali no podía sentir lo que yo había sentido cuando la abrazaba en La Caleta y notaba su total desvalimiento, su fragilidad y su absoluta verdad.

Por eso mismo no necesitaba ya defenderla más ante ella. Porque Alicia no la conocía, o no lo suficiente, y tampoco podía sentir lo que era un amor de verdad. Era muy pequeña para saberlo. Me centraba en hablarle de nuestro futuro juntos.

– ¡No puedo llevarte ahora conmigo Ali, créeme! Vendré a por ti cuando me sienta seguro. Y entonces podremos vivir los tres fenomenal.

Pero ella seguía llena de enfado, de rabia y de frustración.

– ¿No ves que no te quiere? ¡Yo no pienso vivir con ésa! ¡Antes me quedo sola! – gritaba entre llantos.

Llegó un momento en que yo desistí de convencerla. Era muy evidente que resultaba imposible que aceptara de buen grado la situación. La de separarnos momentáneamente, quiero decir, y que yo me marchara con Celia. Así que me centré en los aspectos prácticos para que todo quedara lo mejor posible.

– Mira, Ali, aquí en esta bolsa –le dije señalando la de cuero negro – te dejo casi todo el dinero. Acabo de mandarle un mensaje al casero de que mañana le pagarás tres meses por adelantado. Aunque aquí te queda para vivir años ... Escucha, ¡Escúchame Ali!... –casi le tenía que gritar para que me hiciera algún caso – Si un día hay algún problema ...

Ella ni siquiera me miraba, volvía la cabeza y se tapaba los oídos. Aunque en el fondo yo sabía que me escuchaba. Era un pulso el que me echaba que yo no podía dejarle ganar. Porque no era posible en aquellos momentos.

Busqué en mi cartera la tarjeta de Teresa, que era la mejor persona que yo había conocido y, además, la única sobre la que yo tenía plena confianza en España. Pero Alicia, lejos de cogerla cuando se la di, la tiró despectivamente, sin mirarla siquiera, dentro de su bolsa.

– Bueno – pensé – por lo menos Ali ya sabe perfectamente dónde vive Teresa y cuando yo no esté delante probablemente se ponga en contacto con ella. Y, desde luego, si tiene el más mínimo problema sabrá quién puede ayudarla.

Luego cerré la cremallera de la bolsa de cuero marrón. La que sería la mía. Allí había algunos fajos de billetes y, sobre todo, una cantidad enorme, en bonos al portador.

Una vez hube organizado el contenido de las dos bolsas, una para cada uno, me acerqué a Alicia, para decirle hasta pronto y darle un beso en la mejilla. O un fuerte abrazo si me dejaba. Pero, ella, furiosa, retiró enérgicamente su cara de la mía.

Traté de no entristecerme, después de todo lo que estaba haciendo por ella. Era, al fin y al cabo, solo una niña y había que comprenderlo, me dije.

Luego extendí mi mano hacia ella. Como la de un verdadero amigo.

Solo trataba ya de despedirme. Una despedida momentánea. Con la tranquilidad además de que la dejaba absolutamente cubierta, en lo que las circunstancias lo permitían. Ya había vivido sola en condiciones mucho peores y siendo aún más niña y había salido adelante. Era lo mejor que podía hacer por ella en aquellos momentos.

– Adiós, Ali. ¡Cúidate! –le dije animoso.

Pero Alicia volvió a girar su cabeza para demostrarme lo ofendida que se sentía y, por lo tanto, insistiendo de forma rabiosa en que no quería ni mirarme.

Mi mano quedó extendida unos instantes en el vacío.

Tragué saliva. Me lo estaba poniendo muy duro la niña. Tal vez era eso lo que ella buscaba. Pero yo no podía hacer otra cosa en aquel momento.

Por fin recogí la mano sin lograr mi objetivo de, al menos, estrechársela, y me eché la bolsa marrón al hombro.

– Todo irá bien, ya lo verás ... – concluí buscando, infructuosamente, una última vez su mirada.

Me di la vuelta y me dirigí a la puerta de salida. Entonces, de espaldas, la oí.

– Era mentira que quisieras ser mi padre. Ni siquiera mi hermano ...

Yo me detuve un momento. Tenía alzado el brazo para agarrar el picaporte.

Quedé paralizado por aquel golpe de despecho de la niña. Que me dolía tanto.

Luego me repuse, con la certeza de que todo iba a cambiar muy pronto.

Y, sin contestarle, abrí la puerta. Salí y luego la cerré lentamente, sintiendo que dejaba allí algo muy importante de mí mismo.

A Alicia se le pasaron casi de golpe las lágrimas y las rabietas cuando yo me marché. Ya no tenían ningún sentido. Las había usado para intentar romper aquella relación mía con Celia, aunque no lo había conseguido. Esa era toda su frustración.

Luego respiró hondo y empezó a pensar con rapidez qué iba a hacer. Porque quedarse quieta no lo contemplaba. No, mientras pudiera hacer algo.

Miró entonces la bolsa que yo le había dejado. Y vio dentro la tarjeta de Teresa en ella. Pero también un papelito escrito a mano que sobresalía entre algunos fajos de billetes. Lo cogió, esperanzada, y lo leyó de un vistazo, por si era alguna dirección en el extranjero que le diera alguna pista sobre dónde nos íbamos a fugar Celia y yo.

Pero era el domicilio de Chicho que Raquel me había entregado a mí al llegar a España.

Alicia se quedó mirando un momento la dirección. Era un barrio antiguo y un tanto cutre del viejo Cadizn momento. Era un barrio antiguo y un tanto cutre del viejo Cdiera hacer algo.ádiz que no estaba muy lejos. Nada que tuviera que ver con el extranjero. Por ello lo tiró, malhumorada y frustrada, en la bolsa de nuevo.

Luego, sin mucho que hacer allí ya, escondió la bolsa debajo de la cama, se vistió apresuradamente, abrió la puerta y salió fuera, bajando a todo correr la escalera. No habría pasado ni un minuto, se dijo. Seguro que todavía alcanzaba a verme y podía seguirme, aunque fuera a distancia. Para seguir intentando alejarme de Celia, por supuesto.

S alí del apartamento con aquella espina clavada. Pero con la gran esperanza de resolver pronto aquella, por el momento, penosa situación. Eran las nueve de la mañana y tenía una hora para llegar a la Playa de la Victoria. Un periodo de tiempo confortable para aquella distancia.

Me apetecía caminar y disfrutar de aquella luz tan bonita de Cádiz y de aquel sol que salía, cada minuto que pasaba, con más fuerza entre las brumas y las nubes de la mañana.

Crucé el casco viejo hasta llegar a la Plaza de las Flores, llena de aquel bullebulle que se acrecentaría más tarde junto al Mercado Central. Y, luego, me dejé llevar por las callejas estrechas, llenas de historia y, tal vez, también, de sentimientos, de amor y de luchas, y de venganzas, por supuesto. Porque eso era la vida, en resumen: una partida de caza en la que tú defendías lo tuyo, y a los tuyos, de los depredadores que te acechaban, eliminando a los que te hacían daño o, simplemente, te ponían trampas en tu camino, según había aprendido yo a marchas forzadas en aquellos tres últimos años.

Llegué hasta la Plaza de la Catedral de la Santa Cruz, con aquel templo tan monumental y tan bello. Y con su alta Torre del Reloj. Aquel era un homenaje que los hombres hacían a Dios, árbitro de nuestras contiendas, para alabarlo sí pero, sobre todo, para pedirle favores y luego darle las gracias por ayudarnos en nuestras particulares peleas. Aquella ciudad, donde se acababa el mundo conocido y, por tanto, puerta de entrada y de salida de tantas invasiones, sabía mucho de saqueos y de venganzas.

Y de fortificaciones. Con férreas murallas, construidas a su alrededor, que defendían el corazón de lo tuyo. Que protegían a tu gente, a tus propiedades y valores, de los depredadores que venían. Matar o morir. Siempre había sido así.

Y, luego, a continuación, cuando se terminaba la guerra, había que reparar el daño y las heridas que te causaban en la contienda. Y, por supuesto, honrar el nombre de los caídos, vengándolos adecuadamente para restablecer su dignidad y su memoria. Esas cosas no se decían, ni se enseñaban en la escuela pero, cuando la vida te golpeaba duramente, te dabas cuenta de que eran así. Así de crudas y descarnadas. De verdaderas.

Por ello, cuando llegué a la catedral la miré un momento y me santigüé, dando gracias por estar vivo y por tener una segunda oportunidad de rehacer mi vida. Y de poder criar, y desarrollar a partir de entonces, los buenos sentimientos, que siempre crecen mejor al abrigo de la seguridad y de la protección que te dan la fuerza de disuasión y el dinero.

Y de ambas cosas me había pertrechado yo bien para el futuro.

Así que respiré hondo y me sentí bien. Dejé el templo y su plaza y, a su espalda, me acerqué, buscando la avenida Campo del Sur, de nuevo al mar. El de la otra orilla de la ciudad, el

de las playas.

Atrás había quedado ya la playa de la Caleta y, a cada uno de sus lados, los castillos de San Juan y de Santa Catalina, verdaderas fortalezas, mascarones de proa y primeras defensas de la ciudad, que tanto y de tantas guerras podrían hablar. Y también confirmar todo lo que yo me había dicho a mí mismo frente al templo de Dios.

Caminé paralelo al mar, que reverberaba de espejos azules y blancos. Y las gaviotas lo surcaban, no para admirar su belleza, desde luego, sino para atacar con saña desde lo alto a los peces que buscaban la luz de la superficie y atraparlos con su pico.

La lucha por la vida. Como siempre. Aunque el hombre, a través de la civilización, había conseguido dominar en parte al animal feroz y sanguinario que llevaba dentro. Pero no de forma definitiva. De vez en cuando, bajo su piel de oveja, salía el lobo depredador que era.

Depredador del resto de animales. Por eso era su rey, claro. Pero, también, ¡ay! de sus propios congéneres. De ahí debía venir el dicho de que el hombre era un lobo para el hombre.

Y un lobo mezquino y sanguinario como pocos. Y esa sangre derramada siempre gritaba, clamaba, venganza. Porque, ¿cómo se puede perdonar a aquel que ha segado lo único que un hombre tiene, que es su vida?

Sí, yo me encontraba por fin en paz, conmigo y con el mundo. Las cuentas habían quedado saldadas y ahora era el momento de los buenos sentimientos, de crear una familia, de ayudar a los desfavorecidos, de proteger e invertir en aquella criatura joven y valiosa que era Alicia, dinero y tiempo.

Sí, llegaba el tiempo, precisamente, de pasarme a la parte buena, y bonita y generosa, que todo hombre también lleva dentro.

Y yo, con estas disquisiciones, había llegado al final de las murallas que encerraban el casco viejo. A partir de las cuales comenzaba la ciudad nueva. Iba a dejar de ser un “tirillas”, como llamaban a los de Cai que vivían encerrados en el interior de las fortificaciones.

– Sí, comenzaba la vida nueva –pensé con júbilo-. Atrás quedaba aquel mundo que era el núcleo de nuestra animalidad. Y yo no quería permanecer más en él. Ni siquiera siendo un profesional aséptico del mismo, como ansiaba Figueroa.

Yo lo que quería era salir de las murallas y vivir libre y seguro lejos de él.

Por eso bajé a la Playa de la Victoria y pisé su arena. Dejándome embriagar por la cinta de espuma de su oleaje. Confiado en la fuerza de mis convicciones y, también, cómo no, en la bolsa que llevaba al hombro.

Concentrado como iba, no me daba cuenta de que la pequeña Alicia me seguía a una prudente distancia.

Sí, yo iba caminando por la playa y sabía, sentía, que estaba en el día más importante de mi vida. En el momento crucial en el que se decidía todo, como me ocurría cuando apuntaba con el viejo rifle del abuelo.

Sí, aquel era mi día. El comienzo de una etapa nueva y definitiva.

Tal vez por eso recordé, de golpe, toda mi vida hasta entonces. Desde cuando era un niño en la Patagonia y, luego, un guía de caza y, después, cuando el destino me golpeó tan duro. Aunque ya lo había hecho antes con mis padres, sin yo saberlo.

Y, cómo, aquel manotazo del destino, me había apartado del mundo de la inocencia y de los buenos sentimientos. Me había apartado también de Teresa, sin que ni siquiera hubiera tenido

tiempo apenas de acercarme de hecho a ella.

Y, luego, para defenderme, yo había tenido que bajar a las mazmorras. Y amurallarme. Y salir a escondidas afuera y trabajarme mi venganza. Que era también un trabajo de reparación y cicatrización de mis heridas.

Pero ahora todo eso ya estaba hecho. Y yo podía volver a la ciudad abierta y nueva, al paisaje del mar infinito, tranquilo y calmo. Y al de los cielos limpios y claros.

Sí, aquella playa tenía aquella mañana todo el significado del mundo para mí. Empezando por su nombre: la Playa de la Victoria. La victoria que ya había llegado y sobre la que yo asentaría un futuro esperanzador.

Entonces fue cuando lo vi. Aquello que Celia me había dicho que me iba a gustar tanto. ¡Qué bien me conocía!

Aquella escultura enorme, aquella muchacha que, cuando me acerqué, vi que era la diosa Gades, la fundadora de Cádiz, se había quedado desnuda contemplando el mar. Tenía una mano en la cadera y la otra a modo de visera para otear todo el horizonte, todo aquel océano que se desplegaba a sus pies.

Y a los míos.

Sí, era Celia, mi diosa Celia, desnuda de todo su pasado y mirando a todo nuestro porvenir.

Entonces, emocionado, aceleré el paso y corrí hacia el chiringuito que estaba a poco más de cien metros de aquella escultura de la diosa, que se levantaba en la arena de la Playa de la Victoria.

Pero, entonces, sonó el móvil y me detuve. ¿Quién podría ser? ¿Le habría pasado algo a mi Celia? Lo abrí temeroso. Indicaba número desconocido y, por una parte, me tranquilizó. No era Celia, entonces.

Estaba tan cerca de ella que veía ya el chiringuito, aunque a aquella hora todavía no había abierto. Pero no se divisaba a nadie allí. Por lo menos desde donde yo estaba.

Alicia también se detuvo, ocultándose detrás de una furgoneta del paseo marítimo. Para que yo no pudiera verla.

Descolgué y pregunté, tratando de adoptar aquel papel de tío seguro y firme que había aprendido con Figueroa y con Barry.

– ¿Quién es?

Me alegro oír la voz que escuché al otro lado.

– ¡Mero! ¡Aquí, Figueroa! Me dicen que tienes algo mío –se oyó en la lejanía el vozarrón del Gran Jefe e, inclusive, pude sentir su ojo malo mirando, por si acaso, la altura del muro que protegía su casa.

No lo noté especialmente enfadado. En su cartera de negocios, seguro que había al mismo tiempo unos que iban bien y otros, u otro, que había sido un fiasco y en el que le habían ganado por la mano, como era el caso.

Así que me animé.

– Como usted siempre dice, vamos a lo importante: el objetivo. Y el suyo y el mío han sido abatidos –me interrumpí por si Figueroa quería hacer alguna apostilla, pero permaneció en silencio, así que continué – Pero no todo ha ido bien. Fran se la ha jugado y me temo que ha

liquidado a Barry. Me reconforta que su hija quedará siempre a salvo con usted. Pero el dinero, por lo menos la parte que recibió Fran, la tengo yo. En cuanto me diga, le devolveré lo que sobra de la parte que acordamos para mí.

A Figueroa pareció que lo interrumpía alguien.

– Espera, espera un momento ... – le oí que decía.

Y, luego, al poco, volvió conmigo.

– Sí, todo eso lo sé. Y la hija de Barry tendrá toda mi protección. Ya me he hecho cargo de ella. Ya sabes que somos una familia –y se detuvo, esperando mi reacción a esta palabra, pero yo me mantuve en silencio, no quería enredarme más en esa organización, y yo sentía que tenía ya mi propia familia, así que Figueroa continuó con unos gramos de decepción-. Te daré instrucciones sobre el dinero. ¿Y tú qué vas a hacer ahora?

Sentí el dolor por la confirmación de lo de Barry. Un gran mentor y un gran amigo. Otro “Bariloche” leal que entregaba su vida para la causa. Quizá por eso me preguntaba Figueroa aquello que me había preguntado.

Sí, yo sabía que, cuando acabara mi misión en Cádiz, Figueroa volvería sobre este particular conmigo. En algún momento me había insinuado que tenía planes para mí. Y Barry me lo confirmó también. Pero a mí me interesaba más remarcarle que yo ya había terminado.

Y eso es lo que le dije. Además de quedar a la espera de las instrucciones sobre la devolución del dinero.

– Démelas rápido, porque voy a desaparecer. Yo ya he cumplido –le dije con seguridad.

De repente me había parecido ver a Celia, o su pelo, mejor dicho, en una mesita al otro lado del chiringuito, justo detrás del mismo, el cual me ocultaba la mayor parte de su visión.

Figueroa carraspeó. Se notaba que le costaba pedir favores. Que no estaba acostumbrado.

– Puedes llegar lejos a mi lado. Ser un profesional –y trató de dulcificar su vozarrón, que a veces producía temor, al decírmelo.

Yo seguía mirando aquellos cabellos que eran tan negríssimos como los de Celia. Y yo solo quería llegar ya a mi destino, que era ella.

Así que fui educado en el tono, pero muy firme en el fondo.

– No puede ser –le dije definitivamente.

Figueroa estaba acostumbrado a percibir la verdad y la fortaleza de sus interlocutores.

Así que no insistió. Sino que solo quiso confirmar las causas.

– Es por la bailaora y por la niña. ¿No es así? –afirmó más que preguntó.

Yo no quería entrar en detalles. Para qué.

– Por cosas que llevo dentro –le contesté, dándome cuenta, al decirlo, que confirmaba sus suposiciones.

Figueroa habló un tanto decepcionado.

– Eso no es de profesionales ... –y se detuvo un momento.

Pero fuera porque Figueroa ya se lo esperaba o porque, al fin y al cabo, yo tan solo era una gota en su océano, lo aceptó de buena gana.

– ... Pero ojalá te vaya bien –finalizó.

Tal vez me había cogido cariño. O, tal vez, pensaba él que, más pronto que tarde, volvería a su regazo. De aquel mundo, una vez se entraba, no era ni mucho menos fácil salir. Como también me había dicho Barry.

Luego continuó ya como Gran Jefe hablando del negocio.

– ¡Y cuida bien del dinero! Te llamo en un rato y te doy instrucciones.

Yo me seguía acercando al chiringuito.

– Lo haré. ¡Y gracias!

Y luego terminé con algo que, en cuanto lo dije lo supe, iba más que dirigido a él, destinado a mí mismo.

– Yo nunca fui un profesional –me despedí antes de colgar.

Como si aquello preparara mi entrada en la nueva etapa de mi vida que ahora comenzaba.

Figuroa no dijo nada y colgó antes que yo.

Yo también lo hice. Lleno de alegría.

Y, ya, bastante cerca del chiringuito, pude ver a Celia que estaba sentada en una mesita frente al mar.

Sí, era Celia, sin duda, que había venido puntual a nuestra cita.

Aunque, ella, de medio lado, mirando al mar, probablemente no me veía en aquellos momentos.

La llamé y Celia se giró. Estaba hablando por teléfono con el móvil. En cuanto me vio colgó.

Estaba guapísima. Aunque un poco seria. Con aquel semblante un tanto trágico que ponía ante las grandes decisiones.

Yo, rápidamente, aceleré el paso y, poniendo la bolsa sobre una de las sillas, me senté a su lado. Estábamos solos.

La miré a los ojos, a los labios. Al pelo, un tanto azulado, ahora con el sol.

– ¿Con quién hablabas? –le dije.

Me sonrió como solo ella sabía hacerlo.

– Con Belmonte –contestó-. Le he pedido que me recoja algunas cosas –añadió.

Yo quería hablarle de nuestro futuro juntos.

Abrí la bolsa que había dejado junto a ella. Se veían unos fajos de billetes y todos los bonos al portador metidos en bolsitas de plástico.

Yo estaba radiante. Con aquello podíamos iniciar una vida nueva donde nosotros quisiéramos. Lejos de allí.

– ¿Nos vamos? –más que preguntar, afirmé.

Ella miró al paseo marítimo y a la calzada, por donde circulaban los coches.

Y luego me miró a mí. Y tragó saliva.

– ¿A dónde? –dijo un tanto nerviosa.

Yo le ofrecí un mundo de seguridad, de esperanza y de futuro. Que estaba esperándonos.

– Al aeropuerto. Cogemos el primer avión. Cuanto más lejos, mejor –le dije mirándola a los ojos.

Ella bajó un momento la cabeza y luego volvió a mirar al paseo y a la calle, antes de volver a poner sus ojos en mí.

– Me temo que no ... lo siento, Isaac. Tengo que cuidarme yo sola.

No me lo dijo ni con un gramo de pena, ni tampoco con alegría. Solo desprendía una frialdad llena de distancia.

Yo me quedé un momento sin palabras. ¡No me lo podía creer!

Pero era mi Celia la que estaba allí. Así que intenté acariciarle la cara para que reparara de nuevo en mí. Ahora, desviando la mirada de mis ojos, se había puesto a observar el mar.

De repente los oí. Y me giré hacia la calle donde antes había estado mirando Celia. Aparecieron tres coches de policía haciendo sonar las sirenas.

Se salieron de la calzada y, subiéndose en la acera, entraron en el paseo que daba a la

playa y se desplegaron en abanico frente al chiringuito.

De repente, miré a Celia y lo entendí todo. Ella desvió la mirada de nuevo.

– Robert, Fran, yo ... ¿con quién estás? –le dije, mientras me palpaba mis dos pistolas –
¿Quién es ahora el jefe?

Pero Celia no contestó. Se la veía muy incómoda, como si no me conociera.

Comenzaron a salir de los coches media docena de hombres uniformados con Darío al frente.

Yo reparé en el móvil de Celia que estaba en la mesa. Lo iluminé y vi la última llamada. Era precisamente a Darío.

Inquirí a Celia, mirándola a los ojos, mientras me sacaba la Glock y la Beretta y las mantenía listas por debajo de la mesa.

Ella me contestó aguantando mi mirada.

– Siempre necesito protección –me dijo.

No era verdad. Los demás necesitábamos protección frente a ella, pensé, por fin clarividente.

En un momento me di cuenta de todo. Cuando ya nada tenía remedio.

Los hombres de Darío se acercaban.

Entonces la vi. Justo detrás de ellos. Saliendo de detrás de una furgoneta. Mirando asombrada lo que pasaba.

– ¡Eh, Mero! –gritó Darío, con su pistola en la mano.

El resto de los policías también sacó sus armas.

Yo me puse en pie, mientras Celia se alejaba de allí. Y levanté mis dos automáticas contra ellos.

Alicia empezó a gritar, corriendo hacia mí.

– ¡No, no, no ...! ¡Espera ...!

Y su voz empezó a ser inaudible entre el ruido de los disparos.

Hay puñales en las sonrisas de los hombres; cuanto más cercanos son, más sangrientos.
William Shakespeare

CUADERNO ÚLTIMO
LA CIUDAD DE LAS APARIENCIAS Y LA DIOSA GADES

El Hotel Meliá Don Pepe de Marbella añadía, de forma ostensible, la palabra Gran a su nombre y a su categoría: Gran Meliá y Gran Lujo, por supuesto.

Era uno de los establecimientos más representativos de toda la costa, donde recalaban todos los que se sentían alguien. No solamente en la zona, sino a nivel internacional. Particularmente los árabes del Golfo Pérsico.

Tenía una entrada y un lobby de mear y un jardín sobre la playa de Marbella, con una glamurosa piscina redonda, rodeada de palmeras.

Y las suites eran espectaculares y, no digamos, aquellas que también añadían a su nombre la palabra Gran: Gran Suite del Gran Meliá Don Pepe, Gran Lujo. El no va más.

Hacía un día de finales de primavera, lleno de la luminosidad que tiene Marbella por esas fechas. El mar reverberaba sobre el ventanal de la suite.

Celia, vestida de Hermès, guapísima y elegante, terminaba de maquillarse frente al espejo del aparador. Se había levantado tarde, desayunado en la habitación y luego había gastado la mañana en el gimnasio, en la piscina y tomando el sol en el jardín. Le gustaba causar sensación entre los huéspedes del hotel. Se ponía un diminuto bikini negro que le hacía un extraño juego misterioso con su pelo y levantaba las miradas a su paso.

Tenía la exuberancia que le había dado la naturaleza y ella le añadía el ejercicio constante con el que moldeaba su cuerpo, que lo hacía más apetitoso, si cabía, más equilibrado y más distinguido.

Ya no bailaba. No le salía de dentro. Pero se había hecho una discípula de los gimnasios y del spa. Y una maniática de la alimentación y de la moda. Esa combinación la hacía una mujer a la que bien se podría anteponer también, como al hotel, el adjetivo de Gran.

Hubiera parecido que estaba sola en la suite si no se escuchara acolchadamente el ruido de la ducha en el cuarto de baño contiguo y la voz de un hombre canturrear en él.

Entonces llamaron a la puerta.

Celia no se apresuró. Se terminó de pintar de un rojo intenso la última uña, que resaltaba sobre su piel tostada, mientras decía.

– Un momento, por favor.

Luego se levantó y avanzó hacia la puerta recorriéndose en sus propios pasos. Antes de abrir se echó un último vistazo en el espejo que había en la recepción de la suite y se gustó. El espejo le ofreció la imagen de una mujer muy sofisticada.

Alguien diría que, tal vez, también altiva, algo fría y distante. Pero eso a ella no le importaba. Es más, probablemente disfrutaba con ello. Había conseguido crearse su propio papel,

como una importante estrella. Y esa apostura, esa apariencia, ella no hacía sino perfeccionarla y afianzarla cada día.

A su alrededor se morían de envidia, claro.

Celia abrió entonces la puerta y entró un camarero que se quedó mirándola un segundo, embobado, y luego empujó una mesita de ruedas, portando un selecto almuerzo con una cubitera de champán incluida.

Sí, habían decidido comer algo rápido en la habitación, nada más ducharse y arreglarse, porque luego les habían invitado unos amigos, árabes precisamente, en Granada a pasar el resto de la tarde y la noche.

El camarero, después de colocarle en la mesa de la suite el almuerzo, le extendió a la firma la comanda y, entonces, aprovechó para recorrer más detenidamente a aquella preciosidad. Celia se gustó una vez más. Firmó la nota y el camarero, muy a su pesar, se dio la vuelta dirigiéndose a la salida. Por la puerta entornada había entrado una joven, también con el uniforme del hotel, que se cruzó con el camarero cuando éste salía.

Se parecía mucho a Alicia, solo que mucho mejor vestida y más mayor. Debían haber pasado unos cuantos años.

La joven se acercó a Celia, que estaba sentada de espaldas, dando los últimos toques a la mesa donde iban a comer a continuación. Extendió una mano que, antes, llevaba oculta a la espalda, y que portaba una pistola automática con un gran silenciador, y le apuntó.

– Hola Celia. ¿Te acuerdas de Alicia, la pequeña ladrona?

Celia se giró al reconocer aquella voz y, al verla, aunque simuló no sorprenderse del todo, no pudo evitar exclamar.

– ¡¿Cómo demonios has dado conmigo?!

Alicia había crecido y también había perfeccionado aquella seguridad que ella también tenía cuando atracaba a sus víctimas.

– El dinero deja un rastro fácil de seguir. Además, tú sigues siendo una zorra muy estúpida –le dijo, ajustando el tiro de la pistola a la altura del corazón.

Celia sin arredrarse en absoluto, inclusive con una leve sonrisa en los labios, se acercó entonces a la cubitera y empezó a descorchar el champán.

La ducha seguía sonando. Y también el canturreo del hombre que parecía que se animaba en sus tarareos cada vez más.

Así que, concentrado como estaba en ello, no debió escuchar el ruido del tapón de la botella de champán. En el labio superior de Celia se percibió un leve temblor de enojo por ello. Que luego lo borró con una sonrisa, si cabe más cautivadora.

– Supongo que no te apetece, pero yo necesito una copa ... – se sirvió el champán – ¿Cuánto quieres exactamente? –terminó mirándola a los ojos con tranquilidad.

Y se llevó la copa a los labios.

Alicia sonrió también.

– ¿De cuánto dinero estamos hablando? –se interesó.

Entonces se oyó cesar el ruido de la ducha y Alicia encañonó más de cerca a Celia. Al tiempo que le hacía un gesto, llevándose el índice a los labios, de que guardase silencio.

Al poco apareció un hombre enfundado en un albornoz.

– Cariño ...

En cuanto se dio cuenta de la situación hizo ademán de retroceder al dormitorio para alcanzar su pistola que estaba sobre la mesilla.

Pero Alicia, casi sin pestañear, lo abatió de un disparo allí mismo. Y Darío cayó junto al

quicio de la puerta corredera, que separaba el dormitorio del salón de la suite. Tenía una gran mancha roja en el pecho. La muchacha lo miró y se acordó entonces de su madre mientras sentía un gran bienestar reparador.

Alicia volvió a encañonar a Celia, de cuyo rostro había desaparecido la sonrisa, teniendo ya entonces en él la mueca del miedo pintada en la cara.

Y la muchacha retomó la conversación con seguridad

– Repito, ¿de cuánto dinero estamos hablando?

Celia relajó por un momento el semblante y hasta emitió un suspiro de alivio.

– De más de lo que puedas imaginar ... –y volvió a mostrarle una sonrisa marca de la casa – Y la mitad puede ser tuyo –añadió cautivadora.

Alicia cada vez se mostraba más gélida.

– No me basta –dijo secamente.

Levantó la pistola y apuntó a la altura de la cabeza.

Celia sintió que se le escapaba la orina por entre los muslos.

– ¡Está bien! ¡Está bien! ¡Te lo doy todo! –dijo tapándose la cara con las manos.

Alicia cada vez estaba más cerca.

– Isaac valía más –y su voz se le quebró ligeramente al decir aquel nombre. Luego acercó más la pistola.

Celia estaba desesperada. Se sentía perdida, sin escapatoria posible. Pero se echó adelante, como siempre hacía en las circunstancias difíciles.

– Si me matas no conseguirás un céntimo ... – exclamó con rabia y mirando a la chica de forma desafiadora.

Pero Alicia le cortaba todas las salidas.

– Ya lo tengo. Vengo de vuestra casa de Sotogrande. Todo en efectivo, sí señor, como los nuevos ricos. Allí he dejado boca abajo a ese cerdo de Miguelón.

Celia, de pronto, sintió una rabia que le quemaba por dentro.

– El Mero no valía nada ... No era más que un asesino –su voz sonó como si quisiera despejar dudas. Tal vez a sí misma.

Alicia ya no quería escuchar más.

– A mí me cuidaba ... Y a ti quería. Y tú lo traicionaste.

A Celia se le heló la sonrisa.

Alicia disparó. En el último momento había bajado el arma desde la cabeza al pecho. Le acertó en el corazón. Estaba claro que quería darle allí.

A Celia se le cayó primero la copa. Ella se mantuvo un momento en pie y quiso sonreír, como si no hubiera pasado nada. Luego, cayó como un fardo.

Y quedó en el suelo con una pose un tanto estrafalaria, que a ella no le hubiera gustado nada. Y, además, enseñando las bragas.

Alicia la miró fríamente. Después se sirvió champán en otra copa. Y bebió de ella solo un sorbo. Luego volvió a mirarla. A ella y a Darío. Y, por fin, agotó parsimoniosamente la copa, deleitándose en cada sorbo.

Cuando terminó, se escondió la pistola entre sus ropas y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí con gesto tranquilo y calmado.

Aquel día estaba ventoso. Y amenazaba también lluvia. Cádiz era el lugar de España donde lucía más horas el sol, pero aquella tarde de primavera hacía hasta algo de frío.

Por lo menos allí, en el cementerio de San José. Aunque, tal vez, nunca nadie sienta calor en tales sitios.

Ella estaba de pie frente a la tumba. Seria y un tanto triste. Luego se agachó y ordenó con esmero otra vez, a sus pies, las flores que había traído. Para que quedaran mejor, más alegres y vistosas.

Mientras lo hacía, una persona se acercó por detrás a ella. Y se puso a su lado en silencio. Tenía un corpachón grande, embutido en un abrigo oscuro de clase.

Ella, al notar su presencia se levantó y lo miró.

También el hombre la miró a ella. A ella y también para atrás. Tenía dos ojos que no miraban al mismo sitio.

Sí, el señor Figueroa seguía tan tuerto como siempre.

-¿Sabe usted si su padre fue un traidor? ¿Sí, al final, El Mero perdió su vida por nada ...? – le preguntó la muchacha.

-Ha pasado mucho tiempo ya, pero yo no lo creo ... No creo que lo fuera. No habría podido tener un hijo tan noble. Los peores enemigos, yo lo sé bien, son los que te destrozan y encima siembran la desconfianza hacia tus amigos y colaboradores ... Eso le debieron hacer en aquella época a Robert con el padre de El Mero. Aparentar una traición de este último para dividirlos. Y lo consiguieron. Esa gente siempre queda a cubierto. Seguro que todavía andan por aquí.

- ¡Qué asco de vida!, ¿no cree ...?

Y Figueroa le habló con aquel vozarrón que tenía, de Gran Jefe, aunque aquella vez trató de envolverlo en un tono de dulzura. Tal vez quería conseguir algo.

- Alicia, ahora es el momento de la gran decisión. Marcharte sola o hacerte una profesional a mi lado –le dijo.

Ella sonrió, mirándole a los ojos al señor Figueroa. Pero no le respondió nada.

Le dio un beso a una esquina de la cruz que se levantaba en la lápida y se volvió hacia el camino. Figueroa la siguió.

Hasta la puerta de entrada, donde había un gran coche oscuro esperándoles.

Hoy hace un día luminoso. Aquí, en la Playa de la Victoria. Que tiene este nombre tan bonito. El cielo está limpio, brillante y de un azul que enamora. Y el frufrú de las olas del mar suena como los latidos de espuma del corazón del destino.

Ese imán que nos atrae y nos zarandea a su antojo, salvo que clavemos los pies en la arena y nos resistamos a muerte. Y, a veces, aun así.

Sí, hoy vence el plazo que me dio Figueroa para decidirme. Y ya tengo claro lo que haré.

Para ello, me ha ayudado mucho escribir estos cuadernos. Ya sabes cuánto me gusta escribir historias de otros aunque, en realidad, hable de mí misma.

Porque tú no te llamas Isaac, ni yo tampoco Alicia y no quiero dar pistas a nadie. Aunque ambos sepamos muy bien quiénes somos.

Yo seré siempre tu pequeña. Y tú para mí serás simplemente “El Mero”. El mejor de todos los hombres que he conocido. Y que conoceré. Por ello, estoy segura de que te gustará este homenaje que rindo a tu vida, que mereció mucho la pena, al menos para mí. Y a tu memoria. Para que todo el mundo te conozca.

Y lo he hecho de la mejor forma que sé hacerlo. Escribiéndola. Para que quede así tu verdad guardada para siempre.

Y también la memoria y la verdad de tantos otros a los que golpea el destino, o la traición, con tanta fuerza que tienen que defenderse de él a machetazos. Para no sucumbir en la ciénaga de la tristeza absoluta, de la indefensión y de la desesperanza.

Y eso se hace a base de orgullo. De lucha. De pasión y de dolor. Y, sobre todo, de justicia.

Otros, que no entienden, lo llaman solo venganza. Allá ellos. Seguro que es gente limitada, que disfruta de un solo paisaje o, en la mesa, de un solo plato.

La diosa Gades, desde su pedestal, otea el horizonte, infinito de azules y de blancos, que se funden, a lo lejos, allá donde el mar y el cielo se arrejuntan. Y nace allí un mundo nuevo, ajeno a las injusticias y los abusos. Y al profundo dolor.

Sí, a ese lugar querría dirigirme. Pero soy consciente de que la distancia es larga. Y la mochila que llevo, incómoda y pesada.

Y soy consciente también de que fuera hay un inmenso ejército de sombras que me persigue. Que lucharán a muerte por impedírmelo. Lo llevan haciendo desde que nací. Pero yo a

pesar de eso ya he logrado cumplir los diecinueve.

Y yo sé que tú estarás ahí. Siempre. A mi lado. Como antes. Con tu Glock y tu Beretta, en guardia. Vigilando el sitio donde están aquellos verdes bosques de la Patagonia, a los que cruzan unos riachuelos de aguas purísimas y frescas.

Que es el mismo lugar que nos señala la diosa Gades desde su atalaya. Ese paraíso soñado y perdido, de donde una vez nos echaron, cuando todavía éramos inocentes.

Y al que tú y yo, luchando decididos, quisiéramos regresar.

Aunque ya sé que tú vas delante.

Y, tal vez, hayas llegado ya.

Yo sigo aquí, en Cádiz. La ciudad de la traición y de la mentira. Donde nada es lo que parece. Y todo parece lo que no es.

Darío y Celia tenían muchos amigos. Muchos intereses podridos aquí. Así que sé que mi vida será corta. Como la tuya. Como la de Barry, como la de "Bariloche". Como la de mi madre.

Pero quedarán de nosotros estos cuadernos. Yo me ocuparé de que lleguen a buen puerto.

Para que sepa la gente que también hay verdad, y lealtad, entre tanto juego de traiciones.

A Teresa Carmona

Editorial Nuevos Libros del Guadalquivir.

SEVILLA.

En Cádiz, a 30 de septiembre de 2017

Hola Teresa:

No me conoces y mi nombre tampoco te diría mucho.

Pero yo a ti sí. Me habló de ti, como una de las mejores personas de este mundo, alguien al que tú una vez quisiste y yo no puedo, ni quiero, olvidar. Cuando leas estos cuadernos que te adjunto, sin duda sabrás a quien me refiero.

Yo fui su amiga y muchas cosas más y también él me contó su vida para convencerme de ciertas decisiones. Y, luego, me la han completado Figueroa, Chicho y otros personajes de esta verdadera historia a los que ya conocerás. Aunque algunos entresijos de la misma quedarán ocultos para siempre.

Sí, yo viví con él un tiempo, cuando no tenía a donde ir, y pude conocerlo en lo que se dejaba. En todo caso, menos de lo que ambos nos merecíamos y, sin duda, los dos hubiéramos querido.

Pero así es la vida. Y eso ya no tiene, ni tendrá jamás, remedio.

Pero los sueños que, por un instante, tuvimos y que se malograron como los de tantos otros a los que pisotea el destino, y sus traiciones, casi desde que nacen o, inclusive, antes, sí que merecen un homenaje.

Y eso es lo que te pido a ti Teresa, y a tu padre, que sé que es editor. Porque sé también que tienes un alma bondadosa y generosa. Y yo no tengo a nadie más a quien recurrir.

Antes de que las sombras y quienes las gobiernan acaben también con estos recuerdos.

Detrás de los cuales, debes saber que había vidas palpitantes sin duda,

aunque machacadas por la dureza de su destino y sus íntimas traiciones, te repito de nuevo. Y también, florecillas que asomaban al final, o al menos lo intentaban, entre las lápidas de tantas muertes innecesarias pero irremediables.

No habrá futuro para nosotros.

Pero, al menos, te ruego, quede constancia de que una vez pasamos por aquí. Y de que nuestra verdad, y nuestra lealtad a aquellos a quienes quisimos, perduren ante tanta villanía y tanta traición que dominan las azules aguas de esta luminosa bahía.

A lo mejor encuentras alguna falta, de ortografía o de estilo. Aunque leo bastante y le tengo gran afición, no fui mucho a la escuela. Corrígelas por favor, o busca a algún escritor que sepa y quiera hacerlo. Lo único que te pido es que no oculte nuestra verdad. La verdad por la que vivimos y yo, al menos hasta hoy, sigo viviendo.

Te dejo mi teléfono en la misma tarjeta tuya que me entregó el verdadero protagonista de esta historia.

Pero si yo, por cualquier motivo, no lo descolgara un día a tu llamada, te ruego prosigas con la publicación de estos cuadernos que ahora son el único sueño posible que llena mis oscuras noches.

Me hubiera gustado conocerte, y hacer así caso a nuestro común y entrañable amigo. Pero, lamentablemente, antes tuve que hacerme cargo de ciertas cosas igualmente obligatorias y necesarias.

Así que, en tus manos está que nuestro paso por este valle de lágrimas no haya sido del todo en vano.

Y que, allí donde nos encontremos, cuando todas las farsas de este mundo acaben, cada uno reciba el justo pago a las cartas que cada cual recibió al empezar esta partida.

Pero además desearía, y eso es lo que te pido, que antes de ello, en esta vida presente, se haga oír también nuestra voz. La de aquellos a los que repartieron en la mesa solo bastos y más bastos, antes de que la silencien los que siempre van de farol en farol. Y de traición en traición.

Aquellos que juegan sucio a pesar de que, en el fondo, saben que llevan las mejores cartas. O las llenan de marcas y de trucos, que confunden y que engañan, para que lo sean.

Sí, esas cartas marcadas que, en este mundo de oropeles, lamentablemente, siempre ganan.

Un abrazo Teresa, amiga. Y muchas gracias de corazón, porque sé que me ayudarás.

Firma ilegible

AGRADECIMIENTOS Y RECONOCIMIENTOS

A los productores de cine Javier Ramírez, Tote Trenas y Félix Rodríguez. Esta historia se desarrolló de forma paralela a la confección de sucesivas versiones de guion para una película en el que colaboramos juntos y en distintas fases, sobre unos hechos que alguien nos contó. Esta novela se enriquece con muchas de las ideas que surgieron en ese proceso. Mi agradecimiento y reconocimiento por ello.

Todos los personajes y las situaciones y los lugares donde se desarrolla esta historia son una mera ficción creada por el autor, aunque estén ajustados a la naturaleza humana y a ciertos hechos. Por lo que cualquier parecido con la realidad pasada o presente, será pues, solo una de las muchas coincidencias que a veces ofrece el caprichoso destino.

EL AUTOR

Francisco Rodríguez Tejedor. Economista experto en negocios internacionales con un conocimiento amplio del mundo de hoy, ha combinado su profesión con su gran vocación por la literatura a la que, desde hace unos años, se dedica en exclusividad, combinándola también con su afición al cine como guionista y productor.

Su obra literaria se agrupa en las siguientes colecciones:

Colección Grandes Thrillers:

El cazador de la Patagonia, ambientado en esta región argentina, en Buenos Aires, y en el Golfo de Cádiz, muestra por un aparte la necesidad reparadora de la venganza cuando no es posible la justicia y por otra la dificultad de llevarla a cabo en medio de una guerra entre dos padrinos mafiosos, máxime cuando los sentimientos empiezan a afectarle al protagonista.

El claxon, un suspense trepidante, sorprendente y original, que se mueve apasionadamente en la delgadísima línea que separa la vida y la muerte, la cordura y la locura, y el odio, el amor y el perdón.

Cinco estremecimientos: cinco personajes que están viviendo al límite, en los momentos claves de sus vidas, se abren en canal y muestran al lector cómo viven esos instantes únicos llenos de importancia y de suspense.

Colección Grandes Historias:

El día que fuimos dioses, ambicioso drama romántico internacional ambientado en media docena de países, explora los sueños de juventud, las frustraciones del vivir adulto y las ansias de realización personal de un grupo de universitarios desperdigados por medio mundo.

Memorias del Sauce Curvo, drama romántico ambientado en la famosa Alcarria de Cela de los años sesenta y en el Madrid actual, que conforman los dos espejos en los que la generación nacida en aquellos años se ve reflejada en una historia dramática a la par que entrañable y divertida.

Colección Experiencias Vitales:

Los mejores 101 momentos de amor ... y de desamor, un recorrido sorprendente y, a la vez, ordenado, por todas las fases de la relación amorosa y de la soledad y el desamor.

Mil palabras para el optimismo, páginas seleccionadas del diario de un escritor casi

optimista, donde el lector experimentará y revivirá esta deseable cualidad vital, a través del día a día que nos ofrece el autor durante todo un año y de los pensamientos y citas de grandes personalidades al respecto.

Colección Maestros:

Soñadores. Aprende a materializar tus sueños, una original novela sobre la vocación, los proyectos vitales y las ansias de realización personal y profesional que anidan en los jóvenes estudiantes y en personas de toda edad y condición, donde 27 soñadores de la España de hoy forman parte de los personajes reales de esta historia que acompañarán la peripecia vital, llena de conflictos y de problemas que resolver, de la familia protagonista.

Proyectos cinematográficos:

Productor ejecutivo en el largometraje “*Semillas de alegría*” (2019), del que se rueda una secuela en 2020.

Productor en el cortometraje y teaser *Delirum* (2015), protagonizado por *Lidia Bosch*.

Guionista y productor en *Victorita, Victorita ...* (2013) exitoso cortometraje protagonizado por *Imanol Arias* y basado en su novela *El día que fuimos dioses*.

Puedes seguir su obra en su página oficial: www.franciscorodrigueztejedor.com y en redes sociales. También en su página de Amazon: https://www.amazon.es/Francisco-Rodr%C3%ADguez-Tejedor/e/B071DP2WMT/ref=dp_byline_cont_book_1

TU PARECER

TE ROGAMOS PONGAS TUS COMENTARIOS EN AMAZON SOBRE TU PARECER SOBRE “EL CAZADOR DE LA PATAGONIA”